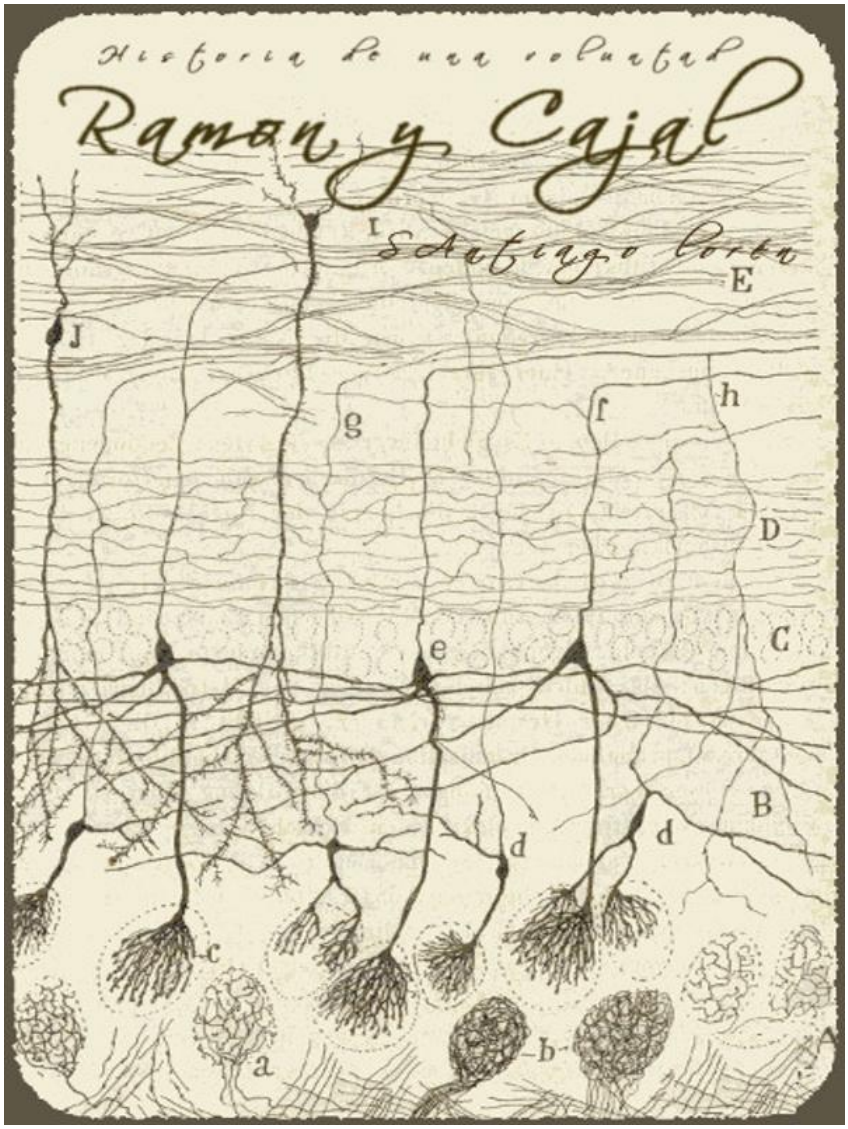
Historia de una voluntad
Ramon y Cajal
Santiago Loren
J
I
E
g
f
h
D
C
e
B
d
d
c
a
b

Un libro serio y ameno sobre una de las figuras más eminentes de la ciencia española. Un sabio y un hombre ejemplar de voluntad indomable que jamás conoció el desaliento. He aquí un libro, escrito con ejemplar y deliciosa sencillez, en el que se nos habla de una de las figuras más eminentes que ha tenido la ciencia española. Con rara habilidad, Santiago Lorén penetra en la intimidad de D. Santiago Ramón y Cajal que, en efecto, mantiene un sugestivo paralelismo con la figura de D. Quijote. Español de insobornable voluntad y esforzado trabajador —que nunca conoció el desaliento— fue «hombre ejemplar», en el más riguroso sentido de la frase orteguiana, en todos los campos del quehacer humano —como hombre, como científico y patriota—. Santiago Ramón y Cajal fue uno de los pocos intelectuales de su tiempo que no unió su voz al funesto coro de los que se lamentaban del dolor de España. Cuanto mayor era la ruina viva de nuestro pueblo, con mayor entusiasmo se entregaba al estudio y a la experimentación. Fue, pues, no solamente una de las cumbres de la ciencia, sino, al mismo tiempo, un gran patriota. Tuvo la certeza, como muy bien nos indica el doctor Santiago Lorén, de que la pérdida de territorios, los desastres y la desorientación política de la época se podían atenuar haciendo que el nombre de España, cuando menos, sonase con toda efusión en el terreno de los valores intelectuales —en la gran geografía del espíritu—. Esto, acaso, es indiscutiblemente lo que le dio a D. Santiago Ramón y Cajal la fibra auténtica de los escogidos. Y en este bello libro, uno de los pocos que para nuestra propia vergüenza se han escrito sobre este singular hombre, se nos habla detenida y objetivamente sobre su triple naturaleza: la del hombre, la del sabio y la del patriota.

Índice

Introducción
Libro primero. El niño
Libro segundo. El hombre
Libro tercero. La obra
Libro cuarto. El tiempo
Epílogo

Introducción

Novelar una biografía, es decir, hacer de una biografía una novela, puede parecer a los puristas un truco de escritor que quiere evadirse de la rigidez de unos hechos históricos, objetivos, para ganarse al lector, utilizando las libertades que le conceden sus capacidades de narrador creativo.

Pero truco o no, es lícito. Decía Ortega, que «se hace literatura, se hace precisión o se calla uno». Una biografía novelada si es a la vez literatura y precisión, tiene la gran ventaja de permitir descubrir al hombre debajo del ropaje del genio. ¿Cuántas veces, en las biografías eruditas y objetivas, las glorias han sepultado a las memorias?

Novelar la biografía de Santiago Ramón y Cajal es, hoy, algo completamente imprescindible, porque el valor humano de aquella voluntad, es tanto o más importante que el reconocido valor de su quehacer científico. Y, por otra parte, la dedicación científica de don Santiago, resulta tan abstrusa para el lector medio y aun para el lector cultivado, que obliga, para conocerlo mejor, a situarlo en su propia peripecia humana a la vez que, partiendo de esta humanidad desnuda, se intente descubrir su pensamiento, las motivaciones de su voluntad para hacer lo que hizo, y la vulgarización de sus descubrimientos en una ciencia tan alejada de los saberes del común de las gentes, como es la Histología.

Posiblemente no haya ni un solo pueblo o ciudad medianamente grandes en todo el país que no tenga una calle con el nombre de Ramón y Cajal. Pero ¿cuántos vecinos o viandantes de tantísimas calles saben lo que hizo Ramón y Cajal para merecer tales honores? Y mucho menos, cómo vivió, qué aventura vital fue la suya, cuántas dificultades tuvo que vencer, quiénes fueron los que le acompañaron en ella, los que le ayudaron, los que le obstruyeron…

Es preciso, pues, saber hoy por qué Ramón y Cajal no es solamente una calle. El olvido es tanto más cruel para los grandes hombres cuanto más distanciada está la actividad vocacional que desarrollaron, de los intereses y la curiosidad de las multitudes que aceptan tan sólo el nombre ilustre ligándolo cada vez menos con la persona que lo asumió en toda su grandeza. Novelar la biografía de Santiago Ramón y Cajal. ¿Por qué no? Es la mejor forma de conocerlo en todas sus

dimensiones hasta las más íntimas, es un testimonio hecho más vivo por la relación lector-narrador, y sobre todo es ejemplar, ya que tras de una obra y un genio hay una humanidad y una voluntad.

Por todo eso y especialmente por lo último no hay mejor subtítulo para este libro que

HISTORIA DE UNA VOLUNTAD.

Pero hay algo más ambicioso en el relato de esta vida, de este hombre, de esta voluntad. Hay nada menos que un intento —no sé si logrado— de una resurrección. Don Santiago Ramón y Cajal es algo más que un hombre ilustre al que se le debe el recuerdo de una biografía. Es el símbolo de algo, todavía vivo, vigente y definitivamente válido todavía hoy, y, seguramente, en el futuro. Su obra fue tan minuciosamente hecha, y tan despiadadamente objetiva y comprobada —cada hallazgo, cada línea— por él mismo, que no ha perecido y se continúa en la historia de la ciencia universal. Muy pocos saben que el Manual de Histología de don Santiago es el único libro que todavía utilizan los estudiantes de Medicina de esta hora, cuando todos los libros que manejaban los estudiantes de la época de Ramón y Cajal, han sido olvidados y constantemente sustituidos por otros que han cambiado, mejorado e incluso desmentido, todos los anteriores.

Y en cuanto a su posibilidad de permanencia en el futuro, hay un hecho que también se conoce exclusivamente por los iniciados: la teoría neuronal de Ramón y Cajal, sus corolarios de los contactos intercambiables o sinapsas, los circuitos permeables o temporalmente obsoletos en el intrincado complejo del sistema nervioso, es la base de la estructura de toda la ciencia cibernética. Los vulgarmente llamados «cerebros electrónicos», no son más que una reproducción electrónica hecha por el hombre de cómo imaginó don Santiago la estructura y el funcionalismo del cerebro humano y sus vías. Si Ramón y Cajal estuviera todavía entre nosotros, la cibernética, la informática, la telemática… no serían novedades para él. Sería el mentor y maestro mayor de las nuevas ciencias, porque la idea primigenia de las mismas fue un parto de su propio cerebro.

Es bueno y justo honrar la memoria de los grandes hombres, que en su tiempo aportaron ideas geniales para el mejor entendimiento del hombre y para el progreso

de la Humanidad, aunque aquellas ideas no fueran más que verdades útiles para su tiempo, piedras colocadas sobre el vado de un río que luego son arrastradas por muchas torrenteras. En el caso de Ramón y Cajal, honrar su memoria, contando en profundidad —la profundidad de la creatividad narrativa— su vida entera de hombre y científico, no sólo es bueno y justo, sino que es absolutamente necesario, porque la vigencia y validez de su obra, en el pasado, en el presente y en el futuro, es de obligado conocimiento para los hombres y mujeres de hoy, porque Ramón y Cajal no es sólo una calle, sino el nombre de alguien que está entrañado tanto en nuestra vida cotidiana como en nuestras esperanzas de futuro.

Libro Primero

El niño

Contenido:

1. El último carlista y los primeros reclusos
2. Dictamen de brocha gorda
3. Educación de frailes
4. La primera guerra de Santiago
5. La segunda guerra
6. El camino del poder por la fuerza
7. El camino del reformista
8. El camino del arte
9. La vuelta de Calícrates

1. El último carlista y los primeros reclusos

Verdaderamente, aquella escarpadura de la sierra de Linás daba miedo sólo verla. Vertical y pelada tenía, iluminada por el último sol de la tarde, un tono carnoso como de piel curtida por el sol. Hacía pareja con los mallos de Riglos, que, un poco más lejos, parecían los porteros importantes y adustos de la cordillera. Por delante, por el Sur, el valle agreste y desierto. Por detrás, por encima, por el Este, por el Oeste. Pirineos y más Pirineos. Teoría inacabable y abrumadora de picos y de cumbres que con absoluta unanimidad presentaban a España sus caras grises, escarpadas, salvajes, con algún pinar inaccesible, con nubes enganchadas en cimas que parecían recién rotas, cataclísmicas, manchadas con la sangre blanca y eterna de sus nieves, siempre y cada vez más altas hasta que, cuando perdían de vista al último carabinero español, descendían en ondulantes vaguadas, en pinares de parque real, en suaves praderas, hacia la llanura francesa, agotando todos los tonos del verde y uniéndose por muchísimas leguas de verde al verde de las praderas de Compiégne. En ellas, Napoleón III alumbraba con sus vivificantes rayos el sistema planetario de la corte del Segundo Imperio. El ministro de Instrucción Pública le hablaba de la conveniencia de invitar a una fiesta a un tal Claudio Bernard que

estaba dando mucho que hablar con sus perros muertos y su Fisiología. Eugenia, la Emperatriz, arrugando un poco el hociquito, decía:

¡Pero, querido! Esta semana, no. Hemos de ir a París por el décimo aniversario del Plebiscito.

Y mientras tanto, en las laderas españolas, hacia la parte de Navarra, se oía algún tiro aislado de mosquetón de carlista, escondido entre piedras y breñas. Por una torrentera unos soldados isabelinos descendían al pueblo cercano, a merendar. El carlista del mosquetón, enrabiado por no verlos, disparaba al tuntún y, cansado, consideró terminada la faena del día y se levantó. Pero antes gritó con tremenda furia:

— ¡Muera Isabel segunda!

El eco de este desagradable deseo retumbó de peña en peña, pero no llegó ni con mucho a la cámara del Palacio de Oriente, donde Isabel empezaba a pensar qué traje se pondría para ir a la ópera con Serrano.

No obstante, todas estas cosas tenían sin cuidado al chico aquél que se hallaba en este preciso momento colgado en una grieta de la escarpadura de la sierra de Linás. Y le tenían sin cuidado por dos razones: porque las desconocía en absoluto y porque demasiada preocupación tenía él con pensar en las cosas que le pasaban. La verdad es que el asunto se estaba poniendo feo. Y todo por su mala cabeza. Había visto el nido de aguiluchos desde arriba, y sin pensarlo mucho había saltado hasta allí para cogerlos. Casi en seguida apareció mamá águila, y su pico entreabierto y su desagradable graznido le habían hecho pensar en la conveniencia de no aproximarse a aquellos bichos que no hacían más que chillar, sacando sus cuellos pelados por encima de las ramas de boj, como si los matasen. Incluso parecía lo más oportuno marcharse de allí. Sí, eso es, marcharse. Pero ¿cómo? La pared, casi lisa, no permitía trepar, y saltar de abajo arriba, era mucho más difícil que saltar de arriba abajo. El águila, los aguiluchos chivatos, el sol de todo el día que hacía quemar a la roca como una plancha de hierro, el precipicio insondable… Y Pedro, su hermano, que se habría dormido, como siempre, en la cueva. Nunca se había visto en trance tan duro. Ni cuando el penco aquél en Luna le abrió la cabeza de una coz, ni cuando una rata, grande como un conejo, le disputó a mordisco limpio el nido de garzas, ni cuando se cayó desde la bardera del huerto de Valpalmas a la acequia.

Mamá águila debía comprender bien su apuro, porque cada vez se acercaba más y el aire que movían sus grandes alas helaba el sudor que le brotaba de la frente. No, pues a él el pajarraco no le asustaba. Metió la mano en el bolsillo del pantalón en busca de la honda, pero no la sacó porque pensó con gran desaliento que no podría hacer un solo movimiento eficaz para usarla en aquella estrechura. Sin embargo, sus dedos tocaron un instrumento que despertaba ciertas posibilidades: era su navaja, su querida navaja, para tantas cosas usada; la qué le servía para hacer flechas guerreras, para labrar los cencerros y las flautas de las serenatas a los viudos reincidentes, para cortar el cuero de las botas y emplearlo en hacer hermosas hondas de becerro y cordobán. La tomó en sus dedos crispados de miedo y volviéndose a la roca, caliza empezó a abrirla. Mientras trabajaba, de espaldas, miraba de reojo al pajarraco, que, viéndolo entretenido, se posó por fin junto a sus retoños. Éstos, bajo la siniestra sombra protectora, callaron y sólo se oyó entonces el rac-rac del acero contra la roca. Ensanchando una grieta y haciendo otras, el alpinista forzado luchaba por conservar sus nueve años de existencia cerril y divertida. Después, con infinito cuidado, ascendió palmo a palmo por la pared, agarrándose a sus accidentes y grietas hasta con los dientes. Por fin se halló a salvo. Sin detenerse a limpiar el sudor que mezclado con polvo rojo le corría por el rostro, se acercó al borde de la escarpa y tomando una piedra le dio al más chillazas de los aguiluchos en pleno coco.

Luego corrió meseta adelante hasta dejar de oír los chillidos de indignación.

La cueva o caverna, como la llamaban, no merecía tan romántico nombre, porque en realidad era un horno de cal abandonado. En ella estaba Pedro, y, como suponía, durmiendo. A su hermano el dormir lo alimentaba y esto no dejaba de ser una suerte, porque tal como andaban las cosas el sueño era casi el único alimento de que disponían. El pan con la perdiz escabechada, que había cogido en casa, era un remoto y dulce recuerdo totalmente digerido y asimilado hacía ya más de veinticuatro horas. Los fresones silvestres que encontraron no se pegaban bien al riñón como para preocuparse por buscar más, y la verdad era que eso de vivir de hierbas y de raíces no dejaba de ser una fantasía libresca. Veríamos qué hubiera hecho Robinsón Crusoe en estas montañas…

Se sentó junto a su hermano y empezó a pensar. El peligro pasado y el estómago vacío le obligaron a considerar con alguna desanimación y pesimismo sus sueños de libertad. Madre estaría muy apenada después de faltar dos días de casa. Y padre… ¡si le hubiera dejado explicarle que las gallinas las habían matado Fenollo y el «Caputillo»!… Claro que dirigidos por él como capitán y con las flechas hechas por él con leznas de zapatero rotas, pero…

Esta vez don Justo había introducido una modificación en la condena. En vez de usar la verga de cáñamo les había golpeado las posaderas con las tenazas del hogar, y aunque el daño era menos, porque don Justo conocía muy bien su fuerza, y las posaderas, al fin y al cabo, eran de sus hijos, el cambio de instrumental de justicia les había inclinado a la rebeldía. Por eso se habían escapado. Por eso, y porque ya hacía días que le iba por la cabeza la rutina diaria de la escuela y corretear por aquellas cumbres. La Naturaleza le atraía como amor y como problema, aunque en un sentido vagamente cósmico, sin empequeñecerla y encuadrarla, convirtiéndola en paisaje, y también sin relacionarla con el factor humano para llamarla Patria.

La amaba casi sin saberlo, porque desde que nació, nueve años antes —1852—, en Petilla, y luego en Luna y en Valpalmas, le había envuelto y absorbido con su omnipresencia constante. Bastaba salir a las primeras eras para que los exiguos y pardos poblados donde había vivido se confundieran con la tierra de donde se modelaron sus adobes y fueran un accidente más de su inmensa variedad. Había sido para él la Naturaleza campo de juegos, perpetuo milagro, escenario plácido donde las estaciones ponían sus cuatro decorados al año siempre iguales y siempre nuevos, bajo la paternal vigilancia y previsión del buen Dios que conoció en el Catecismo. Hasta que aquella tarde en Valpalmas —hacía un año por ahora—, en este amor uniforme y sólo presentido por su misma verdad, se introdujo un elemento de discordia; «una idea de desorden e inarmonía», diría muchos años más tarde. Fue cuando cayó el rayo en la escuela, después de haber matado al cura en la torre mientras bandeaba ingenuamente las campanas para alejar el pedrisco. Cayó en la escuela, dejó conmocionada a la maestra y cortó en seco en todos los labios infantiles el «líbranos de todo mal» con que daban fin a las oraciones. Llenos de yeso y polvo de los cascotes, contusionados, empavorecidos, salieron a la calle y

desde ella vieron al cura como un muñeco negro de un guiñol de feria, doblado sobre el alféizar del campanario; en sus manos todavía la cuerda del badajo medio fundido.

Desde ese día la Naturaleza fue, además de amor, un problema. Un problema; entiéndase bien: un problema y no un misterio o una fatalidad indomeñables. Un problema, y como tal una cosa abordable y susceptible de dilucidar. Esta fue su posición frente a la Naturaleza desde entonces, y no hay que ser muy sagaces para encontrar en ella el germen de todo lo que vino después.

Ahora, sin embargo, había un problema mucho menos filosófico pero mucho más acuciante. Pasar otra noche en el horno de cal y sin cenar no le seducía. La sola idea de despertar a su hermano para buscar algo que mascar le era desagradable, porque Pedro le miraría en demanda de ánimos para sus remordimientos y sus preocupaciones… ¿Qué pasaría si volvieran a casa…? Si al menos les pegara sólo con la verga…

Don Justo volvía de Riglos de ver al crío del panadero y de comprobar que se trataba de un cólico de albérchigos. Pero cosa rara: para volver de Riglos aquellas trochas no eran el camino más indicado. Ni tampoco era lo corriente que don Justo, el mejor escopeta de la comarca, fuera desarmado por los dominios de las perdices y de los conejos. Y, sin embargo, los ojos, un poco saltones bajo el ceño peludo y la amplia frente, no cesaban de volverse en todas direcciones y buscar incesantemente por entre los breñales y los peñascos. Su enorme corpachón se inclinaba bajo el peso de una preocupación y una pena. El viaje a Riglos en otra ocasión se lo hubiera ahorrado mandando con el emisario treinta gramos de sal de la Higuera para el doliente, pero le había servido de pretexto para huir de la cara llorosa y un poco acusadora de su mujer, y además para recorrer la sierra por cuarta vez en dos días. ¡Estos chicos! No se le alcanzaba a él de dónde les venía la semilla de tanta indisciplina y travesura. Y lo que menos comprendía era que no diera resultado en sus hijos el principio inmanente de castigar para educar. Algo sí presentía… Era todo culpa de Santiago, que soliviantaba no sólo a Pedro, el tranquilo y obediente Pedro, sino a todos los chicos del pueblo con sus fantasías y sus malditos dibujos, pintando en todo papel que caía en sus manos y en toda pared encalada que veía, guerreros y caballos, castillos y moros; había convertido

las calles de Ayerbe en un perpetuo motín. Clara demostración de la locura y la inutilidad del arte y de los artistas. Gandulerías y rebelión y horror al trabajo honrado y positivo… ¡Nunca había echado él en falta al Arte y las Humanidades! Dos y dos cuatro, trabajo y ahorro, pan y fuego en la lumbre, enseñanza para los hijos y fe en el porvenir. Lo demás ¡pamplinas! Era preciso acabar de una vez con sus sueños estúpidos y con la funesta inclinación ¡en cuanto lo pescase! Pero ¿dónde estarán? ¡Estos chicos!

Estos chicos dormían apaciblemente en la puerta del horno de cal, y don Justo casi tropezó con sus cuerpos cuando dio la vuelta a un roquedal. Sin pronunciar una sola palabra los despertó con cuatro bofetadas, equitativamente repartidas, y cogiéndolos de las orejas los puso en pie. Luego rebuscó por los bolsillos y encontró al fin un cordel que usaba para trabar por las patas a las perdices en sus excursiones cinegéticas. Y del mismo modo o casi igual que las perdices, quedaron trabados los dos muchachos codo con codo.

De la misma y útil forma que se ataban los criminales conducidos por la Guardia Civil de una a otra localidad en aquel entonces. Codo con codo y miedo con miedo, Pedro y Santiago delante de su padre tomaron el camino de Ayerbe. Pedro lloraba y gemía. Santiago lloraba y pensaba. Al fin y al cabo ésta era la mejor manera de acabar la aventura. Si hubieran aparecido de improviso en casa, la inmediata reacción hubiera sido el comprobar la mayor dureza de las tenazas del hogar en relación con sus carnes, mientras que ahora… Unos tortazos y mucho camino por delante para que se enfriara la sangre. En cambio, una buena cena y una cama blanda… Aunque padre los encerraría sin cenar, vendría luego madre con el puchero y la hogaza…, diciendo que no armaran ruido para que no se enterara don Justo, pero sabiendo todos que la idea era de él. Y Santiago sintió ahora que las lágrimas manaban más dulcemente porque lo había invadido un gran sentimiento de ternura para con su padre. Era una ternura profunda porque se fundaba en presentimientos y no en caricias. En justicia dura y áspera y no en debilidades. Para encontrar un punto vulnerable en la recia figura y el recio carácter había de retroceder a un tierno recuerdo de sus seis años. Vivían entonces en Valpalmas, donde don Justo regentaba el partido médico como cirujano de segunda clase, y un día lió el escaso

y pobre equipaje y se fue camino adelante. Desde la era donde le dijeron ¡adiós! Santiago y su madre, volvieron al pueblo. Por el camino Santiago preguntó:

—Madre. ¿A dónde va el padre?

—A Madrid, hijo. A la Facultad. Vendrá pronto.

— ¿Y qué es la Facultad?

—Una… escuela a dónde van los que quieren aprender para médicos.

Santiago se hallaba en el colmo del asombro. El que su padre, tan grande y tan serio, tan respetado y temido, tuviera que ir a la escuela, era una cosa que escapaba a toda comprensión.

¡A una escuela! ¡Con un maestro que mandase en él y que le pudiese castigar…!

— ¿Y «pa» qué va? —exclamó con un matiz de indignación. Sentía herido el honor familiar.

— ¡Para poder ser médico, hijo! Para que tú y tus hermanos comáis mejor y seáis hijos del médico y no del barbero…

Entonces, repentinamente, aquella humillación tomó para Santiago el aspecto de un acto de tremendo heroísmo. ¡Nada menos que Ir a la escuela sin mandárselo nadie! ¡Y todo para eso…!

Bueno. Ya estaban llegando. Ahora los soltaría para entrar en el pueblo. Los dos chicos iban insensiblemente aflojando el paso como esperando la orden de alto para proceder al destraben. Pero la orden no llegaba. En vez de ello un empellón de don Justo les hizo comprender que nada más lejos de las intenciones paternas que liberarlos de su vergonzosa situación. Pero ¡si su casa estaba al otro lado del pueblo! ¡Si les iba a ver todo el mundo de esa mala manera! Con horror y rubor entraron por el callejón del Calvario, arrimándose a las tapias de las corralizas, y desembocaron en la calle Mayor. De otro empellón don Justo colocó a los forzados en el centro de la calle y los animó a andar. El zapatero Ismael salió al portal para verlos pasar, regocijado. El alcalde, a la puerta de su botería, exclamaba con acento ominoso y moralizador:

— ¡Así, así, don Justo! ¡Duro con ellos!

Ya vería el mastuerzo ése, mañana. Aún debían de quedarle cerezas y albérchigos en el huerto. Toda la gente se paraba a mirarlos y pudieron medir su popularidad por los comentarios unánimes y exentos de compasión.

Sanclemente, Fenollo, Tolosana y el Pena estaban jugando en la plaza y pararon al verlos pasar. Al principio los miraron en silencio temerosos, como el del que contempla una catástrofe que pudo pasarle a él. Pero luego fueron las sonrisas y los guiños. No se atrevían a reír ni a gritar delante de don Justo, pero siguieron un rato muy divertidos detrás de ellos. Santiago oyó cómo de lejos Sanclemente los comparaba a los bueyes unidos por el yugo y se prometió abrirle la frente de un cantazo en la primera ocasión. ¡Mañana vería el Sanclemente ése! ¡Cacho de cobarde, que escapaba en cuanto oía la voz de su madre! ¡Mañana, mañana verían todos lo que era bueno!

Pero no lo vieron, porque las cosas transcurrieron de muy distinto modo al supuesto. Por lo pronto, a la escuela fueron Pedro y él llevados por el cuello por don Justo. Llegaron cuando ya estaban todos sentados en los bancos y estaba a punto de empezar el mitin anarquista de todos los días. Al verlos entrar, la juerga quedó en suspenso y todos se levantaron. Hasta don Silvestre, sujetándose las antiparras y sonándose la nariz colorada y siempre con moquita, hasta en verano. Era mucho hombre su padre. ¡Si en vez de don Silvestre fuera él el maestro estarían arreglados! Hasta casi diez minutos después de que saliera duró el silencio, como si temieran todavía su monumental presencia. Pero luego, poco a poco, empezó el programa de festejos. El Celes cazó una mosca y le clavó en el trasero una papeleta hecha con un papel de fumar. El atribulado díptero voló con su recién adquirido apéndice y las innumerables colegas debieron creer estar en presencia de un fantasma del otro mundo de las moscas. Don Silvestre no se dio cuenta porque estaba dictando la lista de los reyes godos, pero los chicos sí, y a Lacunza se le ocurrió que nunca mejor ocasión para hacer blanco en una mosca con el tiragomas. No le dio, pero el garbanzo rebotó en la pizarra y cayó rebotando muchas veces, como si estuviera vivo, en la mesa del maestro. Don Silvestre se aseguró las gafas, miró ferozmente a toda la clase, y buscó a Santiagué con la mirada para castigarlo inmediatamente. Pero como éste se encontraba en otra dirección de la seguida por la leguminosa, hubo de reconocer muy a su pesar que no era él el culpable. En vista de eso castigó a «Caputillo» a una castaña en el occipital y a mirar a la pared. Sólo después de administrada la castaña pudo protestar «Caputillo» y acusar a Lacunza. Santiago le apoyó dando grandes voces, porque «Caputillo» era alférez de su

bandera y Lacunza era el hijo del secretario y por tanto opresor del pueblo. El maestro, a la vista de las deposiciones testificales, y de las de los interesados, administró castañas a diestro y siniestro y puso contra la pared a Lacunza, a «Caputillo», a Santiago y a «Quique», el tonto, que se estaba riendo mucho en el último banco. Después siguió con toda la banda goda, pero como no se acordaba del último, comenzó otra vez con Alarico.

Detrás de él, los exilados fueron aproximándose en su desgracia y bien pronto formaron un grupo compacto debajo del retrato de Doña Isabel, ele, ele. El grupo, considerándose excluido de la influencia cultural de don Silvestre, se constituyó en escuela disidente y se aplicó al estudio de la Zoología. Todo fue porque Santiago les comunicó con mucho misterio que en sus andanzas serranas de los pasados días había visto ¡un sarrio!

— ¡Mentira! ¡Embustero! —exclamó Lacunza con escasa educación.

Ver un sarrio, aunque fuera de lejos, era un ideal difícilmente alcanzable y sólo faltaba que el forano ése de Santiagué pudiera presumir…

— ¡Ay!

Santiagué, el forano, le había largado una patada a la espinilla, y después, para demostrar que no mentía, empezó a pintar sobre la pared con carbón cómo era de verdad un sarrio. En dos minutos aparejó el apunte y los tres compañeros de infortunio pudieron admirar a sus anchas y a espalda de don Silvestre la silueta de la casi legendaria cabra de los Pirineos. ¿A quién se parecía la condenada? «Caputillo», siempre altruista, comprendió que la obra de arte no debe ser nunca patrimonio de unos pocos y se apartó para que la viera el pueblo, al mismo tiempo que movía mucho los brazos para captar las dispersas atenciones. Todos miraron y admiraron, olvidándose de los monarcas electivos, y Fenollo, buen crítico impresionista, dio en seguida con el parecido de aquella cara caprina:

— ¡Pero si es don Silvestre!

Los compañeros situados junto a él, que le oyeron, cayeron pronto en la cuenta también y empezaron a almacenar carcajadas tras de los carrillos hinchados y los labios cerrados, aunque no tanto que no dejaran escapar saliva y resoplidos. Cuando por telégrafo de señales les llegó el descubrimiento a los desterrados, miraron al sarrio con asombro. La verdad era que, estando tan cerca, no pudieron

como los otros dar tan pronto con el parecido. Santiago fue el primer sorprendido. Quizá muchos años más tarde, en su época de sugestionador y psiquiatra, habría podido pensar que su mano hubo de ser guiada por el subconsciente. Ahora se limitó a unirse al alborozo general y a acentuarlo pintando unas gafas delante de los ojillos demoníacos del sarrio. Aquí acabó la cosa, porque muchos carrillos ya no pudieron con la hiperpresión y llenaron el aire de ruido y el *Fleury* y los cuadernos de saliva y de mocos…

Cuando diez minutos más tarde Santiago, encerrado en el cuarto oscuro, se acariciaba los coscorrones de la cabeza y los palmetazos en otro sitio, pensaba con amargura en las injusticias de este mundo. También hubiera podido pensar en cómo los propósitos inocentes y aun las obras útiles se desvirtúan por la malicia del vulgo, y cómo debe alejarse el sabio o el artista de su influencia maligna. Pero no lo pensaba porque sólo tenía nueve años y, además, a juzgar por lo que su padre y don Silvestre opinaban de él, no sería nunca ni sabio ni artista. Y cuando las escoceduras dejaron de atormentarlo, se recostó contra la pared y comenzó, como siempre, a fantasear. El cuarto oscuro era siempre el castigo deseado o, mejor dicho, no era castigo para él, sino premio. ¡Si precisamente lo que más le gustaba era estar solo! Y si además de estar solo se libraba de recitar el *Fleury* de memoria o de cantar la tabla de multiplicar, la cosa tomaba categoría de ganga. Allí, lejos de toda aquella cuadrilla de pollinos y de las rabietas del maestro. Sólo por afán de emulación y para defenderse contra los que nada más llegar al pueblo le tiraban piedras llamándole forano y señorito había llegado a ser su capitán. Ahora ya no le llamaban nada y no sabían acometer ninguna empresa en la que hiciera falta una chispa de talento, sin contar con él. Pero de buena gana hubiera mandado a paseo a todos y se hubiera marchado a la sierra a pintar castillos y batallas, animales legendarios y borrascas entre las montañas. Él sería pintor… Viviría en una gran ciudad, en un cuarto algo más iluminado que aquél. Se recostaría como ahora lo hacía, pero en algún sitio más cómodo, y empezaría a pensar en el cuadro que habría de pintar por encargo del rey. En seguida que lo pensara, ¡hala!, a coger la paleta y el pincel y ¡venga mezclar colores! Y nada de colores hechos con tierra roja, o con tinta, o machacando trozos de carbón, o poniendo a remojo el forro de

los librillos de papel de fumar, o raspando las paredes pintadas. Colores de verdad, comprados con los muchos duros que ganaría. Pero primero haría el dibujo…

Y Santiago, llevado por la fuerza de su fantasía, rebuscó en sus bolsillos y extrajo de ellos un trozo de papel doblado y un cacho de lápiz. Luego comenzó a buscar, a la escasa luz de una rendija del ventanuco de madera condenado, algún motivo artístico. Pero en el desierto y húmedo cubil lleno de polvo y telarañas no había nada capaz de inspirar ni a la más disparatada de las fantasías. No había nada, hasta que a Santiago se le ocurrió mirar al techo. Y al mirar al techo, sí que vio. Vio tantas cosas que no le bastaron los ojos de la cara, sino que tuvo que emplear los de la inteligencia y todos juntos descubrieron un mundo.

Sobre el lienzo sucio del techo corría cansinamente el burro del aguador, arreado incompasivamente por su dueño. Cuando pasó, dejó ver a la tía Petra sacudiendo en la puerta de su casa las abarcas de su marido llenas de fiemo y de barro; Agustina, la chica de la Pilara, llevaba un jarrico de leche, y un cochino hozaba una basura en un portal. Nada más que esto, pero al revés. Todas las cosas al revés, como si pertenecieran a un mundo en que todo anduviera boca abajo. Muchas veces la mirada de Santiago siguió el rayo de sol que pasando a duras penas por la rendija del ventanuco dibujaba tan estupendas cosas en el techo, y por fin, tomando el papel, comenzó a dibujar unas raras figuras. Primero dibujó a la Petra sacudiendo las abarcas. Después, de su cabeza salía una raya que pasaba por un punto señalado con un circulito y luego otra raya que partiendo de los pies de la Petra pasaba también por este punto. Las líneas terminaban sobre una especie de pantalla y en ella pintó a la Petra con las abarcas, pero puesta de coronilla. Y cuando acabó la rara composición sonrió beatíficamente. La cosa estaba ya explicada y ahora ya no restaba más que solazarse con el descubrimiento. Y como el que se arrellanara en el palco de un teatro, gozar indeciblemente contemplando desde allí la gran comedia del mundo al revés. Pensó, de pronto, en aumentar las posibilidades del espectáculo, y yendo hacia el ventanillo agrandó con la navaja el agujero. Miró al cielo raso y quedó anonadado cuando vio que las figuras antes tan nítidas y coloreadas eran ahora difusas y casi irreconocibles. Con papel masticado tapó otra vez la rendija hasta que sólo quedó un estrechísimo orificio, y pudo otra vez gozar con el milagro de haber metido dentro del cuartucho aquél a toda la plaza

de Ayerbe, llena de sol y de movimiento. Una y otra vez repitió el experimento y una y otra vez, obedientemente, acudieron a hacerle compañía los burros, los cochinos, la Petra, la fuente…

La alegría que le inundaba sólo puede compararse a la pura y virgen emoción del primer troglodita que sacó chispas rascando dos palos secos. Santiago no supo hasta mucho más tarde que el fenómeno de la cámara oscura ya lo había descubierto Leonardo de Vinci dos siglos antes, y por eso su ufanía no se entibió con el penoso temor, que tanto le asediaría años más tarde, de recorrer caminos ya recorridos sin saberlo, por falta de bibliografía.

Casi, casi se comparaba ahora a aquellos sabios que predijeron el eclipse de Sol de 1860. Era por la época en que se había enemistado con el Cosmos. Acababa de pasársele el susto del rayo caído en la escuela, y por aquellos días miraba las cosas naturales con resquemor y con un vago espíritu de revancha.

Su padre le habló una tarde de que sólo faltaban unos pocos días para que el Sol en pleno día desapareciese tras de la Luna durante un ratito, para admiración de las gentes. Se le ocurrió preguntarle cómo era posible que esto se supiera, y don Justo, que llevaba el amor a la enseñanza en la masa de la sangre, le explicó lo que era un eclipse y le habló de unos hombres estupendos que se pasaban la vida haciendo números y habían llegado a calcular hasta el minuto en que empezaría la diversión astronómica. Santiago se sonrió un poco para dentro y pensó: « ¡Están arreglados esos sabios! Lo que es como al Sol o a la Luna les dé por dejarlo para otro día… Buenas van las cosas por ahí arriba. También el cura pensaba que tocando las campanas se marcharía la tormenta, y un rayo lo dejó seco».

Por eso, cuando el día marcado y en la hora y el minuto conocidos de antemano vio con gafas ahumadas, desde un carro, cómo el Sol humildemente se escondía tras la Luna, una gran admiración nació en su alma infantil para aquellos hombres que sólo con la fuerza de su inteligencia habían empezado a resolver el problema de la Naturaleza. Y dejó de temerla para volver a amarla. Hizo las paces con el Cosmos porque comprendió que podía ser vencido por el hombre.

Pensaba en todo esto sin dejar por eso de jugar con su descubrimiento trascendental cuando, impelidos por mano justiciera y bastante dura, irrumpieron

en el cuarto dos nuevos condenados. Eran Sanclemente y Fenollo, que se quedaron mirando a Santiago cómo tapaba y destapaba el agujerito.

El ufano investigador de los misterios de la Física se volvió a ellos y, sintiendo germinar en él el espíritu de la Pedagogía, exclamó triunfalmente:

— ¡Mirad ahí arriba!

Y quitó la mano del orificio para señalar el techo. Los dos anarquistas en potencia miraron, pero ningún asombro se retrató en la estolidez de sus caras. Santiago les grito:

— ¿Pero es que no os dais cuenta, pollinos? Es el mundo al revés como en las aleluyas del *Miguelón*.

— ¿Eso? ¡Vaya tontada! —dijo por fin Fenollo.

— ¡Más de mil veces «l'hi» visto yo eso y nunca se «m'ha ocurrío» fijarme…! — opinó Sanclemente con soberano desprecio.

—La verdad es que se te ocurre cada melonada… Santiago abarcó a los dos palurdos en una mirada muy parecida a otras muchas miradas que en el curso de su vida se vería obligado a dirigir. Una mirada muy parecida, por ejemplo, a aquélla con la que envolvió a Golgi en la Real Academia de Estocolmo, mientras el italiano hablaba de absurdas teorías trasnochadas, dando la espalda a la Verdad.

También se referiría muchas veces a la incapacidad de admiración de los tontos y de los engreídos, como uno de los mayores males de la civilización. Porque en este mundo hay muchos Fenollos sueltos.

2. Dictamen de brocha gorda

Santiago, mudo y extático, contemplaba cómo allá arriba, poco a poco, destacando sobre las huellas negras del antiguo incendio, iba apareciéndose el arcángel San Miguel. La cara serena, el manto azul, el pie sobre el cuello del dragón infernal y la espada en alto manchada con la envenenada sangre. El artista valenciano al que se debía tan estupendo milagro añadió un poco más de bermellón a las mejillas del arcángel, sin duda para resaltar lo saludable de la vida celestial, y el mismo bermellón le sirvió también paradójicamente para inyectar en rojo las pupilas de Lucifer. Después descendió del andamio y caminando de espaldas admiró de lejos el efecto de su obra. Santiago estaba sentado en la tarima de un confesonario, pero

hay que advertir que no había elegido aquel sitio llevado de un afán de penitencia, sino porque junto a él se hallaban las latas de pinturas del revocador.

Cuando la intensidad de la emoción artística y contemplativa se lo permitía, metía una mano en el confesonario y sacaba un bote. Con otro más pequeño que tenía a mano lo llenaba de pintura y lo volvía a dejar dentro del cubículo. Así, en esta faena artístico-práctica, había pasado gran parte de la tarde.

El pintor caminaba lentamente hacia atrás para admirar su obra desde todos los ángulos, y casi hubiera pisado a Santiago si una pregunta de éste no le hubiera detenido en seco:

—Oiga, ¿por qué se ríe?

— ¿Qué haces tú aquí? ¿Quién es el que se ríe?

—El demonio. Digo yo que si me estuvieran pisando el cuello y dándome espadazos no tendría ganas de reírme.

El hombre, antes de descender a discutir de arte con un crío, debió dejarlo hablar y seguir con su obra, pero la vanidad del artista es muy vidriosa, y mirando con detenimiento a la cabeza del dragón, exclamó indignado:

— ¡Que se está riendo!

—Sí, señor, sí. Desde aquí lo veo muy bien. Y también veo que San Miguel tiene un ojo más bajo que el otro.

Esta segunda y sangrienta ofensa acabó con la paciencia del valenciano, que, dando con el pie a Santiago, derivó la discusión por otros cauces con manifiesta inconsecuencia.

— ¡Fuera de aquí, sinvergüenza! ¡A la escuela, que es donde deberías estar! ¡Mal educado, granuja!

Santiago no se movió, porque pensó rápidamente con horror en las complicaciones que se había buscado enemistándose con el embadurnador aquel. Pero ante la furia y la amenazadora bota del ofendido, acabó por convencerse de que no le quedaba otro remedio y se levantó remolonamente. Hasta que no lo vio trasponer la puerta de la iglesia no cesó en sus invectivas el pintor, y Santiago se quedó en el atrio, lleno del sol de la tarde, reflexionando sobre la situación. No le quedaba más remedio que volver a entrar. Y no sólo entrar, sino coger los cuatro botes de pintura de distintos colores que tenía guardados dentro del confesonario. En poder suyo

representaban un apacible tesoro. En poder del señor cura, cuando dos horas más tarde se sentara sobre ellos, representaría un cúmulo de complicaciones que, fatalmente, como ocurría siempre, caerían sobre su propia cabeza. Convencido de esta verdad se asomó con cuidado otra vez a la puerta. El valenciano se aplicaba ahora a encalar el muro alrededor de San Miguel con una brocha colocada en una larga caña. Su categoría artística no le relevaba, por lo visto, de este humilde menester. Fiado en que se hallaba vuelto de espaldas, Santiago penetró de puntillas en el templo y se dirigió al confesonario. Con exquisito cuidado cogió los botes uno a uno, y todo hubiera ido bien si no se hubiera vertido un poco de albayalde sobre la repisa. Tuvo que limpiar la mancha escandalosa con el pañuelo y entonces las viejas maderas crujieron. El pintor se volvió como un rayo y Santiago se vio y se deseó para escapar por piernas, no sin gotear por el suelo durante la carrera con las pinturas que no quiso abandonar. Entre las gotas y los hisopazos de cal que el pintor le largaba para alcanzarle mejor, pusieron el suelo perdido, pero al fin el chico en la calle desapareció por el primer callejón y poco rato después pudo verse a salvo con su tesoro en el desván de su casa.

Cuando el susto y el acaloramiento se le pasaron recordó que todas las molestias que se había tomado tenían, además del provecho general, un fin específico: acabar el cuadro del Apóstol Santiago, su obra cumbre destinada sin duda a la inmortalidad. Le gustaba mucho pintar al Apóstol porque era su patrón y sobre todo porque era un santo guerrero y valiente. Pero es que además aquel cuadro le había salido pero que muy bien, con su yelmo pintado con gutagamba, el caballo caracoleante y blanco de plata, los moros huyendo aterrorizados… En cuanto le diera unos toques de azul a la espada con la pintura de ese color que había traído… Pero ¿dónde había metido el cuadro? Juraría que antes de salir lo había puesto en el arcón debajo de la ropa de invierno…, aquí tampoco está, en el estante tampoco. Un poco preocupado bajó a buscarlo a su dormitorio, cuando al pasar por la antesala vio a sus hermanas Jorja y Paula muy entretenidas mirando por turno por el ojo de la cerradura del despacho de su padre. Cuando cada una de ellas apartaba la vista del orificio dejaban escapar una risita y volvían a mirar. Intrigado el chico fue con ellas y al verlo aumentaron las risitas y los guiños de una a otra también. Dispuesto a salir de dudas, miró él a su vez y sólo pudo ver a su padre sentado ante su mesa

y contemplando algo extendido sobre ella. Santiago se volvió a sus hermanas, interrogante, pero éstas siguieron riendo y guiñando. El chico, acostumbrado a su papel de delincuente familiar y perpetuo, se olió que las risitas y todo lo demás iban con él, y la confirmación de su poder olfatorio la tuvo cuando de improviso se abrió la puerta del despacho y oyó el vozarrón de su padre que llamaba:

— ¡Santiago!

Dándose cuenta de que no tenía más que cogerlo del cuello para disponer de su persona, así lo hizo y lo metió con él a la habitación, cerrando la puerta. Una vez dentro le mostró acusadoramente lo que había encima de la mesa.

La pregunta era superflua a todas luces, porque debajo de una de las patas del caballo del apóstol se leía la firma orgullosamente caligrafiada, «Santiago Ramón Cajal». Así que se limitó a mirar a don Justo con resignación convicta.

— ¿No te he prohibido que vuelvas a pintar mamarrachadas en vez de estudiar?

Mientras hablaba, don Justo tomó el flamante cuadro y lo miró durante más de un minuto. Su hijo, muy buen observador, temblaba de esperanza. Veía en los severos rasgos de la cara paterna algo que le hacía imaginar que esta vez no le parecía tanta mamarrachada la obra. Al fin arrolló el papel y se lo metió en el amplio bolsillo de su chaqueta. Entiéndase bien: lo arrolló y no lo rompió en pedazos, como acostumbraba con cada producción artística que caía en sus manos. Y no acabaron aquí las sorpresas. Salió del cuarto diciendo a su hijo:

—Vente conmigo.

Y con Santiago detrás, siguiendo a duras penas sus largos pasos, echó calle adelante.

Cuando al poco rato comprendió Santiago que el único sitio al que se iba por aquel camino era la iglesia, tembló, pero ahora no de esperanza sino de miedo. Estaba visto que no podía hacer nada en aquel pueblo sin que se enteraran en seguida en su casa. Él, que estaba confiado en que no lo conocía el maldito pintor… Fue retrasándose mientras daba vueltas a la idea de escapar, cuando su padre lo agarró de la muñeca y lo metió dentro. El valenciano se hallaba ahora mezclando unos colores y se incorporó, sorprendido por la visita.

—Querría hablar con usted —manifestó don Justo.

El pintor miró al padre y al hijo aviesamente. Pero a Santiago le sorprendió este modo de empezar la conversación. Por lo visto su padre no había hablado con el pintamonas. Limpiándose las manos en la blusa y sin dejar de mirar al chico con mala intención, el artista les hizo pasar a la sacristía. Allí don Justo explicó el motivo de su visita.

—Verá usted. Este chico mío parece que tiene gran afición a la pintura. Es un oficio que a mí no me gusta y usted perdone. Pero soy médico y es natural que quiera para mi hijo mejor porvenir. Sólo si de verdad fuera un pintor capaz de ganar fama haría de tripas corazón y procuraría darle los medios para llegar a serlo. Usted me va a sacar de dudas ahora mismo. ¿Qué le parece esto?

Y sin más exordio sacó del bolsillo el cuadro del Apóstol. El brochagorda, antes de fijar sus ojos en el papel, sonrió con malicia, se recreó en la cara suplicante y angustiada de Santiago, que comprendía lo que se jugaba en aquel momento, y después tomó el papel y acercándolo y alejándolo a sus ojillos hundidos y rodeados de manchitas de cal, exclamó con aplomo doctoral:

— ¡Esto es un mamarracho!

Y para apoyar su tajante opinión dio explicaciones de gran valor técnico:

—Las manos no guardan proporción, el cuerpo mide siete cabezas y no ocho como mandan los clásicos; el caballo parece de juguete… ¿Desde cuándo los jinetes se montan en la grupa? Además la cara parece más la de San Roque que la de…

El muchacho oía la acusadora voz como el condenado la sentencia del juez. En sus *Memorias*, sesenta años más tarde, diría que el juicio del embadurnador aquel caería en su casa «como un dictamen de la Academia de Bellas Artes». También en estas mismas *Memorias*, ingenuamente, refutaría una de las acusaciones artísticas del encalador, y, más ingenuamente todavía, porque don Santiago tuvo algo de niño hasta el mismo momento de su muerte, atribuiría la arbitraria opinión al clasicismo adocenado y rabioso que entonces imperaba. Es casi seguro que una de las pocas cosas que don Santiago no perdonó en toda su vida fue la faena que le hizo aquel revocador. Ni siquiera se paró a considerar que todo hubiera sido igual, porque el veto artístico estaba ya labrado con escoplo y martillo en la pétrea voluntad de su padre.

Doña Antonia Cajal, durante los días que siguieron a aquél nefasto, prendió muchas veces el fuego de la hornilla con papeles dibujados y pintados, con difuminos hechos con otros de colores arrollados, con trozos de lápices y con rudimentarias paletas. Una feroz —mucho más feroz que todas las anteriores— persecución se desencadenó, y todos los rincones fueron vaciados y todos los ardides descubiertos. En aquella casa levantada a pulso, piedra a piedra y onza por onza, con la lanceta y los calomelanos, desaparecieron los únicos vestigios de fantasía humana y esparcimiento artístico que en ella existieron. Y para completar la cura de desintoxicación, don Justo, por las tardes, dando una tregua a los correctivos y a las palizas, tomaba a Santiago de la mano y se lo llevaba a pasear. No hacía esto desde que en Valpalmas, cuando tenía seis años, lo llevaba a la cueva de los pastores con el *Telémaco* bajo el brazo y le enseñaba el francés casi al mismo tiempo que a leer el castellano.

En estos paseos don Justo le hablaba de muchas cosas. De su pueblo, Larrés; de que era el hijo menor de una familia de labradores y que por demorarse tanto en venir a este mundo tuvo que ponerse a trabajar de aprendiz de barbero en Javierre de Latre; de cómo se fue a pie hasta Barcelona, sólo con la soldada que le dio su amo el cirujano; del hambre que pasó; del nuevo barbero que le dio trabajo en Sarriá hasta que consiguió el título de cirujano de segunda clase. Lo de que volvió a Larrés y se casó con doña Antonia, ya lo sabía Santiago, así como lo demás hasta que fue médico, y por eso don Justo cambió el disco. Ahora se puso a hablarle de la Patria. Y comenzó en unos términos que a Santiago le sonaban casi a herejía. El muchacho se enteró por primera vez de lo que era la Patria cuando en Valpalmas, hacía tres años, organizó el pueblo, con su Ayuntamiento al frente, una estupenda lifara por la caída de Muley-Abbas y Tetuán, su plaza fuerte, en manos de las tropas españolas. Entonces se enteró, mientras la bota, los pedazos de ternasco y los dulces corrían de mano en mano y atiborraban los estómagos y las entendederas, de que Prim y O'Donnell eran unos generales tan valientes que los moros corrían sólo al oírlos nombrar, que no había en el mundo tíos más grandes que los españoles y que era una suerte haber nacido en una tierra que metía espanto al mundo entero. Luego en la escuela le insistieron tanto en la misma idea de que patriotismo era sinónimo de sablazo en la nuca al que no fuese español y que

menudo negocio habría hecho si en vez de nacer en Petilla de Aragón nace un poco más al norte y no le queda más remedio que ser un gabacho francés para toda la vida. Por eso, al oír ahora a su padre hablar de políticos ruines, de miseria e ignorancia, de exceso de holgazanes y filósofos y falta de sabios y trabajadores, de posesiones perdidas por el mal gobierno y por la codicia, de la necesidad de ser prácticos y dejarse de fantasías y sandeces… Santiago se horrorizaba y pensaba en una manera muy distinta de ser español. Pero éste su pensamiento de niño no había de enlazarse con otros similares en los que hallara su complemento y su eco hasta mucho más tarde, cuando conoció a los hombres del 98.

Otro día don Justo le habló del latín. Y no es porque lo conociera a fondo ni le gustara ser latinista, sino por todo lo contrario. Don Justo, intelectualista y practicista a ultranza, lo mismo que consideraba el Arte como diversión ociosa y enervante, sepulcro de muchos talentos que pudieron ser útiles, despreciaba a las Humanidades como innecesarias para llegar al dominio de la ciencia práctica, pero no dejaba de reconocer que sólo con los estudios humanísticos que él no pudo tener se adquiría el lustre complemento del hombre sabio, y preciso para triunfar. Esta visión un poco estrecha pero digna le llevaba a desear para sus hijos lo que él no consiguió, y por eso aquel día habló con Santiago del latín, porque el latín representaba para él la cultura de lujo que le fue negada.

—Irás a Jaca, con los padres escolapios. Allí, allí veras que pronto te encasquetan el latín. Para eso los padres se pintan solos…

—Padre, me gustaría mejor hacer el bachiller en Huesca…

— ¿En Huesca? ¿Y por qué?

—Porque allí hay una escuela de dibujo —se atrevió a responder Santiago, fiado en la buena disposición de su padre.

— ¡Qué dibujo, ni narices! Latín y más latín. Eso es lo que te conviene… Además que en Jaca está tu tío Juan, que me debe unos duros, y así…

Santiago calló, porque conocía la imposibilidad de apartar a su padre de un proyecto. Además, conociendo también la rígida política económica que regía en su hogar, comprendió la fuerza enorme de la segunda razón para ir a Jaca. Bueno. El caso era cambiar de aire. Ya se las apañaría él en Jaca… ¿Latín?, pues latín. ¿Qué sería eso del latín?

3. Educación de frailes

La primera respuesta que obtuvo a esta pregunta la recibió en su propia carne. Fue un bestial correazo del padre Jacinto que le hizo una limpia roncha en la muñeca. El correazo tuvo, por otra parte, la virtud de despertarle del sueño en que había vivido durante varios días, y de pronto se encontró en un aula fría y blanca, sentado en duro banco junto a otros forzados como él que se hallaban repartidos en dos grupos, acoquinados delante de sus pupitres. Encima de cada grupo y en la pared se veían dos carteles. En uno se leía «Cartagineses». En el otro «Romanos». Él —no sabía por qué capricho geográfico— era cartaginés. Y frente a los dos pueblos, y muchísimo más poderoso que los dos juntos, la descomunal humanidad del padre Jacinto con su látigo polígloto levantado en trance de morder, preguntándole, grave y conminatorio, el genitivo de *domus*.

Porque hasta ahora todo había sido como un sueño. El Santiago, el pigre de la familia, temido por todo el vecindario de Ayerbe y con una estadística de somantas y castigos verdaderamente repleta, convertido en el centro de todos los desvelos familiares, preparándole la ropa para la marcha, las despedidas y las lagrimitas y recomendaciones de madre Antonia, el hermoso paisaje desde que se deja atrás Murillo de Gallego, las buenas caras de bienvenida de tío Juan y del primo Timoteo. Luego el brillante examen de ingreso y la cara de orgullo de su padre que lo estuvo viendo, las buenas esperanzas de los frailes, la marcha de don Justo, satisfecho de su hijo y de los principios de su carrera…

—*Domus, domo*…

—A ti sí que te voy a domar bien pronto —decía el padre Jacinto mientras tomaba aliento para arrearle otro correazo.

— ¡*Domae*! —exclama Santiago en el último momento, apelando patéticamente a toda la capacidad de su desgraciada memoria.

El latinista abandonaba la víctima y se volvía como una exhalación en demanda de otra.

— ¿De qué género es?

— ¡Masculino! —respondía Barba, muy convencido de que esta vez se libraba del cuero.

Pero al mismo tiempo que la escocedura salvaje, recibía un desengaño sobre sus conocimientos de la lengua del Lacio.

—Los en *um*, sin excepción, del género neutro son —respondía un sabihondillo cantarín resolviendo la crisis.

—Ahora la primera conjugación. Ya sabéis cómo. A ver: que salgan las seis personas del presente indicativo. Tú, González, y tú para el singular. Aquél, ése y Ramón para el plural. En corro.

Los seis chicos, asustadísimos, se colocaban en un círculo alrededor del padre Jacinto y con la mano derecha presentada con los cinco dedos formando un capullo. El padre cambiaba la verga por la palmeta, como instrumento más apto para golpear encima de las uñas sucias y las yemas sonrosadas. Había que cambiar de métodos de enseñanza. La variedad mantiene la atención del alumno.

Al principio era muy fácil.

—Amo.

—Amas.

—Amat.

—Amamus.

—Amatis.

—Amant.

Después venía lo difícil, porque cambiaba las personas de sitio, preguntaba salteado, y con todas estas cosas los chicos se armaban un gran lío que no podían desliar ni las frecuentes intervenciones de la palmeta. Los demás alumnos, sentados en los pupitres, no por no tomar parte en el bonito juego se hallaban más tranquilos. En realidad todos preferían salir los primeros para conjugar el presente de indicativo. Lo gordo venía luego, con el futuro pluscuamperfecto o con el imperativo, que sólo tenía cuatro personas... Y no digamos nada del potencial.

—Amabo, amabas, amabant —palmetazo—... amabat. Amavimus —palmetazo doble...

Verdaderamente, eso del latín no podía ser más antipático. Y todo de memoria, que era lo peor. Si al menos tuvieran un fin o una explicación esa colección de palabras absurdas que nada nombraban ni para nada servían...

—Amato... Amatóte. ¡Hay que ver! ¡Aamatote...!

Y mientras el coro de condenados conjugaba a duras penas el dulce verbo con rabia en el corazón, Santiago, sin saber cómo, se perdió en el siempre poblado bosque de sus pensamientos y de sus fantasías, olvidando de esta bella manera al Scipión con sotana que no tardaría mucho en tomar Cartago. Se perdió o más bien se encontró soñando con intentar una ascensión al Oroel, con seguir el curso del río Aragón, desvelar el misterio de sus manantiales… ¿De qué maravillosos ibones con superficie de espejo y nieve en sus orillas vendrían aquellas aguas? Allá, encima de aquellas cumbres que se veían blancas y engañosamente cercanas, estaba la raya de Francia. Un día habría de ir hasta ella y mirar la tierra de los gabachos. Decían que era muy bonita. Más verde y más suave que la de este lado, pero igual de bonita. Bien, ¿por qué no? Al fin y al cabo, eso de separar una tierra de otra era cosa de los hombres y no de Dios cuando las hizo. Claro que si un día los franceses quisieran venir, ¡buena les esperaba! A veces, sentado en las murallas de Jaca, mirando por la reja de una ballestera la ladera del Rapitán, la mole tremenda de Collarada, el valle del Aragón que llegaba hasta la frontera, se sentía antiguo guerrero en ansiosa espera de enemigos. Pero como los enemigos no venían del baluarte, pasaba por los tejados a la vecina casa de su tío Juan y penetraba en el granero. Y allí, en compañía de su primo Timoteo, organizaban una merienda de manzanas y patatas asadas a la lumbre de unos palos de romero, y así compensaban la pobre y eterna comida de farinetas y chicharrones. ¡Buena vida la de aquellos primeros días en Jaca, si no fuera por el padre Jacinto…!

Santiago sueña bajo los nubarrones que se cierran sobre él, y el modesto historiador ha de aprovechar su sueño para filosofar. O más bien para recapitular y tomar carrerilla. Esta historia es la historia de un rebelde, de un rebelde genial diríamos, si nos leváramos de una afición preceptiva y cursi por los calificativos. Pero no lo decimos, porque además sería una redundancia, puesto que todos los genios han sido unos rebeldes. Rebelde es el que lucha contra los convencionalismos, las normas establecidas, el clasicismo pétreo, los cánones consagrados. ¿Y se puede ser genio sin hacer trizas todas esas cosas? Pero la rebeldía de Cajal es de otra manera. Cajal es rebelde antes que genio y quizá sea un genio porque es un rebelde. En otras mentes geniales la rebeldía es una necesidad de su proceso de proyección: sus creaciones se oponen a lo ya

establecido, a lo trillado y sabido, y han de destruirlo para hacerlas prevalecer. La rebeldía es posterior a la genialidad. En Cajal es anterior: primero se rebela, luego construye. Hay en él la concepción innata de un Cosmos universal y particular a la vez y todo lo que no encaja en esta concepción ideal es rechazado o destruido. Y es después cuando el choque y el conflicto inevitable y consiguiente a esta actitud templa duramente su espíritu y su inteligencia, cuando brota la idea genial que construye para substituir lo destruido. En esta manera de ser es donde se contrasta más fuertemente su grandeza mental. Porque lo que en un hombre mediocre hubiera sido un orgulloso y estéril autodeterminismo, un autodidactismo soberbio y estúpido, es en él el origen de su monumental obra. Rebelde siempre, desde su infancia; rebelde a reglas de vida, a imposiciones autoritarias, a escuelas y rutinas, se educa a sí mismo y no siempre con ortodoxia, pero de la manera que él cree conveniente, templa en la dureza y en la hostilidad permanente la independencia de su espíritu, y al correr de los años, esta libertad, este despego de toda influencia le permitirían elevarse muy por encima de la intelectualidad de su tiempo. Por eso mismo será siempre un mal alumno y un gran maestro. Por eso no le asustarán nunca los nombres de los grandes maestros y podrá discutir con ellos de igual a igual. Un día descubrió en un cuarto oscuro de la escuela de Ayerbe el principio de la cámara oscura. Años más tarde, y todavía un niño, supo por un libro de Física que dos siglos antes que él Leonardo de Vinci habíalo descubierto ya, y al saberlo sonrió complacido por haber coincidido con Leonardo. Si hubiera sido al revés, si antes de experimentarlo lo hubiera leído, habría puesto la teoría en cuarentena y se habría metido en una habitación a oscuras para ver si era verdad lo que el libro decía.

4. La primera guerra de Santiago

Un carácter así por un lado y los padres escolapios de Jaca por otro iban de un momento a otro a comenzar una guerra. Momento oportuno y de valor histórico el preciso instante en que esta guerra empieza para empezar también su demostración. Es el momento que señala asimismo el fin de la luna de miel de Santiago con la vida escolapia. Esta luna de miel, de pocos días de duración, empezó el día aquel en que don Justo, sentado con su chico ante la gran mesa de

caoba del rector, hablaba con éste, el padre Jacinto y otro padre, de las «particularidades tan particulares» de Santiago:

—Tiene poca facilidad de palabra, pero entiende bien lo que bien le explican. No le exijan que responda al pie de la letra. Es un poco premioso pero acaba siempre por decir lo que quiere. Dejen que el chico se explique, que al fin se explicará…

Los tres frailes sonreían con benevolencia prometedora y contemplaban bondadosamente al condicional explicador.

— ¡Jamás esperaron a que me explicara para juzgarme! —exclamaba don Santiago en sus *Memorias* muchísimos años más tarde. Y al leerlo nos parece ver su cara de niño eterno, inocentemente indignada. Y hasta en un instintivo ademán, rascarse unos coscorrones muy antiguos.

Aquellos días arcádicos, aunque escasos, fueron de los pocos en que Cajal estuvo a bien con el mundo y la marcha general de las cosas. Terminaron cuando un correazo de don Jacinto le despertó de sus sueños en aquella funesta jornada en que el pobre Barba rompió la pizarra con las costillas. El padre estaba aquel día particularmente ofendido con el bando cartaginés, al parecer por su resistencia a declinar pasablemente el quicumque. Un cupo extra de correazos había sido repartido equitativamente por toda la tropa y cundía el convencimiento de que una nueva pasada sería necesaria antes de que el fraile se diera cuenta de que el quicumque estaba verde. Santiago se estaba acariciando la muñeca recién flagelada, y en su interior incubaba el germen de la rebelión. Hasta entonces, en aquellos tres meses de curso, en medio de las novedades de la vida en Jaca, con el gran aliciente de sus paseos solitarios, de sus sueños en el baluarte, de sus meriendas clandestinas con el primo Timoteo en el granero, de sus repetidos intentos de escalar el Oroel, la clase del padre Jacinto era considerada como una desgracia habitual e inevitable, algo así como el lavarse la cara por las mañanas. Santiago estaba vacunado contra los golpes y los aguantaba bien. Pero iba creciendo en él un sentimiento de indignación. Eran ya muchos golpes y muchos insultos, muchas afirmaciones sobre la inutilidad de aquellas inteligencias y muchas comparaciones con bestias domésticas. Insensiblemente aquellos chicos, sus compañeros, se identificabas con la idea de que eran unos auténticos e irredimibles pollinos, y de esto a considerar que no merecía la pena hacer nada por dejar de

serlo, había solamente un paso. De esta manera, los golpes y los insultos iban cavando cada día más la zanja de su imbecilidad, y ya la mayor parte se hallaba resignada y hasta satisfecha con su patente de pigre total, y el resto estaba renunciando cada día más a retener por minutos en la memoria unas palabras absurdas y luego soltarlas por si caían bien en los escasos momentos útiles que mediaban entre la pregunta y el correazo. No estaba bien todo eso. No estaba bien. Era indigno esperar allí sentado a que le preguntara, contestar al buen tuntún lo que primero le viniera a la lengua y luego encoger los lomos esperando el palo. No estaba bien.

En aquellos momentos fue cuando Barba, el desgraciado Barba, un chico encogido y cerril, que soñaba por las noches con el padre Jacinto, cometió el imperdonable crimen de contestar ¡quorumque!, cuando el fraile le preguntaba por el ablativo. La imponente y negra mole se estremeció ante la burrada lingüística, y considerando escasa la acción de la correa para castigarla, disparó su amenaza contra Barba que se hallaba de pie junto a la pizarra. El chico cayó contra el tablero, que saltó de sus soportes de madera. Uno de éstos se tumbó y las posaderas de Barba supieron de la dureza de sus aristas y sus listones al caer sobre él y romper su estructura rudimentaria. Una astilla dio a otro infeliz condenado situado cerca y le hizo un arañazo en la frente. Un gran silencio siguió al estrépito carpinteril, y romanos y cartagineses palidecieron llenos de terror ante las furias pedagógicas desatadas. Júpiter —padre Jacinto— despreció los accesorios resultados de su sistema de enseñanza y yendo a lo suyo, tronó, señalando a Santiago:

— ¡El ablativo, Ramón!

Santiago se levantó muy pálido pero decidido, y contestó sin temblar:

—No lo sé, porque no lo entiendo.

Aquel rudimento de hombre ilustre, vestido con una chaqueta de su padre arreglada por mamá Antonia, blanca la cara y las cejas negras unidas en un gesto de voluntariedad irreductible, era el centro de las miradas de los dos pueblos que, horrorizados, esperaban asistir al holocausto de un héroe. Hasta Barba y su compañero, el de la astilla, se sintieron felices por contraste y dejaron de lamerse sus heridas.

Como el «gong» en un moderno combate de boxeo, la voz de un lego anunciando el final de la clase marcó la terminación de aquel primer asalto. El desconcierto del fraile ante la inaudita respuesta quedó así en suspenso y con su gesto hosco mandó salir a la tropa.

—Pero Ramón que se quede.

Y se quedó solo, porque hasta el fraile se marchó, bastante arrepentido de su arranque y espantado por lo que el destino le reservaría. Al poco rato penetró en el cuarto un lego que le mandó seguirlo, y ascendiendo por unas vetustas escaleras conventuales, cayeron en una especie de desván lleno de polvo y telarañas, con un solo banco como mobiliario y una pequeñísima ventana que daba a una huerta cercada. El lego, sin decir palabra, lo dejó allí y salió cerrando por fuera.

¡Bueno! ¡Por lo menos ya estaba desvelada la terrible incógnita! Todo consistía en el famoso encierro, sin comer, del Código del colegio. Más había él esperado que le harían. Aunque no era floja el hambre que iba a pasar hasta que terminadas las clases de la tarde volviera a casa. Las farinetas con chicharrones de todos los días cobraron en su recuerdo la categoría de un plato de boda, y su espíritu previsor tomó la determinación de traerse todos los días unas manzanas en el bolsillo por lo que pudiera suceder.

— ¡Buenas estarán! —le decía siete horas después la vieja del tío Juan, mientras le ponía delante el plato de farinetas. Las había dejado dentro del horno para que «no se enfriaran» y ahora aquel engrudo había formado un bloque amarillo y abollonado que sólo allá muy dentro de su masa conservaba un poco de ternura y calor. Pero a Santiago le supieron buenas y dio cuenta bien pronto del plato.

Una de las cualidades que ha hecho sobrevivir a la raza humana sobre la Tierra es su gran capacidad de adaptación y acostumbramiento. Por esa razón, en este caso mejoraron las cosas en breve porque el tío Juan y el primo Timoteo se acostumbraron pronto a comer sin Santiagué, la criada se acostumbró a preparar otro plato de farinetas para Santiagué, por la noche, y Santiagué se acostumbró a comer cada veinticuatro horas. De este modo el chico pudo cumplir honradamente sus castigos de ayuno —que desde aquella fecha empezaron a lloverle con profusión— sin producirse grandes trastornos.

En el cuaderno de castigos que llevaba el rector, el nombre de Santiago ocupaba todas las páginas, y el buen fraile prior se iba preocupando ante la imposibilidad de que, contando sólo con los días del curso, pudiera cumplirlos todos. Era un buen matemático y un día echó la cuenta de la progresión creciente de estos castigos, y llegó a la conclusión de que sería preciso, si seguía así, demorar la entrada en quintas del muchacho para poder pagar su deuda. En consecuencia, llamó al padre Jacinto y le conminó a que intentara otro método de coacción pedagógica para compensar el déficit.

Aquel día Ramón y Cajal paseó por la clase de latín con una hopalanda llena de plumas y una cabeza de gallo hecha de cartón y plumas. Vestir a un chico de rey de gallos era en aquel colegio el no va más de la ignominia. Durante generaciones se recordaba en Jaca a todos los pigres diplomados que habían sido coronados de rey de gallos. Cajal llevó con dignidad su investidura en la hora larga que duró su coronación y nunca hubo un gallináceo rey que más presumiera ni que más guiños derrochara. El padre estaba furioso y a la vez desconcertado por la inutilidad de unos procedimientos que constituían los inmutables cimientos de su pedagogía. Llegó un momento, cuando la indisciplina y el regocijo empezaban a cundir en el ejército romano, que no pudo aguantar más y arrancando sin ningún respeto la hopalanda y la corona al flamante rey, lo envió a patadas a su habitual encierro.

No obstante, un régimen de ayunos continuados y sobre todo de encierros en las horas en que más a gusto se jugaba con la nieve del glacis no podía ser del agrado de Santiago y decidió suprimirlos. ¿Quiere esto decir que hizo el propósito de enmendarse? No. De ninguna manera. Eso era demasiado fácil. Bien sencillo le hubiera resultado a él aprender aquel malhadado latín por su propio sistema y luego cacarearlo delante del padre. Precisamente por entonces estaba pensando en lo inevitable de los exámenes de junio, que quería aprobar pese a todo, y había decidido estudiar. Pero estudiar a su manera. No repitiendo una y otra vez palabras y palabras que no llevaran ningún mordiente para su memoria, sino vistiendo estas palabras con su fantasía, relacionándolas con cosas del mundo tangible y natural, inventándose una mnemotecnia particular y pueril pero suficiente. Muchas veces hubiera podido en estos días asombrar al padre Jacinto con su saber, pero había

jurado no contestarle mientras le preguntara con la correa levantada. Era, pues, demasiado fácil no ayunar por este sistema. Habría que buscar otro.

Y con su inseparable cortaplumas se puso a hurgar en la cerradura de la puerta del encierro.

La criada del tío Juan, aquel día, se llevó las manos a la cabeza ante el conflicto que se le venía encima. Después de tanto tiempo de haber calculado la ración de farinetas para tres, resulta que ahora tenía otra vez que aprender a calcularla para cuatro. Verdaderamente nunca terminaba de discurrir y de trabajar, en una casa como ésta, llena de hombres. Y en el maremágnum de aquella cocina, siempre sucia y destartalada, comenzó a buscar otra escudilla, en relativo buen uso, para ponerle las gachas a Santiagué, quitando un poco a cada uno de los otros comensales.

El misterio de la cerradura llegó a descubrirse, como no podía menos de suceder. Es muy difícil escapar de un encierro estropeando una cerradura y luego volver a encerrarse y querer que esta cerradura siga cumpliendo su deber. Aquel asunto costó a los padres unas cuantas monedas pagadas al herrero que la cambió por otra más fuerte, y a Santiago una tanda de correazos y nuevas exhibiciones ignominiosas, soportadas con cínica tranquilidad.

Todos los grandes descubrimientos tienen un primer período de imperfección, que es superado pronto por el investigador tenaz. Por eso, un investigador tenaz escalaba una noche de luna las tapias del huerto de los Escolapios y, ayudándose de los salientes de los ladrillos y de unas estacas que iba clavando en los desconchados, subió hasta el ventanuco del cuarto de castigo. Este escalador era Santiago, y no se crea que hacía estas acrobacias por irresistible nostalgia de encierro ni en un exceso de claustrofilia. Una vez que llegó hasta la ventana descendió de nuevo, dejando todo el artificio de la escalada que había colocado y contempló desde abajo su obra con satisfacción. Al día siguiente, sin que mediara ninguna orden, ¡para qué!, subió a su calabozo, y el lego, poco después, echaba la llave. Cuando supuso que los frailes estaban ocupados en su yantar descendió tranquilamente por la pared y causó nuevamente el asombro de su tío acudiendo a comer precisamente a la hora de comer. Al acabar y, enseñado por la experiencia anterior, volvió al colegio, gateó pared arriba y allí fue encontrado por el carcelero cuando le vino a dar suelta.

Muchos días pudo cumplir Santiago de este modo la natural tendencia de su estómago a alimentarse en horas determinadas. El sistema fue descubierto cuando quiso hacer partícipe a la Humanidad de sus excelencias. La Humanidad, representada por tres pigres más, Compañeros de encierro, fue copada en globo por dos frailes cuando se hallaba muy apurada y enredada en el complicado sistema de descenso, y una vez más demostró su ingratitud para sus bienhechores la Humanidad, denunciando al genial inventor del mejor sucedáneo de las escaleras conocido.

A partir de entonces las cosas se empezaron a poner feas para Santiago. Consejo de disciplina. Expulsión. Suspenso sin examen. Estas eran las tres amenazas que gravitaban sobre su coscorroneada cabeza. La indignación escolapia era general. Hay que llamar a su padre. Que venga el médico de Ayerbe y se lleve este producto infernal. Y desde el sur, ascendiendo y cubriendo todo el horizonte, la nube peor, la más amenazadora. Su padre en persona, reclamado por mil quejas y pletórico de indignación.

Algo se suavizó la cólera paterna cuando vio la delgadez y la palidez de Santiago, su hijo mayor, incomprensible heredero de su voluntad y de su rectitud. Habían sido muchos ayunos y, por otra parte, las farinetas, digan lo que digan, tienen pocas proteínas. Pero no obstante, golpes y terribles amenazas para el porvenir cayeron sobre él sin cuento. Luego a pedir clemencia y a calmar tempestades. El pobre médico, peregrinando de uno a otro fraile, sosegaba ánimos, pedía prórroga de enmienda, prometía, excusaba… Su hermano Juan, buen amigo de los dómines, le ayudaba, y entre unos y otros evitaron la expulsión por lo pronto, que era el peligro mayor.

Santiago, que durante estos días tempestuosos había dejado de asistir a las clases, volvió al colegio, contrito y arrepentido, al menos en apariencia. Pero desde entonces hasta el final de curso, su situación fue muy extraña. Asistía a las clases como todos los alumnos, pero diríase que se hallaba al margen de toda actividad docente. Ni se le preguntaba ni se le castigaba. Cesaron los correazos, los ayunos, las exhibiciones vestido de indio. Los padres no disimulaban el concepto que les merecía y le hacían entender que una cosa es que por su cristiana benevolencia se le dejara pastar ciencia en el mismo prado que a los demás, y otra muy distinta que

esa ciencia pastada le sirviera para algo. Es decir, que el suspenso total e irremisible era el justo, y el mínimo, castigo que le esperaba.

Cuando elaboraron la lista que según costumbre había de ser presentada a los catedráticos del Instituto de Huesca, en el último lugar de la columna de nombres estaba el de Santiago Ramón y Cajal, lo que bien a las claras quería manifestar que de todos los presuntos suspensos que aquel año produjera el colegio, el más irremisible, definitivo e inevitable era Santiago. Los condenados del séptimo círculo en el infierno de Dante tenían un mundo de posibilidades de salvación en comparación a las que Santiago tenía de aprobar.

Los catedráticos del Instituto de Huesca examinaron a Santiago y lo aprobaron. En los *Recuerdos de mi niñez*, habla para justificar este resultado, de un falaz complot entre su padre y un tal don Ventura, catedrático de Huesca y cliente antiguo del médico de Ayerbe. Al parecer, don Justo intervino en cierta ocasión, con buen éxito, a la señora de don Ventura y éste le estaba agradecido, por lo que interpuso su influencia para salvar al desahuciado. Pero téngase en cuenta que estos recuerdos de la niñez están escritos en la ancianidad, cuando las cosas vividas toman siempre tonalidades tendenciosas. Y nada más tendencioso que la modestia de Cajal. Es una modestia sublime, sincera, casi excesiva, pero tendenciosa. De ella subconscientemente se sirve a lo largo de la historia de su vida para demostrar lo que quiere demostrar. Cajal tiene siempre miedo de no ser comprendido porque la grandeza de su obra es inconmensurable para su tiempo, y él, que es uno de los genios más humanos que se han conocido, teme ser aislado por esta misma genialidad de una patria y de una Humanidad a las que ama y por eso siempre que algún destello de su propio brillo atraviesa un agujero del ropaje sencillo con que gusta vestirse, toma un puñado de esta útil modestia y tapa el agujero apresuradamente. Así lo hace constantemente a lo largo de sus extensas *Memorias* y sólo el que lee entre líneas o el que —mucho más avisado— no se fía de don Santiago y pregunta a los que con él vivieron, puede saber la verdad. Veremos esto repetirse en cosas de más importancia que estos episodios de su niñez. Episodios que, por otra parte, tendrán menos importancia pero más trascendencia, porque llevan el germen de todos sus actos posteriores.

La verdad, pues, es que aprobó su primer año de bachiller porque contestó lo suficiente para aprobar. ¿Cómo lo hizo así? Quizá porque aquellos señores que no estaban sentados detrás de aquella mesa para enseñarle sino para juzgarle, le dejaron tiempo para explicarse y él se explicó.

5. La segunda guerra

—Ahora mismo está en la alameda, desnudo de medio cuerpo y levantando piedras así de gordas.

— ¡Ya te lo digo yo! Está loco. Eso de las piedras lo hace todos los días. Y también andar con las manos cabeza abajo. «Y subir a los árboles sin ton ni son, sin que haya nidos ni nada… para coger.

—En cambio, ayer casi se mata por robar una flor en la estación.

— ¿Una flor?

—Sí, una flor. Una birria de flor de las que cría el jefe para obsequiar a las cursis que van por allí. Lo encontró el guarda y cuando quiso saltar la acequia se metió en el cieno hasta los ojos. Me lo ha contado mi lavandera que con otras que había allí le ayudaron a desnudarse y a lavar la ropa. Debió de ser de risa…

— ¿De qué habláis? —preguntó entonces con voz de mando Azcón. A su vista el corro se abrió, algo amedrentado, porque Azcón era el matón oficial del Instituto. Cayuela, que era satélite suyo, contestó:

—De ése. Del navarro loco. Ese chico de Ayerbe.

— ¡Ah, sí! ¡El italiano!

— ¿Italiano? ¿Por qué? Si dicen que nació en Navarra o cerca… —se atrevió a replicar Tobeñas.

— ¡Por el gabán, «atontao», por el gabán! ¿No te has «dao» cuenta que parece un italiano de los del mono y arpa?

— ¡Eso, eso! ¡Italiano! —se regocijó el coro para agradar a Azcón.

—Bueno. Pero lo que digo es que además está loco —insistió Monreal, preocupado por mantener su primitivo diagnóstico—. Yo lo he visto hablar solo y gritando en las murallas como si estuviera echando un discurso.

—Y yo «sentao» en las ramas de un árbol pintando en un cuaderno.

—Y yo decir versos en voz alta en la plaza de armas del castillo.

— ¡Bah! —Escupió con desprecio Azcón. Y luego añadió con gran inconsecuencia—: ¡Todos los de Ayerbe son unos carne de cabra!

Mengual, que era del mismo curso de Azcón y no le tenía tanto miedo como los demás, exclamó entonces:

—Sí. Pues no te fíes de los de Ayerbe, que son de «cuidao». Y éste ha dejado allí mala fama. Creo que hasta estuvo en la cárcel.

—Me han dicho que hizo un cañón y empezó a disparar con él sin más ni más —se atrevió a añadir otro.

—Y que tira piedras mejor que nadie en el pueblo.

—Y que tenía una cuadrilla de bandidos y era el jefe.

— ¡Bueno! —manifestó Azcón, rabioso, por ver así mermada su aureola—. Veréis como corre en cuanto le eche la vista encima.

—Sí... pues el otro día no corrió... —replicó Mengual.

—Y menuda paliza que se llevó —contestó Azcón, con rapidez.

—Con la ayuda de estos dos y de Laglera...

—Lo menos querrás decir que no puedo con él. Verás en cuanto lo vea...

—Sí. Ya lo sé. Le darás otra paliza. Pero me parece que a ése no le ves correr tú.

—Porque es como las cabras. Embiste siempre, aunque lo muelas.

—Yo lo que digo es que está loco —terminó Monreal, tozudo que tozudo.

Y terminó porque venía el catedrático de Geografía, al que le tenían más miedo que a Azcón.

El navarro loco ni era navarro ni estaba loco. Lo de navarro le venía por haber nacido en la misma linde de Aragón y en un pueblo, Petilla de Aragón, que por uno de esos líos incomprensibles que se arman entre límites provinciales tradicionales y políticos pertenecía a Navarra, a pesar de estar enclavado en terreno aragonés. Lo de loco... Bueno... Aquí sí que sería fácil hablar sobre locura y genialidad y sus manifestaciones desde la infancia. ¿Todos los genios son locos? ¿O todos los locos son genios? No lo sé. Que lo averigüe Kretschmer. Pero de lo que no cabe duda es que Cajal podía serlo todo menos loco. Había un método y un propósito en todo lo que hacía el chico aquél, como hubo siempre un motivo y un sistema en todo lo que hizo el hombre que fue después el chico aquél. Pero muy pocos pueden llegar a relacionar las primeras excentricidades del genio con lo que ha de venir luego. Al

hombre corriente le es más cómodo y más grato pensar que las producciones de las grandes mentes son floraciones esporádicas y casi milagrosas, surgidas en un momento dado para pasmo de la Humanidad. No piensa ni quiere pensar en los años y años de tentativas fallidas, de prodigios de voluntad, de trabajo y entusiasmo sin premio a la vista, porque entonces el ser genio resulta mucho más difícil de lo que parece, y muchísimo menos a su alcance. Y es que no llega a saber que lo verdaderamente genial no es la producción final, pulida, arreglada y puesta al alcance de su vulgar inteligencia, sino el esquema gigante de esta misma obra, construido muchísimo antes, antes que nadie pudiera pensar ni siquiera en su posible existencia, cuando no es más que nebulosa incierta y atormentante en la mente que la concibe. Por eso se ríe mucho cuando ve al genio, sin saber que es genio, hacer cosas raras. De igual modo que el bobo se ríe cuando ve bailar a unas parejas por fuera de una ventana de cristal, porque no oye la música que las guía, tampoco el hombre corriente oye ni siquiera sospecha la música que al genio le suena dentro. Ni ve el resplandor de la hoguera que lo consume. Y por eso también tiene siempre a flor de labios la sentencia: «Ese tío está loco».

Dentro de Cajal ardía la hoguera y sonaba la música. Pero todavía era el tiempo en que la hoguera hace sombras falsas y cambiantes y la música sólo impulsa a danzar con torpeza vacilante. Pero el caso es que ardía la una y sonaba la otra, y esto ya le convertía en un chico diferente a los demás. Un chico de doce años, con muchos caminos ante él y uno solo para elegir. No hay miedo; ya lo encontrará. Pero mientras tanto, echará a andar por algunos de ellos y una y otra vez volverá aspeado y transido y con el regusto amargo del fracaso en la boca.

Bueno. No se rían. Ya sé, ya sé que son cosas de niños. Pero verán cómo parecen cosas de hombres, y sobre todo en ellas está el germen de lo que luego pasó. Además, que al final diré cómo encontró por fin su camino el día que asaltó un cementerio en compañía de su padre, y esto puede que empiece a interesar a los varones sesudos que me lean. Aunque me temo que serán pocos.

6. El camino del poder por la fuerza

Doña Antonia cogió el gabán de don Justo y ayudada por Paula y Jorja lo descosió del todo. Luego dejó correr las tijeras por los bajos, pero no mucho. Lo que sobraba

lo dejó para doble, porque los chicos crecen muy de prisa. El talle también había que meterlo bien y lo mismo las sisas. A coser y a planchar. ¡Santiago, ven a probar! ¿Dónde se habrá metido este crío?

Cuando Santiago apareció un día de enero en la plaza del Instituto había unos chicos repasando las lecciones al sol, sentados en los sillares de la vetusta casa, y otros en dos bandos, jugando al marro, en medio. Éstos fueron los que primero se dieron cuenta de su presencia y automáticamente cesaron en sus hostilidades. Los estudiosos, al hacerse el silencio, de pronto levantaron también las cabezas y se quedaron mirando. ¿Qué cosa rara había en aquel muchacho? Algo hacía que llamara la atención, y así, al pronto, no se sabía el qué. Era alto y bastante fuerte. La cara dura y angulosa. Las cejas juntas como si estuviera enfadado con alguien. Iba vestido… ¡Ah! ¡Sí! ¡El gabán! El gabán era lo raro. Le caía muy mal. Era un corte extraño y sobre todo era muy largo. ¡Vaya facha!

Azcón, el capitán de un bando, tenía catorce años y era un bruto fuerte y grandullón, respetado por sus puños y su mala sombra de matón. Empezó a describir círculos alrededor de Santiago y, al final, se le plantó delante y le dijo:

—Bueno. ¿Y dónde están el arpa y el mono?

Entonces todos cayeron en la cuenta de que aquel chico se parecía muchísimo a esos saboyanos que por entonces recorrían todo el país con su mono y un arpa pidiendo limosna, y a todos les hizo mucha gracia la cosa. La mitad de la gracia, porque estaba bien la comparación, y la otra mitad porque el autor era Azcón. La consecuencia de la gracia es la risa, y por eso Santiago en seguida se vio rodeado de un corro cada vez más numeroso de chicos que se le reían con todas sus ganas.

— ¡El italiano! ¡El italiano! —decían.

La primera embestida de Santiago fue inmediata y sin dejar tiempo a pensársela. Azcón cayó al suelo como consecuencia, pero se levantó de prisa y comenzaron a llover golpes sobre las costillas del de Ayerbe, más pequeño que él. En el corro había varios forajidos a las órdenes de Azcón que, al ver atacado a su jefe, ayudaron a moler al del gabán, con vehemente entusiasmo. Un bedel, tocando palmas a la puerta del caserón, puso fin a la juerga y sobre la dura tierra de la plaza quedó Santiago Ramón sangrando por las narices, desgarrado el cuello de la camisa, todo lleno de huellas de pies y barro el gabán, y la cara magullada. A su

alrededor, casi desencuadernadas y abiertas, la Geografía, la Historia de España y la Geometría.

¡Buen principio! Así no podía entrar en clase. Recogió los libros, se subió las solapas del gabán y se dirigió a la casa de huéspedes donde habitaba, en el Arco del Obispo. La viuda, su patrona, se llevó las manos a la repeinada cabeza al verlo de esas trazas; y don Leonardo Castro, el rebotado de cura que se levantaba entonces y que había sido encargado por don Justo de cuidar del chico, también se asustó de sus trazas y le pidió explicaciones de lo sucedido.

—La mejor defensa es dejarlos estar. No seas tonto —le decía poco después—. Cuando vean que no te molesta que te llamen lo que quieran, se aburrirán y se callarán.

—Sí. Pero ¿qué les importa a ellos cómo me visto? Me las tienen que pagar. Y ese Azcón el primero.

Como ésta, tres. Tres palizas, tres, tuvo que administrarle Azcón al chico del médico de Ayerbe para que éste se diera cuenta de que no sólo hay que llevar la bravura en el corazón, sino también en los músculos y en los huesos. Seguramente que cada chico aisladamente admiraba el tesón del fulano del gabán volviendo una y otra vez a por uvas, sin miedo y sin recuerdo de las magulladuras anteriores. Pero como el animal humano, desde la infancia, es tanto más animal cuanto más congéneres de su especie tiene a su alrededor, siempre había satélites de Azcón que bailaran sobre sus costillas cuando aquél lo tumbaba; y en las eras de Cáscaro, arriba y abajo de las murallas, en la alameda del Isuela, en los claustros del Instituto, en la plaza de la Catedral, se oía gritar muchas veces cuando Cajal aparecía:

— ¡Italiano! ¡Carne de cabra!

Lo primero por el gabán. Lo segundo por venir de Ayerbe. Santiago no tenía más que dos caminos que tomar ante esta situación: aguantarse, comiéndose la rabia y esperar que se cansasen de insultarlo, o recurrir a las autoridades académicas como cualquier chivato cobarde. Naturalmente, no tomó ninguno de los dos, porque para eso era Cajal.

Un día, mientras una epistaxis traumática le adornaba el pañuelo de manchas rojas y le descongestionaba la cabeza, caliente de golpes y de rabia, se planteó el problema como a él le correspondía hacer, en sus justos términos, esquematizó las

soluciones posibles y trazó el plan de conducta definitivo a la vista de los anteriores elementos. Y obrando en consecuencia se fue a la Alameda, se desnudó de medio cuerpo en pleno enero, ¡enero de Huesca!, y comenzó a correr, a subir a los árboles, a cargarse gruesas piedras levantadas a pulso, a lanzar otras a mano o con honda, a hacer ejercicios respiratorios. En fin, a hacer cosas de loco de atar, según Monreal.

Pero el loco, mientras hacía locuras, soñaba y a veces en voz alta:

—Seré fuerte. Más que ninguno. Todos me temerán. Todos querrán ser mis amigos y yo mandaré sobre ellos. Podré con todos, hasta con Azcón.

Poder y mandar. La hoguera le mostraba sombras falsas, pero era debido a que la experiencia no le marcaba más que un modo de ser más que los demás. La fuerza parecía ser el pedestal de encumbramiento a la vista, y ese pedestal tenía que ser para él.

Meses y meses anduvo solitario por sotos y alamedas, corriendo, saltando, respirando, cargando, pegando y lanzando. Es característico del hombre el que se tomara tiempo para sus propósitos, sin impaciencias ni prisas. Desde pequeño aprendió a borrar de su vocabulario la palabra «exceso» cuando de prepararse para conseguir algo se trataba. ¿Hace falta ser fuerte? Pues a hacerse fuerte de verdad. ¿Hace falta ser catedrático? Pues a serlo también de verdad.

Azcón estaba un día en las eras de Cáscaro jugando a ministros y ladrones, muy poseído él en su papel de jefe de ladrones y también de ministros si éstos se desmandaban y querían ganar. De pronto una piedra redonda le dio en la pantorrilla y le hizo lanzar un alarido de dolor. El italiano del arpa y del mico, sin arpa y sin mico, pero con una honda cargada en la mano, se le reía desde lo alto de una almena derruida. La grey obediente se arremolinó alrededor del cacique ultrajado y éste demostró sus dotes de mando trazando en seguida el plan de campaña.

—Tú, Cayuela, Laglera y Tomás, por ahí. Vosotros, por este lado. Cortarle la retirada. Yo le sostendré desde aquí para que no se escape.

Y cogiendo dos piedras en la mano echó a andar valientemente hacia el temerario. Pero el temerario le envió en menos de dos segundos tres bonitas y redondas piedras que le refilaron las dos orejas y le dieron en un brazo con fuerza de balas.

No le quedó más remedio que refugiarse tras unos sillares carcomidos y esperar allí el buen resultado de sus planes. Lo tenía bien a la vista y no podría escapar.

Pero no era la intención del chico del médico escapar. Por el contrario, con una calma asustante y un gesto implacable en la cara huesuda, bajó de la almena y se dirigió al encuentro de Azcón, sin vacilar y con la honda preparada. Él mismo nos cuenta en sus *Memorias* que la psicología de los chicos es más o menos como la de los salvajes, y que una apariencia de valor frío y feroz en los gestos y en la cara tiene para ellos el mismo efecto que si es de verdad; pero esta teoría, como tantas otras, es el puñadito de modestia que tiene siempre dispuesta para tapar agujeros.

Debió de temblar bastante Azcón, por primera vez solo ante Cajal, tras de aquellas piedras que nada protegían. Debió de temblar y de sudar. Y tanto que para no coger un enfriamiento allí quieto, echó a correr desbocado. Cáscaro abajo hasta la carretera, ante el asombro de sus ejércitos que asomaban ahora por las almenas. Cajal se volvió a ellos, y por si el ejemplo de su jefe no les había hecho mucha mella, disparó un par de piedras que le dieron a Cayuela en la tripa y en la cabeza, haciéndole caer fulminado. Con el pretexto de auxiliar al herido, se deshizo la formación de combate y todos se arremolinaron en torno a sus chillidos.

Tobeñas dijo a Santiago, que se aproximaba:

— ¡Hombre, Ramón! ¡No hay derecho! ¡Que nosotros no te hacíamos nada!

Este oírse nombrar por su respetable nombre le dio al chico la medida de su victoria y, magnánimo como guerrero clásico, se acercó a reconocer al caído. Dio una fórmula a base de arcilla y agua del Isuela para el chichón y la sangre de la frente y recomendó un apósito fabricado con una perra gorda y un pañuelo. Fueron cumplidas inmediatamente sus órdenes. Uno de los traidores le preguntó si era verdad que podía atravesar un sombrero en el aire con una piedra.

— ¡Eso cualquiera podría hacerlo!

Y cogiendo un sombrero de paja de los de segador, que llevaba uno de los ex ministros como insignia de su cargo, lo lanzó al viento, y una piedra disparada sin saber cómo por su honda le hizo un limpio agujero en la copa.

—También puedo levantar esa piedra a pulso. Y moleros a todos a palos a la vez.

Los chicos rieron la broma, precisamente porque no les parecía broma, y al fin uno dijo:

—Bueno. ¿Quieres jugar en el puesto de Azcón, ya que se ha marchado?

—Claro que se ha marchado. A hacer de vientre.

Este epitafio coprológico puso fin para siempre a la fama de Azcón. Y señaló el principio de la del caudillo Ramón.

Como en Ayerbe, pero con más poder y campo de acción, Santiago fue desde entonces el indiscutible general de todas las batallas. Es seguro que más de una vez pensaría que la carrera de las armas era la única apropiada para sus dotes de mando y para su audacia y temeridad. Los bedeles del Instituto, los sufridos policías urbanos, los arrieros, los guardas rurales, y cualquier enemigo circunstancial, conocieron bien pronto la estrategia cajaliana. Y también su logística y su táctica. Él no podía hacer las cosas como un Azcón cualquiera y escribió para uso de sus oficiales la Estrategia Lapidaria, famoso tratado que enseñaba desde el proceso de la fabricación de hondas de seda y cordobán, hasta el método infalible de hurtar el cuerpo a varias piedras disparadas a la vez.

Un día, en el callejón trasero del Instituto, se hallaba con sus huestes haciendo maniobras. El supuesto táctico era la defensa de una esquina por el bando azul y su asalto y toma por el bando rojo. Éste era el que mandaba Cajal. De pronto vio cómo el reducto no contestaba al fuego, y sospechando algo anormal se acercó con cuidado a él. El reducto había sido abandonado, y la causa era bastante justificada, porque tres «guindillas», sable en mano, venían a galope calleja adelante. Retrocedió el caudillo ordenadamente y mandó tocar a retirada mientras él cubría a la hueste. Y plantado en medio del callejón, comenzó a ametrallar a los guardias con la máxima velocidad de su honda legendaria.

Los infelices padres de familia metidos a guerreros homéricos sin sospecharlo, quedaron parados por el estupor en plena zona batida. No podía caberles en sus caletres de autoridades indiscutibles por oposición y oficio que un crío les hiciera frente con tan monstruoso descaro, y su tardanza en asimilar este desquiciamiento social paralizó su ataque hasta la perdición. El más adelantado de ellos quedó mirando, sin acabar de creérselo, el puño de latón de su sable sin hoja, porque ésta había sido rota y arrancada por una piedra. El otro sí que se tuvo que creer que le habían dado bien, porque cayó al suelo con un pedrusco en la pierna izquierda, con todas las señas de habérsela partido. Con la natural sorpresa contaba el estratégico

para poder huir él y su ejército, por lo que no insistió en el fuego de castigo, y escalando las tapias y luego las murallas desapareció con todas sus fuerzas sin una sola baja.

Los veinte números de la Guardia Municipal y algunos de la Civil se movilizaron en Huesca para descubrir a los revolucionarios, pero las argucias de Santiago para esconderse y mentir, y sus terroríficas amenazas para los delatores, hicieron inútiles todas las pesquisas.

El guerrero romántico y empapado de bellas historias que era Ramón a los catorce años, por fuerza ha de justificar su nada justificable conducta por medio de ideas-síntesis capaces de sublimar lo que a los ojos de la gente vulgar no pasan de ser pedreas de endemoniados chicos y travesuras de bastante mala sombra. La primera idea que relaciona con el uso y abuso de la fuerza es la del poder. Poder, caudillaje, mando. Es lo que ejercía con notable competencia desde el destronamiento de Azcón, y su dictadura entre el elemento díscolo estudiantil era indiscutible e invulnerable. La segunda idea es la de gloria. Gloria de la victoriosa lucha contra los «guindillas», gloria de las batallas ganadas, a los bedeles. Para conmemorarlas las traducía Santiago en pinturas murales al carbón, que llenaban las paredes blancas de los claustros y de los huertos. Gloria de las batidas en las calles, que quedaban vacías de chicos y de chicas colegiales en cuanto el ejército cajaliano aparecía en una esquina. Gloria que reconocían papas y mamás de innumerables vástagos entre los ocho y catorce años, a los que a la hora de comer recomendaban guardarse de ese demonio de Santiagué como de un rayo en las tormentas.

La tercera idea que señala un grado más de madurez en la conciencia épica es la idea de justicia. Una tarde se hallaba Santiago ensayando una honda nueva en una era, encima de la carretera de Sabiñánigo. Un arriero conduciendo una recua de mulas caminaba por esta carretera cuando una piedra dio en el anca de uno de sus animales, espantándolo. La piedra no la había lanzado Santiago, sino que venía de las murallas cercanas, pero el arriero, un colosal ejemplar de Ansó, vio al chico con la honda en la mano y una vez que hubo sujetado a la mula ascendió a la era y molió a Santiago a golpes. Tanto que el inocente —por esta vez— agredido quedó en tierra contuso y ensangrentado cuando el bárbaro montañés se cansó de atizarle. Pero el espíritu no estaba en tierra, sino tieso e indignado por la brutal

sinrazón, y tiró del cuerpo monte arriba hasta un carrete desde donde se dominaba el camino inevitable de la recua y su amo. Cuando una y otro estuvieron a tiro, la lluvia justiciera de piedras comenzó a caer con inverosímil rapidez, y el pobre ansotano tuvo muy pronto que pensar que aquél era uno de los días más tristes de su vida. La recua, espantada y destrabada, huía por sembrados y desmontes; él mismo, loco e indefenso, corría de uno a otro lado hurtando, aunque no siempre, él cuerpo a las piedras asesinas; la mula vieja, con un relincho lastimero, caía rodando cuesta abajo hasta la acequia y en el agua chapoteaba sin saber cómo salir; una piedra había partido un cántaro de vino que traía y el polvo de la carretera se lo estaba bebiendo con mucho gusto. ¿A dónde acudir? Y, sobre todo, ¿cómo parar el ataque implacable? Relinchos, blasfemias, gritos de dolor, chasquidos asustantes de guijarro volandero contra guijarro quieto del camino (eran peores los que no sonaban pero dolían), galopadas en desorden, carga por el suelo, pateos de impotencia rabiosa hasta el paroxismo: Justicia a secas.

Pero hay una última síntesis que el guerrero romántico y ardoroso no puede concebir, por dos razones: porque sería ilógica su aparición en la quimera gloriosa y triunfal, y porque tendenciosamente está eliminada de todas las narraciones épicas, y más o menos históricas, que nutren su ardor. Es la idea de la muerte.

Y la cosa es natural. ¿Qué necesidad hay de deslucir y entenebrecer los bellos cuadros guerreros? Figurémonos que después de una batalla gloriosa… Pero ¿para qué? No hay sino contar de verdad lo que pasó:

Santiago estaba en Ayerbe después de terminar su tercer curso de bachiller. Era verano y exactamente el 24 de junio de 1866. Para entonces el chico se hallaba en el cénit de su afición guerrera y si bien por ser vacaciones los libros habían sido relegados a tercer tiempo (en segundo estaban siempre) no había descanso para la honda, el palo y la violencia. Cajal pensaba entonces seriamente en ser militar y de los que se mueven y pelean. Al frente de su antigua banda asolaba campos y calles, soñaba con batallas de verdad y no pintaba más que escenas guerreras.

En el pueblo pasaban cosas raras. El nombre de Prim estaba en todas las bocas. Unos decían Prim y Libertad, y eran los que más chillaban. Otros decían Prim y la ruina, y eran cada vez menos, porque se metían en sus casas y atrancaban puertas y ventanas. De Madrid venías noticias graves. Moriones, el civil, y Pierrad, el militar,

eran los revolucionarios de turno en activo. Pero esta vez parece que iba de veras. Tras de los Pirineos — ¿o tal vez ya delante?—, el de los Castillejos venía una vez más a arreglar las cosas para unos y estropearlas para otros. Total: una revolución más, que esta vez se llamaba la de los Sargentos.

Esto a los chicos y a su caudillo les tenía sin cuidado más o menos, mientras sólo fueran palabras. No en vano en cada casa y desde que tenían uso de razón, el único tema siempre actual era el que empezaba así: «pronto se va a armar la gorda».

Pero la cosa empezó a ser interesante cuando vieron a convecinos y a la gente de la comarca acudir en grupos chillones y excitados a determinadas casas, o cuando los vieron salir de esas casas con pistolones y escopetas de caza, cuando luego se desperdigaron por los montes y, sobre todo, cuando vino Manso de Zúñiga.

Hasta que el general llegó, la imaginación de Santiago se marchaba tras de los paisanos armados que salían del pueblo. El talabartero; Roque, el sacristán; los dos hermanos Jarauta, que decían que eran contrabandistas; Ausias, el que fue alcalde y ahora sólo era capador; el infeliz del tío Lucas y tantos otros conocidos, rostros y voces familiares a los que nunca hubiera podido relacionar con sus sueños guerreros; padres de familia, vulgares artesanos y labradores, cogían la escopeta o el pistolón arcaicos y llenándose de cartuchos los bolsillos de la chaqueta de pana, partían monte arriba, decididos y serenos. Santiago sentía nacer hacia ellos un sentimiento de respeto y admiración, y si no hubiera sido por el miedo a su padre, de buena gana habría salido tras ellos tomando el viejo fusil de las requisas. Eran miembros de un ejército, dispuestos a luchar y a morir por su propio coraje y voluntad, y esto hacía crecer a sus ojos las familiares y poco heroicas figuras. Se hablaba de mucha gente. En Bolea dicen que se han concentrado montañeses y carabineros. En Marcuello de Linás hay más de 700 liberales de Hecho y de Ansó. Por la sierra de Gratal bajan muchos más. Sólo de Ayerbe ya han salido 500. La tropa infantil y su caudillo veían desde lo alto de un alcor marchar las figurillas obscuras por senderos y atajos, y sentían como nunca el terrible estorbo de sus pocos años. ¡El pueblo valiente y justiciero!

Pero vino Manso de Zúñiga. Todavía la última boina negra con la última escopeta de chispa se veía tras del calvario de Linás cuando se oyó por el lado de Ayerbe estrépito de caballos y trompetas. Las cabezas de los diez o doce chicos

describieron un ángulo de 180 grados y casi inmediatamente se olvidaron de sus valientes paisanos. En galopada loca bajaron tras de Santiago y al llegar a la plaza baja vieron el mejor de los espectáculos para sus ansiosas retinas. Soldados de a pie, fuertes y curtidos, con equipo completo, altos gorros redondos, coloridos uniformes, y sobre todo los cincuenta coraceros de la Reina, metal brillante, yelmos de plumas, bigotudos y valientes rostros, y al frente el general sobre el caballo blanco (igual que el que tantas veces pintó Santiago debajo del Apóstol, su patrón).

Atónitos, mudos, llenos de un entusiasmo paralizante, los chicos de Ayerbe y más que nadie su caudillo Santiago, contemplaban la hermosa parada. Vieron cómo el alcalde isabelino, ancho de sonrisa y de vientre, salía corriendo de su casa pensando, ya terminados sus terrores de los días anteriores, ponerse a las órdenes del general. Manso, con breves palabras, pidió bagajes y aprovisionamiento, y con un orden perfecto la tropa evolucionó, cargó, formó y partió. El general tenía prisa. El general quería terminar pronto con aquella algarada de paletos. El general volvería a cenar en cuanto los hubiera batido.

Santiago, como hipnotizado, siguió a la tropa, y algunos de sus compañeros le siguieron a él. En el sentimiento del niño iba tomando cuerpo y realidad lo tantas veces soñado: ejércitos gloriosos con el peso de muchas batallas y de muchas victorias sobre las charreteras de los dolmanes, hermosos caballos caracoleantes y fogueados, rostros impávidos hechos para figurar en cuadros de historia. Poder, gloria y justicia a la vez y muy cerca de él, camino adelante, en una acción de castigo contra la chusma rebelde… No importa que la chusma fuera el talabartero, el tío Lucas, los dos Jarauta…, paisanos suyos y buenas personas en general. Todos juntos eran chusma y sobre todo no llevaban estos uniformes, ni estos caballos, ni estos sables deslumbrantes. Poder, gloria y justicia iban camino adelante. Los cuatro valientes que siguieron a Santiago subieron con él a la colina que dominaba Linás, la aldea subsidiaria de Ayerbe, y vieron la batalla. Los infantes se diseminaron por las rocas del desfiladero que da entrada a Linás, y desde allí hostigaron a los rebeldes. Éstos eran muchos y de todas las casas, de todos los graneros, tras de cada almiar, de cada piedra, de cada hoya, se veían salir nubecillas blancas que luego había que relacionar con el ruido seco y restallante del disparo. El general vio que así no iba a conseguir nada y mandó una orden a la

caballería, que permanecía como fuerza de reserva tras de una paridera en campo abierto. Los coraceros vinieron y se metieron desfiladero adelante con alguna premiosidad. Los disparos que venían de lo alto del roquedal espantaron a varias monturas. Otras resbalaban y tropezaban en el estrecho caminejo, y este movimiento de indecisión fue aprovechado por los rebeldes, que se iban corriendo hacia el desfiladero para rechazar a los montados. El general, fiel a su criterio de vencer sin atenerse a reglas guerreras de guerras de verdad (¡estos pobres paletos del fusil de chispa!), montó en cólera y en su caballo, y colocándose al frente de los coraceros Indecisos, tomó carrera contra la aldea, sable desenvainado y en posición de carga. Sus hombres le siguieron, claro está. No hay cosa que arrastre más al soldado que el valor del jefe. Pero los fusiles de chispa de algunos de aquellos pobres paletos acertaron en el cuerpo del general a los pocos metros de lo que hubiera podido ser gloriosa carga. «La gloriosa carga de Linás» la hubieran llamado los periodistas y los historiadores de aquellos revueltos días. Pero no la llamaron nada, porque por orden superior tuvieron que callar el vergonzoso desastre de las tropas del Gobierno huyendo a campo traviesa, en retirada desordenada, los infantes manteniendo a duras penas, encima del caballo, el cuerpo del general moribundo caído sobre el arzón, con un ayudante medroso a su lado que miraba demasiadas veces atrás, y los coraceros demostrando la superioridad de la caballería sobre la infantería cuando tocan a correr.

Por el camino adelante salieron el poder, la gloria y la justicia. Pero sólo volvió la muerte.

Santiago, de pie, blanca la cara casi como la del general, vio por primera vez hombres muertos, moribundos y heridos, arrastrados, traqueteados penosamente por sus compañeros alicaídos y por caballos que ahora parecían mulos matalones viejos y tronzados. Gritos, ayes, sangre y desesperación. El reverso de la medalla.

Obligado por su padre tuvo que ayudarle luego a curar en el palacio de los marqueses, habilitado para hospital de campaña. Y allí sí que tuvo contacto directo con lo que le horrorizaba. En aquellas carnes que se empezaban a hinchar y oler. En aquellas caras blancas por el sufrimiento y la hemorragia; en aquellos gemidos y aquellos uniformes manchados y rasgados se había convertido el hermoso ejército, sólo hecho para la gloria y la victoria, de unas horas antes. Y ni el poder, ni el deseo

de gloria, ni el estar de parte de la justicia habían podido evitar este resultado que nunca le refirieron sus libros de épica. ¿Estaría todo esto al otro lado?

Nada más fácil que saberlo. Porque al cerrar bien la noche, su padre le cargó una mochila de cazador llena hasta rebosar de paquetes de algodón, de vendas y de desinfectantes, y cogiendo él otra más grande echó atajo adelante con Santiago a la zaga, camino de Linás. En la aldea que acababa de pasar a la historia (aunque no fuera más que a la triste historia de aquellos días), no había alegría ni cánticos, ni siquiera centinelas en estado de alerta. Los vecinos y los rebeldes, encerrados en sus casas, atisbaban por las ventanas atrancadas y en el ánimo de todos estaba el miedo de haber matado soldados de la Reina, españoles como ellos, y no el gozo de haberlos vencido. Un paisano armado esperaba a don Justo en una encrucijada y sin hablar lo condujo a una casa. Allí dentro había un mozo ansotano herido en una pierna, que se quejaba en tono bajo. Mientras lo descubría, entraron en la estancia más paisanos y entre ellos varios de Ayerbe.

— ¿Qué pasa por allí, don Justo?

— ¿Ha visto a mis chicos?

— ¿Sabe usted si ha muerto el general?

—Dicen que iba un cuñado mío, que es sargento; ¿lo han herido?

— ¿Cree usted que nos pasaría algo si volviéramos a casa?

— ¡Pero quién me metería a mí en este «fregao»! —resumió uno por fin el parecer de todos.

Toda la noche la pasaron don Justo y su hijo buscando heridos por parideras y cuevas, por cañadas y almiares. Ya en la primera estribación de la sierra de Gratal y dentro de una cueva, vieron a la luz de una antorcha de resina el cadáver de Chiquet, el gigantón de Ansó, figura casi legendaria de mozo salvaje y poderoso, digno habitante de un paisaje hecho para gigantes, admiración sempiterna de chicos y grandes por sus hazañas de fuerza y resistencia. Era el que se había lanzado hacia el general cuando lo vio caer, dispuesto a cargarlo sobre sus hombros y apresarlo como botín y rehén. Pero varias balas de infantería y algún sablazo de caballería dieron para siempre con su poderoso cuerpo en tierra.

No se sabe cómo había llegado hasta él su madre, una vieja incomprensiblemente menuda, si se tiene en cuenta que había parido aquella masa de músculos y de

huesos. Gemía monorrítmicamente sentada junto a su cabeza. La cara de Chiquet, que todos recordaban llena y coloreada, era ahora una cordillera de huesos afilados, partida en dos por tremendo tajo de bordes negros con la sangre coagulada. El tajo acababa en la órbita y dentro de ella el ojo era una informe masa gris incrustada de pelos y tierra.

Santiago, el guerrero romántico que había pintado y soñado hasta entonces el anverso de la medalla, vio su reverso y ya ni pintó ni soñó las mismas cosas. Porque habíale despertado la luz de la realidad, y despierto no hay quien pinte ni sueñe, de no ser un loco o un embustero. Cajal no era ninguna de las dos cosas.

7. El camino del reformista

No supo nunca Isabel que por su culpa le hundieron la puerta del huerto de un cañonazo al tío Santiuste, de Ayerbe. Y además tuvieron que meter en la cárcel a un chico que se llamaba Santiago Ramón y Cajal, porque fue precisamente el que disparó ese cañonazo. La verdad es que a veces la historia tiene unas cosas de risa. Vean, si no.

Era en el año 63. Doña Isabel había llegado a la conclusión —o habían llegado por ella sus variados consejeros— que los liberales hacían muy bien eso de derribar reyes y poner reyes. A ella la habían puesto en el trono de España con bastante facilidad y elegancia. Pero lo que no sabían hacer era sostener reyes, porque entusiasmados con el bonito juego del quitalpón, en seguida querían volver a empezar. Por eso, como ella no quería seguir jugando, decidió reñir con los liberales y hacerse amiga de personas formales que no tuvieran ganas de enredar. En consecuencia despachó a O'Donnell, que aunque tenía tanto de liberal como pudo tener Fernando VII, al menos era el héroe liberal de la revolución del 54, y por consiguiente un símbolo. En su lugar apañó en media hora un gobierno-puente con hombres muy conocidos en sus casas respectivas, como Miraflores, su presidente; el marqués de la Habana, en Guerra; un tal Bahamonde en Gobernación, y otros que no hay quien encuentre por muchos libros de historia que lea. Detrás de estos señores estaba la sombra amedrentadora de Narváez con su satélite González Bravo, y entre todos —ministros oficiales y ministros, oficiosos— tenían la obligación

de hacer unas elecciones de Cortes y Senado. Unas elecciones, claro está, aptas para menores.

Por lo pronto empezaron dando una ley electoral bastante fuertecilla en lo que se refiere a reuniones, censura de palabra e imprenta, propaganda, etc. Los candorosos progresistas, como Moriones, Miláns del Bosch, Olózaga, Muñiz y otros, pusieron el grito en el cielo; clamaron y amenazaron, y como consecuencia de ello se acuartelaron las tropas y se ordenó una rigurosísima requisa de armas.

Una tarde entró en casa de don Justo, el médico de Ayerbe, un sargento de la Guardia Civil y le dijo:

—Lo siento mucho, don Justo, pero me va a tener que entregar la escopeta.

— ¿La escopeta? ¿Y para qué la quieres?

—Yo, para nada. Pero tengo orden de recogerlas todas.

—Bueno, hombre. Por mí ya has cumplido. La escondo y a otra cosa.

—No, no, don Justo. Esta vez va de veras. El gobernador tiene una relación de todas las licencias, y si falta alguna me la cargo. Yo bien quisiera…

Echando chispas por sus ojos saltones, mascullando maldiciones, don Justo arrojó más que entregó al sargento su escopeta, la hermosa arma que no valía menos de cincuenta duros; la que llevaba siempre al hombro nada más que se alejara dos kilómetros del pueblo, porque para eso era el mejor cazador de la comarca.

Santiago estaba delante cuando la entrega y en su extremoso espíritu cobró la vulgar requisa categoría de rendición ignominiosa. Algo así como si Rolando, uno de sus héroes predilectos, hubiera tenido que entregar su espada «Durandal» a los moros, en vez de romper sus cabezas con ella y luego partirla en las rocas de Roncesvalles.

Toda la mañana estuvo rumiando el sucedido y en su interior nacía, con la facilidad con que nacen los hongos en el monte después de la lluvia, una idea rebelde. Santiago hacía poco que había vuelto de Jaca aprobado su primer año de bachiller y le bullía en el magín la inquietud de la aventura y la zalagarda. « ¿Conque requisando armas, eh, Isabel? Mucho miedo tienes. Ya puedes, ya, tenerlo, que si nos provocas…» Hay que advertir que Santiago era siempre antigubernamental. Y lo era por dos razones. Porque sus enemigos naturales, los municipales, los guardas rurales y los bedeles del Instituto eran más o menos funcionarios del Gobierno, y

porque era hijo de su padre y español. Don Justo —lo dijimos antes— era un patriota pesimista. En este sentido se adelantó a su tiempo porque todavía para entonces el patriotismo era sinónimo de chinchín de banda militar, gritar mucho y trabajar poco. Don Justo ya hacía mucho tiempo que había reducido a sus verdaderos términos el sentido de la palabra patriota y lo era mucho más por justipreciar los defectos que por hipertrofiar las virtudes de España y los españoles. Lo que no penetró en la conciencia del país hasta después de la guerra de Cuba y de los hombres del 98, don Justo lo sabía casi treinta años antes. Y Santiago, su hijo, aun sin comprenderlo bien, presentía en las palabras de su padre que no todo era gloria y alegría en su patria y que había muchas cosas que marchaban pero que muy mal. Claro está que como niño profundizaba poco en las causas y le echaba la culpa al Gobierno. Y como en él las ideas habían de seguirse siempre de acción, porque la hoguera de su interior le animaba a ser siempre el primero en todas las bellas causas, se instituyó en paladín del patriotismo reformador.

Al ver cómo despojaban a su padre de su querida arma, su primera acción fue la de pensar que, puesto que el pueblo era privado de sus medios de defensa, no había más remedio que proporcionárselos de alguna manera. Y para empezar pensó en construir un cañón. Rebelarse primero y construir después era siempre en él el proceso natural de su espíritu, cómo era natural también que llevase a feliz término la más difícil y descabellada de las ideas. ¡Vaya si la llevó! Con inverosímil paciencia en un niño de doce años, barrenó una viga de madera con un berbiquí de carpintero, labró en ella un tubo, y lo alisó con una rudimentaria baqueta hecha de trapos y cubierta con lija. ¡Difícil!, ¿eh? Luego reforzó el artilugio con alambre y cuerda embreada y en previsión de que al estallar saliera el tiro por la culata reforzó el oído con una pieza de hojalata arrancada de una alcuza. Aún le quiso añadir carro y ruedas, porque él nunca tenía prisa cuando se trataba de hacer las cosas bien, pero sus compañeros no le dejaron, impacientes por ver el resultado del tremendo trabajo. El resultado, en la opinión de casi todos los que estaban alrededor de Santiago aquel día de verano, era que aquel trasto estallaría en mil trozos en cuanto le aplicaran la mecha. ¿Dónde se había visto hacer los cañones de madera?

Pero Santiago estaba convencido de que no estallaría y para hacerse responsable de sus propias obras no dudó en empalmar el cañón sobre las tapias de su mismo huerto y dirigirlo contra la puerta del huerto del tío Santiuste.

El cañón fue llenado con un buen puñado de pólvora, luego atiborrado de guijarros y tachuelas y en el oído, con pólvora, una mecha de yesca. Por si acaso, la mecha la encendió desde lejos con un alambre y un fósforo. Y el cañón, cumpliendo su deber, lanzó la carga por el único sitio que debía lanzarla.

Aún había humo en el callejón cuando asomó Santiuste la cabeza por el tremendo boquete que le habían hecho en la puerta de su huerto. Astillas y maderos desencuadernados era la flamante puerta que poco antes había arreglado y pintado. Es natural que el hombre no apreciara en su justó valor el progreso que para la ciencia militar representaba el cañón de Cajal y en consecuencia persiguió a los chicos que corrían callejón adelante sin poder darles alcance. Pero como el cuerpo del delito señalaba con toda claridad a Santiago, dejó de correr y se fue a casa del alcalde a denunciar el hecho.

Tres días durmió Cajal en la cárcel de Ayerbe, porque su padre, que ya no sabía qué hacer con aquel anarquista de acción que tenía en casa, se negó a interceder ni a disculpar. Tres días que durmió en el suelo por miedo a los afectuosos insectos de la colchoneta carcelaria. El primer día se lo pasó arrancando trozos de pared para lanzarlos a los curiosos que se asomaban a la reja a ver qué cara ponía el chico del médico encerrado como un criminal cualquiera. El segundo en comer las viandas que doña Bernardina, una amiga de la casa, le traía de escondidas por indicación de la atribulada doña Antonia, y el tercero en pensar el modo de perfeccionar el alcance y la exactitud artillera del próximo cañón que construyera.

Para que luego digan. El segundo cañón lo hizo de metal. Una larga espita de bronce que parecía que iba a aguantar todo lo que se quisiera y que cargó hasta la boca. Bien. Pues estalló en doscientos mil pedazos, uno de los cuales le dio en la frente y en un ojo. Toda la vida llevó Cajal una señal en el iris como demostración de que las cosas para que salgan bien hay que trabajarlas.

Para entonces ya le habían devuelto a su padre la escopeta, porque a doña Isabel se le pasó el miedo, y en previsión de nuevas requisas se compró un viejo escopetón, arrumbado en un granero por un amigo contrabandista, y éste era el

que entregaba y devolvía a la Guardia Civil cuando venía periódicamente cada vez que caía un ministerio (y caía cada mes) a recoger armas. Pero en los intervalos Santiago y su hermano Pedro arramblaban el escopetón y se afanaban en el ejercicio de las armas. Antes tuvo que arreglarlo. Le faltaba el porta pedernal, porque era de chispa, y Santiago le puso una llave de latón con la yesca encendida, le arregló la cazoleta, y el cañón y el oído…

Si vis pacem, para bellum. Y en previsión de que los opresores del pueblo dejaran a éste reducido a su autónoma defensa, aprendió a fabricar pólvora con azufre de la tienda, nitro de la cueva de su casa y carbón de maderas chamuscadas. Con plomo fabricó balines y perdigones.

No había miedo. Con aquella arma y aquellas municiones, no había miedo. Bastaba con que la víctima estuviera un cuarto de hora quieta mientras se prendía la yesca, bajaba el porta mechas, estallaba y lanzaba su proyectil. ¡Que vinieran los enemigos de dentro y de fuera!

No puede ser más cajaliana esta forma de rebeldía contra el principio de autoridad.

A los catorce años, cursado el tercero de bachiller, el matiz progresista de Cajal fue tomando tonos rojizos. En realidad se hizo demócrata, terrible palabra en aquellos inefables tiempos que resumía el extremismo y la violencia. Y fue precisamente su padre, don Justo, el ponderado y recto don Justo, el que tuvo la culpa del desvío político de Santiago.

Como ya tenía un conocimiento bastante exacto de lo que era capaz su chico si se le dejaba suelto otra vez en Huesca, no se le ocurrió cosa mejor que meterlo de mancebo en una barbería. Esto en principio está bien. Sobre todo en la línea de conducta de don Justo es lo más indicado. Primero, porque teniéndolo ocupado todo el día eliminaba las ocasiones de zalagardas y aventuras. Segundo porque nada más apropiado para dominar sueños románticos y apisonar el orgullo que hacerle empuñar la brocha de barbero. Y también ¡qué caramba!, bueno era que el chico aprendiera un oficio, porque al paso que iba mucho era de temer que no se consiguiera hacer de él nada de provecho.

Bien estaba en principio la idea. Pero, ¡mira que elegir la barbería del señor Acisclo! Era como meter en un nido de alacranes un aspirante de talento para ser el alacrán mayor. La barbería del señor Acisclo, situada en la calle de la Correría cerca de la

catedral, era el punto de reunión de todo el elemento revolucionario de Huesca. Matones y guapos que sólo hablaban de Prim, Moriones y de Pierrad, de broncas, jabeques, punzadas y madrugones, de las veces que habían estado en la cárcel y de las cuchilladas recibidas, de barricadas y de alijos, de complots y de «ominosas instituciones»…

—No te apures, chico —decía el señor Acisclo a Santiago cuando los primeros días lo veía con cara de reo en capilla—. Yo no oprimo nunca al trabajador. Tú enjabona y cepilla, que verás cómo te hago oficial apoco que te lo ganes. Y tres duros al mes y las propinas no es mal porvenir…

Y luego de haberle trazado este consolador cuadro de las dichas que le esperaban siendo rapabarbas, se metía en la trastienda con unos misteriosos individuos que venían apresurados y mirando de reojo como no podían menos de hacer los benditos revolucionarios del sesenta y tantos. Entonces el oficial, Faraute, dejaba de pulir la herramienta y de sobar la correa para coger la guitarra que guardaba en un armario. Y poniendo cara sentimental —todo lo que se lo permitían sus mejillas rollizas y sonrosadas— entonaba endechas de amor a la fregona que estaba de turno en su corazón. De la trastienda salían voces airadas y puñetazos.

— ¡No puede consentirse!

— ¿Quieren sangre? ¡La tendrán!

Y en voz más baja:

—Hay que estar preparados. La cosa viene pronto.

Santiago conoció, como nunca, en aquella logia revolucionaria los gloriosos hechos y personas del liberalismo español. Bien pronto aprendió la vida y milagros de Prim, de Pierrad, y de otros caudillos. Un día dibujó e iluminó el busto de Prim y debajo escribió una décima inflamada de amor a la libertad y de patriotismo. Cuando Acisclo vio la obra de arte en el primer pronto dio a Santiago un abrazo y un duro… Luego se apropió del cuadro y todos los conjurados que acudieron aquella tarde a la tiende admiraron el arte y las disposiciones democráticas del mancebo. El oficial también se alegró mucho porque había tenido una idea. En su alma, que babeaba amor para cuantas virtuosas de fregadera conocía en «El Edén» los domingos, había una pena: escribía mal y, sobre todo, no sabía hacer versos. Esto en un galán del sesenta y tantos era un gravísimo inconveniente. Tocaba la guitarra, sí, pero la

guitarra es un medio de expresión de los propios sentimientos poco apta para la comunicación con la persona amada, y por otra parte la solfa de números no daba para mucho repertorio…

Desde aquel feliz día se selló un ventajoso trato entre los dos dependientes del señor Acisclo. Santiago escribía versos para las amadas de Faraute, y Faraute daría a Santiago permiso para escaparse cuando el señor Acisclo se fuera a sus negocios revolucionarios, que era la mayor parte del día.

Y de esta manera, Santiago, que hasta entonces sólo dispuso de las horas de clase, para salir, tuvo para él solo tardes enteras.

Su hermano Pedro habitaba una casa de huéspedes, porque don Justo quería tener separados a los dos hermanos para evitar la contaminación. Pedro era un chico formal que prometía, si no se maleaba a la vera de Santiago. Pero a los dos les faltaba el tiempo para reunirse en cuanto las circunstancias se lo permitían. Y Santiago supo infundir en su hermano el sentimiento patriota reformista, por lo que su diversión favorita era por entonces prepararse para revolucionarios feroces y de acción. Practicaban la construcción de barricadas, la lucha callejera y de guerrillas, la improvisación de arengas patrióticas y libertarias. Un día Pedro se encontró en una escombrera una moneda reluciente. Después de bien pulida vinieron en conocimiento de que era un doblón de a cinco duros, íntegro fue invertido en la compra de un escopetón que hacía mucho tiempo les tentaba desde el escaparate de la armería, y con él en bandolera, con los bolsillos llenos de perdigones y de pólvora, esperaron confiados a que Prim pasara los Pirineos. Mientras tanto gorriones, tordos y picarazas recibieron en sus carnes, con dolor, el plomo de los demócratas.

Pero el espíritu de Santiago niño tenía ya bastante capacidad crítica para no tomar demasiado en serio estas cosas. Puede decirse que en este camino ya estaba de vuelta aun antes de haber llegado. Asoma de vez en cuando en las *Memorias* de su juventud una risa socarrona por entre las líneas que indica transparentemente cómo consideraba una broma, trágica pero broma, todos los manejos revolucionarios de opereta característicos de la época. Progresistas y demócratas, moderados y neos, eran para él bobos candorosos o granujas redomados, sin distinción de partido. Siempre fue don Santiago un ecléctico y el germen de su eclecticismo pudiera ser

su repugnancia a toda doctrina indiscutible y a toda idea consagrada. Había sin duda en algún lugar de su cerebro un espacio destinado a la cuarentena donde toda opinión tenía que pasar un tiempo antes de ser digna de asimilación. Y muy pocos ideales políticos hay capaces de sobrellevar sin daño esta cuarentena.

El profesor de Griego del Instituto era ultramontano y constitucional furibundo. El profesor de Filosofía, el buen don Ventura, que en cierta ocasión le salvó de un suspenso general, era carlista y apostólico. En clase de Griego pintaba al profesor vestido de miliciano con un ros altísimo donde se leía: «Viva la Constitución», o a cuatro patas montado por Espartero. En la clase de Filosofía pintaba a don Ventura furibundo, pegándole en la cabeza con la *Escolástica* de Santo Tomás a un pobre Voltaire enclenque y arrugado. Y es que Santiago mostraba ya de niño el germen de lo que luego habría de ser su maravillosa y universal amplitud de criterio. Por eso transigía con las ideas y con las personas, pero no transigía con la injusticia, la intolerancia y el hermetismo a toda discusión. Por eso se reía en las barbas del profesor liberal, irascible, vidrioso e intolerante, y en cambio cuando oía despotricar de modo tan frenético y personal a don Ventura contra Locke, Condillac y Rousseau, se sentía racionalista por llevar la contraria.

El profesor de Griego, que fue trasladado a Cataluña antes de terminar el curso, dejó el encargo explícito a sus compañeros de Instituto de suspender a Santiago y lo suspendieron. Don Ventura, el profesor de Filosofía, indignado hasta la apoplejía por una caricatura suya hecha por Santiago en la tapia de un solar (hay que advertir que era tuerto y los chicos de la calle se pasaron toda una tarde apedreando en efigie al tuerto Ventura), lo suspendió también en otro curso con gran aparato de tribunal especial y durísimos reproches. Pero estas cosas no hacían sino confirmar en Santiago la estulticia pétrea y roma de los espíritus intransigentes, sean del color que sean.

Ramón y Cajal era sólo patriota y el patriotismo de verdad no sabe de colores. Si no estuviéramos convencidos de esto nos convenceríamos leyendo la descripción que en sus *Memorias* nos hace de la Revolución de Septiembre. Es una descripción que difícilmente encontramos en ningún autor español de fin o principios de siglo sin imprimirle una determinada tendencia. A no ser que este español vuele muy por encima de la pasión política y sea nada más y nada menos que patriota.

Es un capítulo tan exento de partidismo que más bien parece escrito con el desapasionado objetivismo con que un historiador de nuestros días escribiría los líos de güelfos y gibelinos. Y sin embargo la revolución que destronó a Isabel II aconteció cuando Santiago tenía dieciséis años, en el 1868, y cuando escribió sobre ella todavía estaba España bajo los intensos y extensos efectos de la asonada.

Se recrea Cajal cuando habla de la revolución buscando el contraste entre sus hechos cumbres hipertrofiados por la épica y la historia, y sus menudas repercusiones aldeanas. Algo así como si a espaldas del gran escenario de la Historia oficial hubiera una mojiganga de guiñol queriendo imitar con más sinceridad lo que se representa para la posteridad. Hay algo de la amarga risa de Cervantes cuando después de referirse a la batalla de Aleo lea, a los héroes del momento, a Prim, a Serrano, a Topete, al ideal progresista, nos habla del Carretillas causando la envidia y la admiración de los vecinos de Ayerbe con su uniforme de miliciano nacional veterano, ofendido por treinta y tantas generaciones de polillas; de los chicos fabricándose con cartones roses y escarapelas, del pobre peón cantando por las calles:

Ya pensaban los rurales
que nunca s'acabaría
el cobrar los ocho ríales
sin saber d'onde saltan.

A un pobre pastor que hace profesión de liberal consciente y decidido, hablando pestes de los Borbones, le preguntan:

—Pero, ¿tú sabes quiénes son los Borbones?

— ¡Otra que Dios! Los rurales.

Porque el pobrecito no tenía más altos enemigos en este mundo que los no menos miserables guardas rurales que en alguna ocasión le habrían multado por coger vencejos del monte.

En el palacio de los Marqueses, sin marqueses dentro, se instala la Junta Revolucionaria. A la puerta hacen guardia constante un retén de conspicuos liberales con trozos de uniforme de la guerra de África, con fusiles de chispa, hoces

y navajas. Da lo mismo porque nadie alberga el propósito de dar un golpe de Estado en Ayerbe. Los caballeros de la Junta se reúnen múltiples veces para gobernar eficientemente el pueblo y resulta que como nada se ha desgobernado nada hay que gobernar, y se miran unos a otros para ver a quién se le ocurre alguna cosa que decretar para dar así pruebas del poder de la flamante Junta. Ya se les ocurren cosas, ya, a los más brutos; pero como siempre están allí o Pueyo o Fontaona o Nivela, que son los únicos que saben lo que se traen entre manos, no prosperan las ideas de confiscar las tierras al alcalde isabelino o fusilar al cabo de los rurales para escarmiento. Por fin un histórico día la Junta suda un decreto. No es de ella en realidad, sino que viene ordenado de la Provincial, pero el pregonero lo lee en la plaza Alta y en la Baja como si hubiera salido de su propio caletre:

> *«Las campanas todas del pueblo, menos las de los relojes, serán desmontadas para llevarlas a la Casa Nacional de la Moneda».*

Se asombra y deplora Cajal con todo el pueblo la estupenda medida, imaginada sin duda para llenar los bolsillos de calderilla a todos los españoles, y participa luego en la algazara de todo el pueblo cuando piden otras campanas porque no saben vivir sin ellas. Nadie se casa, se bautiza, se duerme ni se muere a gusto desde que los campanarios están vacíos. Todo esto nos cuenta Cajal, mucho mejor naturalmente, de la Revolución de Septiembre. En su narración habrá amargura, humorismo, humanidad, comprensión. Pero no política, y esto ya es mucho para un hombre de su tiempo. Porque Cajal, el enamorado del color, tuvo una cosa que no quiso colorear nunca y fue su patriotismo…

8. El camino del arte

Doña Antonia Cajal, sentada en el viejo sillón de cuero, leía reposadamente y en voz alta las cosas que le pasaban a la pobrecita Genoveva de Brabante. Paula y Jorja, con las labores en la halda pero sin dar una puntada, la oían, y cuatro lágrimas, dos para cada una, asomaban en los respectivos ángulos internos de los ojos. Un poco más lejos, Santiago, largo sobre una alfombra de esterilla, oía también, fija la mirada en los labios de su madre y la cabeza apoyada en las palmas

de las manos. Imaginaba feroces torturas para el malvado lugarteniente del señor de Brabante y por vergüenza no lloraba también al pensar en las desgracias de Genoveva y de su vástago. Pedro también estaba allí, pero aquel día le tocaba de guardia y por eso tenía un ojo y un oído —los del lado derecho— para ver y oír a su madre y el otro ojo y el otro oído —los del lado izquierdo— para vigilar por la ventana que daba al patio.

Doña Antonia, insensiblemente, adoptaba un tono quejumbroso y doliente para leer las tristes reflexiones de doña Genoveva llorando sobre su hijo enfermo en la cueva. Lloraban Paula y Jorja ya sin recato sobre las inacabables mantelerías en el regazo. Se sorbía los mocos Santiago para derivar así dignamente hacia las fosas nasales la humedad de sus ojos, y hasta el ojo libre de Pedro parpadeaba en exceso. Aquello era el jubileo de las secreciones lagrimales. Pero no debemos extrañarnos porque estábamos en el sesenta y tantos y en plena pandemia romántica. En aquellos felices tiempos en que cualquier reunión familiar o amigable tenía que acabar con una llorína a coro para que se pasase del todo bien.

« ¡Madre!, decía la temblorosa voz del enfermito devorado por la fiebre…»

— ¡Madre! —dijo en la realidad Pedro, apartándose con rapidez de la ventana—, ¡que viene, que viene!

El que venía era precisamente don Justo, y su anuncio era en estas expansiones sentimentalistas de la familia Ramón la más brusca y antinatural de las interrupciones. Algo así como cuando sobre la culminante escena del segundo acto en un drama cae el telón de los anuncios.

Paula y Jorja se enjugaron a toda prisa las lágrimas. Doña Antonia se levantó dirigiéndose al arca donde guardaba los novelones, y Santiago se le adelantó diciéndole:

—Traiga, madre. Ya se lo guardaré yo.

Y se lo guardó. Pero no en el arca, sino debajo de la chaqueta, echando a correr escaleras arriba a refugiarse en un reducido palomar.

Una vez arriba se sentó ante el tablero que le servía de estudio y apartando de un manotazo displicente el *Álgebra* de Bailarín, y la *Psicología* de Monlau, que permanecían abiertas desde la última escapada, se aplicó con ardor a leer el sensiblero novelón.

Una hora más tarde el depósito de su inspiración estaba rebosante, y empinándose en una silla de anea que estaba situada debajo de la claraboya saltó al tejado y sacó de junto a una chimenea, debajo de un recipiente hecho de tablas y ladrillos, papel, pinturas y lápices y se puso a dibujar una señora bastante enteca para el gusto del tiempo, cubierta con unas hermosas pieles en una cueva llena de sombras y de temores junto a un niño moribundo, a la luz de una antorcha de llamas amarillas y rojas.

La tarde iba cayendo sobre Ayerbe y en el Somontano unas nubes blancas se corrían hacia el Este como una formación de naves sobre un mar rosa y azul pálido. Santiago, terminada ya de pintar la triste escena, se ensimismó mirando el horizonte sobre la mancha parda de los tejados, oyendo las esquilas del ganado de vuelta al aprisco, y viendo las últimas parvas de las eras lanzadas al viento. Quizás alguna de aquellas nubes le trajera un recuerdo de sus últimas lecturas, porque en voz alta comenzó a declamar:

Con cien cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no cruza el mar si no vuela
un velero bergantín…

Y sin transición, tomando otro papel, hizo surgir con extraordinaria rapidez, debajo de la punta de su lápiz, tenebrosa escena de naufragio. Un bello velero escorado mortalmente, dejaba caer por estribor unas figurillas perneantes y braceantes. En primer término dos personas de distinto sexo, abrazadas, se lanzaban al agua para morir juntas sin duda, y una cabeza en trance de aborrecer para siempre la dieta hídrica emergía de las olas furibundas…

La falta de luz le impidió iluminar con colores la sugestiva escena y el lápiz se paró sobre un brazo convulsivo que se agarraba a la popa de un bote de salvamento.

Quieto y silencioso permaneció el chico un rato más en la ya casi oscuridad. Por una ventana situada al flanco de un tejado más abajo que el suyo salió un resplandor oscilante como de vela conducida de un lado a otro. En el reloj de la iglesia sonaron

los tres cuartos para las nueve. La inspiración y el estado de ánimo de Cajal, que no perdía ripio, le hizo recitar esta vez con voz baja y profunda:

Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué.
Suenan las once en un reloj vecino…

Estaba visto que el amigo Espronceda ocupaba un selecto lugar en los particulares afectos de Santiago.

Quizá nos hubiéramos visto obligados a enterarnos de todo lo que le pasa al señor del quinqué y del reloj, si no fuera porque un hecho importante derivó la atención de Santiago siempre despierta. Por aquel ventanuco del resplandor se empezaba a ver cosas que no había sospechado antes. La luz de la vela descubrió el interior de aquel cuarto alto mucho mejor que la luz del sol, rechazada durante el día por la pared blanca. Y dentro había cosas interesantes. ¡Vaya que sí! Por lo pronto unos tableros horizontales y grandes llenos de pequeños bultitos. ¡Claro! ¡Si era la casa de Coiduras el confitero! Aquello eran pastas y bizcochos a secar. Pero lo más importante estaba detrás. Unos amplios anaqueles llenos de libros que ofrecían sus lomos multicolores a la luz oscilante.

Pensamiento y acción siempre juntos. Nada más que la luz desapareció de la ventana, Santiago reptó tejado abajo y, pasando de un salto al cercano, penetró por la abertura en el granero de Coiduras. Llevaba fósforos entre otras muchísimas cosas en sus bolsillos y tres de ellos le sirvieron para saber que acababa de descubrir un tesoro. Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine, Lesage, Dumas, Fernández y González, Cervantes, Quevedo, Calderón… estaban allí redivivos en sus obras para que los conociese Cajal. *René, Aísla, El jorobado de Nuestra Señora, El noventa y tres, Graciella, Gil Bla, Men de Sanabria, Don Quijote*…, placer del confitero Coiduras y ahora también para Cajal.

Desde aquel día Santiago amplió sus horas de estudio en el palomar para alegría de su padre. En realidad, gran parte del día se lo pasaba en los altos y, si alguna vez don Justo subía, veía a Santiago estudiando siempre. Siempre que subía él, claro está, pero en el momento que desaparecía, sobre el tablero aparecía la novela de

turno. No tomaba nunca más de una y luego la reponía cuidadosamente en su sitio. Nunca tocó una pasta ni un bizcocho. Siempre es más fácil notar la falta de un bizcocho que la de un libro. Y conste que esto no está dicho con mala intención.

El ansia espiritual de Cajal penetró desbordadamente en el campo de la literatura y al principio llevó sus apetencias al compás de los tiempos y de sus años. Esa ansia de cosas indeterminadas, deseo de no se sabe qué, impera en los adolescentes como expresión de su vitalidad sin objetivo conocido; era ley también en él y encontró pasto apropiado en las obras románticas de la época. En cambio, no le gustaba Cervantes. Varias veces cogió el *Quijote*, impulsado por la fama oficial del libro, con ánimo de leerlo y procurar entenderlo. Pero siempre lo dejó porque repugnaba a su actual estado de ánimo la risueña amargura de su realismo. ¿Por qué el noble caballero, encarnación de todo ideal heroico y amoroso, había de ser siempre vapuleado y puesto en ridículo? ¿Por qué un Sansón Carrasco cualquiera había de apalear, al héroe digno y valiente?

Por las noches, después de cenar, esperaba con ansia que llegara María. Y cuando llegaba hacía infinidad de tonterías para atraer su atención y mil filigranas para poder sentarse a su lado. María era amiga de sus hermanas, tenía dos años menos que él pero apuntaba unas formas de mujer que a otro que pensara más a ras del suelo hubieran hecho figurarse la mujer rellena en exceso y prolífica madre que fue luego. Pero para Santiago, María era entonces la Graciella de Lamartine, y cuando le sostenía la madeja de lana para que devanara el ovillo, soñaba con apasionados paseos a la luz de la socorrida luna. Nunca le dijo nada, porque hasta las palabras podían desvanecer el bello sueño, pero le enseñaba sus dibujos a hurtadillas, le hacía pequeños obsequios y se enfadaba mucho ante las risitas de sus hermanas. Secretamente le hacía versos, en los que cabellos rimaba siempre con bellos y corazón con pasión. Leer novelas románticas, amar en silencio a una niña de catorce años, soñar despierto y hacer versos son, como sabemos, síntomas vulgarísimos de una enfermedad que podemos llamar sarampión del alma adolescente. No tenía por qué escaparse a ella Cajal. Pero sí es muy propio del hombre la manera de curarla que tuvo. La curación de esa enfermedad en la mayoría de los humanos es de tipo pasivo. Es decir: nadie hace nada para evadirse del ataque sentimentaloide y, juzgándolo como una actitud de ánimo independiente

de la voluntad, se reacciona mientras dura de acuerdo con esta actitud, hasta que el tiempo y los sucesivos choques con la realidad van haciendo desaparecer el proceso. Santiago, por el contrario, curó de una manera activa, por su propio esfuerzo y durante su niñez. El primer síntoma de su curación lo constituye el *Diccionario Cromático*, extraordinaria idea para surgir en la mente de un niño, sólo explicable cuando se mira desde la distancia de un biógrafo posterior que conozca toda su obra. Porque conociéndola se llegará a la conclusión de que don Santiago era un «visual». La vista es en él la ventana más amplia y transparente, abierta a la realidad del Universo, y casi únicamente por este órgano se nutre su cerebro privilegiado. Como quien oye llover escucha las lecciones de sus profesores de Instituto o de Facultad. Pero cuando uno de éstos se levanta del comodón asiento tribunicio y tomando un puntero muestra un mapa, o dibuja en cuatro trazos un paralelogramo de fuerzas, o señala en el hombre plástico el relieve del músculo sartorio, el indiferente y adormilado alumno se despabila, y el mapa, la teoría física o la situación del músculo quedan ya en su memoria con huella indeleble. Por eso el microscopio, que al fin y al cabo no es más que el perfeccionamiento del órgano visual, representa para él un trascendental descubrimiento cuando lo conoce. ¡Y tanto! Como que a través de él quiso juzgar no sólo el microcosmos, sino también el macrocosmos.

Es, pues, natural que de las irrealidades románticas, del falso mundo del sentimentalismo de su época, lo redimiera su sentido de la vista, y como primitiva doctrina de esta redención compusiera el *Diccionario Cromático*.

La cosa fue así: Santiago pinta con frenesí paisajes y personas, santos y héroes, castillos y florestas durante su niñez pueblerina, reducida a la aldea, pobre hasta de paisaje, y en esa fase los colores son producto directo de su fantasía desenfrenada, o copia de litografías no menos fantásticas. Pero luego va a Jaca y a Huesca, sale de la concha aldeana, y entonces observa con asombro que los montes no son como él los pinta, que el verde tiene una infinita variedad tónica que por sí solo llena su panorama, que al ponerse el sol tras el castillo de Monte Aragón no es el bermellón y el azul que él repite siempre, sino un milagro diario de color que nunca captará del todo. Ve jardines, flores, montañas nevadas, cuadros de auténticos pintores… y entonces se avergüenza del primitivismo de sus pinceles, de su amaneramiento, de

su falsedad. Y llega a la conclusión de que la realidad infinita de la Naturaleza es mil veces más bella que la fantasía limitada de un cerebro humano. En este punto su inmediato deseo es captar esta realidad y, procediendo de una típica manera cajaliana, no encuentra otro procedimiento que desmenuzarla para comprenderla. Por eso hace el *Diccionario Cromático*, un álbum en el que consigna, por escrupuloso orden, todos los colores con los tonos, matices y combinaciones de cada uno, pero no a capricho y ocurrencia, sino a medida que los va encontrando en el mundo exterior, procurando conseguir un ejemplo coleccionable en cada caso. Santiago no conoce la gama cromática de Chevreuil —naturalmente— y sin embargo la mejora. Durante meses pone toda su voluntad y tesón gigantes en la tarea y va llenando un grueso álbum con infinitas muestras de colores al lado de trozos de rocas, de insectos, de flores silvestres… Los verdes están representados en su inagotable variedad: el verde franco del césped, el verde azul del olivo, el verde negro del ciprés, verde amarillo del boj, verde gris de la encina. Aprende que la Naturaleza no ofrece colores simples: que como si fuera una sinfonía, sus acordes son la mezcla de sonidos primarios. Y cuando una tonalidad recién descubierta campea sobre un objeto que tiene dueño, se apropia de él porque su pasión estética está muy por encima de restricciones humanas. Así roba, sin remordimientos, de macetas y jardines, claveles, alhelíes, zinnias, jacintos… Algunas veces las cosas se ponen difíciles y en una ocasión asalta un huerto tapiado para apoderarse de una rosa de Alejandría que codiciaba por su raro color y su fragancia, ayudado por dos compinches de esos que siempre se encuentran para hacer algo prohibido. Santiago en esta ocasión pudo saltar la tapia a tiempo, cuando unos gañanes mostraron vivos deseos de romperle la cabeza con una estaca, pero sus compañeros pagaron por él y molidos volvieron a sus casas para guardar cama unos cuantos días. En otro lugar está referida la aventura de la rosa de té, hurtada al jefe de la estación con intervención de un guardia y de una zanja de tarquín… Siempre ha sido duro el camino del idealista.

Vemos, pues, que Santiago, el niño huraño, insociable, rebelde, lleva un mundo estético en su interior, en plena vida y vibración, en el que todo evoluciona al compás de la propia formación espiritual. En su tierna edad pinta batallas y santos; más tarde, influido por las lecturas románticas, pinta naufragios, cementerios,

castillos sombríos y escenas de muerte. Luego siente la obsesión del paisaje, y en sus cuadros el paisaje solo, sin presencia humana, es el protagonista —humanización de la Naturaleza—; y al final de esta evolución, en plena adolescencia, acude solícito al llamamiento de la realidad y siente la obsesión del color y de la luz, aspirando ambiciosamente a captar las cosas como son, eliminando el prejuicio de la fantasía y el sentimiento.

El autor no puede menos que, al llegar aquí, recalcar un paralelo sorprendente. Es el paralelo que se puede establecer, sin duda alguna, entre la evolución del sentido artístico de Cajal y la que por las mismas fechas aproximadamente se estaba fraguando en la historia del arte universal.

De Géricault con su *Coracero herido*, su terrorífica *La balsa de la Medusa*, siguiendo con Delacroix y Meissonier con sus cuadros de batallas multicolores llenos de moros, de cimitarras, de sangre y tragedia, representantes todos ellos del romanticismo apasionado, fúnebre y vibrante, se había pasado al realismo crudo de Courbet, el que decía que «los museos debían cerrarse durante veinte años para librar a los artistas del morbo de la imitación y que pudieran ver las cosas con sus propios ojos»; luego a los paisajistas, con Corot, que descubrió la belleza espiritual —se podría decir humana—, del paisaje solo, sin ninfas ni faunos, ni reyes cazando; después al naturalismo sencillo y tierno de Milet con su célebre *Angelus*, y por fin a desembocar en los impresionistas con Manet, Whistler, Sisley… Precisamente la idea de estirpe intelectual que justifica el impresionismo es en esencia la misma que la que llevó a Cajal a crear el *Diccionario Cromático* a los catorce años. Los impresionistas son los pintores científicos que prescinden del sentimiento para aplicar a la pintura las leyes de la física óptica. Dicen, que al igual de lo que sucede en la Naturaleza, el color depende de la reflexión de la luz y de la mezcla y refracción de los colores vecinos, percibiendo la retina el conjunto de la imagen según la disposición de estos elementos. Por esto debe pintarse de manera que sea en la retina donde se mezclen los colores de pinceladas yuxtapuestas y no mezclarlos en la paleta, donde se enturbian y se hacen opacos a los medios tonos. Del mismo modo, Santiago quiere desmenuzar la luz y el color en sus elementos simples para luego asociarlos en el logro de una imagen fiel a la realidad. Será su idea, torpe y balbuciente, y sin fundamento científico, sólo intuitiva, pero es la

misma. Y como vemos, es indudable así el paralelo entre las dos evoluciones. Entre la evolución intrascendente y chiquitita del sentido artístico de un niño y la gigante y trascendente del sentido estético universal. Pero por algo el espíritu de este niño ha de llenar luego todo un capítulo del progreso universal.

Es lógico que un «visual» como es nuestro hombre llegue por el arte plástico al conocimiento de la verdad. Por eso fueron primero sus pinturas las que acusaron esta huida del sentimentalismo romántico irreal y enfermizo, pero a continuación, y como parte de un proceso natural, evolucionaron también en el mismo sentido sus lecturas, su conducta e incluso sus sueños, último reducto del sentimiento.

Aquí es preciso hacer constar que en esta evolución intervino de un modo muy eficaz también don Justo, su padre, gran demoledor de fantasías. Así, para apagar pasiones de ánimo y castigar rebeldías, no se le ocurrió al bueno de don Justo otra cosa que suspender los estudios de Santiago y meterlo a zapatero remendón. Pensaba, con su criterio inflexible y unilateral, que zapatero remendón podía catalogarse entre los oficios viles inventados a propósito para encarrilar mozos dados a la quimera y a la gandulería. Y dentro del oficio los menesteres más bajos fueron reservados para Santiago en casa de aquel bruto de remendón, establecido en Gurrea de Gállego, como después en casa de Pedrín, en Ayerbe, el que de acuerdo con don Justo se esforzaba en darle al pobre Santiago una vida de perros. Berzas y patatas para comer y cenar, un cuarto oscuro, lleno de telarañas, para dormir, y sustracción rigurosísima de lápices, papeles y novelas. Pero aun en estas duras condiciones el espíritu indominable no rebló, y con una propina que le dio la condesita de Parcent por arreglarle una botina, rota en una cacería, se proveyó de nuevos elementos de trabajo y, de noche, a la luz de una vela, pintaba infatigablemente. El espíritu no rebló y hasta tal puntó, que en la misma práctica del bajo oficio encontró cielos para volar. Así lo reconoció Pedrín cuando fue de propio a ver a don Justo para decirle que su chico era un verdadero descubrimiento como zapatero y que esperaba en breve hacerlo el mejor oficial de Aragón. No sólo Pedrín sino toda la clientela lo apreció así, aumentando sin cesar, y un tal Fenello, propietario de un taller grande y afamado de la plaza Baja, lo contrató en excelentes condiciones, encargándole de la obra fina y de compromiso. Las señoritas de Ayerbe lucieron desde entonces los zapatos abotinados hechos por

Santiago, con gran contento y satisfacción, pero sin saber que en las filigranas de las punteras y en el torneado de los tacones estaba por aquellos tristes días encadenado el genio de Cajal.

Volvió a estudiar, naturalmente. Don Justo, un día creyó suficientemente sojuzgados los sueños y rebeldía y lo llevó a Huesca. No lo dejó suelto, desde luego, porque lo puso de mancebo en la barbería de un tal Morruel, asentada en la plaza de Santo Domingo, pero en cambio llevó su condescendencia hasta dejarle matricularse en dibujo.

Don León Abadías fue su maestro en este arte y fue bajo su disciplina donde completó la evolución que hemos referido anteriormente. En unos días agotó todas las láminas del curso y las que don León le dejó y pasó a dibujar del natural y luego a pintar a la acuarela. Deturbio en turbio pasaba el día dibujando y pintando, y fueron aquellos tiempos los más felices de su accidentada infancia. Porque sin esconderse de nadie, con la aquiescencia oficial, la tolerancia paterna y la admiración del maestro, podía entregarse a su pasión favorita: dibujar y pintar, dejar en el papel para siempre su visión personal de las cosas y de las personas, reflejar los mil aspectos de su antigua amiga la Naturaleza, iluminarlo todo con las llamas de su hoguera interior…

Y sin embargo, fue éste el momento en que se truncó para siempre su carrera artística.

¿Cuál fue la causa? Para un observador superficial podría ser la contestación de don Justo al profesor Abadías, cuando éste se desplazó de propio a Ayerbe para hablar con él. Don León había dado a Santiago sobresaliente y premio en su asignatura, y manifestaba, a quien le quería oír, que en su clase había una futura gloria de la pintura. Acosado por el sentido del deber, un día fue de propio a Ayerbe para decirle al médico que su chico debía sin duda alguna tomar el camino del arte pictórico. Don Justo dijo «no», y el bueno de Abadías comprendió que era bastante decir. Era mucho don Justo… Pero la verdad de la verdad es muy otra. Santiago no fue pintor porque el no serlo estaba predestinado en el proceso natural de la evolución de su espíritu. Correspondió esta época a que nos referimos a lo que pudiéramos llamar su fase científico-impresionista, fase peligrosa, límite en la evolución estética del cual sólo puede retrocederse en movimiento pendular para caer en la reacción, en el

idealismo de Puvis de Chavannes, o, si se continúa, dejar de ser artista para convertirse en artesano o en científico. Esto último fue lo que le pasó a Cajal y la causa desencadenante fue que un amigo oscense le facilitó el acceso al taller de un fotógrafo.

La fotografía estaba entonces en el principio de su gran desarrollo. Todavía los fotógrafos ambulantes usaban el lentísimo proceder de Daguerre sobre láminas de plaqué, pero los ya consagrados conocían el colodión húmedo y el yoduro y bromuro de plata sobre cristal.

Santiago fue al taller del fotógrafo y… Pero será mejor que nos lo cuente él mismo.

Todas estas operaciones indecible asombro, pero una de ellas, el revelado de la imagen latente, mediante el ácido pirogálico, causóme verdadera estupefacción. La cosa me parecía sencillamente absurda. No me explicaba cómo pudo sospecharse que en la amarilla película del bromuro argéntico, recién impresionada en la cámara oscura, residiera el germen del maravilloso dibujo capaz de aparecer bajo la acción de un reductor. ¡Y luego la exactitud prodigiosa, la riqueza de detalles del clisé y ese como alarde analítico con que el sol se complace en reproducir las cosas más difíciles y complicadas, desde la maraña inextricable del bosque, hasta las más sencillas formas geométricas, sin olvidar hoja, brizna, guijarro o cabello…!

Y, no obstante, aquellos modestos fotógrafos obraban tamaños milagros sin la menor emoción, horros y limpios de toda curiosidad intelectual. De la contestación a mis ansiosas interrogaciones deduje que a ellos les tenía completamente sin cuidado la teoría de la imagen latente. Lo importante consistía en retratar mucho y cobrar más. Dijéronme solamente que el prodigio del revelado advino por casualidad, y que esta felicísima casualidad sonrió por primera vez al célebre Daguerre.

¡El azar…! ¡Todavía el azar como fuente de conocimiento científico en pleno siglo XIX…! Luego, el mundo está lleno de enigmas, de cualidades ocultas, de fuerzas desconocidas… Por consiguiente, la ciencia, lejos de estar apurada, brinda, a todos, filones inagotables. Puesto que vivimos, por fortuna, en la aurora del conocimiento de la Naturaleza; puesto que nos rodea aún nube tenebrosa, sólo a trechos rasgada por la humana curiosidad; si, en fin, el descubrimiento científico se debe tanto al genio como al azar…, entonces todos podemos ser inventores. Para ello bastará

jugar, obstinada e insistentemente, a un solo número de esta lotería. Todo es cuestión de paciencia y perseverancia.

Mejor, mucho mejor, naturalmente, que nuestras sutilezas, explica Cajal hombre lo que pasó por la mente de Cajal niño en este momento clave. Su espíritu, siempre moviéndose en altas esferas, había saltado de uno a otro mundo, y por su solo esfuerzo había completado un ciclo evolutivo de su formación.

¿Habrá que añadir que cuando volvió a Ayerbe aquellas vacaciones leyó el *Quijote* de principio a fin? ¿Y que empezó a comprender lo que quería decir don Miguel?

Sí, señor. Hay que añadir otra cosa. Hay que añadir que mientras tanto María, la dulce María, émula de la *Graciella* de Lamartine, había engordado un poquito más y que le había dicho que sí, sin ruborizarse demasiado, a un mozallón que, aunque sudaba mucho y sacaba la lengua en cuanto tenía que escribir dos líneas, tenía en cambio dos buenas yuntas y admirables condiciones eugenésicas. Esto parece que no viene a cuento, pero sí que viene.

9. La vuelta de Calícrates

La tartana de la estación dejó oír en la calle silenciosa los cascabeles de la mula y el bandeo de sus ruedas y de sus viejas ballestas, y se paró delante de la casa del médico. Don Justo se levantó con viveza del sillón de su despacho y se acercó a la ventana. Calícrates, herido, volvía al hogar. Vio cómo el chico cogía del pescante la vieja maleta de madera y se dirigía remisamente al portón. Cuando llegó a él tomó la aldaba de hierro y dio con ella un solo aldabonazo, descuidado y poco convincente. Parecía como si hubiera preferido que no le abrieran. En los segundos que se mantuvo ante la puerta, encorvado y triste, péndulas sus grandes manos a lo largo del cuerpo larguirucho, lo contempló su padre con tierna y dolorosa curiosidad, pensando sólo que era su hijo mayor y que en aquel instante se sentía muy desgraciado.

Luego, el médico de Ayerbe volvió a la mesa y recogió las cartas de Salillas y de don Ventura, donde le contaban, cada uno a su manera, lo que había pasado. Entre las cartas y lo que conocía a su hijo sabía don Justo la verdad completa y había reflexionado sobre ella. Pero, como don Justo no la va a contar, es preciso que la contemos nosotros:

Santiago volvía de nuevo suspenso a casa, pero esta vez con todas las agravantes posibles. Don Ventura, el gran amigo de su padre, había dejado de serlo del padre y del hijo desde aquella maldita tarde en que acertó a pasar por la calleja donde Santiago había pintado una magistral caricatura suya. Tan magistral que los chicos que jugaban por allí cerca lo conocieron al terminar Santiago el último trazo de carbón, y al grito de « ¡el tuerto Ventura!» comenzaron un lapidamiento de la efigie con saña inexplicable, ya que nada tenían contra el buen señor. No se sabe si el descubrir que sin motivo concitaba las iras del pueblo, o el encontrarse poco favorecido, el caso es que don Ventura concentró toda la indignación que desperdigaba entre los racionalistas y los heterodoxos en su alumno Santiago Ramón, con lo que es de suponer cómo le iría a éste. La primera vez que se lo echó a la cara en clase, los denuestos, las recriminaciones, las amenazas caían sobre la hirsuta cabeza del chico con contundencia de estacazos de montañés. La susceptible dignidad del profesor se sentía tan herida, que Santiago fue desde entonces un enemigo personal suyo. Los días que faltaban para terminar el curso lo ignoró por completo y se negó a escuchar ni a recibir al hijo de su amigo cuando se presentó a solicitar su perdón. Santiago vio en gran peligro la terminación feliz del bachillerato, y desde aquel día se aplicó con tremenda voluntad a estudiar para conjurar la tormenta que le venía encima. Cuando llegó el momento de sentarse ante el tribunal, don Ventura se levantó del estrado como la encarnación de la justicia vindicatoria y pronunció un pequeño discurso:

«Señores, cediendo a inexcusable deber de conciencia, me abstengo de examinar al señor Ramón. Llegada la hora de la justicia, deseo que no pueda acusárseme de apasionado. Entrego, pues, al examinando a la probada rectitud de mis compañeros, para que, libres de toda influencia, califiquen como se merezca al alumno más execrable del curso, al que en su furor insano no reparó en mofarse pública e insolentemente de su maestro, exponiendo la honrosa toga del profesorado al escarnio de truhanes y a la befa del populacho».

Después de este admirable gesto de justicia don Ventura se retiró, dejando al chico estupendamente dispuesto para ser juzgado imparcialmente por sus compañeros de tribunal.

Santiago quedó aterrado y se levantó de la silla de tortura para marcharse también.

—Yo he estudiado el texto y creo que conozco la asignatura, pero me parece que no voy a tener serenidad para contestar y prefiero retirarme…

Uno de los jueces, que sentía perderse la diversión subsiguiente, se creyó en la obligación de enfadarse:

—Está usted poniendo en duda la honorabilidad de este tribunal, que está muy por encima de la maldad de sus insinuaciones. ¡Siéntese! Si sabe la asignatura será aprobado «a pesar de todo».

El «malvado insinuador» se sentó de golpe por la fuerza de la orden, y ésta fue la señal para empezar el juego. Un juego con cartas marcadas para uno de los jugadores. Hasta el pundonoroso niño Juanito podría ser suspendido en Filosofía si un catedrático se empeñara en ello, y Santiago fue suspendido tras de pasar casi tres cuartos de hora infernales, debatiéndose entre las garras de sus jueces y verdugos, que se divertían haciendo como que lo soltaban para agarrarlo de nuevo y con más saña y malevolencia. Al final, con cuatro preguntas tajantes y habilidosas, que ni Santiago ni Aristóteles podrían contestar, le despacharon. La satisfacción del deber cumplido rebosaba en los rostros de los examinadores.

Cuando Cajal, inmensamente abatido por su fracaso y por el suplicio pasado, salió del aula, sólo dos compañeros —la flor y nata de los pigres— se le acercaron. Se sentían solidarios con él porque también perdían curso. Luego se les unió también Salillas, un buen muchacho y un buen estudiante, que era amigo de Cajal, no por afinidad de calaveradas, sino por verdadera amistad y hasta admiración. Admiraba en Cajal su desbordada imaginación, la intensa fuerza de su personalidad, intuitivamente veía en él algo más que el «pinta» mayor del curso. A Salillas, que luego fue el primer antropólogo criminalista de España, fue al único al que Cajal leyó la novela escrita e ilustrada por él, que trataba de un náufrago arrastrado por las olas a una isla desierta.

— ¿Qué vas a hacer? —preguntó Salillas a su amigo.

—Fugarme. Si quieren, que vengan éstos. Si no, voy solo.

A Salillas se le encendieron los ojos pensando en bellas aventuras iguales a las de la novela. Jugar de verdad a los juegos de robinsones que practicaban en la isleta del Isuela.

Como si Cajal comprendiera lo que pasaba por la imaginación de su amigo, le dijo:

—A ti no te digo nada porque no te han suspendido. Nosotros no tenemos ya nada que perder.

Estas trágicas palabras tuvieron la virtud de despertar totalmente en los dos pigres adjuntos la categoría de conflicto familiar que les esperaba, y forzados por el recuerdo, dijeron:

— ¡Vamos cuando quieras!

Salillas, al amanecer siguiente, los acompañó un gran trecho por la carretera de Zaragoza. Por fin se detuvo y los vio marchar con los ojos arrasados y una pena muy grande en el corazón. Volvió a su casa con su pena creciendo, y cuando se acercó a su madre se abrazó a ella llorando con desesperación y le contó todo…

Sin embargo, de momento, no hacía falta llorar mucho por los ausentes. Al mediodía llegaron a Vicién, que estaban en fiestas, y se quedaron allí, en casa de un tío de los muchachos. El buen hombre, maestro del pueblo, se sintió muy honrado por la distinguida compañía de su sobrino y les obsequió y hospedó con mil amores. Al primitivo trío se habían unido dos desechos más de la última escabechina y, por lo pronto, se olvidaron de sus importantes proyectos y se dedicaron a divertirse. Luego durmieron diez horas seguidas.

Por la mañana, la manera de ver las cosas había cambiado mucho. El día anterior uno había propuesto sentar plaza de soldados en Zaragoza; otro, de aprendices o mancebos; otro, de contrabandistas; y hasta uno pensó como mejor carrera la de merodeador y pirata de tierra. Pero en aquella mañana el proyecto único era el volver a casa. Santiago era el que se oponía con más fuerza, pero al fin hubo de ceder. Los decididos aventureros de hacía unas horas habían quedado reducidos a unos vulgares chicos que habían ido a ver las fiestas de Vicién, a comer rosquillas y subirse a las barcas. Era ya un hombre maduro don Santiago y aún se avergonzaba de este lance…

En el zaguán se oían los gritos y las efusiones de doña Antonia y de las chicas. Escalera arriba subían ahora escoltando al hijo pródigo. Don Justo no se movió porque pensaba que era preferible no ver ahora a Santiago. Sabía por otra parte que doña Antonia no traería tampoco al chico, de momento. Dejaría que pasase un rato para que se le enfriara un poco la sangre y luego entraría, conduciéndolo como cordero al sacrificio, pero decidida a frenar sus iras si éstas se excedían.

Pensándolo así, don Justo se alegró, porque quería estar solo para reflexionar. Reflexionar y hasta hacer un poco de examen de conciencia. De una gaveta sacó muchos papeles y comenzó a examinarlos. Eran la historia cultural de Santiago hasta el día de la fecha. Cuadernos de ejercicios, álbumes de mapas, notas de los frailes, papeletas de exámenes, apuntes, libros.

Durante el resto de la tarde don Justo revolvió y miró y por fin ordenó con un raro orden aquellos papeles y aquellos libros. De éstos unos estaban sucios y muy manoseados; otros, limpios, casi vírgenes.

La puerta del despacho se abrió tímidamente y don Justo se levantó para tapar con su corpachón el revoltijo de la mesa. Pero sólo entraba doña Antonia.

—Ha venido Santiago —dijo.

—Ya lo sé.

—Está muy flaco. ¿Quieres verlo?

—Luego. Ya lo llamaré.

Ya se iba a retirar la buena señora cuando algo que vio sobre la mesa le hizo preguntar:

— ¿Qué estás haciendo?

Don Justo se volvió francamente hacia ella y exclamó con gesto de perplejidad:

—Convencerme de que a estas fechas aún no conozco a mi hijo.

Y sin transición continuó como quien resume conclusiones bien maduradas:

—Fíjate. El libro de latín casi sin tocar y en cambio mira unos apuntes de latín que no sé de dónde los ha sacado y escritos de su puño y letra. Aquí: la Historia ni la ha abierto y aprobó, me parece, por los pelos. En cambio la Geografía, que es bastante más pesada, una buena nota, un libro sobado y roto y un álbum de mapas que podría presentarse en una exposición. Notable en matemáticas, suspenso en griego… Y mira el libro de griego lleno de apuntes y de dibujos idiotas. Este debe ser el profesor aquel que trasladaron. «Viva la Constitución». ¡Claro, no lo han de suspender! La Historia Natural ni olería. Mira este montón de hojas que ni se ha molestado en cortar. Pero aprobó y además aquí hay una colección de minerales y otra de insectos que son una preciosidad. Ve uno esto y cree que lo comprende. Es la ciencia descriptiva la que le tira. Pues no, señor; porque aquí está este

sobresaliente en Retórica y Poética y el libro correspondiente hecho trizas y lleno de versos.

—Es que ese señor dice que explicaba muy bien y no gritaba nunca en clase…

— ¡Hum! ¡Cualquiera sabe lo que le cae en gracia y lo que le cae en desgracia al señorito!

Pero algo le hizo interrumpir de pronto su perorata al honrado facultativo, que se quedó pensando sin hablar. Doña Antonia, sigilosamente, desapareció tras la puerta.

No habría transcurrido media hora cuando don Justo se levantó y se asomó a la ventana. Era noche cerrada. Con la viveza del que ha tomado una determinación, se acercó a la puerta y dejó caer su vozarrón escalera abajo:

— ¡Antonia! ¡Que suba Santiago!

Cuando tuvo delante la resignada víctima, que esperaba a pie firme lo que pudiera venir, no le dio más que una orden:

—Coge ese maletín y vente conmigo.

Santiago, lleno de asombro, agarró el maletín negro que había encima de una silla y comprendió por el peso que estaba varío. Don Justo había cogido, entretanto, una linterna de aceite que llevaba siempre en las salidas nocturnas, y tomando la delantera echó escaleras abajo.

Haría calor y los vecinos salían a las puertas para aprovechar el primer fresco de la noche. Formaban tertulias sentados en los portales, algunos hombres abandonaban los corrillos para juntarse a otros que se dirigían al café de la plaza Baja, y en la taberna del «Cascao» se oía rasguear una guitarra.

—Con Dios, don Justo.

—Ya ha venido el mozo, ¿eh?

Pero cuando doblaron el callejón de Tenerías y se encontraron detrás de la Colegiata ya no había señal humana, ni en la calle ni detrás de los muros de claustros y corrales.

« ¿A dónde vamos por aquí? Las afueras, el camino lleno de polvo, el Calvario. ¡Dios! ¡Si no queda más que el cementerio!»

Es natural. Como que iban al cementerio. Y con intenciones poco santas, porque en vez de entrar por la puerta, como las personas decentes, saltaron a la manera de

sacrílegos ladrones la tapia menos destruida de su parte trasera, y una vez dentro don Justo, al resguardo del murete, encendió la linterna. Pero una luz blanca y fría que hacía las sombras largas comenzó a iluminar el lugar y la linterna no pudo competir con ella. Era la luna, que parecía más espectral que nunca. Santiago tenía bastante miedo. Y más que miedo curiosidad, porque la seguridad en su padre y en sus decisiones siempre maduradas le eximían del pensamiento de que estuviera trastornado. Algo relacionado con sus calaveradas tendría en el caletre. ¿Querría recluirlo en un panteón, en vista de que ni la cárcel ni la condena a zapatero remendón habían dado resultado? No parecía una idea muy viable, pero todo se podía esperar. ¿Querría asustarlo como nuevo medio de castigo? No era tan fácil. Ni aunque salieran los fuegos fatuos se asustaría. Tenía reciente la Química y sabía que esas luces fantasmales no eran más que emanaciones fosfóricas. ¿Y qué pito tocaba en todo esto el maletín?

A todo esto su padre se había dirigido decididamente a un rincón del cementerio y con el pie y un palo estaba retirando unas piedras y unas matas que cubrían la fosa, semi hundida y llena de cosas blancas que brillaron a la luz lunar. Eran huesos, muchos huesos de pobrecitos muertos. Tan pobrecitos que habían sido desahuciados hasta de su última morada y estaban allí amontonados y confundidos, habiéndolo perdido ya todo, hasta la individualidad, para no ser más que un montón.

Don Justo se sentó en una piedra y ordenó a su hijo que se metiese en la fosa. Santiago lo miró un instante y su cara era más blanca de lo normal, aun sin echarle la culpa a la luna. Pero bajó sin vacilar. Su padre le fue ordenando:

—Tráeme un par de calaveras que estén bien. No, ésa no. Le falta el maxilar. Ahora trae unas cuantas clavículas. Bien. Deja ésas y tira las otras tres. Un húmero. ¡Eso es un fémur, borrico! ¿Así has estudiado las Ciencias Naturales? Busca un trozo de columna vertebral lo más entera posible. Y mejor con costillas. Bueno. A ver si ahora conoces el fémur. Y la tibia. ¿Qué hay al lado de la tibia? Está bien, el peroné. Pero trae otro, porque éste está roto. Le falta la apófisis estiloides. Revuelve, revuelve, que no te van a morder. ¿A que no sabes cómo es el cúbito y el radio? ¡Mira qué listo! Si me los das junto con la mano, maldito el mérito que tiene. Bueno.

Bueno. Déjalo. Busca un pie bien entero y sal de ahí. No, espera. Nos falta el sacro. Y los coxales. Sí; éstos son. Hala. Sube. ¿Pero, qué buscas?

—Un omoplato, papá. Que se te había olvidado.

— ¡Hum!

Esta última exclamación tenía un matiz lo más próximo a la satisfacción que podía suponerse en don Justo.

Volvieron a saltar las tapias y a desandar el camino. Cuando entraron en el centro de Ayerbe aún había algún corrillo de vecinos en algún portal.

— ¿Ya acabó la faena, don Justo?

—No sería muy grave, ¿eh?

—Hay gente que se divierte llamando de noche —replicó don Justo muy serio—. ¡Vaya que sí! Con Dios. Que duerma tranquilo. Santiago, en esta ronda de vuelta, tenía muchísimas menos preocupaciones que en la de ida. En realidad no tenía más que una: procurar que los huesos dentro del maletín no bailasen demasiado haciendo un ruido que le parecía tenían que oír en todo Ayerbe. Un ruido al que, como residuo de su sarampión romántico, le añadía el inevitable adjetivo de macabro.

A partir de aquella primera lección de Anatomía práctica a la luz de la luna siguieron otras muchas. El granero de la casa quedó convertido en sala de disección y encima de un tablero se alineaban los huesos mondos y limpios de antiguos convecinos. Al lado los tratados de Lacaba y Cruvelhier.

Nunca estuvieron más unidos padre e hijo que en los días de aquel verano. Don Justo abandonó la caza y los paseos, porque era para él un goce extraordinario y nobilísimo el ver cómo Santiago, el «perdis» de la familia, aprendía Osteología con una rapidez de asombro sin necesidad de golpes ni gritos. Sólo con presentarle hechos concretos y razonados. Santiago creyó por primera vez en la existencia de aquel aforismo que siempre le pareciera falso e hipócrita: «Instruir deleitando». Se encontraba por primera vez ante una ciencia de maciza realidad, sin hipótesis ni elucubraciones. Era ciencia y arte a la vez este desmenuzar y volver a unir las piezas del maravilloso reloj humano. Era lo que siempre había deseado sin saberlo: leer en las cosas más que en los libros.

Don Justo había invitado a merendar a un compañero del pueblo cercano. Estaban dando cuenta de unas perdices con cebolla cuando el amo de la casa, en un arranque de orgullo de padre y de maestro, llamó a Santiago y empezó a examinarlo delante del comensal:

— ¿Qué límites tiene la fosa cigomática?

—Por arriba la apófisis pterigoides y la cresta esfenotemporal; por fuera el malar y el maxilar inferior. Por delante con la tuberosidad del maxilar. Por dentro con la apófisis pterigoides.

— ¿Clases de articulaciones?

—Diartrosis, anfiartrosis y sinartrosis.

— ¿Variedades de sinartrosis?

—Dentada, escamosa, armónica y sincondrosis.

— ¿En qué lugar de la cabeza podrías tocar cinco huesos a la vez con la punta de un alfiler?

Y así siguió la asombrosa exhibición de ciencia anatómica. Don Justo, rebosante de orgullo, dijo:

— ¿Te das cuenta cómo hay algo en el chico? Lo que pasa que es un haragán y hay que saber domarlo.

Pero cuando se quedaron solos exclamó, más bien para sí mismo:

—Santiago será un buen cirujano.

Se equivocaba otra vez don Justo, pero esta vez no tanto como otras.

Libro Segundo
El hombre

Contenido:

1. Los clímax de Santiago
2. Clímax del saber
3. Clímax del amor
4. Clímax del heroísmo

1. Los clímax de Santiago

La proyección actual, en el presente de cada hombre, es la resultante de la acción de su pasado y de su futuro. Esto, además de sonar bien, es una buena verdad. Uno lleva dentro de sí, en esencia, los materiales de su propia formación que es el pasado; y en potencia los de su realización que es el futuro. Entre los dos proyectan a uno en el presente, y de tal manera que la imagen es siempre la misma, sean cualesquiera las condiciones externas, el tiempo histórico en que es proyectada. Bonaparte (¡qué bien viene siempre don Napoleón para ponerlo de ejemplo en todo!) hubiera actuado como tal lo mismo en el Ática, entre los griegos, que en la Pampa argentina en cualquier época. Nada importan aquí sus vicisitudes personales. El espíritu de sus hechos hubiera sido el mismo. Y este espíritu perdurará siempre sobre los accidentes de su destino.

Viene esto a cuento de lo mucho que se ha hablado de Cajal y su tiempo. Es mucho admirarse y mucho hacerse cruces y mucho comparar la grandeza de Cajal con el tiempo en que proyectó esta grandeza. Lúgaro, cuando murió el maestro, dijo que lo portentoso no es lo que hizo sino que lo hiciera en el tiempo en que lo hizo. Es loable que quieran así destacar aún más la ya formidable figura de don Santiago al surgir de una época de atraso y miseria, pero hay también el riesgo de que los mal intencionados saquen a colación aquella frasecilla de que «en país de ciegos…»; Don José Ortega y Gasset escribió que Cajal «no representa un orgullo para nosotros, sino una vergüenza porque fue una casualidad». Pero… ¡mi querido don José! Marañón dice de usted que sus frases son como golpes de látigo con puño de oro, y todos admiramos su buena intención y su estupenda crítica constructiva, pero… ¿no

le parece que en ésta se ha pasado un poquito? ¡Todos los genios son casualidades, si vamos a ver! Y nos parecería un poquito fuerte que las naciones prohibieran hablar y escribir a sus genios, o los encerraran para librarse de la vergüenza universal. El genio es la feliz coyuntura de unión de unos genes que dormían en el plasma de la raza. Las vicisitudes del tiempo histórico nada influirán en su aparición y muy poco en su desarrollo. Por lo que si, por una parte, no podemos avergonzarnos de tal casualidad, por otra debemos enorgullecemos de nuestra raza y así la cosa cambia mucho.

No obstante, siendo cierto que tiempo y lugar no influyen en la aparición y desarrollo del genio, sí influyen y mucho en su orientación y forma de manifestarse. Si Miguel Ángel, en vez de nacer en su patria y en su tiempo, hubiera nacido en una cueva del Cromagnon, es evidente que en vez de pintar la Capilla Sixtina y esculpir su Moisés, hubiera llenado las paredes de su hogar con manchas de almagre que se parecieran a bisontes. Y sabe Dios qué sería de la música de Wagner si hubiera nacido chino. Cajal nació en España, en una época —fin de un siglo sembrador de errores y principio de otro cosechador de desastres— y en un medio social humilde, y todas estas cosas juntas condicionaron su desenvolvimiento en cierto modo. Pero, ¿hubiera sido más genio naciendo y viviendo en un país y en un medio comprensivo y holgado? Sinceramente, no. Creemos que no. No nos hemos puesto todavía de acuerdo en la influencia del medio sobre el desarrollo físico y espiritual de los hombres, pero Alexis Carrel sostiene con pruebas fuertes que las circunstancias adversas constituyen la mejor incubadora de los individuos sanos. Y no digamos para los genios, que en su actividad son individuos supersanos. Para ellos se ha hecho la dureza y la incómoda temperatura del crisol, porque la tibieza y la blandura del nido hay que reservarlas para el pollito cojo y enclenque.

Conformes. Pero en cambio hay un factor que sí que influye y que se valora menos que los accidentes de medio y país. Es el momento histórico del progreso. No puede el hombre, por muy genio que sea, saltar de veinte en veinte los años para descubrir cosas o crear obras que estén adelantadas y desligadas del curso natural del progreso en el momento de su creación. Un ladrillo no puede ponerse en el aire, sino sobre otros ladrillos ya colocados antes, y en este sentido sí que está condicionada la manifestación del genio. No hubiera podido Fleming poner su ladrillo

de penicilina si no le hubieran hecho antes la pared donde ponerlo Pasteur, Lister, Semmelweis, Ehrlich y Domagk. Cualquier sabio atómico de nuestros días, que habla de desintegración del hidrógeno y de ciclotrones con tanta familiaridad, se hubiera dado por muy contento, cincuenta años antes, con descubrir la simple existencia del uranio.

Y al llegar aquí resulta que estamos donde estábamos y hemos de repetir la misma frase del principio. Todo nos demuestra que la proyección en el presente del hombre no es más que la resultante de la acción de su pasado y de su futuro. Porque, ¿qué es el progreso conseguido más que el pasado colectivo del hombre, y qué es el progreso por conseguir más que su futuro colectivo?

He aquí, pues, cómo el hombre se hurta por su misma digna cualidad de humano a lo que nos obstinamos en llamar fatalidad de su destino. Para quien gusta de disculpar su inepcia echándole la culpa a la suerte de nacimiento o de fortuna, estas ideas no son aptas. Para los demás son consoladoras. Y para nosotros, en este momento, nos vienen al pelo para ponerlas de prólogo antes de desvelar la segunda parte del biograma cajaliano.

Decimos que nos viene al pelo, porque con ellas a la vista y con el retrato espiritual y psicológico de don Santiago, joven en nuestra memoria y en nuestros sentimientos, podremos demostrar tres cosas interesantes. Podemos demostrar por qué estudió Medicina con objeto de no ser médico; por qué se fue a Cuba; y por qué se casó.

Tres historias de la juventud. Tres clímax: uno para la razón, otro para el patriotismo y otro para el amor. Tres pedazos de vida, que no lo son porque están unidos en una vida sola, pero que nuestro particular amigo, el Espíritu de la Verdad, nos permite separar, aunque rabie la cargante de doña Cronología, para mejor conocer al hombre que vivió esa vida.

2. Clímax del saber

Hay una anécdota de don Santiago ya maduro, ya doctor en Medicina, ya a punto de ser catedrático de una Facultad. Bajaba las escaleras de su casa, en Zaragoza, cuando notó un revuelo y alboroto de vecinas en torno a la garita de la portera. Era que a la misma portera le había dado un mareo cualquiera sin saber por qué.

Cuando vieron bajar a don Santiago, todas las vecinas corrieron hacia él para pedirle que atendiera a la pobre mujer. Don Santiago se acercó, le tocó las manos frías, observó la palidez de la cara, y dijo bastante asustado: « ¡Está desmayada! ¡Habrá que llamar a un médico!»

No quiso hacer un chiste, ni fue tampoco su exclamación un arranque de egoísmo para librarse de molestias. Lo dijo de absoluta buena fe y convencimiento, porque don Santiago hacía muchos años que no se consideraba médico. Tantos que puede decirse que antes de acabar la carrera ya había decidido no serlo.

Se han dado muchas explicaciones superficiales para explicar esta decisión. Hablan unos de su hosquedad y hurañía que le incapacitaban para el trato social, tan importante y coaccionante para el médico ejerciente. Otros, de su falta de preparación en las materias puramente médicas y terapéuticas. Otros, hasta de fracasos descorazonadores…

La verdad es muy otra, y para encontrarla basta con conocer a Cajal.

Y para conocerlo desentrañar el clímax de su razón por su representación anecdótica y objetiva.

La última piedra que salió de la honda de Santiago descalabró a un fematero del barrio de las Tenerías, dándole en toda la chola. El fematero, especie conocida también por el nombre de matraco, echó a correr con el occipital sangrando a refugiarse en las calles del barrio de la Magdalena. Le acompañaban los restos de su horda, unidos a los restos del refuerzo enviado por la parroquia del Gancho. Los señoritos, especie conocida también por el nombre de «pijaítos», gritaron alborozados por la victoria y corrieron a abrazar a Santiago, verdadero héroe de la contienda. Herrera, el tuerto, que lo conocía por haber estudiado con él en Huesca, propuso llevarlo en hombros, pero el chico se negó y puso fin a la alegría con un gesto cansado y huraño. Luego arrojó la honda lejos y abandonó el grupo a buen paso. Ahora que la juerga había terminado sentía haberse dejado tentar para tomar parte en ella, y estaba avergonzado de esta última chiquillada. ¡Caramba, hombre, que tenía diecisiete años! Menos mal que la clase que se había perdido no le importaba mucho. Era la de Física con Guallart y hoy no tocaba hacer experimentos.

En cambio, si se daba prisa, aún podría pillar a Bailarín en el Jardín Botánico. El bueno de don Florencio era un viejo quisquilloso y faltón, pero enseñaba cosas que se comprendían y, sobre todo, las enseñaba en el Museo o en el Jardín, sobre las cosas y no sobre los libros. Esto ya era mucha novedad para Santiago, víctima eterna de la memoria y de las hipótesis.

Creído que don Florencio con toda la grey se habría colado en el jardín por la trasera de la cátedra, penetró Santiago como una tromba en la clase. Pero su chasco fue grande, porque allí estaban silenciosos y modosos, sentados en sus bancos y Bailarín en su estrado.

Senac, el niño bueno de la clase, estaba hablando de pie y calló un momento ante la violenta irrupción. Don Florencio se volvió iracundo, y sus quijadas se movieron y contrajeron sobre la inestable dentadura postiza. Sin embargo no dijo nada y Senac continuó:

—De este modo vemos cómo el exceso de anhídrido carbónico llevado por la sangre venosa produce en el organismo verdaderos síntomas de intoxicación. En circunstancias normales este gas se elimina por los pulmones con la suficiente prisa y cantidad para no provocar trastornos, pero si por cualquier causa se paralizan los movimientos respiratorios, el anhídrido carbónico retenido en exceso actúa como veneno…

— ¿Qué le parece, Ramón —interrumpió de pronto don Florencio— de lo que dice su compañero? ¿Es o no tóxico el anhídrido carbónico?

Santiago, que escasamente había tenido tiempo de posar el trasero en el banco, miró espeluznado al profesor. Tenía mala traza el chico: con los pelos desaforadamente tiesos, la ropa manchada de tierra, una contusión en la frente que se estaba hinchando, y la cara congestionada por la pelea y por la carrera. Como pudo reaccionó a la pregunta:

—No sé… A mí… En fin, yo creo que también hay que pensar en el oxígeno… Que cuando falta el uno, sobra el otro… Y al revés, vamos. Es decir: que a lo mejor si nos morimos es porque no hay oxígeno, en vez de porque haya demasiado del carbónico…

—Pero, ¿quién habla aquí de morirse, palurdo pirenaico? Le falta a usted de talento lo que le sobra de pelo de la dehesa. ¡Buenos bachilleres lanzan al mundo esos Institutos de Dios! ¡Ni hablar sabe!

Y ordenó continuar a Senac mientras Cajal, que no había entendido muy bien lo del pelo de la dehesa, hacía el propósito de mandarse hacer un esquilado en cuanto saliera a la calle. Al mismo tiempo pensaba que ojalá se hubiera quedado en las Tenerías. No le gustaban ni poco ni mucho las sesiones de cátedra de don Florencio. Había algo en ellas que repugnaba a su lógica. Cuando daba las clases en el Museo o en el Jardín Botánico la cosa iba sobre ruedas y uno se sentía convencido de la verdad de la ciencia. «Esto es una solanácea; de aquí se extrae la belladona; éste es el antropopitecus… aquí tenemos el fruto del chaulmogra». Pero dentro del aula todo se volvía hipótesis y discusiones. Lo que se discute no es buena verdad, y cuando muchos opinan nadie se convence. Algunos autores dicen que… Otros aseguran que…

Por eso prefería a Solano. Don Bruno Solano explicaba Química. Resulta frío decir que explicaba Química. Don Bruno ponía en verso la Química. Las fórmulas, las valencias, la catálisis, la clasificación periódica, eran en sus labios poesía pura; «Su cátedra era templo donde oíamos embelesados».

En el campo escasamente roturado del cerebro de Santiago calaba hondo el arado del buen profesor y sembraba las primeras semillas de su ciencia. La ciencia amena, vulgarizada, juguetona, accesible, de Solano, Echegaray, Tyndall… podrá ser desdeñada por los hieráticos sacerdotes que no se prestan a esta irreverencia, pero es indudable que alivió el primer miedo de muchos catecúmenos.

Y pensando, pensando, Santiago, solo como de costumbre, se iba a ver el Ebro. Ahora tenía la manía hidrográfica. El rió, tan ancho y tan lleno, le había cautivado desde sus primeros días en Zaragoza. Pero había un cambio notable en su manera de admirar ahora el paisaje fluvial. En Jaca y en los primeros tiempos de Huesca, Santiago se sentaba en una piedra de la orilla del Aragón o del Isuela y empezaba a soñar: esta corriente de agua vendrá de lagos azules, espejos de nieves entre altos pinares, caerá en mil cascadas entre cumbres gigantes, murmurará luego por sotos y umbrías… Vendrá, caerá, murmurará. Fantasías. Hipótesis. Ahora al ver el Ebro no sentía el deseo de sentarse a fantasear, sino el de recorrer sus orillas para conocer

su curso; contar sus afluentes, explorar sus meandros… Conocer, contar, explorar, medir. Es decir: saber. Y solo, siempre solo, iba Ebro arriba o Ebro abajo. Una vez llegó hasta Pina, otra hasta Alagón. Y siempre volvía de estas excursiones con el regusto amargo de no haber podido ir más allá. El río era para él como todo este chorro de ciencia que sentía pasar por su cerebro desde que asistía a la Facultad. Como el río, se dejaba ver pero no comprender en su inmensa magnitud. Y uno quería conocer sus fuentes para comprender, o su fin para amar, y siempre se le hacía a uno de noche en el camino.

Interinidad. Provisionalidad. Todo interino, todo provisional. Uno miraba alrededor y todo era inseguro. Apaño para unos días nada más. En Madrid había una corte sin rey, un gobierno sin cabeza, y era de risa ver cómo ese gobierno sin cabeza se empeñaba en pensar por sí solo qué cabeza se pondría: ¿Rey? ¿Antonio Montpensier? ¿Enrique de Borbón? ¿Carlos VII? ¿Espartero? ¿O República? Pero, ¿Federal? ¿Centralista? ¿Militar? Y mientras tanto todo en el aire, Ministerios de treinta días de cuerda, altos cargos de quitaipón. Hasta la personalidad tenía algo de interino. Una aristócrata de mala lengua llamaba, a las señoras de los ministros y de los nuevos grandes, señoras provisionales.

Venía uno al círculo más inmediato, a lo que rodea a uno todos los días, y seguía la provisionalidad. Escuela Provincial de Medicina de Zaragoza, creada con carácter provisional y en un caserón provisional en medio de una huerta también provisional porque pronto sería ciudad. Profesores de antes y de ahora traídos por la Gloriosa pero que llevarían para toda la vida el escarnio de haber visto subyugada su ciencia por las vicisitudes políticas…

Y lo peor no era esto. Lo peor era que si uno quería escapar de este suelo ondulante e incierto y volar por cielos inmutables, no podía tampoco. Si uno, por ejemplo, quería esquivar las menudencias políticas o locales y darse una vuelta por los jardines de doña Sabiduría, muy señora nuestra, la cosa no cambiaba. Todo allí era también interior. Todo era susceptible de discutirse. Las cosas más fundamentales se edificaban sobre hipótesis, y lo que hoy parecía seguro, mañana era combatido y dudado por cualquiera.

Santiago comprendía intuitivamente todo esto y de aquí su ansiedad. Como era de la misma generación de la duda y de la provisionalidad no podía comprender que

todo era consecuencia de la caída de tantas cosas inmutables por la fuerza de las armas y de las nuevas ideas. El hombre tiende siempre a generalizar aun con las cosas que menos se prestan a la generalización, y es capaz de hacer razonamientos tan absurdos como éste:

«Hasta ahora me habían hablado de la fortaleza e inmutabilidad de la monarquía, y de pronto, en un par de días, se ha ido al suelo casi sin empujarla. También me dicen que la Tierra es redonda. ¿Por qué me he de creer también eso?» Ahora mismo salía Santiago de clase de Fisiología, con Valero. Habíales explicado la digestión. Al principio todo fue bien. El alimento cae en el estómago que es una especie de amasadora mecánica que mueve bien la comida y los jugos, y mientras los mueve, cada jugo va haciendo su faena. La pepsina desintegra las albúminas, la lipasa las grasas, luego al intestino con la invertasa, lactasa, maltasa, enteroquinasa, el jugo pancreático, la bilis. Todo bien dispuesto ya, la mecánica y la química trabajando juntas a la perfección. Pero de pronto, el profesor se cansa de que todo tenga tan fácil explicación y comienza a complicar las cosas. Que si los jugos cambian de composición según los alimentos, que si hay una selectividad misteriosa, que si la física y la química no pueden explicarlo todo y, por fin, el inevitable principio vital que nadie conoce, que nadie sabe lo que es, pero que es el que lo arregla todo. O, mejor dicho, lo explica todo como el personaje del tercer acto de las comedias. Pero si uno no se queda muy convencido de las componendas universales de este misterioso principio vital, lee uno a Beclard, o a Bichat, o a StahI, y se arma el gran lío, porque se entera de que los vitalistas digieren de una manera, los mecanicistas de otra, los organicistas de otra; y al fin resulta que los jugos, el peristaltismo, el estómago, los intestinos y hasta los alimentos son quimeras. Pero, Señor, ¿qué tendrán que ver los garbanzos con el alma? »

Santiago siente cada día más la necesidad de tener algún sitio donde sentar el pie en terreno firme. Es casi una necesidad física. ¡Algo sólido desde donde comenzar!
Así pensaba Santiago cuando caminaba hacia su hospedaje en casa de don Mariano Bailo, cirujano y amigo de su padre, y al entrar en el vestíbulo vio sentado y hablando con el dueño de la casa a don Justo en persona. Mucho se alegró el chico

de ver a su padre después de varios meses, pero además había en su alegría un matiz nuevo. Presentía de una manera nebulosa que en cierto modo su padre representaba lo que estaba anhelando. El terreno firme, la roca sólida. Corpulencia, rectitud, opiniones firmes, palabra rotunda. Algo así como un símbolo.

Y lo que siguió no hizo más que confirmar este oscuro presentimiento. Don Justo venía a pretender una plaza de Beneficencia en Zaragoza. Y como siempre que emprendía algo lo llevaba a cabo segura y rápidamente, opositó a la plaza y la ganó. A los pocos días toda la familia estaba viviendo en Zaragoza. Unos días más y don Justo obtiene el cargo de Director en la Facultad. Una tarde cogió a su hijo mayor del brazo y le dice:

—Deja los libros y sígueme.

Se mete con él en el caserón frío y destartalado del Depósito de cadáveres, le da un mandil y unos instrumentos y le señala una forma ensabanada que yace en una pila.

—Ahí está el tajo. Ya puedes empezar.

Santiago está embalsamando un cadáver. Es el de un viejo paralítico que pedía limosna a la puerta de San Gil hasta hace unos días, pero esto es lo de menos. Allí dentro no es sino una pieza más; cuando acabe Santiago lo pondrá en una bandeja con ruedas y lo guardará en el armario con otras piezas. Santiago ha perdido el miedo y la repugnancia de los primeros días, y ahora se maneja allí con indiferencia y soltura.

Es muy hábil para buscar la carótida y la encuentra siempre a la primera sin lesionar la yugular ni atravesar la externa. Cuando la encuentra, mete por ella la cánula y ata con un cordelito arriba y otro abajo la arteria a la cánula. Luego suelta el grifo y empieza a bajar por el tubo de goma el formol diluido que va a sustituir a la sangre seca encogida, escondida por allá dentro no se sabe dónde, como si quisiera dar la razón a los que pensaban que escapa con la vida porque es la vida misma.

En la pila de disección, su padre trabaja infatigable. Su gran corpachón se inclina sobre un trozo de humanidad muerta, separando una a una las piezas del reloj

parado. En una mesita cercana tiene abiertos los libros de Cuvier y de Sapey y los mira continuamente.

— ¿Por qué te gusta tanto la disección, padre? —pregunta Santiago.

—Porque es indispensable para ser buen médico.

— ¿Para recetar tintura de belladona o jarabe de polígala?

—Antes que la receta está el diagnóstico, que es más importante. Además te olvidas de la cirugía.

— ¿Piensas llegar a operar tan adentro como disecas?

—Yo, no; pero sí los que vengan detrás de mí. Y para eso hay que trabajar.

Calló el chico, no se sabe si para pensar o para comprobar si el tío Saúl estaba tomando a gusto el último líquido que iba a entrar en su cuerpo. Luego continuó:

—Pero es que no sé lo que vamos a encontrar en un cuerpo muerto que otros no hayan encontrado ya. Un muerto tío explica nada, según dicen los vitalistas y los animistas. Se ha mudado el alma y el principio vital y sólo ha quedado la casa con los cuartos vacíos…

—Tonterías. Esto no es más que una máquina que se ha parado y hay que buscar la rueda que se estropeó. En este caso es el pulmón. Mira, mira, qué foco gaseoso hay aquí…

— ¡Ya te he cogido, padre! ¡Tú eres organicista!

— ¡Y tú eres un veleta haragán que nunca sabes lo que quieres! —terminó el bueno de don Justo un poco amoscado.

Don Manuel Daina, el catedrático de Anatomía, y don Justo Ramón conversaban paseando por la huerta de Santa Engracia al salir de Disección.

—Bueno, Justo. El chico vale lo que pesa. Ayer, en el examen de premio, nos dejó a todos sin habla.

—Sí, ya sé que lo hizo bien. El anillo inguinal es una región que le entusiasma y la conoce al milímetro.

—Demasiado. Tú no sabes la batalla que tuvimos con Montells, que no se quería creer que un alumno supiera hasta los milímetros que tiene el anillo inguinal. ¿No te ha contado Santiago lo que pasó a la salida?

—No me ha dicho nada. Anoche tenía mal temple y no sé por qué.

—Pues yo sí lo sé. O me lo figuro. Resulta que al salir del aula de examen yo me acerqué a felicitarle y abrazarle, y tras de mí se vino el cascarrabias de Montells, que le soltó al chico, sin más ni más: «Conste que a mí no me engaña usted. Eso está copiado».

— ¡Atiza! ¿Y qué hizo Santiago? —preguntó don Justo con gran ansiedad.

—No hizo nada, porque estaba yo al quite. Pero le brillaron los ojos de una manera… Gracias a que el bobo de Montells se volvió y no me vio cómo le sujetaba los brazos…

— ¡Alabado sea Dios, Manuel! —suspiró don Justo—. No sabes bien de cuántas calamidades nos has librado… Y no sabe ese insensato de tu compañero lo comprometida que tuvo la cara ayer.

—Pero… ¿Dónde está tu hijo?

—No lo he visto en toda la mañana. Y por lo que me cuentas, puede que ande todavía rumiando la ofensa. Nunca sabe uno cómo va a reaccionar…

—Habrá que compensarle el disgusto. ¿Qué te parece si lo hiciéramos ayudante de Disección?

Nada. ¡Que no puede ser! No hay modo de salir de este callejón ni de dejar de dar vueltas a la noria. Aquí estoy yo con este cadáver mostrándome todos sus secretos. Esto es el cerebro. Aquí está el corazón. Todo esto es el tubo digestivo. Los vasos por donde va la sangre. Los nervios que traen las órdenes del cerebro, los músculos, las glándulas, los huesos, la piel… Bien. Ahora voy a clase de Fisiología a que me expliquen cómo marcha todo esto…

Barthez ha tenido el mérito supremo de interpretar de un modo actual y moderno la doctrina hipocrática. Su concepto del vitalismo no es más que la idea de Hipócrates, que localizaba su espíritu vital en los humores. El organismo es una unidad de trabajo, de defensa, de crecimiento, animado por un principio vital que actúa como impulsor de todas sus funciones…

¡Bonito discurso! Sí, sí. Pero, ¿quién me explica a mí cómo se mueven aquellos músculos y qué pasa dentro del riñón para poderse formar la orina, y de qué manera funcionan los pulmones? Sí que me lo explicarán, pero cada uno de una manera, lo que quiere decir que ninguno tiene razón. Los animistas verán a cada

paso impulsos anímicos; los vitalistas citarán a Hipócrates cada vez que uno se descuide, cuando se pierdan echarán mano del principio vital, que es muy cómodo. A veces pienso que si en vez de hombres fuéramos perros o monos, ya estaría resuelta la cuestión, porque nadie se preocuparía del alma ni del por qué de la vida, sino de qué manera funciona el cuerpo. Los griegos nos hicieron una mala faena con decirnos que el espíritu contenía el principio de la vida, porque desde entonces los médicos en vez de ser médicos se hicieron filósofos, y con filosofías no se curan las calenturas.

Pero lo malo es que si nos vamos al bando opuesto, a los materialistas, tampoco conseguimos nada. Los yatro-químicos no saben más que cuatro fórmulas que no explican ni la millonésima parte de lo que ocurre aquí dentro. Los yatro-mecánicos convierten el cuerpo en una cosa hecha de filtros, de bombas y de resortes que es una indignidad. Parece como si tuvieran razón, pero son cual niños de tres años que quieren explicar todo lo que les asombra con las tres o cuatro palabras que saben pronunciar. Broussais parecía que iba a revolucionarlo todo. He leído que una vez exclamó: "La ciencia médica nunca ha debido ser tributaria de la metafísica". De acuerdo, amigo. Pero vaya escabechina que armaste con tus sangrías el año del cólera. Si te dejan no queda un francés para contarlo. A todos les falta algo: unos filosofan y no investigan; otros investigan pero no interpretan. Y todos discuten demasiado. La última palabra es el organicismo. Acabo de leer el libro de Virchow. El secreto está en la célula. La célula es la primera unidad vital. No está mal pensado. El cuerpo enferma porque un órgano se lesiona. Buscar el órgano y su lesión y procurar arreglarlo, despreciando la unidad orgánica, el principio vital y demás garambainas. No está mal. Pero, ¿es eso todo…?

Decididamente, hay mucho camino entre el Depósito de cadáveres y estas filosóficas aulas. Y en ese camino algo se nos ha perdido y no se puede saber lo que es.

Santiago se volvía entonces a la sala de Disección y seguía desarmando la maquinaria humana, pieza a pieza, junto con don Justo que, sin hacerse tantas preguntas, con espíritu más humilde, trabajaba convencido de que lo que él hiciera allí, de un modo u otro aprovecharía a todos. Santiago también trabajaba a gusto,

pero por otro motivo. Había descubierto en la Anatomía topográfica una mina de motivos artísticos y copiaba en colores las regiones y las piezas con maravillosa precisión y belleza. Aquel había sido el camino del reconocimiento de su afición pictórica por su padre, y aunque sólo fuera por ver al bueno de don Justo extasiarse por primera vez en su vida ante los dibujos de su hijo, merecía la pena hacerlo. Hasta pensaba por entonces en editar un Atlas Anatómico con aquellas preciosas láminas.

Cuando Santiago se cansaba de disecar y de pintar se iba a casa y sacaba su novelón para releerlo y corregirlo. Aquella novela, *El viaje a Júpiter*, era una sinfonía incompleta porque nunca podía acabarla. Cada día se le ocurrían nuevas cosas que había que intercalar entre otras escritas, nuevas aventuras, y como además era una obra científico-divulgadora se tenía que completar a medida que la ciencia del autor iba aumentando. Era una fusión de Swift y de Verne: algo así como un matrimonio entre *El viaje a la Luna* y *Los viajes de Gulliver*. En ella un aventurero iba a Júpiter, donde se encontraba con la sorpresa de que los habitantes eran diez mil veces mayores que él, por lo que resultaba invisible y podía colarse dentro de cualquier jupiteriano con toda tranquilidad como cualquier honrado microbio. Pero dejemos que nos lo cuente don Santiago:

> *Armado de toda suerte de aparatos científicos, el intrépido protagonista inauguraba su exploración colándose por una glándula cutánea; invadía después la sangre; navegaba sobre un glóbulo rojo; presenciaba las épicas luchas entre leucocitos y parásitos; concurría a las admirables funciones, visual, acústica, muscular, etc., y, en fin, arribado al cerebro sorprendía — ¡ahí es nada!— el secreto del pensamiento y del impulso voluntario. Numerosos dibujos en color tomados y arreglados —claro es— de las obras histológicas de la época (Henle, Van Kempen, Kólliker, Frey, etc.), ilustraban el texto y mostraban al vivo las conmovedoras peripecias del protagonista, el cual, amenazado más de una vez por los viscosos tentáculos de un leucocito o de un corpúsculo vibrátil, librábase del peligro merced a ingeniosos ardides. Siento haber perdido este librito, porque acaso hubiese podido convertirse, a la*

luz de las nuevas revelaciones de la histología y bacteriología, en obra de amena vulgarización científica. Extravióse sin duda durante mis viajes de médico militar.

Como podemos ver, la ansiedad por conocer El Gran Secreto subyugaba no sólo la razón sino también la fantasía de nuestro hombre. Con soberbia genial se rebelaba contra la duda, porque comprendía que de todas las interinidades y provisionalidades que padecían entonces los hombres, la de la Sabiduría era la más trascendental e irremediable.

Tendré que ir a clase. No va a haber más remedio. Al fin y al cabo dentro de poco hay que examinarse y al menos es preciso que me conozcan la cara. Hoy mismo he de ir. Lo malo es que no me acuerdo qué asignaturas son las que corresponden hoy… Ese mismo me lo dirá. ¡Ah, sí! Gracias.
Empezaremos pues por la Obstetricia. La última vez que estuve en clase de Ferrer explicaba cómo se hace un fórceps. Tiene mucho mérito esto de explicar partos sin poder ver a una parturienta, haciendo las maniobras y los reconocimientos en el aire. Algo así como enseñar a disparar un fusil apuntando con el dedo. Veremos qué explica hoy:
La placenta es el órgano respiratorio y nutritivo del feto. A su través pasan los elementos precisos para su recambio gaseoso y metabólico. El anhídrido carbónico atraviesa el filtro placentario y va a la sangre venosa de la madre, mientras que la sangre arterial de ésta deja substraerse el oxígeno que pasa al feto. Lo mismo ocurre en un sentido con los catabolitos, sustancias de desecho, urea, cloruros, etcétera, y en otro con los anabolitos, hidratos de carbono, proteínas y grasas. Pero no podemos creer que la placenta se comporte como una simple membrana filtrante como pretenden los mecanicistas que no ven en la función placentaria más que un simple fenómeno de ósmosis y difusión, sino que hay que tener como evidente que en su seno se producen sutiles transformaciones y funciones selectivas presididas por un principio vital…

— ¡Pero, hombre! ¡También aquí!

— ¿Quiere usted decirme, señor Ramón, qué es lo que le tiene tan inquieto? Para una vez que viene usted a clase podía atender mejor a lo que se le explica.

— ¿Yo?

—Sí. ¡Usted! Empiezo a dudar de si prefiere usted aprobar esta asignatura en septiembre, por las pocas veces que se preocupa usted de acudir a esta clase…

—Perdone, don José. Pero es que como soy interno de Disección tengo ocupadas casi todas las horas de la mañana…

—Bien, bien. Usted verá. Con tal de que me responda cuando lo examine.

—En cuanto a eso creo estar bien preparado y estudio todo lo que pudo.

El profesor, poco acostumbrado a tanta desfachatez, se amoscó y le dijo:

— ¡Caramba! ¡He aquí, señores, un ignorado y modesto sabio que nos va a comunicar algo de su ciencia! ¿Quiere usted bajar aquí?

— ¿Yo? ¿Así… sin preparar? No era mi intención…

— ¡Baje usted inmediatamente!

Santiago, bastante arrepentido de su fanfarronada, bajaba una a una las gradas del anfiteatro con el convencimiento de que iba a dar una de las más divertidas sesiones de Obstetricia a sus regocijados compañeros. —Dígame usted la génesis de las membranas del embrión. Santiago se volvió hacia la pizarra para que Ferrer no sorprendiera la mueca de satisfacción y triunfo que le salió a la cara al oír la pregunta. ¡Con Embriología a él! ¡Pero si era su tema favorito! ¡Con cariño de artista había hecho unos estupendos apuntes sobre el tema que repasaba y mejoraba continuamente! Uno a uno había seguido los estadios de transformación del huevo humano hasta el ser a término, porque lo seducía como ninguna otra cosa ese milagro cotidiano de la ontogenia.

Tomó un pedazo de tiza y con mano y voz seguras dio aquella mañana en clase de Obstetricia su primera lección magistral. Ferrer y los compañeros le oían en un silencio embobado. Casi taumatúrgicamente iban surgiendo de la punta del clarión los esquemas precisos y clarísimos del desarrollo del embrión, estampas de la historia del hombre en el vientre materno. Y la palabra, que ya había perdido las rudas inflexiones y giros altoaragoneses, salía suelta y fluida, vehículo fiel de un tema aprendido con cariño sobre su mismo terreno anatómico.

Ferrer era un noble espíritu. Ya mucho antes de acabar Cajal había perdido toda la animadversión contra él y al acabar le dijo sin poder contenerse:

— ¡Muy bien! En esta asignatura tiene usted desde ahora sobresaliente aunque no venga más a clase.

Y luego se volvió hacia el concurso estudiantil para imponer un poco de silencio con ademán tolerante. Un murmullo creciente de admiración incontenible salía de los bancos y hasta se inició un aplauso por los más entusiastas.

Clase de don Pedro Cerrada: «Siento no saber Química, señores. Es indudable que este oscuro punto de la Patología tendría explicación en sencillos procesos químicos de la materia orgánica. A ustedes toca aprenderla y verán cómo no tardando encontrarán la solución de tantas cosas que hoy no podemos explicar».

¡He aquí un hombre honrado y sabio! En vez de explicarlo todo con filosofías, reconoce que no sabe nada y deja una puerta bien abierta para aprenderlo. Camino despejado y sin obstáculos para el que quiera investigar sin prejuicios y sin dogmas. ¡Ese es el principio! Confesar nuestra ignorancia actual, amarrar bien lo poco que sabemos de cierto y continuar paso a paso sin acordarnos de Hipócrates ni de Aristóteles. Ver antes que creer y huir del dogmatismo como del demonio. ¡Conformes con usted, don Pedro!

Un bedel llamaba dando palmadas a clase con don Jenaro Casas. Santiago Ramón y un condiscípulo llamado Cenarro entraron premiosamente, siguiendo a los demás y sin interrumpir una conversación que sostenían. Una vez sentados en el banco la conversación continuó:

—También a mí me gusta mucho. Ese libro de Virchow lo hemos comprado Rebullida, Sierra, Pastor y Salinas. Muchas tardes vamos a casa de Borao, el interno de Fisiología, y lo comentamos. A cada uno se le ocurre la suya y de esta manera lo digerimos mejor. Es lo más razonable que se ha escrito hasta ahora… ¿No te parece?

—Sí… en cierto modo. ¿Y aquí, cómo va la cosa?

—Chico, este don Jenaro es admirable. Está a la última. Lee todo lo nuevo y lo acepta. Ha leído a Virchow y muy bien, ¿sabes? Pero lo mejor no es eso. Lo mejor

es que encuentra argumentos en lo nuevo para defender lo antiguo. ¡Si vieras su habilidad para acoplar el vitalismo a la teoría celular! Es algo que casi te llega a convencer… Atiende y verás cómo algo nos dice hoy de esto.

—Sí. No me va a quedar más remedio que atender porque desde que ha entrado me tiene echado el ojo. Me parece que se está rifando una pregunta y tengo yo todos los números.

— ¡Caramba, caramba, Santiaguito Ramón! ¡Muy honrados con su visita! ¿Qué tal, qué tal por ultratumba?

Las palabras del profesor ponían a Santiago de mil colores y no sabía si sonreírse o adoptar cara de circunstancias. Don Jenaro era muy amigo de su padre y por eso mismo cargaba la mano en la burla.

—Ya que ha venido, supongo que no tendrá ningún inconveniente en decirnos alguna cosita. Por ejemplo, algo sobre la patogenia de la inflamación.

—Sí, señor. La inflamación presenta como síntomas fundamentales tres: calor, tumor y rubor, y los tres se deben a una reacción del terreno sobre el que actúa la noxa…

— ¡A ver, a ver! Conformes con la tríada, pero, ¿qué es eso de «una reacción del terreno…»?

—Que el tumor producido por exudados, el calor por la hipertermia, y el rubor por el aflujo sanguíneo, son reacciones locales…

— ¡Alto ahí! Entonces, ¿para usted la inflamación no es más que una especie de conflicto circunscrito a un trocito del cuerpo y los tejidos de ese trocito se lo solucionan todo? Ellos se lo guisan y se lo comen…

—Bueno… tanto como eso. Pero, ¡sí, señor; algo así he querido decir!

— ¿Y dónde me deja usted la mitad orgánica? ¿Cómo puede comprenderse el espíritu de defensa del organismo para eliminar la noxa que lo hiere sin un principio inmaterial que presida y coordine todo el mecanismo? Usted mismo habla de aflujo sanguíneo. ¿Cree posible que afluya la sangre a un determinado sitio del cuerpo en mayor cantidad sin que se altere todo el sistema circulatorio y el corazón? ¿Y sin que el sistema nervioso haya dado las órdenes oportunas para que los vasos se dilaten, la tensión varíe y la corriente sanguínea discurra más despacio…?

—Virchow demuestra que puede haber inflamación sin hiperhemia. Los cartílagos y la córnea no tienen vasos y sin embargo también pueden inflamarse…

—Naturalmente que sí. Y en ellos encontraremos exudados y hasta leucocitos formando pus. Pero, ¿de dónde vienen éstos sino de los vasos cercanos hiperhemizados? ¿O es que son de generación espontánea en el terreno?

—Pero la teoría celular de Virchow…

— ¡Y dale con Virchow! La teoría celular de este señor es un monumento de ingenio, pero peca de excesivamente estrecha y localista. Podemos estar conformes con la célula como unidad primaria, pero sólo en un sentido material. En el momento que las células se asocian pierden la unidad para cedérsela al organismo que forman. ¡Es la suprema ley natural! Asociación, especialización de funciones y un principio rector y coordinador…

— ¡Chico, has dado el espectáculo del año! ¡La verdad es que solamente a ti se te puede ocurrir discutirle a don Jenaro!

—Tienes razón. Y estoy más que arrepentido…

— ¡Hombre! No creo que te pase nada. Casas es una buena persona, muy comprensivo y hasta puede que le guste que le hayas objetado…

—No… Si eso es lo de menos. Estoy arrepentido porque he comprobado una vez más que la cosa que se considera más segura y verdadera puede venirse al suelo si te empeñas en discutirla. Hace un rato yo creía en Virchow, y Barthez me parecía un pobre equivocado. Ahora ya no creo ni me parece nada. Todo se ha perdido con discutir. Mira: hace poco tiempo me dio por la filosofía profunda y me leí a Kant, a Berkeley, a Fitche, a Hume… ¿Quieres que te demuestre ahora mismo que tú no existes? Verás: mi propio yo es la única realidad absoluta y positiva. El mundo exterior o *nóumenos* no es más que…

— ¡Bueno, bueno, chico! Ya me lo contarás otro día que tengo prisa. Además que por ese pasillo viene tu padre y me parece que quiere decirte algo…

Escapó Cenarro de la tormenta dialéctica que se le venía encima y esperó Santiago a pie firme la tormenta anatómica que se le acercaba. Al llegar junto a él, su padre exclamó con cara de pocos amigos.

—Me acaba de decir Casas que eres un testarudo capaz de cualquier cosa por mantener tus razones…

— ¿Y no es eso lo que hay que hacer, papá?

—Bueno. Pero no delante de todo el mundo y faltando e respeto a un profesor.

— ¿A que no te ha dicho eso él, eh?

—No me lo ha dicho —concedió don Justo—, pero me lo figuro porque te conozco. Además, ¿qué te proponías?

—Nada. Eso es lo malo. Que no sabemos de qué ni por qué discutimos. ¿Sabes, padre, una cosa? He llegado a la conclusión de que no quiero ser médico. Este año terminaré la carrera, pero no ejerceré. No protestes; me ganaré la vida dando clases o haré oposiciones de Anatomía, pero no quiero ejercer. No se puede hacer una cosa en la que no se cree si uno es fiel a sí mismo. Ahora me doy cuenta de que la oscuridad en que nos debatimos es el efecto de la ignorancia universal que padecemos y no queremos reconocer. Esta mañana don Jenaro me ha demostrado que Virchow, en el que yo creía, es un ignorante más que se ha lanzado a dar una teoría antes de comprobarla totalmente y dejando en el aire muchos cabos sueltos. Don Jenaro no sabe más que él, pero al menos tiene fe en un dogma científico y con ella llena sus lagunas. A mí me sobra la ignorancia y me falta la fe. Hay que empezar otra vez y por lo más elemental. Si yo pudiera saber cómo continuar…

—El principio es la Anatomía. ¿Te convences ahora de su utilidad…?

—Pero es poco, padre. Ya no se pueden hacer más descubrimientos que los que se han hecho en un hombre muerto. ¿Has visto tú alguna vez correr los glóbulos rojos por los vasos capilares? ¿Has visto salir un leucocito entre dos células endoteliales? ¿Has visto los túbulos renales?

—No. Esas cosas pertenecen al dominio de los sabios especializados y a los que tienen la fórmula de disponer de medios de investigación que aquí no podemos ni soñar. Pero las han visto y hay que creer y estudiar sobre esta creencia…

— ¡Creer, siempre creer! ¡Yo quiero ver! Sólo el que ve puede interpretar. Y sólo el que interpreta puede crear ciencia verdadera. Entre creer y crear hay demasiado camino para perderse.

3. Clímax del amor

¡El amor! ¡Ah, el amor! Es seguro que casi todos los biógrafos de Cajal se han sentido, al tocar este tema, caer en una especie de bache y se han visto obligados a

divagar; porque cuesta mucho bajar desde la excelsitud narrativa de una vida pletórica y maravillosa a contar, sobre la pobre base de unas suposiciones y unos pocos hechos conocidos, el vulgarísimo episodio de la vida afectiva de nuestro hombre. Dorothy Cannon, su más moderna biógrafa, en su condición de tal unida a la de mujer se lamenta explícitamente de esta pobreza de datos sentimentales, que le impiden fabricar una novela de amor, y considerándose sin fuerzas para justificar al maestro se limita a transcribir el corto y más bien seco párrafo donde él mismo nos cuenta su casamiento. Es que verdaderamente el amor es muy decorativo. Sobre todo el amor tal como lo entendemos y lo experimentamos la mayoría de los mortales. El amor como sentimiento incontrolable y no razonado.

Pero si nos empinamos un poquito, poniéndonos de puntillas para poder ver por encima de nuestros tópicos y de nuestros pequeños sentimentalismos, vemos, aunque todavía demasiado lejos e incierta, la proyección mental del genio científico. Y entonces comprendemos que una mente así ha, por fuerza, de interferir, de influir, en todas las manifestaciones anímicas del que la posee. Aun en las más alejadas del pensamiento lógico y de la razón como es por ejemplo el amor. Y entonces lo que debía ser un sentimiento infrenable se convierte nada más que en una idea sublimada. Sentimiento anterior a pensamiento, dicen los metafísicos. Sí, pero cuando el pensamiento es tan potente que analiza y desintegra el sentimiento, cede éste la prioridad y se hace secundario. En una estancia débilmente alumbrada podrán fabricarse mil fantasías con las sombras de los muebles y de las personas. Si la ilumina una luz potente, las sombras y las fantasías desaparecen para mostrar tan sólo la realidad concreta de los contornos.

Así, pues, parece que el genio científico tiene cerrada una de las puertas que acostumbramos a considerar como entrada a la felicidad. Pero, ¿debemos o no compadecerle por eso? Creemos sinceramente que no, porque, su vida afectiva se desarrolla en otro plano. Cuando el genio ha superado las fases de su formación, se traslada a una esfera en que los valores afectivos son distintos y más elevados. Sentirá como todos los mortales las apetencias del cuerpo, pero su espíritu no intervendrá para nada en ellas y estará dirigido a otros ideales. Así el concepto «una mujer» se habrá convertido en el concepto «la mujer»; el concepto «atracción sexual» se convertirá en el de «imperativo de la especie»; y el de «infracción

espiritual» en el de «tendencia sublimada de dos psicologías que se complementan».

Es seguro que estas definiciones vistas desde la altura de nuestros agradables topiquillos sentimentales sean fríos y falsos monumentos de pedantería. Pero son totalmente ciertos. Genios o no, los hombres tienen que tener algo en que creer y algo para sentir. Si la fría luz de la razón desaloja las sombras de los rincones de sus fantasías busca otros rincones desalentadamente, y, afortunadamente, siempre los encuentra o si no los fabrica con grandes conceptos abstractos y simbólicos.

Don Santiago tuvo una historia sentimental. ¡No ha de tenerla! Pero su historia no debemos juzgarla con espíritu de autor de novela rosa, sino que hemos de pensar que está hecha a la medida del protagonista, guste o no a las almas intoxicadas de sensiblería literaria. Precisamente en este su clímax del amor es donde con más claridad puede seguirse el proceso de formación de su espíritu.

¡Lo que son las cosas! Santiago, que a los veinte años no le había dirigido la palabra a una joven y que consideraba a las mujeres como elementos más o menos decorativos del paisaje (¡tenía cosas mucho más importantes en que pensar!), comprometió esta estupenda libertad de su corazón el día aquél en que fue a tratar con Poblador, el feo y peludo profesor de gimnasia de la plaza del Pilar. Es el caso que aquel mismo día Moriones, el silencioso y distinguido Moñones, le había vencido en un torneo «de pulso» delante de todos los compañeros de la Facultad, que estaban hartos de oírle decir que no había otro atleta en la clase que él mismo, Santiago Ramón.

Su amor propio, todavía en estado de larva infantil, se había sentido muy herido, y Moriones, un buen chico, para consolarle le informó que en el gimnasio de Poblador era donde había él adquirido tan portentosa fuerza.

—Bueno... Verá usted... Yo quiero asistir a sus clases de gimnasia... pero es el caso que no tengo dinero para pagarle.

La obsequiosa y amable cara de Poblador cambió su expresión por otra de esquivez y desconfianza. Ya abría la boca para decir algo desagradable, cuando Santiago le atajó:

—Pero... aguarde. Vengo porque tengo una idea que puede serle útil.

Poblador meneó dubitativamente la gran testa de gladiador tosco y mal hecho, como poco decidido a creer que hubiera algo que pudiera sustituir en utilidad al dinero.

—Sí, señor. Yo soy profesor ayudante de Anatomía en la Facultad —calló un momento, no se sabe si para comprobar que el otro se tragaba la mentira o para ver el deslumbrante efecto que le causaba. Poblador lo escuchaba estólido—. Yo, por razón de mi cargo, conozco a la perfección la constitución y el mecanismo del esqueleto y de la musculatura humana…

—Lo celebro y le felicito. Pero no veo…

— ¡Aguarde, aguarde…! ¿Usted no ha pensado en dar a sus lecciones un tono menos empírico, más científico? ¿No cree llegada ya la hora de abandonar los anticuados métodos de enseñanza y fundamentarlos en una base racional? Escuche usted este titulito para la puerta de su establecimiento y los membretes de sus cartas:

GIMNASIO DE POBLADOR

Enseñanza racional y científica de la Educación Física

Bajo la dirección de profesores de la Facultad

Desde debajo de las peludas cejas del gimnasta brillaron chispas de interés. Empezó a considerar con más benevolencia a aquel mozo descarado.

—A ver, a ver. Y dice usted…

Dos horas, dos, dedicó Cajal desde aquel día al cuidado racional y científico de su musculatura. Y desde luego sin saberlo su padre, que no tenía que desembolsar un cuarto para la nueva afición de Santiago.

Las bolas, las anillas, la barra, las paralelas, el trapecio; todo un programa intensivo, no menos intenso que el que hubiera seguido un profesional circense, fue agotado, repetido y sobrepasado por Santiago que, como de costumbre, habría de poner toda su voluntad en el propósito. Venció a Moriones, ¡cómo no! Y a cuantos quisieran desafiarle. Pero podía suponerse que al obrar así se colocaba en situación de ser vencido en otras lides.

Un domingo, por la tarde, paseaba Santiago por los porches de Santa Engracia. Era entonces el campeón indiscutible del gimnasio de Poblador. Tenía un perímetro torácico de un metro con doce centímetros; unas tremendas espaldas, limitadas por unos hombros cuadrados e hipertróficos; cuello de toro y la cabeza altiva de matón invencible, que puede pasear por el mundo sin miedo a nadie ni a nada. En la mano, en vez del delicado bastón de los señoritos de entonces, una gruesa barra de hierro de dieciséis libras de peso, pintada por él mismo imitando un paraguas cerrado. Nadie podría provocarle. Nadie, menos una mirada de mujer.

La primera vez que la mirada incidió, en su corpachón, supuso que se trataba de un error dé tiro. Santiago paseaba con un agraciado amigo, famoso por sus destrozos en las vísceras cardíacas de las zaragozanas. La segunda vez tampoco se hizo ilusiones, pero miró con más atención a los ojos que disparaban y a sus alrededores. Era un bonito ejemplar: «Una bella mujer de ojos grandes, negros y centelleantes, color blanco rosado y un esbelto talle…»

—Se ve que la has impresionado —manifestó su amigo.

— ¿Quién? ¿Yo? ¿Te figuras que no me doy cuenta de que te está mirando a ti?

—No seas modesto, Ramón. O yo no entiendo nada de mujeres, o esa joven está intoxicada de amor por ti…

No respondió el mozo, impresionado por tan categórica afirmación, y sintió latir un poquito más de prisa el corazón en el tórax hipertrófico. Los primeros aldabonazos del amor, que diría un poeta de la época. O el primer requerimiento del sexo, que diría cualquier asiduo de Schopenhauer.

Cuando la joven se fue de los porches, Santiago la siguió solo. Para darse ánimos golpeaba el pavimento del Coso con la barra de las dieciséis libras, y la audaz señorita debía de pensar que un galán de la Edad de Piedra seguía su rastro. Se acercó por fin a ella cuando cerca de la plaza de San Miguel comprendió que no debía de estar muy lejos su vivienda:

—Señorita… yo…

—Por Dios, caballero. No me comprometa. Pueden vernos desde mi casa, o cualquier vecino. Comprenda que a estas horas no está bien que hable con un hombre en la calle.

—Yo…

—Sí. Ya comprendo que usted es un caballero y nada más lejos de su ánimo que comprometerme. Pero ya sabe que la maledicencia… Ustedes, los hombres, son muy audaces y despreocupados y una se ve obligada…

—Yo…

—No siga, no siga. Acepto sus disculpas. Pero váyase, por favor. Mire usted. Allí mismo, en aquella esquina de la calle del Heroísmo, vivo, y cualquiera que en este momento saliera… Si al menos fuera más temprano. Por ejemplo, a las seis, que es cuando salgo a pasear casi todas las tardes. O en el paseo de Santa Engracia. Aunque no lo conozco confío en su caballerosidad y tendré sumo gusto en escucharle, si es que me quiere decir algo como parece. Pero, váyase, se lo ruego.

—Yo…

Y allí quedó con la barra de las dieciséis libras en la mano, el rostro rojo de rubor y el pronombre personal en los labios taponando toda su indiscutible elocuencia.

Desde aquel día las losas de la plaza de San Miguel y de la calle del Heroísmo resistieron las idas y las venidas del campeón de atletismo, de cinco y media a seis, y los porches de Santa Engracia cobijaron las primeras escaramuzas amorosas de Santiago. Escaramuzas en las que casi todo el gasto de conversación lo hacía Luisa. Y decimos Luisa por decir algo, ya que de todos los amores del caballero don Santiago, sólo nos queda el nombre de la que fue madre de sus hijos. Un día, sin embargo, fue Santiago el que preguntó primero:

—Escucha, Luisa. ¿Qué es lo que te atrajo en mí para que te fijaras?

— ¿De veras quieres saberlo?

—Naturalmente.

—Verás. Es que cuando te conocí estaba leyendo yo *Ivanhoe*…Y tú, con los hombros tan altos y cuadrados y tu corpulencia te parecías a él…

— ¡Ah! ¡Ya!

Pocos días después, tras de una tarde en que no supieron qué decirse y en la que la hurañía del mozo crecía ante las insulseces de la bella… Santiago preguntó cómo sin venir a cuento:

— ¿Qué estás leyendo ahora?

—Leo a Lamartine. ¡Si vieras cómo me hace llorar, tan tierno y delicado…!

No sabemos cómo acabaron aquellos amores. Es probable que Santiago se sintiera sin fuerzas para modificar su estructura corporal y su conducta con arreglo a los caprichos literarios de Luisa. O que no le gustara ser sólo la sombra de héroes soñados. El caso es que pasó aquel primer acceso del sarampión amoroso sin dejar más huella que la de ser la primera historia sentimental de nuestro hombre.

El sarampión cuando se agarra tarde dura mucho, y por eso el segundo acceso no se hizo esperar y le dio más fuerte. Sentimos en el alma no tener inspiración poética suficiente para componer una bella historia en este punto. Una historia muy del siglo pasado, en la que no falte ninguno de los ingredientes que hacían desfallecer de pena romántica a los jóvenes de entonces: la bella inaccesible, los caballeros rivales, el desafío, la solución caballeresca… Y, por si fuera poco, hasta sus correspondientes bacilitos de Koch y todo con la muerte como suprema componedora…

¿Quién era ella? El nombre no lo sabemos porque se perdió en la memoria discreta y acomodaticia de don Santiago. Pero debía de ser muy bella. Todavía la pluma cansada y concisa de don Santiago viejo, mojada en tinta de recuerdos pero limpia de ilusiones, la describía como: «Una bellísima señorita de rostro primaveral y grandes ojos azules, a la que por el clasicismo impecable de sus líneas y por la discreta pompa de sus formas llamábamos la Venus de Milo…»

El aprendiz de médico y atleta profeso temblaba ante sus balcones de la calle Cinco de Marzo, deseando y a la vez temiendo que se asomara a contemplar con indiferencia de diosa inaccesible a su adorador. A sus adoradores, mejor, porque la calle era un jubileo de estudiantes subiendo y bajando por ella como si todos vivieran entre la plaza del Carbón y el paseo de la Independencia. Santiago era, de todos, el más audaz, mientras no se tratara de enfrentarse con la bella. Así, por ejemplo, había blandido temerosamente por sobre la cabeza de los presuntos rivales al bastoncito de hierro que se gastaba, y gracias a eso la calle estaba ahora un poco menos concurrida. Un día apresó de una oreja al aprendiz de la fotografía de Judez y, acompañando las amenazas a unas monedas —no muchas—, consiguió que el chico robara para él un retrato de la venus zaragozana. El colmo de su osadía llegó cuando en un Carnaval, atrincherado tras un dominó de alquiler, habló unas cortas palabras con ella en una fiesta en la plaza de Toros. No debió de ser la

conversación muy apasionada, porque lo más atrevido que se dijeron fue que coincidían en gustarles el monasterio de Piedra. Al día siguiente le envió un álbum fotográfico del bendito monasterio que tan afortunado era por gustar a quien gustaba. Un álbum, claro está, sin dedicar ni cosa semejante; ¡cómo iba a atreverse a ofenderla de tal manera…! Y al día siguiente, satisfechísimo de tan veloces avances en el corazón de la dama, volvió a custodiarle la casa, dispuesto más que nunca a eliminar estorbos de la calle mediante su presencia asustante y las dieciséis libras de argumentos que llevaba en la mano.

Pero aquel mismo día, Alejandro Mendizábal decidió una cosa parecida, al observar que de todos los paseantes el más recalcitrante y fachendoso era aquel palurdo de los pelos crespos y el traje mal hecho, con pinta de mozo de cuerda.

—Usted verá lo que hace —le dijo sin más explicación—. Pero si cuando yo dé la vuelta por aquí dentro de cinco minutos lo encuentro todavía, le parto esa maldita cara de idiota…

Santiago se quedó asombradísimo. No podía llegar a creer que en Zaragoza, donde todos le conocían, le hicieran una provocación semejante. Contempló al insensato joven que debía de tener su misma edad y bastante corpulencia. Hubo un momento en que asió convulsivamente la barra de hierro, dispuesta siempre a «hacer carne» en el decir de su dueño, pero bien pronto pensó que las cosas había que hacerlas como caballero, librando a la dama de un vergonzoso espectáculo. Además, que era preciso conceder alguna posibilidad de defensa al desgraciado muchacho…

—Podría hacerle tragar ahora mismo esas palabras, pero creo más propio de caballeros dirimir estas cuestiones a solas y en algún lugar.

— ¿Le parece bien el soto del Huerva?

—A mí, de perlas. A usted no tanto en cuanto acabe.

—Vamos, entonces. Pero espere un poco para bravuconear…

— ¡No! Si no hago más que anunciar un hecho cierto…

—Habla usted como un pedante de la Universidad. ¿Qué es lo que estudia?

—Este año seré médico…

— ¡Vaya, hombre! Siento que termine usted la carrera descalabrado.

— ¿Y usted? ¿Qué es lo que estudia?

—Voy a ingresar en Ingenieros.

—Menos mal. Le quedará tiempo para curarse antes de acabar. Digo yo…

—Hemos llegado. Será mejor que nos pongamos cómodos. ¡Eh! ¡Un momento! No es justo que usemos los bastones. El suyo es de hierro y el mío es de caña…

—De acuerdo. Manos limpias.

— ¿Dispuesto?

—Sí —respondió serenamente Santiago—, pero pegue usted primero. Me parece justo.

— ¡Mamarracho fanfarrón! ¡Ahora verás lo que es justo!

Durante unos segundos llovieron sobre la cara y la cabeza de Cajal unos descomunales trompazos que habían de impedirle colocarse el sombrero durante una semana. Pero en cuanto pudo agarrar a su contrincante con sus brazos de oso pirenaico, lo estrujó con tanta violencia, que el futuro ingeniero se puso lívido y quedó en sus brazos como pelele sin vida. Al soltarlo cayó al suelo fláccido e inerte, y entonces Cajal se llevó el gran susto creyéndose autor de un crimen. En un instante tuvo tiempo de arrepentirse de su fuerza, de su matonería, y para caer junto al pobre Mendizábal que no daba señales de vida. Le tomó el pulso que latía débilmente, trajo agua del Huerva, y en pocos minutos vio con inmensa alegría cómo recobraba el conocimiento y se coloreaba su faz.

Durante mucho rato permanecieron los dos rivales amigablemente sentados en el soto, contándose sus cosas. Dirimida ya la cuestión de honor, los dos caballeros discutían en armonía sus problemas:

—Ha ganado usted y es justo que yo me retire. No acepto ningún otro arreglo, aun sintiéndolo como no puede figurarse porque esa mujer es para mí…

—No siga. Creo que somos un par de idiotas enfocando así el asunto. ¿No le parece que lo primero de todo es contar con la voluntad de la señorita? ¿Tiene usted algún indicio que le haga suponer que le interesa?

—Hombre… yo… Francamente, no estoy seguro…

—Exactamente lo mismo me pasa a mí. Vamos a escribirle los dos y ella que decida. Su voluntad es ley…

—Pero, ¿y si le gusta otro?

—Tendrá que ganársela. ¿No le parece?

—Bien. Pero tendré que esperar a enderezarme un poco los huesos. ¿Cómo ha podido usted adquirir tanta fuerza?

Cajal, sin más explicaciones, sacó una tarjeta del bolsillo, donde se anunciaba el gimnasio de Poblador, bajo la dirección científica de profesores de la Facultad.

Dos días más tarde Mendizábal topó de nuevo con Cajal en la calle de Cinco de Marzo. Su encuentro ahora fue francamente amistoso. Pero la cara de Mendizábal era una elegía trágica.

— ¿Qué le pasa? ¿Todavía no se encuentra usted bien?

—Sí, gracias. Ya estoy mejor. Pero tengo muy malas noticias. Siento decirle que debemos despedirnos de nuestros sueños. Me he enterado que la Venus es enormemente rica. Tiene cincuenta mil duros de dote.

— ¡Cincuenta mil duros! ¡Qué barbaridad!

—Comprenderá usted que sabiendo esto no podemos intentar ningún acercamiento. Al menos mi pureza de intenciones no permite ser manchada con torcidas interpretaciones.

— ¡Ni la mía tampoco! ¡Jamás permitiré que me llamen cazadotes!

— ¡Es mejor renunciar!

—Sí señor. ¡Hay que renunciar!

Unos meses más tarde, la Venus de Milo moría víctima de una tuberculosis masiva o galopante, como entonces se decía. El bacilo de Koch no había tenido tantos miramientos como los dos románticos muchachos.

Y aquí termina el sarampión. Lo que ha de venir luego es muy diferente. Mientras tanto pasan muchas cosas. Tantas, que no hay sitio ni tiempo para el amor. Santiago se hace soldado, después médico militar; hace la campaña de Cataluña, luego se va a Cuba… Y entre tantos episodios sólo algún destello para hacernos ver que Eros, sujeto y recluido por más nobles pasiones, vive todavía. En Sallent se aloja un día como oficial médico del regimentó en campaña en casa del médico titular. Su hija, «esbelta y rubia como una gretchen», atiende al soldado aterido y cansado. Sopitas, abrigo a la lumbre, calcetines y zapatillas del padre mientras se secan los propios, sonrisas… «Si en vez de una noche estoy una semana me enamoro perdidamente», dice nuestro hombre en sus *Memorias*, recordando el hecho. ¡Extraña confesión de un hombre de la época romántica! ¡Nada menos que

una semana para enamorarse en tiempos en que el acreditado flechazo era de efectos fulminantes!

También nos habla de Cádiz y de las gaditanas, de amores de soldados, de «uniones baratas e instantáneas, que son las que dejan recuerdos más caros y duraderos…» Pero sólo como espectador tolerante y un poquito moralista. Cuando se va a Cuba no ha besado todavía a una mujer. Cuando vuelve, tampoco. Y entonces se decide a hacerlo. Pero de una forma tal que merece una explicación.

Santiago tiene veinticuatro años, cuando vuelve de Cuba. El sentido de la palabra «volver» es aquí muy amplio, porque Cajal vuelve ya de muchas cosas. En las trochas y en la manigua se han quedado muchas ilusiones y muchas fantasías, junto con su salud y su hipertrofia muscular. Pero, en cambio, el cerebro, libre de espejismos, de manías pueriles y de prejuicios, empieza a ser el maravilloso instrumento de su gloria. Es el pensamiento lógico el que manda ahora sobre el corazón y sobre el cuerpo.

Llega a Zaragoza y va a ver a su novia. Es una muchacha huérfana, de buena familia, a la que habló un poco antes de ingresar en el Ejército, y que le ha escrito periódicamente unas cartas correctas con la mínima dosis de pasión para edificar sobre ellas en las largas horas de la manigua cubana felices proyectos futuros. Pero el Santiago que vuelve es muy distinto del que marchó. Era aquél un joven arrogante, que lucía el flamante uniforme de oficial por el paseo, que tenía un bello porvenir en la Medicina y una salud a prueba de bombas. El de ahora es un pobre palúdico, seguramente también tuberculoso, al que han olvidado los clientes y los compañeros y que, por añadidura, no tiene un céntimo. No es muy extraño, pues, que la excelente joven sienta disminuir su discutible pasión por el mozo. Santiago lo nota y es entonces cuando decide darle un beso como experimento.

¡Un beso como experimento! Y es el primero que da a una mujer. Es típicamente cajaliana esta decisión. Como es cajaliana toda la preparación para la experiencia y todas las razones que da para justificarse. Con la misma frialdad con que prepararía más tarde un embrión de pollo para examinarlo al microscopio, conversa indiferentemente con su novia; la lleva a despedirla bajo la luz del portal «para ver, inmediatamente de producirse, la reacción negativa o positiva de su gesto», y reflexiona calmosamente sobre el sitio más conveniente para dárselo. ¿La frente?

¿La mejilla? ¿Los labios? Al fin se decide por la mejilla como lugar menos respetable que la frente, pero no tan sugerente como los labios. Y todo ya decidido y convenientemente dispuesto, le larga un beso en la cara sin venir a cuento y completamente a contrapelo.

La educada y severa joven se retira con susto y, según Santiago asegura, con repugnancia. Luego que se le pasa la vergüenza y el miedo le administra un pudibundo sermón sobre las dudosas intenciones que este acto descubre en el galán; sobre sus creencias y su moralidad, sobre ofensas irreparables, matizándolo todo con frases tan cursis como «pecaminosas audacias» y «pudor ofendido». El mozo considera terminado el experimento y, convencido de lo que significa su resultado, se va de allí para no volver.

Un clarísimo indicio de la evolución de sus nuevas ideas sobre el amor nos lo da una frase que se le escapa más tarde, cuando recordando el experimento del beso intenta justificar a la víctima de su experiencia: dice que su novia desconfiaba de su salud, disgustábale su carácter y asustábale una viudez prematura y en la pobreza. «Tenía razón —dice—, porque la mujer cuando se inspira en el genio de la especie siempre tiene razón».

«La mujer», «la especie». Conceptos de estirpe intelectual y no sentimental. De ahora en adelante el corazón ha de quedar relegado a su real cometido de bomba aspirante impelente y dejarse de tonterías. Es el cerebro el que manda.

Por esa razón podemos explicarnos fácilmente la súbita decisión de Cajal de casarse unos años más tarde y la manera cómo toma esa decisión. Con una precisión y un método ingenuos, de los que quizá no se diera cuenta ni él mismo, nos describe todas las fases del acontecimiento:

He aquí cómo conocí a mi futura: de vuelta de un paseo por Torrero encontré cierta tarde a una joven de apariencia modesta, acompañada de su madre. Su rostro, sonrosado y primaveral, asemejábase al de las madonas de Rafael, y aún mejor a cierto cromograbado alemán, que yo había admirado mucho y que representaba la Margarita del *Fausto*. Me atrajeron, sin duda, la dulzura y suavidad de sus facciones, la esbeltez de su talle, sus grandes ojos verdes, encuadrados en largas pestañas, y la frondosidad de sus rubios cabellos; pero me sedujo más que nada

cierto aire de infantil inocencia y de melancólica resignación, emanados de toda su persona. Seguí a la gentil desconocida hasta su domicilio, averigüé que era huérfana de padre —un modesto empleado—, y que se trataba de una muchacha honrada, modesta y hacendosa. Y entablé relaciones con ella. Tiempo después, sin que los consejos de la familia fueran poderosos a disuadirme, me casé, no sin estudiar a fondo la psicología de mi novia, que resultó ser, según yo deseaba, complementaria de la mía.

Mi resolución, comentada por los camaradas en tertulias y cafés, fue unánimemente calificada de locura. Ciertamente, mirado el acto desde el punto de vista económico, podía conducir a la ruina. Valor se necesitaba, en efecto, para fundar una familia cuando todo mi haber se reducía al sueldo de veinticinco duros al mes y a los ocho o diez más a lo sumo, granjeados por mis repasos de Anatomía e Histología. Así es que la boda se celebró casi en secreto: no quise molestar a parientes ni amigos con andanzas que sólo interesaban a mi persona.

Recuerdo que cierto compañero, extrañado de verme entrar con tanta inconsciencia e intrepidez en el gremio de los padres de familia, exclamó: "¡El pobre Ramón se ha perdido definitivamente! ¡Adiós estudios, ciencia y ambiciones generosas!".

Fatídicos eran los presagios: mi padre vaticinaba mi muerte en breve plazo; los amigos me daban por definitivamente fracasado.

Y, en principio, mis censores tenían razón. Es incuestionable que, en la mayoría de los casos, la vanidad femenil, junto con las necesidades y afanes del hogar, acaparan financieramente toda la actividad mental del esposo, a quien se impone, con todo su desolador prosaísmo, el conocido *primum vivere*. Mas en esta clase de asuntos es preciso, para acertar, fijarse, más que en las enseñanzas de la experiencia general, en las condiciones individuales, en las tendencias y sentimientos íntimos. Además, olvidamos a menudo que, en la sociedad conyugal, al lado de factores económicos, actúan también resortes éticos y sentimentales decisivos, a cuyo influjo prodúcense impensadas y casi siempre felices metamorfosis de la personalidad física y moral de los esposos. En virtud de estos cambios y de la consiguiente integración de actividades, la sociedad conyugal constituye una entidad superior, capaz de crear valores mentales y económicos enteramente nuevos o apenas latentes en los sumandos.

Por no haber tenido en cuenta estos factores, fallaron de medio a medio las profecías de los amigos. Físicamente mejoré a ojos vista, reconociendo todos que, desde mi regreso de Cuba, jamás fue mi estado tan satisfactorio. Mi mujer, con una abnegación y una ternura más que maternales, se desvelaba para cuidarme y consolidar mi salud. En cuanto al tan cacareado abandono del estudio y de toda ambición elevada, bastará hacer notar que los años siguientes, y cuando ya tenía dos hijos, publiqué mis primeros trabajos científicos y gané por oposición la cátedra de Anatomía de Valencia.

Parece que está exponiendo en lección de cátedra los estadios de la carioquinesis o el fenómeno de la fecundación ovular. Fácilmente podríamos tomar todo el párrafo y partirlo en períodos de perfección didáctica: Período primero: Descubrimiento. Período segundo: Conocimiento y estudio. Período tercero: Discusión de conducta a seguir y decisión. Período cuarto: Resultados posteriores del experimento. Al hombre y la mujer normales, que tengan un equilibrio lógico-sentimental, extrañará esta forma de enjuiciar y decidir sobre el vital asunto. Al hombre o mujer en que este equilibrio se desvíe hacia lo sentimental no sólo le extrañará: le escandalizará. Pero todos deberían pensar que son muchos los caminos del Supremo Ordenador para lograr sus designios, y es muy posible que lo que para unos es atracción ciega y casi inconsciente, tenga para otros claridades meridianas. Cualquier hombre nos contestará, si le preguntamos la causa por la que desea casarse con su elegida, que en realidad no lo sabe, pero que comprende que la necesita y que se encuentra a gusto a su lado. Cajal nos informa, en cambio, de que decide casarse porque «estudiando su psicología descubrió que era complementaria de la suya», y porque «en la sociedad conyugal, al lado de los factores económicos, actúan también resortes éticos y sentimentales decisivos… etc., etc.». Bueno, lo importante es que el aspirante empírico y el aspirante racionalista no se equivoquen. Y es muy posible que en punto a posibilidades de acierto, el instinto y la inteligencia vayan a la par.
Lo verdaderamente cierto es que don Santiago no se equivocó en su elección. Doña Silveria Fañanás fue para él la mayor fuente de felicidad y satisfacciones, con haber tenido tantas don Santiago. Bella, modesta, hogareña, económica, fecunda madre de seis hijos, genio benéfico y comprensivo en la difícil vida de un genio, sabedora

casi antes que su mismo esposo de lo que éste llevaba dentro, coraza entre el genio y las dificultades prosaicas de la vida, en fin... Podríamos repetir lo que una amiga de la casa de Cajal decía a quien quería oírla: «La mitad de Cajal es su mujer».

Y aquí acabaría el clímax del amor si no nos rondara una preocupación. ¡Es tan difícil esto del amor! De todas las profundidades del alma, la más inexplorable e inexplorada es esta del rincón de Eros. Quizá sea porque está en lo más hondo: en donde el instinto, el sentimiento y la fisiología se unen y encadenan indisolublemente. Hay que temer, con razón, no haber interpretado debidamente esta dramática página de la vida. Por eso necesita ayuda para convencer, no sólo al que leyere, sino a sí mismo; y esta ayuda es el mismo don Santiago el que se la va a prestar. En las *Charlas de Café*, hay unas cuantas referentes al tema. Quisiérase con esto descubrir el pensamiento cajaliano sobre el amor y las mujeres y se espera conseguirlo, ordenando estas charlas en forma algo tendenciosa, aunque disculpable. En un orden que pretende señalar una evolución del pensamiento del hombre, una gradación de ideas, un clímax. El clímax del amor.

«Tengo para mí que, entre todos los placeres selectos y refinados, ninguno es comparable al de oír de unos labios rojos y juveniles, trémulos de emoción, la exposición y defensa de nuestras concepciones y pensamientos».

«La hermosura es una carta de recomendación escrita por Dios y leída y admirada por todos los corazones. Lo malo es que, de cuando en cuando, el diablo la intercepta furtivamente y cambia la dirección. Y así, la hermosura destinada a la ventura de un discreto, llega a las manos del torpe o del mentecato; con lo que el idilio se convierte en comedia o en tragedia».

«Hay en los besos apasionados de ciertas hembras sensuales un no sé qué de amenazador y de salvaje. Recuerdan el feroz transporte amoroso de arácnidos e insectos».

«En la frase vulgar "te comería" late quizás un vestigio de ancestral canibalismo».

«Asistimos a un salón aristocrático; oímos lugares comunes, frivolidades y hasta impertinencias e injusticias, y, en vez de molestarnos, quedamos cautivados y casi convencidos. Es que esas ligerezas emanan de la boca gorjeante de hermosa mujer. «Y nos retiramos persuadidos de que la belleza tiene siempre razón».

«En su arsenal dialéctico contra la esquivez o la tacañería de amantes, padres y maridos, la mujer posee un argumento más que el hombre: el beso. Con él cierra definitivamente la boca del más hábil polemista y abre el bolsillo más recalcitrante». «Sabido es que, por lo regular, todas las pasiones iniciadas con extremada violencia suelen terminar pronto y desastrosamente. Rasgado el velo de Maya, se cae en el desencanto y la desilusión. Y en vez de "deletrear en las estrellas —según decía el enamorado Goethe— el nombre de la adorada", se piensa si no sería preferible leerlo de corrido en una lápida sepulcral».

« ¿Analizas el amor? Luego ya no lo sientes. Como el anatómico, los grandes definidores de esa pasión sólo disecan cadáveres».

«Asegura el doctor Voivenel (*La maladie de l'amour*) que el amor es una enfermedad. Quizá lo sea, sobre todo cuando toca en las fronteras de la pasión exaltada. De todos modos, hay que confesar que, después de padecido, no quedamos escarmentados ni indemnes».

«El primer amor del hombre —amor de mariposa— tiene por objeto la flor. El segundo, más avisado y práctico —amor de gorrión o de "gorrón", como diría un aficionado a los retruécanos cursis—, sólo pica en el fruto».

«Los fatuos que se juzgan preferidos a causa de sus prendas personales, debieran meditar el sentido crudamente realista de la frase habitual entre comadres, ya referida por Quevedo: "Mi hija está muy bien colocada". En efecto, para la mayoría de las mujeres, casarse es "colocarse"».

«En materia de amor cúmplese a menudo la ley del mínimo esfuerzo. Hay gentes tan perezosas que se casan con su prima, con su madrastra, hasta con su criada, por la sencilla razón de tenerlas muy a mano».

«Se ha dicho muchas veces que el amor, como el agua, corre de arriba abajo; es decir, del padre al hijo y del hijo al nieto. En esto muéstrase, como siempre, la Naturaleza exquisitamente utilitaria.

« ¿Para qué habría de fluir el amor en sentido retrógrado, es decir, en la dirección de los muertos…?»

«Peligrosísima es durante la obra filosófica o científica la intercalación inoportuna de una pasión tormentosa hacia una mujer bella, pero vulgar e incomprensiva del sabio y acaparadora de toda su capacidad sentimental. Tal fue la desgracia del famoso A. Comte. Su pasión senil por Clotilde de Vaud enervó la fibra viril del pensador francés, arrastrándole hacia el vago sentimentalismo de la religión de la Humanidad».

«Frutos insípidos de estas pasiones tardías son la vulgaridad y la sensiblería. Castrado el entendimiento, se reblandecen medula y cerebro».

«La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella se lucha con desembarazo; pero ¿y al acabar?»

«A la manera del globo cautivo, el hombre culto se perdería en el azul si la mujer, que representa el lastre y la cuerda, no tirara prudentemente hacia abajo.»
«No huyas de las mujeres durante la juventud, si no quieres correr ridículamente tras de ellas en la vejez».

«Asómbrame la intrépida y sublime inconsciencia con que la mujer persigue el matrimonio, donde la esperan a menudo, con la maternidad ansiada, la desilusión del amor, la fealdad física y no pocas veces la enfermedad y la muerte prematura.

Lo que poéticamente llamó Renán "la herida del amor" es una llaga dolorosa que suele sangrar toda la vida.»

«Mas la esposa fiel acepta siempre con optimismo y alegría estos sacrificios, que la elevan sobre la conducta del esposo, por lo común algo egoísta y veleidosa.»

En esta época de feminismo militante y bullicioso, me extraña mucho que la mujer no reivindique para sí y para sus hijos el derecho, no sólo de renunciar al apellido del esposo, sino el de llevar en primer término el de la madre.
¿Razones? Numerosas. He aquí algunas de índole biológica:

1. En el acto de la procreación, la madre colabora con una cantidad de protoplasma y karioplasma enormemente superior a las aportadas por el padre.
2. Corriendo a cargo de la madre la nutrición del feto y la crianza del hijo, es imposible no admitir (aun haciendo caso omiso del proceso material del crecimiento) que buena parte de la arquitectura química y celular específica de aquélla se trasmite a la prole.
3. De acuerdo con las precedentes proposiciones, el vástago, sobre todo si goza de gran talento, se parece más a menudo a la madre que al padre; con lo que no pretendo ignorar el fenómeno contrario ni la combinación, en variables proporciones, de los caracteres de ambos progenitores.
4. En la serie zoológica se da con frecuencia, natural o experimentalmente, la partenogénesis (generación virginal), es decir, la procreación sin padre (pero no la generación sin madre en los animales sexuados); y
5. No pocos sabios especialistas en tan interesantes problemas biogenéticos afirman muy formalmente que la partenogénesis recae, en ocasiones, hasta en la mujer misma, cuando tiene la desgracia de sufrir un cónyuge para sifilítico alcohólico, agotado, etc. En casos tales, según apuntamos en otro lugar, el esposo no aporta a la fecundación ningún factor hereditario, sino que se limita a estimular el desarrollo del óvulo. Tan singular efecto se ha conseguido en los batracios y en otros vertebrados, provocando experimentalmente la entrada en el óvulo de un corpúsculo seminal despojado de sus cromosomas (materias de la herencia), ora

mediante el radio, ora usando meros productos químicos. (Esta fecundación artificial, probada por Loeb y su escuela, se ha obtenido, sobre todo, en muchos invertebrados.)

«Conque ya lo saben las feministas fervientes. He aquí un bello programa a realizar. Y no se trata sólo de una cuestión de palabras, como argüirá algún leguleyo o partidario de la inferioridad esencial de la mujer (sentimiento ancestral conservado en todos los pueblos de Oriente, donde la esposa y concubina representan, según es notorio, la "cosa" del amo, quien, además de tiranizarla, la aprecia por debajo del caballo y del camello), sino una cuestión de dignidad femenina y de biología fundamental. Es preciso, en fin, que la mujer moderna adquiera la conciencia plena de su raza, singularmente de la representada por la línea materna».

«La mujer suele enamorarse del talento, y el talento viril de la hermosura. Establécese de esta suerte felicísima compensación biológica. En cuyo fenómeno selectivo, el instinto femenino demuestra exquisita perspicacia, porque la belleza pasa y el talento, con sus magníficos frutos económicos, perdura».
«Creemos ser los protagonistas de la gran comedia de la vida, cuando en realidad servimos de humildes partiquinos. Aun en el fogoso dúo de amor somos meros delegados de la especie que, en fin de cuentas, es la gran enamorada. Ella se sirve de nosotros, como el cervecero de la levadura para continuar su industria y prosperar. Pero acerca de este asunto ha discurrido ya muy aguda y atinadamente Schopenhauer».

«En el diccionario de la mujer, "querer" no tiene, en la mayoría de los casos, más acepción que "estimar", es decir, "valorar". En igualdad de circunstancias, la hembra fea o hermosa preferirá siempre al varón que acredite mayores capacidades financieras o más copiosas disponibilidades, con la única condición de satisfacer el instinto de la maternidad, el más profundo y sagrado de la vida. El supremo fin de los hijos santifica todos sus egoísmos».

«Obedecer al amor es mostrarse sensible a la voz angustiosa de los gérmenes que piden turno en el banquete de la vida».

«Para muchos es risible, y para mí profundamente conmovedor, el espectáculo de esas heroicas solteronas que exhiben, infatigables, en paseos y teatros, sus gracias marchitas, en busca de un novio siempre fugitivo. A través de la piel macilenta paréceme oír el grito angustioso del último germen —excelsa promesa de eternidad—, temeroso de hundirse en la nada.»

« ¡Respeto y loor para esas heroicas mujeres que defienden el derecho a la perpetuidad de la raza, quemando en la batalla hasta el último cartucho…!»

«Me asombro de que los poetas elogien hiperbólicamente dos sentimientos tan fatales y necesarios, por instintivos, como el amor y la maternidad. En buena lógica, sus ditirambos debieran dirigirse, no a la obra automática de ciertos ganglios nerviosos, sino al Supremo Artífice que los organizó y coordinó».

4. Clímax del heroísmo

Uno va, así, haciendo su propia historia, que es tanto como decir haciéndose a sí mismo. Uno se va situando en un punto geográfico, en un núcleo humano y en un estamento social al mismo tiempo que en un devenir histórico.

Pero todo esto es por fuera, y en cierto modo circunstancial sin que haya dependido de la propia voluntad, y por eso uno acostumbra a considerar como única verdad la que lleva dentro. Cuando esta verdad, en su parte conocida y en su parte por conocer, le parece interesante, este proceso de introversión es peligroso porque segrega al hombre de la sociedad para esterilizarlo o para hacerlo su enemigo. Lo que equivale a decir que sobre el mundo gravita un filósofo más.

Que, naturalmente, pretenderá conocer la Gran Verdad sólo porque cree haber llegado a conocer su pequeña e intrascendental verdad. No obstante, estos lamentables hechos ocurren cada vez con menos frecuencia. Cada vez en mayor grado lo circunstancial, lo exterior, nos zarandea, nos deforma, nos penetra con mayor facilidad. Según los pesimistas porque cada vez nuestra densidad espiritual

es menor. Según los optimistas porque cada vez lo que nos rodea es más denso y absorbente. No en vano son muchos los siglos que llevamos vertiendo en el exterior el contenido de las mentes y los espíritus.

Todo esto viene a cuento de que si un hombre llamado a grandes destinos cae en la tentación peligrosa de ir formándose en su propia cutícula, para defenderse del medio ambiente y poder pensar dentro de ella, con abrumadora frecuencia surgirá un hecho que romperá esa cutícula y le obligará a mostrar lo que había dentro.

Es lo que le ocurrió a Santiago Ramón y Cajal cuando una tarde, paseando ensimismado por la plaza del Pilar, oyó un chico vocear con injustificado entusiasmo:

— ¡La prensa! ¡La Prensa! ¡Con el decreto de movilización! ¡La Prensa!

Santiago compró el periódico, lo leyó, y quedó enterado de que Castelar, don Emilio, en nombre de la Patria, le daba una plaza de soldado en el ejército de la República, por el solo mérito de tener veintiún años. Era el año 1873. La gran historia, la historia exterior, había roto las defensas de la pequeña historia, la interior, la historia del hombre, y éste había quedado incorporado a la corriente avasalladora de los hechos.

Y la corriente de los hechos, además de avasalladora, era bastante turbia y revuelta.

El 2 de enero de 1871, habíase importado un rey de Italia para cubrir la vacante del trono español. A don Amadeo le bastaron dos años para darse cuenta de que los españoles no teníamos arreglo y que se estaba mejor en casa que gobernando pueblos como el nuestro. Es la verdad que el pobre señor tenía razón en gran parte. Cuando vino, su primer acto público fue visitar el cadáver de Prim, su padrino, asesinado en la calle del Turco precisamente por haberlo traído. Cuando se fue, el 12 de febrero de 1873, pudo contemplar el raro espectáculo de la plebe proclamando y celebrando la flamante Primera República en las calles, y además, en las grandes balconadas de los palacios aristocráticos, aparecer luminarias y tapices para celebrar su marcha y la esperanza de una nueva Monarquía. Todos se alegraban de su viaje, por considerarlo preciso para ver realizadas sus caras ilusiones. Pero como las ilusiones de cada español eran distintas, y casi puede

decirse que había tantas ilusiones como españoles, al día siguiente ya empezaban los líos.

En septiembre de 1873, cuando Castelar, jefe del Gobierno de turno, dio el decreto del servicio militar obligatorio, las cosas habían llegado a un grado extremo de interés y variedad. Dorregaray, Andéchaga, Elio y otros generales luchaban en el Norte por la gloria y la victoria del rey don Oírlos María Isidro; en las montañas catalanas, Savalls y Tristany, con otras partidas carlistas, les secundaban y daban amenidad a las peñas y breñas del Bruch. Los cantones federales nacían como hongos, y había un gobierno federal en Valencia, otro en Cartagena, otro en Sevilla, otro en Estepona, otro… en Granada, otro en Loja… Casi no hacía falta más que un sello de lacre y un par de fusiles para declararse estado autónomo. En Madrid, radicales, federales, monárquicos, intransigentes, moderados, alfonsinos, carlistas, neos, y otros más, andaban a la greña y se decían cosas feas en el Congreso. En Cuba, el oro y la sangre de españoles corrían en abundancia, para no volver a llenar los corazones ni las arcas de donde salieron. En Mourviedro, Martínez Llagostera, un bravo oficial, cansado de la suicida indisciplina del Ejército, se plantó frente a sus hombres arengándoles con energía, y la arenga quedó a la mitad porque dos balas de sus propias filas le pusieron el final. Los soldados se divertían bastante, diciendo: « ¡Qué baile! ¡Qué baile!», al oficial que no les gustaba.

Así las cosas, Castelar, quizás arrepentido de haber sido uno de los que abrieron la caja de las tempestades, decidió cerrarla un poquito poniendo encima del tapete su decreto del servicio militar obligatorio. Es decir, todo el peso de los centenares de miles de hombres que esta decisión movilizaba. Cajal fue uno de ellos.

Hay para suponer que el joven Santiago sufrió un fuerte choque con la realidad, cuando supo la noticia de su movilización. Eran los tristes tiempos del patriotismo aletargado y carencial, del encogerse de hombros o de vivir de las rentas de glorias pasadas. El patriotismo juvenil es casi todo sentimiento, sin sedimento de razones, con pocos muertos bajo la tierra a quienes llorar y sólo ilusiones sobre ella para esperar. Es casi únicamente pasión y como toda pasión necesita alimentó. Los jóvenes de la segunda mitad del siglo pasado celebraron su último banquete patriótico en la infancia —en 1860— cuando Prim y O'Donnell derrotaron a Muley Abbas y ganaron la guerra de África. Después… nada. Luchas caseras y política de

zapatillas. Es indudable que los brillantes recuerdos de la infancia van entenebreciéndose cuando la historia de la Patria toma un sesgo descendente. Laín Entralgo nos pone un ejemplo: los niños que asistieron a la oración de Abraham Lincoln ante los muertos de Gettysburg, tienen una hermosa historia de gloria y prosperidad ante ellos para embellecer aquel recuerdo. Pero a los jóvenes españoles del setenta y tantos se les habrán agriado los manjares con que celebraron la victoria africana del sesenta.

Sí, puede aletargarse el patriotismo. Pero no desaparecer ni menguar en un espíritu tan generoso como el de Cajal. Y cuando un hombre, del que sabemos que por lo menos es patriota y honrado, avisa que la patria peligra, que necesita nuestra ayuda, los hombres como Cajal responden siempre, y siempre de forma que llamaríamos excesiva si en estas cosas fuera posible el exceso.

¿Soldado? Inmediatamente. Rancho, disciplina, cama de tablas. Pero ¿no habría forma de ser más útil? «Déjeme ver la *Gaceta*. Oposiciones a médicos de Sanidad Militar. Ya sabía yo… un poco tarde es para prepararse, pero hay que hacer un esfuerzo. Dos meses. ¡Sólo dos meses! ¡Qué largos y qué cortos! Al fin pude con ellas». « ¡Enhorabuena, Santiago! El número seis en treinta y dos plazas es un buen número. Bonito uniforme. Todas las zaragozanas van a soñar contigo. ¿Adónde te mandan?» «A Cataluña, con Tomassetti».

— ¿Qué sería de este hombre si no fuera por nosotros? —decía el asistente al practicante—. Es plaza montada y siempre va a pie. Si no le dan de comer se conforma con los arenques y el pan duro de la mochila…

—Ayer, para hacerle comer la gallina que robé en Cervera, tuve que decirle que me la había dado una tía mía. Y luego, aún quería repartirla entre los cuatro gandules que hay en la enfermería…

—No me digas. ¿Querrás creer que le he tenido que poner casi a la fuerza los calcetines que me regaló Pepa la de Tárrega? Iba sin nada entre cuero y cuero.

—No he conocido un teniente tan infeliz como éste.

—Ni tan bueno.

—Eso sí.

De Lérida a Tárrega, de Tárrega a Cervera, de Cervera a Verdú, a Igualada, a Borjas, a Vimbodí. El coronel Tomassetti y su batallón, el de Burgos, jugaba con los

carlistas al escondite, y bastaba que decidieran visitar un pueblo lleno de boinas rojas para que doce horas antes no quedara una en veinte leguas. Esto no era malo. Entrar en los pueblos como vencedores una y otra vez, sin disparar un tiro ni perder un hombre, era una diversión bastante agradable. Los vecinos se alegran de ver al batallón, porque se saben protegidos. Luego se vuelve por los mismos sitios y es casi como si se volviera a casa. La cama en casa del médico civil espera con la ropa limpia y hay una picara sonrisa y un sugerente rubor en la cara de una de sus hijas. Siempre hay en el corral y en la bodega algo de lo bueno, y por las noches se leen y comentan en familia las cartas de mamá Antonia que llegaron durante la ausencia. Pero nunca hay nada heroico que contar. «Ayer el capitán Sauras se cayó del caballo por querer saltar un matorral. Tengo en la enfermería a seis indigestados y dos torceduras de tobillo. De tiros ni hablar. Dígame, don Manuel: ¿cómo van vestidos los carlistas?»

No es esto lo que uno esperaba. No es así como uno entiende el servir a la Patria. Es como si uno viera a la propia madre sufrir tremendos dolores y le preguntara: «Mamá, ¿puedo hacer algo por ti?» Y ella contestara: «Nada, hijo mío. Acuéstate y duerme, que ya se me pasará».

Por eso el teniente médico Santiago Ramón recibió una gran alegría el día que le dijeron que le correspondía por sorteo marchar a Cuba. Cuando llegó a Zaragoza con la orden de embarque en el bolsillo, su padre le recibió con bastante mala cara.

—Supongo que renunciarás a ese viaje…

— ¿Renunciar? ¿Por qué?

—Es perder del todo la posición que has conseguido en la Facultad. Olvidar todo lo aprendido. O quizá morir de fiebres y disentería…

—Pero, papá… ¿No comprendes que mi deber es ir allí? Además, ¿cómo podría negarme?

—Puedes pedir la licencia absoluta.

— ¡De ninguna manera! Eso es como desertar. ¿Y eres tú el que me propone…?

— ¡Fantasías, locuras! ¡Siempre tus fantasías! ¡Y estúpidas ganas de arreglar lo que no tiene arreglo! — ¡Tanto peor! ¡Pero hay que ir! Y, naturalmente, fue.

Seis y seis doce, y seis dieciocho. Dieciocho estrellas puestas de tres en tres en seis mangas de tres uniformes; y dentro de cada uniforme un capitán español de

Sanidad. Dieciocho estrellas en las mangas y muchísimas más en el cielo. De los tres capitanes dos se apoyan de espaldas en la barandilla y contemplan la cubierta del barco desierta. El tercero está vuelto hacia los dos infinitos que el barco surca. Es el mismo que habla.

—Dicen los evolucionistas que el mar es origen de la vida. Y no hay más que verlo para darles la razón. Mirad cómo saltan ante la quilla los delfines. Esta tarde he visto un tiburón. Eso que brilla como el fósforo son noctilucas. Billones de pequeños seres microscópicos. Y aquello una medusa y eso un sifonóforo. ¿Son animales o son plantas? Toda la vida desde sus formas más simples…

Joaquín Herrero bostezaba. Vela exclamó:

—Oye: ¿por qué no bajamos al salón? Creo que hay una partida de monte con puntos fuertes.

—Por mí… ¿Vienes, Ramón?

Se fueron sin casi esperar a la negativa, porque ya la conocían de antemano. Cuando Ramón comenzaba uno de sus idilios con la Naturaleza era muy difícil llevárselo a otro lado.

Cuando agotó las enseñanzas expresas en el libro de las aguas fue hojeando el libro del cielo, y siguiendo en las constelaciones el progreso del *Marqués de Comillas* desde que salió de Cádiz. Pasó mucho rato hasta que el relente de la noche que se iba nublando le obligaba a abandonar la cubierta y meterse por una escotilla iluminada. En un saloncillo departían unos oficiales de artillería y un coronel. Eran los mismos de siempre, y como siempre también hablaban con mucho misterio. Cajal los miró con curiosidad y pensó por un momento que el reunirse en grupos y hablar con misterio era una costumbre muy extendida en el ejército de aquellos días. Ya durante su campaña de Cataluña había visto la misma escena infinidad de veces en las posadas y en los cafés. Su amigo Herrero venía pasillo adelante, bostezando sin descansar. Seguramente se iba a dormir. Santiago Ramón lo paró:

—Oye, Joaquín. ¿De qué crees que hablarán ésos con tanto misterio?

— ¡Pero, hombre! ¡Estás en Babia! De traer al rey Alfonso. Es el motivo de conversación más acreditado entre los profesionales en la actualidad. Y no hablan con misterio. ¿Por qué iban a hacerlo?

— ¡Pero eso es un complot contra el gobierno que los manda!

— ¡Bueno! Si lo tomas así… Pero dentro de poco tiempo serán ellos la legalidad en persona…

—No importa. Hoy por hoy es antipatriótico… Visten un uniforme.

—Está bien, está bien. Ya me lo dirás mañana. Tengo sueño.

Y Cajal se quedó convencido de que uno de los mayores defectos del español era su ligereza. Durante su estancia en Cuba habría de descubrir muchos defectos más. O mejor que descubrirlos, sentirlos en su propia carne.

Se parece mucho el interludio cubano de Cajal a la salida de Quijano por los campos de Montiel. Casi podríamos decir que no es más que una continuación de las aventuras de *Don Quijote*. Cervantes quiso representar —entre otras muchas cosas— en los molinos de viento, los arrieros, las venteras, los presidiarios, los Sansón Carrasco y demás genios maléficos, contra los que se rompen y embotan las lanzas del Caballero, la estulticia, el materialismo, la incomprensión, la vulgaridad y la picardía grosera de la España vieja y tahúr, zaragatera y triste, que lamentaba Machado. Cajal se había de encontrar con los mismos maléficos genios, pero que tenían tres desastrosos siglos más de edad sobre el poso de su vejez y truhanería.

Don Quijote-Cajal al llegar a la isla quedó absorbido y excluido de las miserias de este mundo por la belleza de la bahía habanera. El castillo del Moro, los barrios residenciales con sus paradisíacos jardines y sus altísimas palmeras, las verdes colinas del fondo, moteadas en blanco por los bohíos graciosos, borrachera de luz y de colores en un trozo de España que hubiera anclado en el Caribe. Las horas se le alargaban en el deseo de pisar tierra y recorrerlo todo y verlo todo. Había pasado el mes de aclimatación que les concedían, cuando una tarde invitó a Vela y Herrero.

— ¿Queréis venir? Podemos coger un cochecillo de ésos y les enseñaré la ciudad. Vale la pena. Mañana hemos de presentarnos y sabe Dios si tendremos tiempo…

—Yo no. No puedo. Ya sabes. He de ir a ver al general Tal…

—Verá. Yo de buena gana iría. Pero hay cosas muy importantes que hacer y queda muy poco tiempo. Hay que tomar posiciones…

— ¿Tomar posiciones?

Cajal se encogió de hombros. No había entendido lo que quería decir Vela. Pero un poco más tarde, al meter la mano en el bolsillo de la guerrera, tocó unos papeles allí olvidados.

Eran unas cartas de recomendación que le había dado don Justo. Unas cartas que al buen padre le habían costado infinidad de humillantes visitas, de adulaciones, de viajes, hasta de recompensas. Con ellas creía asegurar a su primogénito un buen destino en la isla, alejado de las fiebres de la manigua y de las balas de los mambises. Cajal las aceptó para no disgustarlo, pero nunca pensó en utilizarlas. Y lo que parece mentira es que don Justo no conociera lo suficiente a su hijo para suponerlo arrastrándose de uno a otro despachos, presentando con cara amable y sonrisa humilde cada cartita de aquéllas al gerifalte sentado en un sillón. ¿Tomar posiciones? ¿Tendría esta frase relación con esas cartas absurdas? De nuevo se encogió de hombros y se dedicó a vivir por última vez una de sus fantasías de tierras lejanas, hecha realidad de momento.

A la mañana siguiente fue a la jefatura de Sanidad. En un amplio salón de espera volvió a ver a todos aquellos compañeros de viaje que escasamente había encontrado alguna vez por la ciudad paseando o sentados en los cafés y casinos, jugando o bebiendo. Reinaba una gran excitación en los grupos. Por lo que pudo oír, el general Grau estaba ya en su despacho y de un momento a otro se iban a distribuir las plazas vacantes. En un tablón de anuncios había una relación de estas plazas y alrededor de él era donde las cábalas y la excitación eran mayores. Cajal se enteró de que ser médico de Hospital era una canonjía a la que sólo podrían aspirar los amigos íntimos del jefe; que médico de batallón era menos ganga porque había que ir a los puestos de combate, pero que en cambio se cobraba bien y puntualmente y se tenían muchos permisos para reponerse y divertirse en la ciudad; que médico de enfermería con destino en las trochas o en las maniguas, era la desgracia mayor que le podía caer a un cristiano y que, casi, casi, más que destino era un castigo. De todas las vacantes había una que todos aquellos oficiales tan enterados señalaban con tanta insistencia que acababa uno por ver las letras destacarse más negras que las demás: Vista-Hermosa. ¡La enfermería de Vista-Hermosa!

— ¡Lagarto, lagarto! —decía un andaluz que parecía bien informado—. Si es verdad lo que me han contado, «e» como «pa» volverse nadando al que le toque…

Un ordenanza leyó un nombre en la puerta y uno de los menos excitados de aquellos caballeros pasó al despacho del jefe. Se hizo el silencio, y a los pocos

minutos salió el oficial con un rollo en la mano. Como avalancha se lanzaron a él para preguntarle, y con displicencia contestó:

—Al Militar de aquí. «Naturalmente».

Un « ¡oh!» de envidia y admiración se dejó oír y el afortunado caballero pasó por entre dos filas de asombrados compañeros. Cuando salió, uno dijo:

—Tened en cuenta que es hijo de X… El « ¡oh!» fue ahora un « ¡ah!» de comprensión total y reinó la tranquilidad, porque había quedado suficientemente explicado el fenómeno y su inevitabilidad. Sólo el andaluz con cara fúnebre fue a la lista del tablón y tachó con un lápiz la línea que *decía*: «Médico de Guardia del Hospital Militar de La Habana». Pronto sonó *otro* nombre y la escena volvió a repetirse. Entrada, salida, pregunta, « ¡oh!», explicación, y « ¡ah!» Entre las muchas virtudes de la recomendación debía regir también la de hacer esperar y sufrir lo menos posible a los más recomendados, y por eso iban dándose por orden los destinos más pingües y quedando los peores. Cada vez que un oficial salía con su rollo en la mano y decía su destino, el andaluz iba al tablón de anuncios con admirable perseverancia y adoptando un tristísimo gesto tachaba una línea de la relación. Al fin una vez sonó su nombre y como un rayo se coló en el despacho. Al salir iba sonriente y exclamó:

—Al regimiento de Artillería. Menos es nada. Ya sabía yo que mi «diputao» no me fallaría…

Uno a uno, los puestos mejores iban cubriéndose y los que quedaban en el salón ya no hablaban ni comentaban. No hacían más que pasear nerviosamente y mirar la puerta del despacho. Se acabaron los regimientos. Sólo había ya una plaza en un batallón, que al parecer estaba correteando por Camagüey, y al fin, hasta ésa falló porque se la llevó un vasco silencioso. Lo que quedaba era sólo trocha y manigua. Enfermerías repletas de palúdicos y de heridos de balas perdidas.

¿Será necesario decir que Cajal fue destinado a la enfermería de Vista-Hermosa? Me parece que no. Todos nos lo estábamos figurando.

En la inmensa mancha verde de la manigua del distrito de Puerto Príncipe y buscando bien, se puede ver un altozano hasta el que trepan los matorrales, como queriendo sepultarlo y encubrirlo bajo sus ramas voraces. En el altozano un fortín

de troncos de árboles, cuadrado, y al lado una gran barraca con torreones en sus esquinas. Dentro de la barraca camas, muchas camas, ocupadas por hombres con caras cadavéricas y rostros barbudos y sudorosos. En un extremo un cuarto hecho de tablas, y dentro del cuarto el capitán médico Santiago Ramón y Cajal, también tendido en la cama. Esta alentadora escena tiene aún algunos detalles que la animan un poco más. Por la ventana del cuarto se ve a unos soldados que están segando a machetazos las altas hierbas y los arbustos que sólo hace unos días habían segado otra vez. Es preciso dejar un glacis para prevenir los ataques. Alrededor de la cama de Cajal, correajes, cartucheras, cantimploras; en gran cantidad todo porque pertenecieron a soldados que han muerto. En la pared montones de cajas de galletas, fusiles, sacos de azúcar y botes de medicamentos. Sobre todo de un medicamento: quinina, que es casi lo único que se usa. En un rincón una mesita y encima trastos extraños al lugar. Son cubetas, placas y chasis de máquina fotográfica, pero están llenos de polvo porque su propietario hace bastantes días que no puede levantarse de la cama. Los miasmas del pantano, aquellos que luego, demasiado tarde para muchos de los hombres de la barraca, se llamarán plasmodium vivax y se sabrá que los lleva el mosquito anofeles en sus malditas tripas, lo han postrado y deshecho una y otra vez, con quinina y todo, y ha llegado al extremo de no poder levantarse. Pero esto no le debe de apurar mucho, porque en este momento está ¡aprendiendo inglés! Con un manual mantenido entreabierto entre sus dedos recita de memoria un vocabulario y se esfuerza por pronunciar correctamente. Una sonrisa pueril le ronda cuando consigue saberse la lección de hoy entera. Y esto es muy importante, porque así consigue darle consistencia y sentido a la palabra HOY; de otra manera sería como ayer y como mañana, una sucesión de horas mortales de un vivir muriendo sin utilidad ni razón.

El practicante entra en el cuartucho a buscar más quinina. Es un rostro romo, de movimientos torpes y mirar avieso.

— ¿Cómo se encuentra el catorce?

—Mal, mi capitán. De esta noche no pasa.

—Dale láudano.

— ¡Anda! Y ¿«pa» qué? ¡Con lo escaso que va!

—No discutas y haz lo que te digo.

El comandante del puesto, un capitán madrileño, ha entrado. Va en mangas de camisa y lleva unos papeles en la mano.

—Tu instancia pidiendo relevo. Otra vez devuelta. Se ve que no te quieren por allá… Y aquí, maldita la falta que haces en ese estado.

—Todo sea por Dios. Aguantaremos hasta el próximo mes. ¿Tú crees que la habrán cursado?

—No sé qué pensar. ¿Tienes algún amigo en el distrito?

— ¿Yo? ¡Si no conozco a nadie! Al único que he hablado fue al coronel y fue para discutir con él. Figúrate que al venir a este puesto nos paramos en una estancia del camino, cerca de Nuevitas, y me quería catequizar para entrar en un «complot» contra el gobierno. Yo le dije…

—No sigas… Te veo aquí sin moverte hasta que… Perdona, no quiero asustarte, pero a veces me pregunto si habrá otro ejemplar como tú en el Ejército.

A corta distancia, en el fortín, sonaron unos disparos. Los soldados que se hallaban segando la maleza del glacis echaron a correr hacia el portalón, y en la barraca, sobre los quejidos de un moribundo, predominaron unos murmullos excitados. El capitán dejó de limpiarse el sudor para escuchar, y levantándose de pronto se lanzó fuera de la barraca. Al poco rato entró y dijo a Cajal:

—Vente al fuerte. Parece que esta vez va en serio. He visto a unos cuantos mambises correrse hacia la quebrada y en el llano hay caballería…

— ¿No crees que debo quedarme aquí? Al fin y al cabo éste es mi puesto. Procuraré hacer lo que pueda.

Y mientras el capitán se marchaba con un encogimiento de hombros, Cajal se levantaba medio a rastras del lecho y apoyándose en el quicio de la puerta dio unas órdenes con voz débil pero segura. Las órdenes fueron cumplidas con precisión y todos los enfermos que pudieron hacerlo se dirigieron a ocupar los torreones que flanqueaban la barraca. Otros al pie de los lechos sacaban su fusil por las ventanas y apuntaban a la jungla.

Las primeras sombras, más adivinadas que vistas a través de los caobos retorcidos y las hojas de palma, fueron recibidas con una descarga cerrada, procedente del barracón. A ella respondió otra procedente del fuerte y sólo unos tiros aislados y en

desorden, en la manigua. Después nada. Hasta las escaramuzas guerreras eran así de desabridas y estúpidas; en aquella lamentable campaña.

Un negrazo medio desnudo entró, con la cara gris de miedo y corriendo, en la barraca y se dirigió a Cajal:

— ¡Huy, mi amo! Casi no llego, mi amo. Un coco le traigo. Yo me digo, pues, ¿y si una bala lo «china», cómo lo hago para que no se caiga el agua que es lo «mejón»?

—Tienes razón, Domingo. Hubiera sido una lástima.

Y dándole unas monedas al negro se volvió al lecho a duras penas.

Todavía el negro seguía tras él y cuando lo vio acostado le dijo:

—Y pues, ¿me hará el «ritrato», mi amo?

—Te lo haré, Domingo, te lo haré.

Luego Cajal tomó el libro de inglés y comenzó a repasar de nuevo el «I have, you have…» Que al fin y al cabo era lo mejor que podía hacer, tal como se estaban poniendo las cosas.

En Puerto Príncipe había un hermoso hospital y en él un famoso cirujano remendaba las laceradas carnes de los soldados españoles. Santiago Ramón había sido sacado poco menos que medio muerto de Vista-Hermosa y para convalecer había sido nombrado médico de guardia en este hospital. Ledesma, el cirujano, lo apreciaba y Cajal asistía a todas sus sesiones operatorias. En aquellos días Cajal pensaba con nostalgia en su sala de Disección y en las ilusiones de su padre, que quería haberlo hecho un cirujano de renombre.

Todo le parecía tan lejos y tan inalcanzable, que la amargura que los recuerdos le producían, tenía un tono dulce y resignado. Su habitual hurañía se acentuaba entonces con una tristeza silenciosa y solitaria. Tristeza de ilusiones perdidas, de cuerpo enfermo y desnutrido. Pero sobre todo de saberse sacrificado inútilmente. Ni la fiebre ni la disentería dolorosísima y agotadora, ni el calor enervante, ni las privaciones, podían compararse al dolor de ser español en aquellos tiempos y en aquella isla. El juego, las mujeres, el alcohol y los pantanos eran los mayores enemigos con los que había que luchar, y contra ellos las armas eran únicamente la corrupción, la tolerancia criminal, la negligencia, la abulia y la incompetencia. En el momento que encontramos a Cajal por los pasillos del hospital de Puerto Príncipe, Cajal pasa hambre y necesidades. Hace tres meses que no ha cobrado la paga

porque depende de la Habilitación de Sanidad y el habilitado general, Villalengua, un farmacéutico, se ha fugado a los Estados Unidos con noventa mil *pesos* y una cubana. Desconoce Cajal en absoluto cualquier medio de obtener dinero honradamente y ha acudido con sus cuitas al general Grau. Grau ha prometido auxiliarle. Ha adoptado un gesto de caritativa condescendencia. Parece como si fuera a darle dinero de su bolsillo y no a gestionar la entrega de unas pagas atrasadas y ganadas a costa de la salud y casi de la vida.

En el patio del hospital hay un grupo de oficiales médicos alrededor de un anuncio en la pared. Uno comenta:

— ¡Vaya un tipo! Pedir limosna de esa manera es coaccionar.

— ¡Esto es indignante y una vergüenza para el Ejército! —dice otro—. Un oficial no debe sacar a la luz pública sus necesidades, sino arreglárselas como pueda… Hay crédito y hay honor…

— ¡Capitán médico enfermo y necesitado! Parece un cliente de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

— ¿Hay alguno de vosotros que no haya estado enfermo y necesitado alguna vez?

—Enfermo, no; pero necesitado, sí. Yo siempre estoy necesitado. Por ejemplo: ahora mismo necesitaría que me prestaran un par de pesos para dárselos a Grau para ese pobre necesitado… Pero como se los va a gastar en ginebra, prefiero que me los des para bebérmela yo.

Cajal se ha acercado al tablón de anuncios y enrojece de vergüenza como no lo ha hecho en su vida. El capitán médico enfermo y necesitado es él mismo. Grau, el estúpido, orgulloso e inepto de Grau no ha sabido resolverle la situación de otro modo que de ése. Una petición perfectamente razonable y justa la ha convertido en un motivo de escarnio y de oprobio.

Uno de los oficiales lo ha reconocido y dando con el codo a los demás hace que todos se alejen, evitando el dirigirle la palabra. Cajal con profunda rabia arranca el papel y quiere ir tras de ellos para explicarles… para decirles… Pero, ¿para qué? No hay un átomo de dignidad, de comprensión, ni de vergüenza en todo el Ejército español… Apoyándose contra la pared, casi vencido por el dolor moral, más pálida si cabe su cara escuálida y amarillenta de palúdico crónico, el pobre navarro, valiente y loco hace tan pocos años, piensa que ya nada merece la pena. Luego rompe en

pequeños pedacitos el papel ignominioso, y casi maquinalmente repone en su sitio otros anuncios que se han desprendido al arrancarlo. Uno de ellos avisa la vacante de director de la enfermería de la trocha de San Isidro, por defunción del director anterior. Piensa Cajal en ese pobre muerto, joven como él, con una carrera y unas ilusiones como él, lejos de los suyos, muerto sin pelea y sin gloria, en una cama maloliente y entre dos accesos de disentería. Y considera que en aquellas tumbas, que sin cesar se van abriendo, se está enterrando algo más que pobres cuerpos enfermos de asco y de miseria moral. No sabe cuánto tiempo está allí pensando. Piensa, por ejemplo, en que la trocha de San Isidro ha vacado en pocos meses muchas veces y siempre por defunción del médico que la regenta. Piensa también en lo absurdo de la estrategia y de la administración de aquella contienda. Un ordenanza le viene a llamar a Capitanía por orden del doctor Grau.

Grau lo recibe con campechanía sonriente. En principio le tiende un sobre, diciéndole:

—Vea usted qué pronto le he arreglado sus asuntillos monetarios. Aquí tiene ciento veinticinco pesos que podrá usted restituir en cuanto le paguen los atrasos. Si me lo hubiera dicho antes…

Cajal toma el dinero, porque ha aprendido demasiado bien el daño incalculable que un jefe ofendido puede hacer a un pobre oficial como él.

Grau considera solventado el penoso asunto y pasa a otro con precisión y laconismo castrense:

—Bien. Puede usted tomarse quince días de convalecencia más y luego al trabajo. He pensado mandarlo a San Isidro. Es un puesto difícil para el que confío en su valor y su sentido del deber…

La trocha. ¡Estupenda invención! Al sublime estratega que las concibiera debió atragantársele el trozo de salchicha que estaba ingiriendo cuando la luminosa idea le deslumbró. Porque eso de las trochas sólo puede ocurrírsele a un comedor de salchichas. Debió de pensar: una salchicha no puede comerse de un solo bocado; hay que partirla en trocitos. Como la isla de Cuba tiene forma de salchicha, también debemos partirla para poder comérnosla sin que se nos atragante. Lo consultó con otros estrategas no menos sublimes, y ¡ya está! Se cogen unos miles de trabajadores y de forzados y se construyen unos caminos transversales y unos

fortines a lo largo de estos caminos. Se ponen unos miles de soldados en estos fortines y se les da el encargo de que no dejen pasar a nadie de uno a otro trozo de la salchicha para que no se arme lío. Y luego, poco a poco, con ayuda de otros soldados, nos vamos comiendo cada trozo.

La idea es francamente buena. Sólo dos detalles se le olvidaron al comedor de salchichas para que la cosa no saliera del todo bien. Una, que Cuba sólo tiene la forma de salchicha, pero no es una salchicha. Porque una salchicha no tiene pantanos, ni manigua, ni mosquitos, ni mambises traicioneros y fanáticos. Otra, que guerrear no es igual que comer, y cuando los que guerrean son soldados españoles, la diferencia es aún más evidente. Soldados de un ejército clásico, por su capacidad para la acción, para las batallas rápidas logradas con derroche de valor y de vidas perdidas con gloria, no pueden ser los mismos que, colocados en fortines prácticamente sitiados, enferman de fiebre y de enervamiento, en un clima inhabitable para ellos. Los seis mil soldados inmovilizados en la trocha del Estero de Bagá y los diez mil de la trocha de Júcaro a Morón habían de ser sustituidos cada tres meses, y la mayoría de ellos no habían disparado una sola bala en su defensa.

Y de esta manera, la estupenda invención de las trochas se había acreditado como un estupendo medio de justificar una tremenda sangría de vidas y de dinero, mantenida por la estulticia y la incompetencia de unos y la ambición criminal de otros.

¡La trocha! Un fortín, otro fortín y otro fortín. Cada quinientos metros y hasta que se perdían de vista. Y de vez en cuando un poblado con un gran blocao, unas chozas y la inevitable enfermería. Uno de estos poblados era San Isidro. Cuando lo contemplamos allá, en el fondo de una hondonada, rodeado de pantanos, invisible entre la manigua que todo lo encubre, reina la más absoluta de las calmas. Es la hora que sigue a la siesta, y por consiguiente es como el segundo renacer del día. El tren se oye silbar ya muy lejos, camino de San Miguel de Nuevitas, arrastrando sus rudimentarias plataformas entremedias de la manigua. Los bohíos blancos, de techo de palma, humean, y su humo inquieto y recto contrasta con el volandero, inquieto y resoplante de la locomotora. Es como un símbolo ese humo que sale de la tierra y luego se cierne sobre ella porque no quiere abandonarla, diferente de ese otro producido por carbón extranjero que corre hacia el mar, como queriendo

marcharse. En una plazoleta de chozas de negros y lavanderas hay un poco de movimiento, porque unos negrazos de dientes blancos constantemente exhibidos, han empezado a cantar para sacudir su modorra:

Yo fui quien maté al caimán,
caimán, caimán.
Yo fui quien maté al caimán.

En el patío del fuerte va cesando la animación que produjo la llegada del tren. Hoy han venido dos nuevos. Un capitán de Administración y otro de Caballería. Castigados, naturalmente. Aquí no vienen más que castigados conscientes o inconscientes. Los soldados se han repartido el correo y con sus cartas o sus paquetes en la mano se meten en sus cuarteles, huyendo del sol de la explanada, que aún quema a pesar de la hora. Pronto va a sonar el toque de oración. En el barracón de la enfermería hay mucho silencio y una semioscuridad, porque las dolientes humanidades de allá dentro tienen siempre una siesta más prolongada. Al fin y al cabo el sueño es el mejor agente terapéutico que tienen a mano.

Pero alguien sale del barracón con paso a la vez subrepticio y decidido. Es un capitán con las insignias de Sanidad, que se llama Santiago Ramón. Hay algo de misterio en sus miradas de reojo para ver si alguien le sigue, y en su prisa por perderse en los cercanos matorrales. Va en descubierta. Bordea el poblado por las traseras de las chozas y bohíos y se interna en la temible jungla. Allí extrema las precauciones, porque el peligro de ser descubierto por los suyos es sustituido por el de servir de blanco a un mambí aburrido del otro lado de la estanca. Varias veces pierde la senda y varias veces vuelve a encontrarla. Rastrea y explora con paciencia que ya conocemos, pero sólo un detalle le hace erguir la cabeza, venteando el fin de su misión. Es una cosa que suena así: «Cua», «cua», «cua». Por fin, tras un bosquecillo de caobos, intrincado y hondo, ve unos palos y unos alambres y llega al gallinero. Una sonrisa de perverso triunfo anima su cara escuálida de palúdico irremediable y llegándose a la puerta del recinto avícola se sienta en un tronco caído, dispuesto a esperar lo que venga.

Y lo que viene es un negro descomunal, de movimientos elefantinos, que no usa ninguna clase de precauciones para llegar hasta allí y que tararea algo parecido a lo que cantan sus coterráneos referente a las desgracias del pobre caimán. En una de sus manazas lleva una gallina que acompaña el canto codeando con escaso entusiasmo, porque teme por su suerte y porque el negro le oprime el cuello.

El presunto matador de caimanes y evidente torturador de gallinas, puesto de pronto ante el capitán de la enfermería, cesa en su canto y en su camino, perplejo ante una situación no esperada. El médico le dice:

— ¿De dónde has sacado esa gallina, ladrón?

—Verá «usté»… Yo soy un «mandao»…

—Y un sinvergüenza. Vas a venir ahora mismo conmigo al calabozo.

—No, «señó». No «pué» «usté» «encerrame». No, «señó». A mí me manda el practicante. Yo soy un «mandao»…

Y el negro, lleno de pánico, escapa a correr sendero adelante hacia el fuerte. La gallina va haciendo «cua», «cua» entre sus manos, que ahora aprietan más por el miedo. El capitán Ramón va detrás de él bastante más despacio, porque no tiene fuerzas para correr, pero decidido a llevar las cosas hasta el final. Lo que ocurre es vergonzoso y no está dispuesto a consentirlo. Hoy ha visto el rancho de sus enfermos. Un caldo exento de grasa, y un estropajoso trozo de carne de ave del que sólo quedan las fibras incomibles después de haber servido para hacer innumerables caldos más. Y aquel bandido del cocinero llevando las gallinas vivas y robustas a engrosar el gallinero clandestino. Ahora ya sabe de dónde salen los banquetes de los oficiales.

«Cua», «cua», «cua». Los lamentos de la gallina guían sus pasos hacia el cuarto del sargento practicante. Por la ventana que da a la explanada ve cómo el cocinero negro deposita en manos del sargento la gallina, limpiándose luego las manos como para quedar exento de culpas. El otro le pide explicaciones y cuando Cajal llega a la puerta del cuarto sólo puede ver cómo el practicante, todavía con la gallina en la mano, huye pasillo adelante hacia no sabe dónde.

«Cua», «cua», «cua». Ahora suena en el despacho del capitán de Intendencia. Hay algo delator y justiciero en el cacareo del bicho. Como un aviso y una guía para el camino de la justicia inflexible e implacable. Cajal entra en el despacho del capitán.

Moreno lo recibe con una sonrisa detrás de la mesa donde está leyendo unos periódicos atrasados. El sargento saluda sin soltar la gallina que lleva en la mano izquierda, y hay en el saludo mucho de burla y de jactancia.

—Están pasando cosas que no estoy dispuesto a consentir. En mis propias narices se está robando la comida a los enfermos, y esto…

—No es preciso tomarlo tan en serio, Ramón. Al fin y al cabo estos muchachos no hacen más que formar una reserva de provisiones por si llegara el caso…

—Por si llegara el caso, que llega todos los días, de que unos cuantos coman a costa de la miseria y el hambre de los demás. Pero… si hasta me he enterado de que venden las provisiones que estafan. Y todo esto aprovechándose de las plantillas y dietas que yo mismo firmo…

—Hay cosas, Ramón, que es mejor dejarlas estar. Quizá si se profundiza demasiado… Hace tiempo que todo funciona así y nadie se ha quejado. Los compañeros que te precedieron comprendieron muy sensatamente que hay circunstancias en la vida que justifican los hechos, y obrando así no les fue mal. Por ejemplo, ¿dónde comes tú?

—Yo como de mi dinero y paso hambre cuando se me acaba y la paga no llega. Ni por un momento he pensado en aprovecharme de mi cargo para beneficiarme.

— ¡Caramba! ¡Eso sí que es extraordinario!

Y en una transición, sonriente, el capitán de Intendencia añadió:

—Oye, ¿por qué no le cuentas todo esto al comandante? Quizá le pueda interesar. Anda, ve, ve, y ya me contarás lo que te ha dicho.

Y con la regla de rayar los estadillos le señalaba la puerta, en un gesto a la vez malévolo y complaciente.

Cajal, indignado hasta la congestión, dio una vuelta en redondo. Pero antes ordenó al sargento:

— ¡Sígueme!

«Cua», «cua», «cua». Pasillo adelante, escaleras arriba, atravesando Mayoría y antedespacho, capitán, practicante y gallina formaban una extraña procesión que hacía volver las caras a los ordenanzas y a los escribientes. En su despacho el comandante Rodríguez escuchó, sin alterar para nada la hosquedad de su rostro, las explicaciones que le daba Cajal con gesto encolerizado:

—Estoy dispuesto a llevar las cosas al último extremo y a pedir la máxima responsabilidad para los culpables. Han usado indebidamente de mi firma y han robado la comida de mis enfermos con grave daño para su salud…

—Escuche, capitán. ¿Usted cree que un comandante de puesto en pie de guerra debe escuchar todas las chinchorrerías que le cuenten sobre robos de gallinas y tonterías de negros? Eso en su pueblo y ante el alcalde pedáneo estará indicado, pero no aquí. Retírese y no vuelva a importunarme con estupideces. ¡Ah! Y no olvide que la máxima responsabilidad le incumbe a usted por firmar en blanco y por no vigilar debidamente las dietas de sus enfermos.

Lívido por la rabia, Cajal saludó desabridamente y salió. El sargento, esta vez sin orden alguna, le siguió con su inseparable gallina. «Cua», «cua», decía ésta con más irritación y más miedo. Sus gritos parecían las inútiles lamentaciones de la justicia escarnecida y por eso el sargento, que sin saberlo era un psicólogo, cuando Cajal abandonó la oficina de Mayoría se paró en su mismo centro y le retorció el pescuezo. La gallina calló para siempre y todos los presentes, oficiales, suboficiales y oficinistas rieron. Muchos de ellos sin saber por qué. Eran dos caras nuevas, con arrugas de vicio y picardía, pero que en aquella reunión de rostros amarillos y escuálidos parecían llenas y sonrosadas. El capitán de Administración contaba por qué le habían castigado a venir a San Isidro.

—Sólo por cortejar a la hija de Saucedo. Ya sabes que es millonario y le bailan el agua los jefes de La Habana por su influencia en el gobierno…

—Bueno. Pero eso sólo no creo que sea motivo…

—Verás. Es que no sabía cómo avisarle que la esperaba en el jardín y para que se asomara le prendí fuego a un cañaveral.

— ¿Y tú, Martínez? ¿A qué debemos el honor de que hayas venido a pudrirte en nuestra compañía? El teniente Martínez, lleno de modestia, contestó: —Os aseguro que no he hecho ningún mérito. Esa es la verdad. Lo cierto es que debo a los comerciantes de Puerto Príncipe bastante más dinero del que cobré en toda esta campaña, y un comandante amigo me dio la idea de venir aquí para redimir mis pecados. El mismo me castigó, diciendo que me había insolentado, y así es cómo puedo hacer penitencia sin tener a la vista el recuerdo de mis culpas. Y hablando de otra cosa: ¿Jugáis aquí al bacará?

Nadie le contestó, porque algo que pasaba en la mesa del comandante les hizo volver la cara en su dirección. Un asustado sirviente le estaba dando explicaciones aturrulladas que no parecían satisfacerle.

— ¿Pero otra vez atún de lata? ¿Es que se ha vuelto loco el cocinero? Dígale que se me presente ahora mismo.

—Mejor será que no venga, mi comandante —le manifestó el capitán de Intendencia, que se sentaba a su lado—. Creo que yo podré explicarle lo que ocurre. Y dio un suspiro antes de empezar de nuevo a hablar.

—Hace tres o cuatro días que me estoy temiendo esto. Vea usted: ya no queda nada en la reserva de provisiones y yo todavía no he tenido tiempo de organizar otro sistema de abastecimiento a expensas de un descuento en los sueldos…

— ¿Un descuento en los sueldos?

—No hay más remedio, si queremos mejorar el rancho. Yo creía que a ese demonio de hombre no le iba a durar tanto, pero es un aragonés injertado en navarro y más tozudo que un buey.

— ¿Está usted hablando del capitán médico?

—Naturalmente. Hace más de un mes que se niega a firmar las plantillas que se le presentan, y lo poco que firma lo cursa él mismo y vigila la cocina y el reparto diariamente, a pesar de que está que casi no se puede tener. No comprendo por qué se ha de tomar las cosas así…

El comandante no replicó y metió el tenedor en su trozo de atún con excesiva violencia. En las otras dos mesas de la cantina los oficiales preguntaban al asistente detalles de lo que se trataba en la del comandante, y al enterarse hubo un murmullo de indignación. La condenación contra el director de la enfermería era unánime.

A partir de aquel día las cosas fueron todavía más difíciles para Cajal. Se le negaba el saludo. Sus relaciones burocráticas con Mayoría eran entorpecidas y alteradas. Sus peticiones de material y hasta medicamentos, dilatadas y mermadas. Una tarde el comandante mandó al asistente poner sus dos caballos dentro de la enfermería, con el pretexto de que había peligro de ataque y allí estarían más protegidos. Cajal, congestionado de cólera, se levantó de la cama, donde estaba en pleno proceso febril, y puso a los dos animales al aire libre. Al poco rato era el mismo comandante

el que los traía de las riendas pretendiendo dejarlos dentro de nuevo, y este gesto es el que acabó de enloquecer a Cajal, que se dirigió hacia su superior con ímpetu homicida.

— ¡Saque usted inmediatamente esos animales! ¡Aquí mando yo, y mientras mande no permitiré que esto se convierta en una cuadra!

— ¡Cuádrese y repare con quién está hablando!

Fue una verdadera fortuna que el comandante fuera acompañado por el teniente ayudante y que junto a Cajal se hallase un oficial enfermo. Gracias a los esfuerzos de los dos se evitó la agresión directa de inferior a superior. Los huesudos puños del médico volteaban en el aire mientras lo sujetaban a duras penas, y seguramente se acordaba de sus condiciones atléticas de mejores tiempos. El comandante, lívido, hablaba de fusilamientos y de juicios sumarísimos. La situación se resolvió cuando Cajal, vencido por el esfuerzo y la tensión nerviosa, se desmayó agotadas hasta el límite sus pobres fuerzas de caquéctico. Salió el comandante maldiciendo, y los caballos, mucho más dóciles y callados, le siguieron.

Desde entonces, en la Auditoría de La Habana empezó a acumularse papel de folio dentro de una carpeta que llevaba un nombre en su tapa: Santiago Ramón y Cajal. Un general, tío del comandante protector de animales y coleccionador de gallinas, andaba de por medio. Fue a San Isidro un alférez jurídico a tomar declaración a Santiago Ramón, y al mismo tiempo se llevó una nueva colección de denuncias artísticamente preparadas por el jefe de la plaza. Mandaron después a un capitán, para ver si con sus dos estrellas de más esclarecía algo el asunto… Por fin, no pasó nada. Olvido y vista gorda. Excelentes medios de resolver pleitos, que se parecen a las cerezas cuando se sacan del cesto.

Un día cayó por San Isidro un general al que no le gustaban las salchichas. Tenía el propósito de informar, y de informar mal, sobre el peliagudo problema de las trochas. Después de gastar muchísimas vidas y muchísimo dinero en el experimento, los estrategas salchicheros estaban siendo derrotados por los no salchicheros, y en consecuencia se estudiaba un procedimiento honroso de abandonar el sistema.

Cuando el general llegó a San Isidro vio muchas cosas desagradables, pero quizá lo peor de todo fuera la situación en que encontró al médico director de la enfermería.

Postrado en cama hacía varios meses, en último extremo de agotamiento, el vientre ya ligeramente hidrópico indicando la lesión hepática y desprovista ya la mirada de su vivacidad habitual, como entregada del todo a la desesperanza. El cuarto, sucio y revuelto, denunciando la ausencia de todo cuidado, y restos de la última comida que todavía permanecían encima de una silla.

—Pero ¡hombre de Dios! ¿Cómo no ha pedido usted el relevo?

—Lo pedí ya, mi general. Creo que hace medio año que lo pedí. Y luego licencia por enfermo grave. Y después la absoluta por inutilidad. Pero ya hace mucho tiempo que ni me contestan.

— ¡No es posible!

— ¡Lo es, lo es! ¡Cosas que pasan! Se asombraría usted si supiera la cantidad de cartas que llevo escritas…

— ¡Esto es inadmisible! ¡Prepárese inmediatamente para ser conducido a San Miguel! ¡Teniente! Disponga usted el traslado ahora mismo…

Hospital de San Miguel, destartalado y sucio. En la cama de al lado un teniente coronel, tuberculoso y loco de atar, llama a gritos al enfermero. «Mucha quinina y mucho láudano». A ver si puedo tenerme en pie para ir a La Habana. «Queridos colegas: no hay más remedio que verlo para reconocer que tiene una caquexia palúdica». ¡La absoluta! Pero gracias a estar hecho un guiñapo. «Vámonos a casa». «Espera un poco a ver si mejora algo esta disentería». Y ahora a tener un poco de dinero. «Papá: Si no me envías dinero, creo que moriré en esta isla esperando que me paguen los atrasos para poder embarcar». « ¡Bien, hombre, bien! Quédese lo que quiera. El cuarenta o el cincuenta. ¿Qué más da? ¿De qué vivirían, si no, los pobrecitos habilitados?» «Pero que me quede al menos lo bastante para salir de aquí. Salir y no volver más».

Embarcado. Mujeres alegres y hombres tristes y enfermos. Otros sin uniforme, con anillos y relojes de oro, desplumando incautos al bacará. Petardistas y empleados sin empleo. Gentes torvas y gentes irresponsables. Generales presuntuosos que se ponen su mejor uniforme para ver echar los cadáveres de soldados al mar en las madrugadas. Otros soldados que no quieren gozar de tal honor y que se empeñan en vivir para ver a los suyos. Burócratas que cumplieron su destierro y su deseo de

volver ricos. Estafar al Estado no es estafar. Un indiano perdió anoche veinte mil duros en el salón de primera. «No, señor: no quiero apostar con usted ni con nadie». « ¿Saben ustedes quién es esa dama misteriosa que sólo pasea de noche por la cubierta?» «Dicen… dicen…» «Claro está que se fugó. Pero a él y al dinero los pescará la Guardia Civil al llegar a Santander. A menos de que vayan a parar al mar». Un saboyano de los que reclutaban a la fuerza es el polizón que han encontrado hoy. Está cantando para poder pagarse el pasaje. *O sole mío*. ¡Jotas, jotas en la cubierta de tercera! Y una riña a navajazos en la bodega.
Total: un barco español que viene de La Habana.

Santiago Ramón y Cajal cerró su clímax de heroísmo una tarde de septiembre de 1878, cuando se hallaba sentado sobre un pino abatido por un rayo en lo alto del Mirador del monte Paño. Tenía ante sus ojos perdidos en lejanías panorámicas y espirituales, la fantástica muralla pirenaica. El Aneto, Monte Perdido, Las Tres Hermanas… A su espalda el camino del Monasterio Alto de San Juan de la Peña. Y a sus pies, invisible entre los pinos, Santa Cruz de la Serós.
Ya se encontraba bastante bien. El vómito de sangre de la primavera no se había repetido. Panticosa, San Juan de la Peña y, sobre todo, su espíritu invencible habían triunfado sobre *el* bacilo, y la última reliquia cubana parecía dispuesta a abandonarle.
Pensaba en ese momento clave que el estar allí tenía toda la traza de un fin de etapa. En aquella cumbre como el *finís terrae* patriótico de su caminar, su llegada a la frontera de Europa después de haber estado en el último confín del Atlántico donde todavía se alzaba una bandera roja y amarilla, y pasando por toda la curtida piel de España. Calidoscopio de recuerdos: árida tierra navarro-aragonesa, hermosura de los llanos de Urgel, Barcelona la trabajadora y monumental; de Madrid ¡para qué hablar!, catedral de Burgos, Cádiz tacita de plata y cueva de ladrones, gris y verde amoroso de Santander y Vascongadas, meseta castellana dura y calcinada, Zaragoza para vivir. Pirineos para curar enfermedades del cuerpo y del alma. Y allá lejos, Cuba, trágica y dulce, cruel y tentadora, que parece un trozo de España que desgajándose aprendiera a navegar y quisiera marcharse para siempre.

Como siempre, tras del panorama físico aparece el espiritual; y al evocarlo siente cómo las raíces de su alma han hecho carne en la tierra y ya nunca más podrá separar de estos recuerdos el dolor y el amor que él suscita. Es casi como si fuera un árbol, una espiga, una vida más aferrada al suelo de la patria, por cuyo interior corriera la savia vivífica de la raza. Y entonces comprende cómo se debe amar a España. Con este su amor de hoy, amor a pesar de todo, forjado en el crisol del total conocimiento, por lo que tiene mucho de amargo, pero que es mucho más fuerte y digno que el de antes. Patriotismo que ha superado las fases del orgullo patriótico, la de la egoísta impasibilidad y la de la presunción quijotesca e intransigente.

Un amor patriótico que paseará por el mundo entero en cuanto la salud y los hombres se lo permitan.

Libro Tercero
La obra

Contenido:

1. Anatomía celestial
2. La deslumbrante revelación
3. Desencanto y decisión
4. Entre el microscopio y las oposiciones
5. El interludio valenciano
6. Barcelona, taller de la obra
7. Hijos de la carne, hijos del espíritu
8. Nada existe si no se cuenta
9. Especular y descubrir

1. Anatomía celestial

Era un atardecer de un remotísimo día, que fue allá por el año quinientos y pico antes de Jesucristo. En Crotona se habían reunido Parménides y Zenón para combatir a los filósofos de Mileto sobre la misma tumba de Pitágoras. Parménides comenzó demostrando que todo lo que puede ser pensado, es; y que, por consiguiente, el movimiento no existe. En el concurso había discípulos de todas partes de Grecia y todos le oían con fervorosa aquiescencia. Sólo un jonio, hijo de mercader, que no comprendía muy bien aquello, se divertía de otra manera: sobre una mesa de mármol había una vasija redondeada, de cristal, en el interior de la cual nadaban unos pececitos rojos. El distraído jonio miraba nadar a los pececitos a través del cristal y se estaba riendo, porque cuando llegaban a la pared opuesta, sus imágenes amplificadas adoptaban formas monstruosas, y en cambio cuando se acercaban a los ojos del observador se empequeñecían ridículamente. Hizo notar el curioso fenómeno a alguno de los que le rodeaban, pero no le hicieron caso porque en aquel momento Zenón estaba explicando el asunto aquél de la tortuga que no podría ser nunca alcanzada por el corredor Aquiles. Verdaderamente no era cosa de distraerse con niñerías en el momento de plantearse un problema que

posteriormente habría de traer de cabeza a San Agustín, a Bacon, a Galileo y otros muchos…

Muchísimos años más tarde, en 1640, Huygens, el óptico y filósofo alemán, daba fin a un pequeño artefacto que había construido encajando unas lentes dentro de un tubo. Mirando a su través se veían los pequeños objetos aumentados de tamaño. Pero como de momento no se le alcanzaba qué utilidad tendría ver una repugnante mosca tres veces más grande, abandonó el juguete y se puso a pensar. Porque pensando era cómo se hacía ciencia y no manipulando tubos y cristales. Sin ir más lejos, hacía poco tiempo que Descartes, sin necesidad de moverse de un sillón, nada más que cerrando los ojos y analizando a través de su espíritu el mundo exterior, había llegado a conocer que se componía de dos sustancias, mente y materia, *rex cogitaas* y *rex externa*, las cuales se hallan separadas pero que en el hombre se enlazan… ¿a que no adivinan ustedes dónde? Pues nada menos que en la glándula pineal.

Por *último*, en 1877, un joven que se llamaba Santiago Ramón y Cajal se hallaba perdiendo el tiempo en el laboratorio de Fisiología de la Facultad de Zaragoza, mirando a través de un microscopio el mesenterio de una rana. Habrá que disculparlo, porque el espectáculo era francamente divertido: los glóbulos rojos, empeñados en pasear a través de los capilares, tenían que ponerse en fila de uno para poder hacerlo, y lo mismo los glóbulos blancos. Un gordo leucocito pasaba las moradas para amoldar su panza a tanta estrechez y se congestionaba de manera que daba pena verlo. De vez en cuando no había más que pinchar un poquito a la pobre rana para que, impulsada por la prisa del corazón, toda aquella variada procesión comenzase a correr como si cayese un chaparrón. En un capilar había un portillo abierto y por él salieron unas cuantas células que luego, atontadas al verse solas, se movían en todas direcciones.

Pero no por eso era menos reprobable la inútil ocupación de aquel joven. Precisamente por aquellas mismas fechas un catedrático de Madrid, después de un maravilloso alegato vitalista demostrando el significado espiritual de las funciones del riñón, había dicho que «todo aquello del microscopio y las células era Anatomía celestial».

Siempre ha sido así y siempre será: todo el universo entre dos interrogaciones. Unos hombres, en la actitud excelsa de preguntar « ¿por qué?». Otros, en la más modesta de inquirir « ¿cómo?».

Y nunca uno solo que abarque los dos interrogantes y pretenda llegar a saber «por qué» después de haber desentrañado todos los «comos». Por la sencilla razón de que la vida es muy corta para tan gigantesca tarea, y el hombre lo sabe y tiene prisa por comerse entera la manzana de la sabiduría. Entonces se sienta en un sillón, cierra los ojos y piensa; explora su propio pequeño mundo intentando encontrar en él la solución a tanta incógnita como adivina en el mundo grande que lo alberga y sistemáticamente cae en el dogmatismo intuitivo y apriorístico, en la falsa interpretación total de un Universo imposible de ser abarcado por una sola mente. De espaldas a la realidad por desdeñar la modesta y parcial observación.

Por esa razón la Humanidad está de enhorabuena cuando un distraído jonio se dedica a mirar los pececitos de colores en una vasija transparente, o un alemán se entretiene en encajar cristales dentro de un tubo, o un médico joven español se divierte observando al microscopio el mesenterio de una rana. De enhorabuena, sí. Cuando el tribunal de la Historia juzga los méritos de sus propios protagonistas, la Humanidad puede contemplar con asombro cómo, entre tantos ilustres filósofos dogmáticos, sólo estos modestos observadores de pequeñas partes de la realidad son los que han ido colocando con firmeza los jalones del progreso. Pero para ello han tenido que vencer tremendas tentaciones del formidable atractivo de las grandes abstracciones, que lo explican todo, para sustituirlas por una insaciable curiosidad objetiva en la que el propio espíritu se empequeñece y anula. Renunciar a la inmortalidad fácil del pensador para sustituirla por la problemática del oscuro investigador que quizá no descubra nada nuevo nunca.

2. La deslumbrante revelación

Ícaro quiso evadirse del Laberinto de Creta y para eso construyó unas alas de cera. Con ellas voló, pero como eran de cera, pronto las derritió el calor del sol y entonces Ícaro cayó, rompiéndose el cuerpo contra la dureza del suelo y el espíritu contra la amargura del fracaso. El mito tiene una gran belleza simbólica, pero tiene una mayor fuerza ejemplar. Tanta que, desde entonces, los hombres antes de

aprender a volar se han dedicado a prepararse buenas alas, para hacerlo con más seguridad que Ícaro. Y hay quien se pasa toda la vida buscando buenas alas para volar y luego no le queda tiempo de emplearlas. Pero son los menos; porque el simple deseo de volar ya presta al espíritu unas alas honorarias para darse una vueltecita por los espacios infinitos. Vuela el alma mientras anda el cuerpo y se nos ocurre que en estos dos verbos, andar y volar, puede hallarse el más hondo significado del destino de un hombre. Andar y volar. Es bien sencillo. Y venturoso cuando la estela del vuelo, allá arriba, sea paralela al camino del peregrino allá abajo; porque el paralelismo es teóricamente imposible y más pronto o más tarde cuerpo y espíritu se encontrarán en un punto, aunque el espíritu tenga que esperar unos años a que llegue su compañero. Unos años de gloria que pasarán muy pronto.

Pero es muy triste cuando la estela del vuelo y el camino del peregrino divergen, o cuando el espíritu mal preparado para el vuelo, o herido durante él, cae al suelo y luego tiene que ser arrastrado por el cuerpo camino adelante sin fin ni horizonte, o cuando el peregrino sucumbe o se pierde y su espíritu no vuelve a encontrarlo jamás, o cuando… Bueno, esto no nos importa.

Pretender seguir el camino de un hombre es fácil Basta con conocer su historia. Pretender seguir su vuelo también lo es. Basta con conocer su obra. Más difícil, bastante más, es seguir el camino y el vuelo. Su andar y su volar a la vez en una sola imagen. Cuando se consigue es como si hubiéramos unido en la retina de nuestra comprensión dos vistas estereoscópicas que nos permiten percibir el relieve, que es como decir dotar de vida y humanidad tangible a unos datos cronológicos y a unas citas bibliográficas. Hacer moverse y pensar para nosotros al hombre. Darle vida.

Sería ingenuo decir que eso precisamente es lo que pretende el autor. Y, además de ingenuo, poco honrado. Porque estas cosas no se dicen antes de hacerlas; sino que se hacen y luego es el lector el que se da cuenta y se admira, si hay motivo, de lo bien que ha salido la cosa. No cabe encontrar aquí otra disculpa que el miedo. Un miedo a perderse y a traicionarse cuando llega lo más difícil de la tarea. Hasta aquí ha sido mucho más fácil. Cajal, el hombre, era sujeto y protagonista casi único. Su obra no había nacido, y él no había hecho nada más ni nada menos que vivir.

Hemos podido contar su vida, divagar sobre su carácter, situarlo en su tiempo, sutilizar sus reacciones. Nada nos tapaba su imagen. Pero ahora… Dentro de muy pocas páginas todo el mundo seguirá su vuelo y muy pocos se preocuparán de su camino. Su obra envolverá como un manto maravilloso a su simple humanidad, y por entre la trama de ese manto muy poco podremos ver de su verdad humilde. Sus familiares, sus discípulos, nos contarán pequeñas cosas de su vida habitual; pero aun estas pequeñas cosas la idealizarán, porque estarán deslumbrados por la atmósfera que le rodea. Y los otros, los que lo conocieron sólo como hombre al cruzarse en su camino, los que estuvieron fuera de su órbita, es natural que no hayan dejado cosa alguna que merezca contarse. Hace poco tiempo el autor habló con un artesano que en su juventud fue discípulo de Victorio Macho, el escultor. «Yo conocí a Cajal en persona», dijo. «Iba a posar para el monumento que se le quería erigir al taller del maestro». « ¿Hablaste con él?», le preguntó el autor con la natural ansiedad. «Yo, no. Pero él sí que hablaba. Hablaba mucho». « ¿Y qué decía?» «Nada. Cosas sin importancia. Siempre se estaba quejando de los disgustos que le daban los inquilinos de una casa que tenía».

¡Ah, si pudiéramos tener el testimonio completo de los humildes seres que le vieron y le oyeron! De la portera, del vendedor de periódicos, del cobrador del tranvía, del camarero del café. Testimonios sinceros, sin influencia de su brillante estela, para hacerlo vivir otra vez delante de nuestros ojos. Aunque sólo sean referencias de aquellos inquilinos que le daban disgustos. Porque es muy de temer que desde ahora el hombre, oscurecido por su obra, pierda la nitidez vital que hasta aquí tuvo y perdamos el calor de su humanidad, el hilo simpático que hasta ahora nos unió a él, y al perder estas cosas no podamos comprenderlo, precisamente en el momento en que esta comprensión nos es más necesaria para nuestra edificación.

Que no es exagerado este temor lo demuestra el que hasta él mismo lo sufre. En los *Recuerdos de mi vida* hay dos partes bien distintas. La primera es la que narra su niñez y su juventud. Al final de ella, en un desordenado mosaico de cronologías, intenta aferrarse a su devenir humano, aunque los conocimientos lo arrastran y se ve obligado a referirse cada vez con más exclusividad a su obra. Por fin corta bruscamente y comienza una segunda parte, cuyo título —*Mi obra científica*— indica bien claramente que se ve obligado a claudicar. Es tan brusco el corte, que el lector

llega a creer que Cajal sólo vivió hasta los treinta y ocho años. Claro que luego quiere remediar este eclipse. Pero ¡tan tarde! Nos referimos a su obra *El mundo visto a los ochenta años*. La atalaya de los ochenta años está muy alta en el tiempo y en el espacio para poder contemplar desde ella la vida pasada y aun la que está pasando.

Es, pues, justificado el miedo a perderse. Para evitarlo tenemos que razonar como el niño prudente aquél de la cometa: tenía la cometa sujeta del hilo y la veía volar a capricho del viento. Alguien le preguntó: « ¿Te gustaría volar sentado en ella?» El niño miró el armatoste allá arriba, tan débil e inseguro, traído y llevado por la más ligera ráfaga y, por si acaso, contestó: « ¡Ya lo creo! Pero no puede ser, porque… ¡alguien tiene que tirar del hilo!» Vamos, pues, a quedarnos aquí abajo tirando del hilo. Vamos a caminar lo más cerca posible de nuestro hombre y de vez en cuando levantaremos la cabeza para contemplar su vuelo. Es más seguro.

El bedel dejó de limpiar la pizarra. Miró desde lo alto del estrado aquel desaliñado tipo y reflexionó sobre su petición.

— ¿Que quiere ver a don Aureliano? Pero… si se ha debido marchar ya.

—No se ha marchado. Está ahí dentro.

El bedel sintió que aquella voluntad era más fuerte que la suya y de mala gana entró en el laboratorio.

—Don Aureliano: un joven quiere verlo.

— ¿Un joven? ¿No será algún suspenso de esta tarde? No tengo ganas de lamentaciones ni de protestas.

—No lo sé. ¿Quiere usted que se lo pregunte?

— ¡No, hombre! No seas bruto. ¡López! Anda, hijo. Vete a ver qué quiere.

López García, el ayudante favorito del maestro, que se acababa de quitar la bata y se estaba ajustando la chaqueta, obedeció y salió a la clase. Vio sentado en un banco al mozo serio de frente grande, ojos reflexivos y un poco hundidos, cuerpo huesudo enfundado en un traje mal cortado, y algo le recordó. ¡Ah, sí! Era aquel muchacho de Zaragoza que había aprobado aquella misma tarde. Un poco torpe en la expresión, pero con una firmeza de conocimientos poco común. ¿Qué querría?

—Don Aureliano está ocupado. Si usted quisiera decirme…

—Es igual. Esperaré. Esperaré lo que sea.

Y se volvió a sentar dispuesto a no moverse hasta lograr su objeto.

—Pero… Si usted me dijera a mí…

El mozo miró a López con más atención. Algo en la abierta faz del ayudante le llevó sin duda a confiarse, porque dijo:

—Es que… quiero preguntarle algo muy importante. Sobre Histología, ¿sabe? Quiero… Bueno. Quiero saber si son de verdad tejidos humanos las preparaciones que nos han enseñado.

— ¿Que si son de verdad? —Ahora la semisonrisa cortés de López se convirtió en franca risa—. Pues ¿por qué no habían de serlo? Entonces usted cree que esto de la Histología es algo así como un truco…

—Perdone. No quería decir eso ni mucho menos. Pero si supiera lo importante que es poder estar seguro de algo… Yo…

El mozo calló, como arrepentido de confiarse así a un desconocido. López lo miró con más interés y ya sin reírse. Algo había en aquel hombre que sonaba a recio y firme. Y por eso le dijo:

—En fin. Pase usted al laboratorio. Le enseñaré alguna cosilla.

Don Aureliano acababa de terminar las actas y de firmarlas. Su ayudante penetró guiando al joven aquél y le dijo:

—Es un colega. ¿Cómo ha dicho que se llama? Ramón y Cajal. Eso. Quiere que le enseñe alguna preparación. Le interesa la Histología.

— ¿Que le interesa? Eso sí que es raro.

Y mientras los dos jóvenes se dirigían a los tableros del fondo, don Aureliano Maestre de San Juan refunfuñaba solo:

« ¡Que le interesa! Si acaso curiosear eso tan bonito que sirve para ver grandes las cosas. Pero ¡si esta tarde ha habido alguno de los que he examinado que no sabía ni qué era la Histología! Total, una asignatura del doctorado que nadie emplea para nada útil, que no deja ningún dinero a ganar y que hasta se discute si es verdad… Un ministro ha dicho hace poco que esto de las células es Anatomía celestial… ¡Qué país!»

Y mientras terminaba su soliloquio con esta exclamación tan de la época, un hombre, a pocos metros de él, estaba descubriendo un nuevo y maravilloso mundo.

— ¿Y yo podría aprender a preparar igual estos cortes? ¿Podría usted enseñarme…?

— ¿Por qué no? Pero me temo que hoy sea un poco tarde. Don Aureliano ya se va. Vuelva usted cuando quiera.

—Volveré. Claro está que volveré.

Mientras caminaban Atocha abajo hacia Recoletos, López García refería al maestro el asombro y el entusiasmo del zaragozano aquél, que no se cansaba de colocar en el microscopio una y otra preparaciones.

—No te fíes, hijo mío —le argüía Maestre—. Eso es muy español. Maravillarse de todo para olvidarlo al momento. Hace casi treinta años que vino Kölliker a España y visitó el Museo de Ciencias Naturales que entonces estaba en el Palacio de Aduanas. Graells era el director y enseñó muy ufano al maestro un microscopio francés limpio y reluciente que le habían comprado. Kölliker le preguntó que si había realizado algún trabajo con él, y Graells le dijo que no porque no sabía cómo se manejaba. Al mismo tiempo le pidió que le enseñara. El maestro lo hizo de muy buena gana y le mostró una preparación de sangre y otra de músculo. Se divirtió mucho oyendo las exclamaciones de admiración de Graells y se fue convencido de que había hecho una gran labor de divulgación. Sí, sí… Casi hace treinta años y fíjate lo que hemos adelantado desde entonces. Todavía la gran mayoría de los médicos creen que el microscopio es algo así como una linterna mágica para diversión de papanatas…

— ¡Caramba, don Aureliano…; no es tanto! De todos modos creo que en este muchacho de Zaragoza hay algo diferente…

Atocha arriba, hacia su pensión de la calle del Tribulete, Cajal iba soñando. Una a una volvía a ver las transparencias coloreadas de aquellos cristalinos. Células y células. Aisladas, formando colonias organizadas, muertas unas, otras sorprendidas en el misterioso momento de nacer a la vida. Protoplasmas amorfos o diferenciados, núcleos con su enorme potencia latente, universo de lo infinitamente pequeño, tan complejo y maravilloso como el otro…

Cuando a la mañana siguiente llegó don Aureliano al laboratorio, Cajal ya le esperaba allí hacía más de una hora.

— ¿Usted otra vez? ¿Todavía no se ha cansado de mirar por el agujerito?

Santiago saludó respetuosamente y Maestre añadió:

—Espere un poco a ver si viene López. Él le enseñará lo que usted quiera.

Y se aplicó a su rutinaria faena. Repasar temas. Preparar muestras para el ejercicio práctico… Pero mientras trabajaba le asaltó el remordimiento de haber sido demasiado displicente con aquel muchacho que quizá viniera de buena fe. Por eso lo llamó a su mesa y quiso ser un poco más amable.

— ¿Y qué hay por Zaragoza? ¿Trabajan ustedes mucho?

Cajal sonrió con un gesto ambiguo sin contestar y don Aureliano continuó:

—Tendrán al menos microscopio, ¿no?

—Sí, hay uno en el laboratorio de Fisiología. Allí aprendí a manejarlo. Pero esto es diferente. Algo en el entusiasmo de la frase animó a Maestre a preguntar:

— ¿Y a qué se debe su afición a la Histología? Digo. Si es que la tiene.

—En realidad todavía no lo sé. Si he de ser sincero, hasta ayer, cuando me examiné con usted y vi aquellas preparaciones, no conocía la Histología. Sabía, sí, algo del libro. Pero de memoria y sin comprenderlo muy bien. Si quiere que le diga la verdad se me hacía muy antipático eso de estudiar cosas que no has visto nunca y que casi no crees que existan. Perdone pero es así. Si no fuera necesaria la Histología para el doctorado, posiblemente ni me hubiera preocupado de ella.

—No me descubres nada nuevo, hijo mío. Hace mucho tiempo que lo sé. Pero continúa.

—Verá… Ayer sentí algo raro. Me examiné por la mañana de Historia de la Medicina y a continuación de Química. Y los dos exámenes me dejaron muy deprimido. En el primero tuve que asegurar, para que me aprobaran, que el espíritu vital lo resuelve todo, y comulgar con las ruedas de molino de las ideas de Hipócrates…

— ¡Dios mío, si te oyera Santero! Sigue, sigue, que esto está bueno.

—… En el segundo, recitar de memoria unas cifras y unas fórmulas que al parecer bastan para explicarnos lo que somos cada uno. Un poco de carbono, otro poco de oxígeno e hidrógeno y algunas partículas salinas para aderezar el guiso… Y cuando uno piensa sobre todo esto, llega a la conclusión de que o bien se decide a creer a ojos cerrados a Hipócrates, considera la Medicina como una colección de dogmas indiscutibles y fía en la magia o en la Providencia divina la salud de los enfermos, o, por el contrario, se da cuenta de que para llegar a tan pobres resultados no hacía falta tantos años de trabajo ni tanta solemnidad…

— ¡Caramba! Esto es un poco fuerte para oírlo de boca de un joven. Y ¿me quieres decir qué pensaste cuando saliste de examinarte de mi asignatura?

—Eso tiene un poco de historia. Mi padre y yo somos auxiliares en la facultad de Zaragoza y tenemos a nuestro cargo la sala de Disección. Mi padre adora la ciencia positiva y yo creo que también. Muchas veces he hablado con él de esto mismo que le hablo a usted y él siempre me dice que en la Anatomía está por ahora la única verdad. Sólo desarmando la máquina humana podemos llegar a conocer sus perfecciones y sus fallos. Pero yo me rebelo a la idea. Me parece que me encuentro en un callejón sin salida. Por mucho que uno quiera deducir de un cuerpo muerto no puede llegar a saber el secreto de la vida. Mi padre dice que eso es poesía, y si lo conociera sabría que esa palabra en sus labios suena muy fea. Yo cuando me canso de hurgar en la carne muerta me pongo a divagar y a buscar los secretos que quiero saber dentro de mí en vez de buscarlos alrededor. Claro está que cada vez me pierdo más y cuando vuelvo a hurgar en la carne muerta siento el alivio de quien pisa de nuevo tierra firme después de estar perdido en el vacío… Y así ha sido hasta ahora. Pero ayer…

Hizo Santiago una pausa para mirar a don Aureliano, como avergonzado de la vehemencia que estaba poniendo insensiblemente en sus palabras. La atención, diríase que emocionada, de Maestre, le animó a seguir con más brío.

—Ayer me asomé al ocular de uno de sus microscopios y me pareció de pronto que había hallado contestación a todas mis dudas.

— ¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué? Es la misma carne muerta la que viste. Sólo que aumentada de tamaño.

—No, no. Es más. Mucho más. Es la confirmación de lo que mi padre ha sostenido toda la vida. Es como la visión de un mundo desconocido paralizado en pleno movimiento. A esas finas estructuras no ha llegado la putrefacción ni el escalpelo, ni la grosería devastadora de las pinzas de dilección; y ahí han quedado esas células, esas fibras, esa maravillosa organización, diríase que quietas pero no muertas. Pero lo mejor no es eso. Lo mejor es que de este modo el problema del conocimiento biológico se aborda en su profundidad. No sé si me comprende… Estudiando un cadáver no pasamos de la superficie. Extenuamos nuestra memoria y nuestra paciencia en detalles inútiles que nada explican ni nada significan. Si nos cansamos

de esta investigación, que podríamos llamar horizontal, miramos a las alturas y nos disponemos a intuir y a dogmatizar sin base real. Sólo el que domine la Micrografía podrá llegar a encontrar la verdadera dirección: la de la profundidad…

—Vamos. Algo así como meterse a buzo. Santiago quedó desconcertado por esta réplica que parecía una burla. Don Aureliano continuó:

—No es una broma, muchacho. Si hubiera tres hombres en un barco dispuestos a conocer los secretos del mar, uno de ellos se pasaría el tiempo mirando la superficie hasta el horizonte, otro se tumbaría en cubierta para ver pasar las nubes y el tercero se vestiría de buzo para bajar a ver el fondo. Tú creo que serías el último.

—Y ¿no es la conducta más lógica si de verdad quiere enterarse de sus secretos?

—Sí, hijo. Pero la más incómoda. Como es también la más incómoda y menos lucrativa de todas las disciplinas médicas la de la investigación de laboratorio. Es más bonito filosofar sobre el vitalismo o mandar a Cestona a los clientes ricos. Por eso hay muchos que no quieren creer en las células. Hace poco un catedrático de esta casa…

Iba don Aureliano a contar otra vez lo de la «Anatomía celestial», que por lo visto le había llegado al alma, cuando penetró en la estancia López García. Maestre, al verlo, exclamó con vehemencia:

— ¡Ah! López. Quiero que enseñes a este muchacho todo. ¿Entiendes bien? Todo. Si no se malogra es de los nuestros.

López, con una fina sonrisa, tomó a Cajal amigablemente por los hombros y lo condujo hacia las mesas de trabajo.

La juventud es generosa y cuando el secretario del tribunal leyó el fallo algunos estudiantes aplaudieron. La gente de edad no manifestó ninguna emoción, y un vejete, encogido y malhumorado, que había presidido la mesa examinadora, siseó demandando silencio con indignación. El otro profesor zaragozano que componía el tribunal, se levantó con demasiada brusquedad dando el hecho por consumado; y los tres profesores forasteros, jóvenes y recién venidos a sus cátedras de la Facultad aragonesa, recogieron con parsimonia sus papeles y sus notas y salieron. Uno de ellos, más comunicativo que los demás, se acercó a Santiago en el pasillo.

—No le quieren a usted mucho sus paisanos. Los dos votos en contra ya sabe usted de quiénes son… De todos modos mi enhorabuena, porque se lo ha merecido…

—Gracias, gracias —contestaba Cajal maquinalmente—. Gracias, gracias —seguía diciendo a todo el que se le acercaba a cumplimentarlo.

Y cuando se vio libre de saludos y de abrazos, el nuevo y flamante director del Museo Anatómico de Zaragoza tomó a buen paso el camino de su casa.

— ¿Si habrá salido ya? —Iba monologando cuando corría hacia ella—. ¡Qué contrariedad! ¡En el preciso momento…! ¡Tanto tiempo esperando, y cuando llega la hora…!

Subió de dos en dos los peldaños de la escalera de su casa, y cuando penetró en el vestíbulo, llamó:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

— ¿Qué ocurre? —pregunto su madre saliendo—. ¡Ah! Santiago. ¿Ya has terminado? ¿Qué ha pasado por fin?

—Me han dado la plaza. Ya te explicaré. Ahora tengo mucha prisa. Toma el abrigo y si viene gente preguntando por mí, que sí que vendrá, diles que no estoy; que me han llamado… lo que quieras. Voy arriba.

Doña Antonia no se asombró demasiado, porque conocía a su hijo, y feliz y sonriente lo vio ascender a trancos la escalera del desván.

Santiago penetró en el desván que había habilitado para laboratorio. Encendió la lámpara del centro, y a su luz se pudo ver las estanterías llenas de frasquerío, el rincón de las pruebas fotográficas donde fabricaba las placas al gelatino-bromuro, que lo hubieran hecho rico si hubiera querido, una pila de fregadera, muchos libros en pie y tumbados, abiertos y cerrados, mezclados con revistas y por fin el microscopio en su altar. Un *Vericke* comprado a plazos y gastando en la primera entrega los ahorros de la guerra de Cuba. Junto al microscopio un complicado artilugio hecho con tablillas, recipientes y pipetas en el que una desgraciada rana estaba sujeta con ligaduras ingeniosas, mientras un pedacito de sus entrañas rosadas se estiraba sobre la platina del microscopio fijada con agujas. Sobre el tenue y transparente tejido, una pipeta unida a un recipiente de cristal, dejaba caer con regularidad cada veinte segundos una gota de líquido. Todo aquel mecanismo estaba funcionando desde por la mañana. Desde la mañana también, Cajal había estado mirando por el microscopio aquel trocito de mesenterio; y restos de comida y platos que había en el estante cercano indicaban que también allí había comido.

La hora del examen le había dado sin abandonar la observación, y sólo gracias a la clásica falta de puntualidad de los tribunales de oposición había llegado a tiempo de presentarse. Con nerviosa mano encendió la lamparilla de iluminación indirecta y se asomó al ocular. Tras de unos momentos perdidos en acomodar la visión, emitió un amplio suspiro de alivio. Sí, ¡allí estaba! Mucho más tranquilo, después de contemplar un poco el campo iluminado, abandonó la observación para comprobar la buena marcha del mecanismo y la vida del pobre bicho; se quitó la chaqueta para cambiarla por un guardapolvo amplio y se sentó de nuevo, dispuesto a no perder de vista ya más la escena y los protagonistas del drama biológico que se estaba desarrollando en el espacio de unas milésimas de milímetro.

En realidad protagonista activo allí no había más que uno, y de su actuación dependía nada menos que una revolución científica. Un gordo leucocito, que se contorsionaba de un modo inverosímil para intentar pasar por un estrecho agujerito. El agujerito se lo dejaban entre sí dos células endoteliales de un vaso capilar, protagonistas pasivos de la lucha. El cemento de unión celular había cedido en una zona bastante extensa desde que Cajal había abandonado la observación hasta hora. Por esta razón, sólo protegida ahora por una tenue membrana, el glóbulo blanco introducía prolongaciones de su mismo cuerpo, brazos y piernas extrañamente móviles que aparecían y desaparecían para aparecerse en otro sitio, alucinantes seudópodos de animal de pesadilla, gelatinosos y retráctiles, pacientes e insinuantes, que una y otra vez volvían al asalto para forzar los muros de la cárcel viva… Otros glóbulos pasaban a su lado lentamente, indiferentemente, con un eterno rodar de seres resignados a su suerte y abandonados a la corriente. Uno tropezó con el cuerpo del luchador y con una rápida depresión de su cuerpo elástico rebotó contra él para seguir rodando. Otro, un poco más lejos, pareció querer imitarlo, deteniéndose junto a la pared; pero seguramente renunció a la dificultad de la empresa y… siguió rodando…

3. Desencanto y decisión

Muchas horas más tarde, doña Antonia, asomando la cabeza por la puerta del desván, dijo:

— ¡Por Dios, Santiago! ¡Que son cerca de las doce! Papá no se atreve a subir por lo que le he dicho, pero está impaciente y un poco enfadado. Además, no has cenado todavía… ¡Baja pronto!

Santiago, que ahora ya no miraba por el microscopio, contestó, maquinalmente:

— ¡Voy, voy!

Y cambiando el guardapolvo por la chaqueta, bajó hacia el piso tras de su madre.

Don. Justo paseaba por el comedor con las manos a la espalda. Al ver a su hijo alzó la cabeza en un gesto de interrogación. Ardía en deseos de comentar lo sucedido en las oposiciones, de saber cómo se habían desarrollado; pero Santiago inició la conversación de modo muy diferente al esperado:

—Padre. ¿Sabes que he visto a un leucocito atravesar por sí mismo la pared de un capilar? —dijo con entonación casi dramática.

—Bueno. ¿Y qué hay con eso?

—Pero, ¿no te das cuenta? ¡Es la diapédesis! ¡La diapédesis! Lo que niegan Duval y Hayen. Y es encontrar el origen de los glóbulos de pus en las inflamaciones. Es… Bueno. ¡La revolución!

Don Justo se impresionó ante la vehemencia de su hijo.

— ¿Estás completamente seguro de lo que has visto?

—Completamente. Llevo veinte horas sorprendiendo el fenómeno. Hace unos momentos ha terminado.

—Pues entonces, comunícalo. Publícalo donde sea.

—Pero ¿quién soy yo para que me hagan caso? ¿Quién soy yo para discutir a tantas figuras lo que vienen sustentando por espacio de tantos años?

—No importa. Con la verdad se va a todas partes. Si no te dan ahora la razón, ya te la darán más adelante.

Santiago quedó abstraído, seguramente pensando en las consecuencias de su audacia. Su padre preguntó, ya ardiendo en impaciencia:

—Deja eso, y cuéntame lo que ha ocurrido esta tarde.

— ¿Esta tarde? ¡Ah, sí! Nada. Que me han preguntado unas cosas, las he contestado y me han dado la plaza.

—Pero algo más me han contado. ¿Y el discursito del valenciano? ¿Y los dos votos en contra, de don Vinagre y del otro acémila? ¡Para fiarse uno de los paisanos!

—Sí, algo me han dicho. Oye, ¿tú crees de verdad que debo publicar eso?

Sí que lo publicó. En un folleto costeado por él mismo a duras penas, ilustrado también por él para que resultara más económico y hasta litografiado, por él, para lo que tuvo que estar practicando pacientemente el arte de la litografía hasta lograrlo. Lanzó cien ejemplares, que desaparecieron como gota de agua en el mar repartidos entre amigos y conocidos, la mayoría de los cuales no conocían la Histología o la conocían por vagas referencias.

Y fue un fracaso en toda la línea. Un fracaso en primer lugar, intrínseco; de sí mismo y de sus convicciones. A última hora le había faltado valor para extraer la última consecuencia de lo que había visto y para enfrentarse tan violentamente con los sabios de la época, y adoptó una postura media:

«… Aun cuando aceptemos en todas sus partes la teoría de Hayen, es probable que en algunos casos los leucocitos procedan…».

En cuanto a la opinión pública… En la rebotica de Ríos, un intelectual despotricaba lleno de indignación:

—Pero… ¿Quién se habrá creído que es ese mocoso de Cajal, para discutir de igual a igual con los sabios extranjeros?

Y los contertulios cabeceaban dándole la razón, porque en verdad era un atrevimiento inaudito entonces el pretender que un español discutiese de ciencia con un extranjero.

En el café Matossi, en un peña de médicos, uno decía:

— ¿Habéis leído el folleto de Cajal?

—Sí. A mí me mandó uno.

—Y a mí.

—Y ¿qué os parece?

Sonrisas y movimientos de cabeza. Uno resumió la opinión general:

—Ese chico, desde que se casó tiene los sesos hechos papilla.

Pero todo era tempestad en un vaso de agua, porque cien folletos científicos, escritos en Zaragoza y en castellano, idioma desconocido en el mundo de la Ciencia, eran muy poca cosa para conmover a los dioses del Olimpo.

La cometa, sin embargo, tenía buenos aires y estaba bien construida y volaba allá arriba sin fallas ni descensos. Los pedruscos que aquí abajo iban apareciendo en el camino del que sostenía el hilo, no alteraba para nada la serenidad de su vuelo.

Cajal, en su desván, vivía en un mundo maravilloso por encima de los hombres y de las cosas, y su espíritu estaba en constante comunicación con espíritus iguales, a los que cada vez en mayor proporción estaba perdiendo el respeto. No es una paradoja. Es la constatación de un hecho que él nos refiere con ingenuidad y precisión. Al reproducir los métodos de investigación de hombres que ya pertenecían al censo de los sabios hacía tiempo, descubría sus aciertos, su pensamiento y sus atisbos geniales; pero también sus fallas, sus rodeos para comprender lo obvio, sus incomprensibles persistencias en el error, sus ideas *a priori*, sostenidas por la vanidad. En suma: descubría que eran hombres como él, y como él sujetos a discusión y análisis cuando un honrado investigador cualquiera les hacía bajar de los altares y sentarse a hablar. Claro que este «investigador cualquiera» era Cajal, dirán los maliciosos.

Pero no es menos cierto que la más acusada cualidad de Cajal, que le permitió adentrarse en el campo de la investigación, fue su iconoclastia. Desde niño hemos visto cómo gozaba con una independencia de espíritu que le forzaba siempre a poner en cuarentena las ideas de los demás, por excelso que fuera su origen. Era una versión de Santo Tomás, aun cuando menos irreverente; porque sus dudas no eran divinas sino humanas. Comprobar antes de creer, y aun modificar la opinión, si preciso fuera, después de haber creído. Y esto no sólo para las ajenas ideas, sino también para las propias. Su espíritu abandonaba una idea sin pena cuando un hecho nuevo así lo exigía; y esto eliminaba de su trayectoria escollos tan importantes como la soberbia, la sobreestimación de sus juicios y la tentación apriorística.

El fracaso de su primera monografía no volvió a repetirse, con lo que quedó demostrado que las opiniones diagonales e indecisas son las que más estimulan la diatriba de las gentes, como si en su inconsciencia intuyesen la debilidad del opinante. Algo así como esos perros que ladran más fuerte al que adivinan medroso. Poco tiempo después lanzaba un nuevo folleto en el que valientemente confirmaba las vagas referencias de Ranvier sobre las terminaciones nerviosas en

los músculos. Nadie protestó, ni en Zaragoza. Quizá fuera porque no lo entendieran o lo entendieran menos que el anterior; pero es que además aquellas fórmulas de tinción, que podían ser comprobadas por cualquier laborioso, aquellas láminas primorosamente litografiadas y aquellas afirmaciones tan precisas, tenían un aire de verdad que nadie osó discutir. Un día se hallaba en su desván, depilando el vientre de un indignado ratoncillo con sulfuro de bario para hacerle a continuación alguna fechoría. El repugnante olor del producto se extendió por toda la habitación, y tan penetrante, que casi mareaba. Santiago se vio obligado a abrir la ventana y a respirar un poco del aire exterior, asomado a ella. Entonces descubrió que era Primavera y sintió la poderosa llamada de la Naturaleza, que representada por el verdor de la próxima Huerta de Santa Engracia, embalsamaba el aire de aquella tarde. Tan fausto descubrimiento produjo insospechadas consecuencias. La primera, que el ratoncillo fuera indultado de su horrible muerte. La segunda, que Cajal bajara del desván.

Y mientras bajaba, iba haciendo cuentas de memoria:

—Veinticinco duros de director de Museo; diez o doce duros de las lecciones de Histología. Hay que descontar el plazo del microscopio, aunque ya faltan pocos; la suscripción a las revistas y las dos nuevas del *Journal d'Anatomie* y la del *Archiv*, aparte de algunos libros más que necesito…

Al llegar abajo, llamó en voz alta:

— ¡Mamá! ¡Mamá! Oye. Ven aquí. Se me ha ocurrido una cosa. Prepárate todo lo preciso, que me voy a casar.

De cómo eligió compañera Cajal ya hemos hablado en su clímax del amor. Esta referencia que ahora damos no es más que una puesta en situación del hecho de su casamiento, obligados por la cronología que a veces exige sus derechos de modo insoslayable. Ocurrió en 1880, y durante un corto tiempo el hilo de la cometa quedó atado a una rama del árbol del amor, mientras Santiago y Silveria, refugiados en su sombra, cobraban fuerzas en el banquete de su felicidad para emprender el duro camino que el destino les había deparado.

Ya sé que esta pirueta metafórica no es del gusto de nuestro tiempo. Azorín mató la retórica melosa del ochocientos. Pero cuando Cajal vivió todavía existía y sus libros están llenos de floridos párrafos, de la inefable prosa romántica. Para narrar el

hecho de su casamiento no se me ha ocurrido mejor cosa que imitar su estilo, con todo respeto y con la sola intención de que esta imitación fuera como un ramito de flores dedicado a la memoria de la mejor esposa que pudo tener un hombre de la clase de Santiago.

4. Entre el microscopio y las oposiciones

La labor investigadora tiene mucho de embarazo ilegítimo. El hombre dedicado a la investigación se ve obligado, mientras esta investigación no dé su fruto, a negarla, para seguir siendo considerado persona normal entre sus semejantes. Todo lo más dirá que «se entretiene haciendo unos trabajitos sobre…»; o que «en los ratos perdidos hace alguna cosa».

Porque el triste sino del investigador es el de no poder llamarse tal hasta que su obra tiene un nombre y un objetivo alcanzado. Mientras tanto, ha de ocultar la preñez de su mente, donde la idea florece y desarrolla sus partes, tanto mejor cuanto más verdad haya en su germen y más fertilidad en el cerebro que la aloja. Cuando esta verdad particular llega a su total enunciación, cuando ha adquirido vida propia por derecho, el investigador puede celebrar gozosas nupcias con la Razón Universal y mostrar a la faz del mundo, sin desdoro, el hijo de su inteligencia.

A buen seguro que, antes de su triunfo, Einstein no diría a nadie que estaba engendrando la teoría de la relatividad; entre otras cosas porque ni él mismo sabría que se iba a llamar así la nebulosa idea que germinaba en su mente. Y tampoco Cajal, cuando alguien le preguntara antes de 1888 por su trabajo, diría que estaba intentando crear la doctrina de la neura. Tendría una afirmación semejante algo de desfachatez e impúdico alarde. Por esta razón el investigador no puede decir que lo es hasta que su obra ha concluido; y sólo animada de una gran fe en su verdad puede soportar los largos años de anonimato, obscuridad e incomprensión. Muchos claudican antes. Otros han valorado en exceso sus fuerzas y no pueden dar vida a su pensamiento; hay quienes habían puesto su fe en una idea falsa y se dan cuenta demasiado tarde (serían los abortos de nuestro símil). Y otros, en fin, por una u otras razones, reclaman en vano, cuando acaban, un reconocimiento de verdad oficial a su verdad particular.

A todos ellos se les negará el nombre de investigador, y en cambio no se les regateará el de fracasado.

Todo viene a parar en que investigador es sólo, a los ojos del mundo, el que descubre algo, y mientras no lo haga, su trabajo tendrá el signo de lo provisional, de lo accesorio, de faena al margen de su ociosidad o de su trabajo oficialmente reconocido. *Hobby* le llaman a esto los ingleses, y «Violín de Ingres» los eruditos. De cualquier manera, es cosa que se hace en el desván o en el cuarto de los trastos. Y a veces entre las cuatro paredes de estos rincones olvidados del hogar, se encierran más amor, más fe y más esperanza que la que pueda haber en el resto de la casa, incluyendo el despacho donde se ejerce la profesión oficial y hasta el dormitorio donde se engendran y nacen los hijos.

Así es como podemos llegar a situar dentro del hogar dos mundos diferentes. Uno para el espíritu y otro para el cuerpo. Uno para volar y otro para caminar. El paso de uno a otro puede o no ser penoso —recuérdense las tragedias hogareñas de Claudio Bernard—, pero siempre es transcendental.

Cajal tuvo la inmensa dicha de tener los dos mundos propicios, y nunca los afanes de uno interfirieron la buena marcha del otro. Esto podemos asegurarlo con convencimiento, a pesar de que no haya constancia biográfica completa. De lo que pasó en el desván lo sabemos todo. De su intimidad hogareña sabemos poco y ese poco no lo sabemos por él. Todo el que se ha preocupado por la biografía cajaliana se queja de esto último, y muy recientemente Laín Entralgo llega a la conclusión de que como hombre de ciencia quiso demostrar frente a la familia una actitud levemente despegada. «Obra de manera que tus hijos te llamen tonto y tus ciudadanos benemérito», dice en una de sus *Charlas de Café*, y la leve amargura de este dicho desenfadado está totalmente compensada por la afirmación rotunda anterior de que «nunca los hijos de la carne ahogaron a los hijos del espíritu». En otro lugar dejamos constancia de la frase de una señora amiga de la familia: «La mitad de Cajal es su mujer». Esto es a buen seguro exagerado, y nada más lejos de nuestra intención que hacer desmerecer los extraordinarios méritos de doña Silveria Fañanás. La señora de la frase no tenía entonces por qué saber que existían dos Cajal: el del desván y el del piso. El primero era único, sin ayuda de nadie. El segundo… aquí sí que no exageraría nadie si dijera que no la mitad, sino más de las

tres cuartas partes de la vida de Cajal se deben a doña Silveria. Ella administraba prodigiosamente el escaso peculio. Ahorraba más, aún más, cuando era preciso para atender a las exigencias del investigador. Infinitas veces el dinero de un traje —era joven y guapa— se convirtió en dinero para un libro o la suscripción a una revista. Daba hijos al mundo, los alimentaba y educaba. Y por encima de todo, esto no lo hacía por sumisión y por amor solamente, sino por algo mejor. Por creer en su esposo, incluso más de lo que él creía en sí mismo. Y cuando los hijos fueron mayores supo inculcar en ellos el respeto a su padre y a su obra, muy por encima de momentáneas estrecheces y de dificultades domésticas.

Sabiendo esto tenemos una respuesta ya para los que consideran un misterio la intimidad de Cajal. Porque no lo es, sino, simplemente, una falta de interés narrativo. Así como los países, también las familias felices no tienen historia; y por esa razón no debe extrañarnos que el hombre que tanto tuvo que enseñar y que contar, el hombre que no tuvo bastante con una vida de ochenta y tantos años para dejar constancia escrita de todo lo que llevaba dentro, se limitase a referir, por ejemplo, en algún perdido rincón de sus repletas *Memorias*: «Por entonces me nació el cuarto hijo». Así, a secas, sin decirnos qué nombre le puso.

Este es el clima espiritual del piso. Y siendo así es natural que sus problemas y preocupaciones no llegaran al desván. Pero las exigencias de la vida le obligaban a bajar de vez en cuando. Ya hemos visto cómo tuvo que bajar para casarse. El nacimiento de un hijo también es suficiente motivo, pero distrae poco tiempo. En cambio, cuando la tonante voz de don Justo suena allá abajo, la cosa ya es diferente:

— ¡Dile a Santiago que baje! —ordena a su nuera perentoriamente.

Y Santiago, refunfuñando, abandona el ojo mágico de su microscopio, diciendo adiós con pena a aquella célula que ha podido reencontrar en los sesos de un batracio, y acude escaleras abajo a la enérgica llamada.

—Acabo de enterarme de que se convocan oposiciones para la cátedra de Granada. ¿Qué piensas hacer?

Santiago no contesta de momento. Pero no por dudar de la respuesta, sino porque la noticia le cae como un mazazo. ¡Oposiciones otra vez! Todavía le sangraba el amor propio con la derrota de hacía año y medio: cuando se presentó a la vacante

de Zaragoza. Solo en Madrid, desconocido, con su desaliño en la expresión y sus ideas rígidas. Con su carencia total de dialéctica y, sobre todo, con la inflexibilidad de sus creencias científicas que le impedían hablar de lo que no consideraba comprobado, ni fantasear, ni teorizar como todos aquellos retóricos de café, y lechuguinos de la Ciencia. Otra vez la lucha, las zancadillas, el fantasma de las recomendaciones… Algo más preparado está ahora, porque un fracaso enseña más que cinco éxitos, pero… ¡abandonar su trabajo! Es lo que más le entristece, porque ahora que peligra su continuidad comprende la inmensa diferencia de la labor callada, vocacional, entrañable, que lleva a cabo en el desván, con la falsa, inútil, claudicante y rastrera de preparar unas oposiciones. Es algo así como traicionarse a sí mismo. — ¿Qué he de hacer, papá? Iré a ellas. Y seguido por la mirada compasiva de su esposa, que le comprende tan bien, cuelga tras la puerta del piso la llave del desván que aún llevaba en la mano como dispuesto a volver a subir. Ahora sabe que pasará mucho tiempo antes de que eso ocurra.

Desde ahora, el despacho, que sólo emplea una hora al día para dar sus clases de Histología y eventualmente si algún enfermo equivocado quiere ponerse en sus manos, ha de ser la habitación que lo albergue durante la mayor parte del día y de la noche. Otra vez los resobados textos de Anatomía llenando la mesa, los apuntes, las revistas. «Hay que aprender bien el alemán para traducir lo que viene de allí, que es lo mejor. Hay que hacerse unas anchas tragaderas para creer lo que afirman Huxley y Darwin. No hay más remedio que perorar en voz alta, aunque los vecinos te tomen por loco, para acostumbrarse a oír la propia voz, para ver "cómo suena" lo que se dice. Esta vez no me cogerán por ahí. En Madrid es más importante que digan: "¡Qué bien habla!", en vez de: "¡Cuánto sabe!". Hay que enterarse de la última tontadica del sabio de moda y de la ultimísima novedad que venga del extranjero. En Madrid vale más el que sabe las cosas una hora antes que el que las sabe mejor. Es preciso saber poner cara de unción y nombrar el alma y la Providencia hasta cuando describas la apófisis del esfenoides. Es preciso acordarse de hacer una reverencia cuando nombres algún trabajo del presidente del tribunal, y también nombrar todos los que tenga hechos, vengan o no a cuento. Hay que enterarse bien de todas las flaquezas y trapos sucios de los rivales, para navajearles con eficacia el bajo vientre cuando llegue la trinca. Y además de todo eso es

necesario tener amigos políticos que echen una mano a la hora de votar. Esto es lo más difícil, porque no tengo ninguno. Y aunque lo tuviera, ¿de qué me serviría? ¿Cómo voy a saber si será Cánovas o Sagasta el que gobierne a la hora de opositar? Se expone uno a coincidir con la crisis semanal y encontrarse con todo el tribunal enfrente en vez de tenerlo a favor. Esto es muy arriesgado y lo mejor será prescindir de este detalle».

—Hazme caso, Cajal. No te presentes a estas oposiciones.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no te toca todavía. Espera tu turno.

— ¿Y cómo voy a saber cuál es mi turno?

—Lo sabrás si cedes. Los que pueden hacerte catedrático agradecerán a su tiempo tu buena disposición de no obstaculizar.

— ¿Obstaculizar? ¿A quién?

—No quieras saber demasiado. O si no… lo vas a saber de una vez: la cátedra de Granada es para Aramendía.

— ¿Para Aramendía? ¿Algún hermano del auxiliar de Patología?

—No tiene hermanos.

— ¿Cómo? ¿Él mismo? Pero ¿cómo va a opositar a Anatomía un auxiliar de Patología Médica?

— ¡Peche! ¡Ya ves! ¡Hazme caso y no te pesará! Pero ya es demasiado tarde. No se pueden tirar por la ventana tantos meses de intensa preparación. Y aunque no fuera tarde daría lo mismo. Adelante, pase lo que pase. ¡Qué absurdo! ¡Aramendía! Debe de ser una broma.

No era broma. Aramendía ganó la plaza, a pesar de no saber casi manejar el escalpelo, a pesar de haberse dedicado toda la vida a otra disciplina completamente distinta de la Anatomía a pesar de haber hecho unos ejercicios mediocres, y, sobre todo, a pesar de tener por contrincantes a Federico Olóriz y a Santiago Ramón y Cajal. Estaban ya finalizando las oposiciones y nadie podía creérselo aún.

— ¡Pero hombre, Olóriz! — decía Cajal a don Federico al salir de las trincas—. ¿Por qué se mete usted de esa manera conmigo, si el verdadero enemigo es Aramendía?

— ¡No diga usted tonterías! ¡Estos aragoneses socarrones…! Pero habíase decidido

que fuera catedrático y lo fue. La cosa era entrar, aunque se empleara la puerta falsa.

Don Santiago volvió a su casa con la nueva derrota gravitando en sus espaldas. Su padre lo esperaba en el despacho, ansioso de conocer detalles de la iniquidad. Pero al entrar, dijo: « ¡Hola, papá!», besó a su mujer, y descolgando de nuevo la llave del desván, arrancó escaleras arriba.

¡Otra vez allí! Con alegría de desterrado que vuelve contemplaba Cajal el *Vericke* limpio por la mano de su mujer, los anaqueles llenos de frascos, las últimas preparaciones que dejó sin estudiar; y el ojo se le iba tras aquel magnético orificio por donde, en cuanto quisiera, pasaría al mundo de lo infinitamente pequeño, que iba siendo para él familiar.

«Son todavía los tiempos de la luna de miel con el microscopio», nos dice él mismo en sus *Memorias*. Esto es verdad. «No hacía más que curiosear sin método y desflorar asuntos». Esto ya no lo es tanto. Una de las cosas que pretendemos demostrar en el pensamiento de Cajal es que lo mejor de él consiste en la concepción grandiosa y genial, *a priori*, que luego ha de ser meticulosa, objetiva y honradamente comprobada por sus sucesivos descubrimientos. Y esto, que se podrá confirmar totalmente en su obra clave, empieza ya a demostrarse desde los primeros escarceos en la ciencia de la investigación micrográfica. Hasta en aquellos días en que no parece más que mariposear sobres las primeras flores del inmenso jardín, hay una idea matriz que le guía y que pone algún método en el aparente desorden. Es más; esta idea es anterior aun a su dedicación a la investigación histológica. Pudiéramos decir que nace con él. Laín Entralgo, en un maravilloso estudio del pensamiento cajaliano, nos dice que la capacidad de asombro interrogativo que distingue desde la niñez al sabio genial, va polarizándose en Cajal hacia varios objetivos que caracterizan distintas fases de su pensamiento. Así en su niñez, siente el asombro de la naturaleza cósmica: el rayo de Valpalmas, el eclipse de 1860. Más tarde, por el artificio técnico y la ciencia: la locomotora, la fotografía, la Física y la Astronomía. Y por último, se asombra e interroga, cuando joven, al cuerpo humano en la Anatomía.

Pero no se puede estar del todo conforme con esta teoría. No parece de acuerdo con la manera de ser Cajal, el gran unicista... Y hemos creído descubrir en esta

aparente dispersión de su asombro primigenio una sola idea directriz. Su veneración y su interrogación van dirigidas siempre al cerebro humano y a su proyección efectiva, que es la inteligencia.

Así, cuando cae el rayo en Valpalmas siendo niño, siente cómo en la Naturaleza se ha interpolado un elemento de inarmonía que altera el apacible cuadro; y en vez de acoger resignadamente el hecho, lo juzga soberbiamente desde el punto de vista del hombre pensante, rey de la Creación, y se siente humillado por el terrible poder. Esta humillación le dura hasta que el eclipse de 1860, previsto en sus detalles hasta el último segundo, le hace recobrar la confianza en la inteligencia humana y sus esfuerzos por vencer las fuerzas naturales, conociéndolas. No admira, pues, el fenómeno, sino la participación del cerebro humano en el mismo. Juzga más tarde el valor del invento de la locomotora, no por su utilidad ni por su apariencia, sino por el esfuerzo intelectual que supone su consecución, y cuando sus asombrados ojos contemplan «los milagros» del revelado de placas en el taller del fotógrafo, no comprende cómo aquel insensible artesano no cae de hinojos al manipular en sus cubetas, en adoración de la inteligencia que hizo posible tal prodigio.

Cuando practica la Anatomía en Zaragoza, lo subyuga como ninguna otra la autopsia craneal, y sus desfallecimientos de este tiempo se deben a que tropieza inexorablemente con las limitaciones técnicas cuando quiere adentrarse en los misterios de la masa encefálica. Y cuando, al fin, su amigo Borao le enseña a manejar un microscopio, y cuando Maestre de San Juan le inicia en los secretos de la Micrografía, siente la revelación de su destino por el encuentro de un instrumento de trabajo que le permitirá proseguir la ansiosa búsqueda y contestar alguna de sus preguntas clave.

Aun ahora, cuando sólo parece estar «curioseando y desflorando asuntos», hay, como decíamos, un casi inconsciente método en su trabajo, obligado siempre por la idea madre. A veces parece incluso perderse, dispersar su atención por un cosmos alucinante que lo avasalla; pero al final de su pensamiento surge la idea del hombre rey, del cerebro rector, de la inteligencia soberana. En *La Clínica*, de Zaragoza, publicó, ya viviendo en Valencia, irnos vehementes artículos donde refleja sus primeras emociones al asomarse al mundo de lo infinitamente pequeño. Decía en uno de ellos:

«… El accidente muere, pero la esencia, o sea la vida, subsiste. Estimando el mundo orgánico como un árbol cuyo tronco fue el primer protoplasma, cuyas ramas y hojas forman todas las especies nacidas después por diferenciación y perfeccionamiento, prometiendo retoños cada vez más hermosos y lozanos… ¡qué importa que algunas ramitas se desgajen a impulsos del vendaval! No hay, pensándolo bien, organismos progenitores y producidos, ni individuos independientes, ni vivos ni muertos, sino una sola substancia, el protoplasma, que llena el mundo con sus creaciones, que crece, se ramifica, se moldea temporalmente en individuos efímeros, pero que nunca sucumbe. En nuestro ser se agita aún aquel viejo protoplasma del archiplasón (es decir, la primera célula aparecida en el Cosmos), punto de partida quizá de toda evolución orgánica».

Hasta aquí, esta confesión seudopanteísta parece comprender al hombre sólo como accidente y mero molde de la esencia universal, pero a continuación dice:

Este protoplasma llenó con sus creaciones el espacio y el tiempo; él se arrastró en el gusano, vistióse de irisados colores en el vegetal, adornóse con la radiante corona del espíritu en el mamífero. Comenzó inconsciente y terminó consciente. Fue esclavo y juguete de las fuerzas cósmicas y acabó por ser el látigo de la Naturaleza y el autócrata de la Creación. Y en un grito de orgullo humano y genial, continúa luego: ¿Adónde va la vida?, nos preguntábamos en otro pasaje del mismo artículo. ¡Cualquiera lo sabe…! Pero entonces creíamos probable que la evolución tienda a producir formas cada vez más perfectas, más progresivas, siquiera no viéramos muy claro el concepto de perfección.
¿Ha llegado a la meta y agotado su fecundidad en el organismo humano o guarda en cartera proyectos de más elevados organismos, de seres infinitamente más espirituales y clarividentes, destinados a descorrer el velo que cubre las causas primeras, y acabando con todas las empeñadas polémicas de sabios y filósofos?
¿Quién no ve aquí en esbozo la teoría del superhombre, defendida posteriormente por Nietzsche?

¡Quién sabe…! —continuábamos—. ¡Acaso ese protoplasma semidiós fenecerá también, en aquel triste día apocalíptico en que la antorcha solar se apague, el rescoldo central de nuestro globo se enfríe y no queden sobre su corteza sino fúnebres despojos e infecundas cenizas…! ¡Día horrendo, soledad angustiosa, noche obscurísima aquélla en la cual se extinga con la luz del Universo la luz del pensamiento! ¡Pero no… esto es imposible…! Cuando nuestro miserable planeta se fatigue y la fría vejez haya consumido el fuego de su corazón, y la tierra se torne glacial e infecundo páramo, y el sol enrojecido y muriente amenace sumirnos en tinieblas eternas… el protoplasma orgánico habrá tocado la perfección de su obra. Entonces el rey de la Creación abandonará para siempre la humilde cuna que meció su infancia, asaltará audazmente otros mundos y tomará solemne posesión del Universo…

¿No es esto la idea del superhombre de Nietzsche, expresada mucho antes que él?
La edad, y sobre todo la Ciencia, humillarán estas juveniles arrogancias. Esto no importa. Lo que ahora queríamos demostrar es que una idea madre guiaba siempre sus pasos y el ser fiel a ella es la clave de su obra.
Incluso en estos primeros tiempos, cuando más sereno discurre por objetivos campos, y extrae consecuencias de su observación sin extraviarse por los abismos de la Filosofía, dice cosas como lo siguiente:
«… Venid con nosotros al laboratorio del micrógrafo. Allí, sobre la platina del microscopio, desgarrad el pétalo de una flor, sin consideración a su hermosura ni a su aroma; arrancad después una parcela de los tejidos animales; disociadla sin piedad, aunque las fibras contráctiles palpiten y se estremezcan al contacto de las agujas. Asomaos después a la ventana del ocular, y… cosa notable, resultado estupendo, tanto la hoja del vegetal como el tejido animal revelarán por todas partes una construcción idéntica: especie de colmena formada por celdillas y más celdillas, separadas por una argamasa intersticial poco abundante, y albergando en sus cavidades no la miel de la abeja, sino la miel de la vida, bajo la forma de una materia albuminoide, semisólida, granulosa, cuyo seno encierra un pequeño corpúsculo: el núcleo».

Examinad ahora una gota de saliva, un poco del epitelio que cubre vuestra lengua, una gota de vuestra sangre, el moho de las materias orgánicas en descomposición, etc., y siempre la misma referida arquitectura: células y más células, más o menos transformadas, repitiéndose con monotonía y uniformidad abrumadoras.

Esta tenacidad de composición de los tejidos orgánicos, en el líquido como en el sólido, así en el músculo como en el nervio, en el tallo como en la flor; esta repetición fastidiosa del mismo tema melancólico constituye la verdad primordial de la Histología; el hecho básico sobre el que se funda la grandiosa y trascendental teoría celular de Schwann y de Virchow.

Expongo después el aspecto fisiológico de tan soberana concepción, y dándome cuenta del riesgo en que tales hechos ponen la unidad personal, me pregunto: ¿Será posible que dentro de nuestro edificio orgánico habiten innumerables inquilinos que se agitan febriles, a impulsos de espontánea actividad, sin que nos percatemos de ello? ¿Y nuestra tan decantada unidad psicológica? ¿En qué han venido a parar el pensamiento y la conciencia con esta audaz transformación del hombre en un polipero…? Cierto que pueblan nuestro cuerpo millones de organismos autónomos, eternos y fieles compañeros de glorias y fatigas, cuyas alegrías y tristezas son las nuestras; y cierto que tan próximas existencias pasan inadvertidas del yo; pero este fenómeno tiene fácil y llana explicación si consideramos que el hombre siente y piensa por sus células nerviosas, y que el yo, el verdadero mundo exterior comienza ya para él en las fronteras de las circunvoluciones cerebrales.

Y aquí sí que no hace falta ser un lince para encontrar en estas reveladoras líneas el germen inequívoco de lo que después ha de ser doctrina magna. La que le consiguió el Premio Nobel y paseó en triunfo el nombre de España por el mundo, la que hace su recuerdo imperecedero y su obra definitivamente eterna. La doctrina de la neurona.

Primero nació Fe y luego Santiago. Las dos veces llamaron a gritos por las escaleras para anunciarle que era padre y bajó corriendo. Besos, embelecos, orgullosas

sonrisas de padre recién estrenado; «gracias, señora», «y usted que lo vea»; trajines de mamá Antonia, y vuelta a subir al desván.

Mientras tanto, los chicos de la calle cantaban, saltando, el romance de la reina Mercedes, que murió con la última flor de su ramillete de novia y la pena de Alfonso, el rey popular, que ahora se mitigaba algo con el nacimiento de la primera hija de María Cristina.

Y un día, sin necesidad de que lo llamaran a gritos, pensó que no tenía más remedio que bajar. La vida, los hijos, las furibundas miradas de don Jacinto lo exigían perentoriamente. Así no se podía seguir. Silveria no se quejaba, pero los niños crecían, las ropas se gastaban, los alimentos subían, los ingresos se estancaban.

Y el campanillazo definitivo lo dio el anuncio en la *Gaceta* de las vacantes de Anatomía, de Valencia y Madrid.

Esta vez el programa era diferente. Por una de esas casualidades providenciales cayó en Fomento un ministro justo, que se escandalizó cuando le contaron lo que pasaba con las oposiciones a cátedras —Gamazo se llamaba, que conste para ejemplo— y que se esforzó bravamente en reclutar un equipo examinador totalmente incorruptible, y lo consiguió. Lo presidía Encinas, pero por enfermedad fue sustituido por el gran Letamendi, y su honorabilidad fue premiada con el honor de dar el nombramiento de catedráticos a Olóriz y a Cajal. Al primero para Madrid. Al segundo para Valencia.

El hecho de que Cajal no solicitara la plaza de Madrid, todos sus biógrafos lo atribuyeron a su peculiar modestia. Pero es casi seguro que en esta decisión había además algún otro elemento. Don Santiago había conocido ya Madrid; o, por mejor decir, había chocado ya con él. Madrid, espejo de España, escaparate y no taller, no es la ciudad que le conviene para vivir ahora. Cuando don Santiago obtuvo la cátedra de Valencia ya había prendido en él la llama creadora y germinado la inquebrantable decisión de conseguir su destino, y Madrid no puede ser buena incubadora. Lo impiden su superficialidad, su *dilettantismo*, sus cantos de sirena, su vivir al día… Madrid lindo… para marcharse, como decía Machado, es la urna de cristal con fondo de tablas vestidas de terciopelo, donde el español muestra su oro o su oropel. Pero este oro o este oropel ha de conquistarlos en otra parte.

Cuando, acompañando a don Santiago, lleguemos a Madrid, veremos una cosa curiosa: la coincidencia de los sentimientos que en él despierta Madrid con los de los hombres del 98. Una razón más para incluir a Cajal entre ellos y una importantísima referencia para conocer la posición de don Santiago ante la España de su tiempo, porque Madrid es siempre el fiel y complejo reflejo de España.

—Tenemos que marcharnos antes de Reyes, Silveria. No hay más remedio.

— ¿Y no podríamos esperar un poquito más…? Lo digo por… En fin, que en mi estado un viaje ahora podría complicar las cosas.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero cuanta más tarde va a ser peor, y yo tengo que empezar las clases al terminar las vacaciones. A no ser que… me vaya yo solo de momento…

—No, no. Vámonos todos. Dios me ayudará.

—No temas. Verás como todo va bien. Además, Valencia en enero tiene muy buen clima.

Las primeras impresiones de Cajal en Valencia no pueden ser más agradables. Paisaje bellísimo. Temperatura suave. Hermosura del Grao, de la catedral, bucólica del Cabañal, de Godella, de Burjasot. ¡Qué maravillosa vista desde los altos del «Micalet»! Y la gente. Viveza, alegría, cultura, cortesía, ingenio. Los colegas, admirables. «Se han ofrecido para todo, no querían soltarme. Ferrer Viñerta, el rector, parece una fiera y es un cordero. Creo que todos son excelentes compañeros».

Y una ligera pincelada cruda, tomada de la paleta baturra con el pincel de la mente crítica.

«Claro está que ya saben que no vengo a disputar el pan a nadie. A mí, con que me dejen tranquilo…»

Y ahora vamos a ver qué le pareció Cajal a Valencia, por boca de uno de estos colegas:

«En 1884 llegó un joven catedrático que acababa de ganar las oposiciones a la cátedra de Anatomía de la Universidad. Era Cajal. Su persona, algo descuidada, resultaba un poco seca, angulosa y áspera. Aunque esto le hacía algo rústico, compensábalo inmediatamente su noble cabeza. Ancha la frente, más todavía por la calva incipiente, las ligeras oquedades de sus pulsos y la nariz fina y recta. Ello

dábale un sello de inteligencia y distinción. También destacaban sus ojos negros, de mirada penetrante, algo ausentes cuando la reflexión parecía hundírselos en la cabeza, aguda y profunda cuando miraban atentamente… a pesar de su tosca franqueza y su temperamento, más inclinado a las cosas serias que a reír, pronto se adaptó a la atmósfera alegre de la ciudad y ganóse el respeto de la Facultad y de los estudiantes por sus enseñanzas. Conquistó mi amistad y luego concedióme la suya…»[1]

En la plaza del Mercado, junto a la Lonja de la Seda, un gran carromato cargaba unos exiguos trastos que bajaban de una fonda. Eran pocos bultos para tanto carro. Se aprovechó un poco más, subiendo también arriba la chica mayor, Fe, y el chico, Santiago, que encontraron muy divertido viajar allí. Una niñera los acompañaba, y el padre, andando, seguía a la carreta, haciéndola parar en varias tiendas. «En ésta apalabramos el dormitorio. Allí el comedor y las dos cunas. Lo de la cocina aquí… Me parece que no se olvida nada». Un poco más lleno, el vehículo llegaba a la calle de las Avellanas, donde doña Silveria, a pesar de la orden expresa de no trabajar, de estarse quietecita en una silla ordenando a las fregonas y al faquín, se estaba dando un buen tute de limpiar, barrer, arreglar, clavar, correr…

Don Santiago, de lo primero que se preocupó fue de disponer que el cajón de «sus cosas» ascendiera las muchas escaleras sin detrimento. Y ayudando al carrero y al mozo lo metió en el cuarto que le tenía destinado. Por una de las cosas que más le gustó el piso fue por ese cuarto aislado, pero luminoso y amplio, donde había de fabricarse su mundo particular. Era el sucesor del desván de Zaragoza, y entre aquellas cuatro paredes tenían que suceder muchas cosas.

Una vez dentro el gran cajón y los demás accesorios, se olvidó de todo y empezó él solo a arreglar y disponer: «Aquí, la mesa del micro. Allí, la de preparaciones. Unas estanterías en esta pared. No tendré más remedio que comprar una pila. Y llevar la tubería de gas hasta este rincón.»

— ¡Santiago, hijo, ayuda un poco! —llamaba doña Silveria desde la sala.

Arrepentido y sumiso, el esposo acudía a la llamada y aún tenía la desfachatez de enfadarse al verla levantada y trajinando. Armaba la mesa del comedor, colgaba el

[1] Boletín de la Academia Española. Octubre de 1934

cuadro con el retrato de los abuelos. De pronto se acordaba de que se había dejado «su cuarto» abierto y volvía a cerrarlo y guardarse la llave en el bolsillo. Vuelta a armar, a colgar y a poner.

Todo estuvo, por fin, acabado. No quedaba mal aquella casa donde seguramente tendrían que vivir muchos años. Además, que por seis duros al mes, en pleno Valencia, no se podían pedir grandes cosas. Tenía mucha luz, habitaciones amplias, gas y agua corriente… Bien. Ya se podía empezar a vivir a gusto. Y al pensar esto último se echó mano al bolsillo para coger de nuevo la llave del cuarto de trabajo y sonriendo, feliz, se dirigió hacia él.

Pero un quejido ahogado partía del dormitorio, donde su esposa se había tendido a descansar un poco. Esto le hizo detenerse en el pasillo. Al poco, un grito:

— ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Ven! Creo que «esto» va a empezar.

Marcha atrás, una mirada, el sombrero y el abrigo. Hay que llamar a la comadrona y al tocólogo. Pocas veces Cajal se sentía médico, pero en estas ocasiones menos que nunca.

Mientras se lanzaba escaleras abajo se guardaba de nuevo en el bolsillo las llaves del cuarto-laboratorio. Había de tardar a emplearlas porque aquella misma noche nacía su hija Paula, la valenciana. Aunque eso era lo de menos. Habían de pasar otras cosas más importantes.

Quien juzgue los cuatro años que Cajal pasó en Valencia por los trabajos realizados y los resultados obtenidos en su específica labor, creerá que durante ellos la trayectoria cajaliana fue más recta y más firme que nunca.

Y sin embargo no fue así. Valencia estuvo a punto de privar al mundo de su mejor histólogo y a España de un Premio Nobel. En la vida de don Santiago el interludio valenciano es algo similar a las tentaciones de San Antonio en la vida de este Santo. Tentaciones vencidas, al fin y al cabo, por la fuerza incontrastable de su espíritu y su inteligencia, pero que marcan un bache, o mejor un retraso, en su vuelo.

5. El interludio valenciano

Y no fue el sol meridional, ni la vida alegre y fácil de la risueña ciudad, ni la activa vida social que en ella desarrolló —la más activa de toda su existencia—, ni su repentina pasión por el ajedrez. Fue algo mucho más profundo y más digno. Fueron

dos tentaciones poderosísimas que, cosa extraña, al final, en vez de sumarse para vencerlo, se destruyeron entre sí. Bueno; será mejor que lo contemos.

No puede darse importancia al radical cambio de costumbres de Cajal en los primeros tiempos valencianos. Fueron más bien unas vacaciones del espíritu y un remozamiento del alma, demasiado constreñida al trabajo oscuro y sin esperanza. Un desperezo mental antes de volver a empezar. En todo caso, algo muy disculpable. Catedrático a los treinta y dos años, con una situación modesta pero estable, en una ciudad levantina, alegre y confiada, esposo y padre feliz, rico en amigos y libre de enemigos, tenía que haber sido un psicópata depresivo para no sintonizar con el ambiente.

—Eres grande, Cajal —decía Peset, el médico—. He de conseguir que juegues con Roselló para demostrarle que también los médicos tenemos cerebro.

Don Santiago, que en tres magistrales movimientos había dado jaque mate a Narciso Loras, sonreía inefablemente a los elogios.

Unas mesas más allá, en el amplio salón de juegos del Casino de la Agricultura, Luis Morote, suavemente, calmaba a Villafañé, exaltado y atrabiliario, que exclamaba a grandes voces:

— ¿Sabes lo que es Zola? ¡Un cochino! Y nada más que eso.

—Está bien. Pero es un precursor. Y los precursores han de exagerar un poco para imponerse.

— ¿Precursor de qué? ¿De un mundo lleno de sinvergüenzas, de enfermos, de cortesanas? Todavía quedan cosas bellas y personas decentes.

—Demasiado manoseadas por el romanticismo. Y aun así, repletas de tumbas, de tuberculosis y de ideas suicidas. Al menos esto es más verdad.

—Belleza, verdad y bien —terció el humanista Pérez Pujol—, ésa es la fórmula, amigos míos. No hay otra. Y mientras nos desviemos de ella…

— ¡Dogmas, dogmas, dogmas! —exultó el cirujano Mas, gran defensor del libre examen—. Y mientras tanto, la conciencia pública y la artística y la particular dormidas, siempre dormidas…

Esto no venía muy a cuento, pero cada cual arrimaba el ascua a su sardina. Cajal abandonaba el juego para oír la discusión. Admiraba la dialéctica brillante de aquellas cabezas meridionales y las envidiaba un poquito. En realidad, toda la vida

envidió don Santiago al que hablara bien, y sobre todo al paradojista y al improvisador. La paradoja chocaba con su espíritu lógico y metódico. De Letamendi, el gran patólogo de la Central, le desagradaban, al decir suyo, las abundantes paradojas con que amenizaba sus largas charlas, porque en un hombre de ciencia eran todavía más pecado. Pero no era totalmente sincero en su desagrado. La paradoja —lo dice en otras ocasiones— no convence, pero estimula a pensar. Es como un latigazo para la atención dormida.

En el Ateneo continuaba la orgía del pensamiento y la oratoria, aunque en tonos más elevados. Allí triunfaba un aragonés, don Joaquín Arnau, que a Cajal, explorador del cerebro humano, asombraba casi como un caso clínico. Había conseguido tres cátedras universitarias, de asignaturas diferentes, a la vez, y era hombre de una facundia y una erudición tan grande que se hacía indispensable en toda reunión intelectual. Baste decir que en la tierra de los oradores fue elegido para dar la bienvenida al mejor de todos ellos, a Castelar, el Trueno. « ¡Palabras, palabras, palabras!», dice Hamlet con indignado desprecio. Pero el español las adora y tampoco le falta razón, porque en un tierra libre de las brumas danesas el hombre tiene más importancia que los espíritus, y la palabra humana es su mejor y más definitiva expresión. Cajal, español al fin —y al principio—, se inclina ante el buen hablador.

No podemos creer en dos personalidades cajalianas: Cajal científico y Cajal escritor, porque están tan unidas y tan dependientes una de otra que no puede hablarse por separado de ellas. Pero lo que sí puede asegurarse es que en la formación literaria de Cajal, Valencia tuvo una enorme influencia. Es posible que los tiempos valencianos sean en la vida científica de don Santiago —especialmente al principio— como una especie de sarampión por el que ha de pasar todo profesional que se sumerja en su sol y en su brisa. Pero imaginémonos qué don Santiago tan diferente hubiéramos conocido sin ellos. En vez del hombre serio pero accesible, entusiasta de las peñas de café, discutidor universal, europeo vivaz, con un ojo en el microscopio pero con el otro abierto al mundo y a su tiempo, es seguro que, a no curárnoslo Madrid un poco tarde, hubiéramos encontrado el sabio deforme y ausente, protagonista de chistes putrefactos, con una chepa en algún lado de su cerebro para alojar su ciencia y con unas circunvoluciones de mono en el resto. Un

Cajal, en suma, totalmente y desgraciadamente científico, tan encastillado en su ciencia que quizá no hubiera sabido ni mostrárnosla en forma inteligible, lo que hubiera equivalido a no tenerla. Un Cajal hacia dentro y antiliterario, porque la literatura no es en realidad más que el escaparate donde el hombre muestra sus pensamientos e ideas.

No nos queda más remedio, pues, que gritar « ¡Viva Valencia!», en honor de don Santiago y con música de pasodoble fallero. De la misma manera que lo gritaba él mismo junto a Arévalo Vaca, el naturalista, a Narciso Loras y Chiarri, los médicos de moda, a don Prudencio Solís, al joven Peset, al boticario Guillén, y unos cuantos más al volver de embaularse una buena paella de Sueca, de Cullera, de la Sierra de Espadán, de Gandía… Era una reunión alegre y distinguida que tenía el lamentable y pedante nombre de *Gaster Clug*. El reglamento lo había redactado Cajal y en él se prohibía hablar de política, de religión y de filosofía. Sólo se podía hablar de ciencia y de arte. ¿Y de mujeres no, don Santiago?

Es la buena y querida juventud que en sus últimos años almacena de prisa y febrilmente recuerdos para llenar tantos años como han de venir después. A clase por la mañana tempranito. El madrugar, además de las ventajas clásicas, tiene para el catedrático la de que vienen pocos estudiantes y buenos. Así en mayo es más fácil saber a quién se debe aprobar y a quién no. Luego a Disección. Hace aquí menos frío que en el Depósito de Zaragoza. Pero duran menos los cadáveres. Después las clases particulares en casa. Buenos chicos y con ganas de aprender. La Histología en *petit comité*, ganando inteligencias y creando adeptos. Ojos ávidos y nuevos mirando el microscópico mundo, nuestro cosmos particular. Y el padre Vicente encontrando a Dios entre las células. Comida y reunión familiar… « ¿A ver? Sí, están todos: Fe, Santiago, Paula. Bueno, Silveria, ¿qué vamos a hacer si viene otro?» Café en el Casino. Paseo y trabajo para toda la tarde. A las siete a la plaza de Mirasol donde está el Ateneo. Hoy habla don Segismundo Moret, el dulce Platón de los progresistas. Y un gran orador, sin duda alguna. A casa a cenar. « ¿Pero cómo? ¿Ya se han acostado los niños? Descuida, no los despertaré al besarlos. En seguida me acuesto. He de escribir un poco».

Era más de la una cuando, al final de unas cuartillas de apretada letra, firmaba *Dr. Bacteria*; y doblándolas por la mitad las metía en un sobre que a continuación

dirigía a: *Sr. D. Joaquín Gimeno Vizarra. Redacción de* La Clínica. *Blancas, 6 Zaragoza*.

Estas cuartillas, que en parte ya conocemos, constituyen un importante episodio de la trayectoria cajaliana. Más que importante, importantísimo, por varias razones. En primer lugar porque traducen las emociones de nuestro hombre en los primeros días de sus bodas con el microscopio. Aquellas que no se atrevió a manifestar en el tiempo en que las sintió allí en la Zaragoza de sus amores y de sus desamores, fría y burlona para el opositor fracasado del desván, pero que aquí, en la Valencia expresiva, acogedora y vivaz, le parecen dignas de ser contadas y de serle atribuidas a pesar del ingenuo seudónimo.

Después, porque reivindican para don Santiago la primacía de un género literario que en España se suele considerar usufructuado por don José Echegaray: la vulgarización científica. Las fechas no mienten y el autor ha tenido buen cuidado de consultar el *Espasa* antes de confirmarse en su creencia. Don José, el ministro, economista, dramaturgo y matemático —pero, ¿cómo haría, Dios mío?— publicó la recopilación de sus artículos de vulgarización —*Ciencia Popular*— en 1905; es decir, bastantes años después de que Cajal publicase en Zaragoza aquellos inefables dramas y comedias del mundo de lo infinitamente pequeño. Claro está que es mucho menor la producción de Cajal que la de Echegaray en este género —afortunadamente— y que es muy distinta popularización la que puede lograr una revista profesional provinciana que los periódicos y los editores madrileños; pero conste aquí esta reivindicación para los que consideran más importante hacer las cosas antes que hacerlas mejor.

Nada de lo anteriormente dicho serviría, no obstante, para añadir una pincelada al retrato de don Santiago, a no ser por señalar cronológicamente el hecho biográfico de la primera vez que don Santiago levantó las cortinas de su escaparate, es decir, que escribió literalmente y para el público. Pero hay algo más. Hay que en estas primeras producciones se nos muestra en todo su primitivo esplendor el inconfundible estilo de don Santiago, estilo al que había de ser fiel hasta la muerte, a pesar de todo, inaugurando así en 1883 el bonito problema de la retórica cajaliana.

¿Era o no don Santiago un retórico? Al lector de hoy esta pregunta le hará sonreír por lo innecesaria. ¡Claro está que lo era! Porque el lector de hoy se ha sonreído antes al leer sus obras y al pasearse por los floridos arriates de una prosa limpia, pero que le suena a anacrónica y dieciochesca, a pesar de haber sido escrita casi toda en este siglo.

Como él mismo se sonreía al comentar escritos anteriores y el «estilo frondoso y bejucal» de ellos, sin darse cuenta de que al comentarlos se expresaba en este mismo estilo, lleno de sus inefables expresiones «tengo para mí», «fuerza es confesar», «amén de», «harto mejor fuera», y fertilísimo en adjetivos.

Claro está que era un retórico. Sin embargo… El autor siente un poco de vergüenza al encararse con un problema que de un modo tan magistral ha tratado Marañón, pero no le queda más remedio. Usted disimule, don Gregorio.

A su modo de ver, don Santiago era un retórico sin saberlo. Y sólo en determinadas circunstancias, como si estas circunstancias le obligaran a serlo. Así no puede por menos de ser florido retórico en estas sus primeras manifestaciones literarias de *La Crítica*, de Zaragoza. Don Santiago, hasta entonces estaba nutrido únicamente por las lecturas de su juventud, los románticos, e influido extraordinariamente por el barroquismo valenciano, como deslumbrado por el castillo de fuegos artificiales de las polémicas del Ateneo, de los torneos dialécticos, de las interminables discusiones del Casino. Luego, cuando reacciona a esta primera explosión del sentido artístico —que no debemos olvidar como existente siempre en Cajal—, cuando se ciñe al rigorismo científico de sus monografías, y sobre todo de su *Manual de Histología* que publicará unos años más tarde, es claro, didáctico, transparente, conciso, todo menos retórico. Los que han sido estudiantes de Medicina —dice Marañón— recuerdan con gozo la primera lectura de aquel *Manual* que «se entendía», a diferencia de los absurdos libros de bachiller y de principio de carrera, y a este recuerdo nos unimos con toda aprobación. Pero don Santiago huye siempre que puede del castillo de la Ciencia. Temerá siempre convertirse en el sabio exclusivo, de pensamiento unilateral y deforme, protagonista despistado de historietas, y para huir emplea la ventana del arte. Ahora su medio de expresión artística no es la pintura como en su niñez, porque aquello ya vimos cómo quedó olvidado en uno de los procesos de su evolución. El arte por el que se evade no

puede ser otro que la Literatura, por la sencilla razón de que ahora tiene muchas cosas que decir y sólo así puede decirlas. Escribe y escribe mucho porque goza escribiendo, siente la fruición de crear con la palabra. De aquí a crear la palabra misma no va nada. Es una tentación imposible de vencer y entonces el escritor hace retórica porque le avasalla la pasión de recrearse en la frase brillante, en el párrafo redondo, en la delicia pura de escribir. Y así vemos cómo el científico conciso y rigorista, enemigo de subjetivismos y lirismos, que en la Real Academia de Ciencias dice muy serio: «el exceso de retórica es muestra de un meridioalismo superficial», y, también, que «es seguramente causa poderosa de nuestro atraso científico», cuando no tiene delante a aquellos señores de conspicuas barbas y talentudas frentes, cuando se siente liberado de su obligación docente y del rigor científico, y, sobre todo, cuando el triunfo conseguido concede vacaciones al espíritu, éste retoza muy a gusto por los jardines de la Lengua.

Pero aún hay más: hay ocasiones en que don Santiago emplea los más brillantes alardes de su retórica aun en el curso de su más específica labor científica. Así, un día que está examinando un corte del cerebro de un ratón, levanta de pronto su cabeza del microscopio, toma la pluma y escribe un párrafo:

«Reina el hombre sobre la Naturaleza por la excelencia arquitectónica de su cerebro. Tal es su ejecutoria, su indiscutible título de nobleza y de dominio sobre los demás animales. Y si mamífero tan ruin como el roedor —el ratón, por ejemplo— ostenta corteza cerebral de fino y complicadísimo artificio, ¿qué imponderable estructura, qué asombroso mecanismo no deben de ofrecer las circunvoluciones del encéfalo humano, singularmente en las razas civilizadas?»

Y como ésta, muchas veces abre el cauce de su expansión artística estimulado por lo que contempla al microscopio. Por esa razón lo mejor de su obra está salpicado de estas licencias literarias que repugnarán al que se considere científico puro o al espíritu estrecho que no alcance a ver la poesía en el seno de la Ciencia. En Cajal esto es característico. Y la causa debemos encontrarla en su entusiasmo. Todos los biógrafos de Cajal están de acuerdo en que el gran motor de su obra, el acicate y el sostén, es el entusiasmo. Inteligencias hay muchas. Hombres con voluntad,

también. Pueden unirse en otros la inteligencia y la voluntad. Pero sólo con el formidable catalizador del entusiasmo por el propio trabajo podrá éste sobrevivimos. Cajal posee este catalizador en cantidad inagotable. Tanta, que se desborda cuando un experimento, una preparación, le sale bien, o cuando un hecho científico cualquiera le confirma una hipótesis. Entonces se transporta a otros mundos, y aquello que ve ya no es una simple célula, una malla de fibras, un accidente más de la complejidad orgánica; sino un mundo vivo donde los elementos toman nombre y cuerpo casi humanos, donde obran de acuerdo con maravillosos planes preconcebidos, casi como si tuvieran voluntad propia y para pasmo y regocijo del afortunado que los contempla. Es natural que estas vivísimas emociones no puedan ser descritas en el lenguaje frío y conciso de la Ciencia, sino que necesiten otro más cálido y más rico. No es ésta más que una de las muchas consecuencias de este maravilloso entusiasmo de Cajal, que le lleva a identificarse tan plenamente con el mundo invisible que nos va descubriendo y que asombra a los hombres de ciencia que le conocieron. Sobre todo si proceden de los países del Norte, donde los eficaces, pero fríos, trabajadores de laboratorio, abren los ojos como platos cuando leen las desconcertantes interpretaciones antropomórficas de los descubrimientos cajalianos. Uno de ellos, Sherrington, en cuya casa vivió Cajal durante su estancia en Inglaterra, nos lo expresa con estas meridianas palabras:

«El intenso antropomorfismo que imprimía a las descripciones de las preparaciones que mostraba, se acogía al principio con alguna alarma. Trataba la imagen microscópica como si fuera viva y estuviera habitada por seres que sentían, actuaban, esperaban y ensayaban como humanos. Personificaba las fuerzas naturales tan absolutamente como en la segunda parte del *Fausto*, de Goethe. Una célula nerviosa, valiéndose de su fibra emergente, "¡se afanaba por encontrar otra!" Si hemos de penetrar adecuadamente el pensamiento de Cajal en ese campo, habríamos de suponer que entramos por su microscopio en un mundo poblado por pequeños seres que actúan por motivos, esfuerzos y satisfacciones no muy diferentes de los nuestros; consideraba el espermatozoo como animado de una especie de impulso apasionado por rivalizar en la penetración de la célula del huevo. Escuchándole, me preguntaba hasta qué punto su aptitud para representar los

hechos en estilo antropomórfico habría contribuido a su éxito como investigador. Jamás encontré a nadie que poseyera esta capacidad en más alto grado.»[2]

Aquella tarde de junio de 1885 don Santiago fue al Ateneo hacia las ocho. Andaba un poco descentrado aquellos días, porque estaba empezando a tomar en serio la continuación de su *Manual de Histología*, y por otra parte habíanse acabado de examinar los libres de la Facultad, y las clases particulares también se habían interrumpido. En el salón no había nadie y en la biblioteca sólo encontró a Zabala, el historiador aragonés, con el que había intimado por ser de los recién llegados de la tierra.

—Esto se despuebla, don Mariano —comentó Cajal aludiendo a lo solitario del lugar—. El calor, sin duda.

—Me temo que sea algo más. Veo todo el día a los médicos muy azacanados y esta mañana Guillén me ha contado algo sobre unas diarreas malignas. Tenía cara de preocupación.

— ¡Bah! ¡Cosas del verano!

— ¡Bueno! ¡Tonto de mí! ¡Si usted también es médico y sabrá algo de esto!

Y le alargaba a Cajal un ejemplar de *El Correo* en donde se leía que en el barrio del Grao había aparecido una epidemia localizada de unos trastornos intestinales que había causado algunas víctimas, pero que seguramente podría ser dominada pronto por las autoridades sanitarias.

Mientras leía don Santiago, Vicente, el conserje, entró para entregarle una citación que acababan de traerle allí por no haberlo encontrado en casa.

—No comprendo para qué me quieren. Es de la Facultad. Y para dentro de una hora.

Zabala, que era muy curioso, se creyó obligado a opinar, y tomando la circular de sus manos la leyó a su vez.

— ¿Pero, en qué mundo vive usted, paisano? Le citan a usted a una reunión. Una reunión urgente de catedráticos de Medicina. ¿Para qué va a ser sino para tratar de algo relacionado con la Medicina? Verá cómo el tema va a ser esas diarreíllas… de verano.

[2] Prólogo de Sherrington a la biografía de Dorothy Cannon.

Y mientras Cajal dejaba en el estante el libro que había abierto de nuevo, el aragonés murmuraba:

— ¡Por vida de…! ¡Voy a acabar preocupándome yo también!

No le faltaba razón para preocuparse, porque unos días más tarde moría casi fulminado por aquella terrible epidemia de cólera del año 85.

Pero cuando Cajal llegó a la Facultad nadie sabía oficialmente que era cólera. Y allí se discutía mucho sobre esa idea. Amalio Gimeno llevaba la voz cantante y capitaneaba a los jóvenes.

—En lo que se refiere a los vistos por mí, los síntomas no pueden ser más claros. Obnubilación, sed intensa, deshidratación brusca, deposiciones en agua de arroz… Dieulafoy llama a esto cólera, señores, y hace muy poco que Koch ha vuelto de la India…

—Si eso es cólera —interrumpió bastante desconsideradamente un viejo galeno que no pertenecía a la Facultad—, yo trato coléricos todos los veranos.

—Vamos, señores —cortó el decano—. Creo que la cuestión vital en este caso es ponernos de acuerdo para atajar la epidemia. Porque hay que reconocer que nos enfrentamos con una grande y trágica epidemia. En el Grao hay casas que están totalmente atacadas. Familias enteras en algunas calles. Y la mortalidad es muy elevada… No debemos perder la serenidad, pero creo que el problema es realmente grave.

—Siento comunicarles que ya podemos considerar como localizado el mal en los barrios. Esta tarde he visto dos casos indudables en la calle de la Paz —manifestó Guillén con graves palabras.

La sorpresa de los concurrentes se tradujo en un pesado silencio que terminó el decano diciendo:

—Como pueden ver, el problema va siendo pavoroso y debemos unir nuestros esfuerzos…

—Pero ¿qué podemos hacer si no procuramos conocer antes la etiología? —preguntó el joven Peset, que militaba al lado de Gimeno.

El viejo galeno se revolvió inquieto en su asiento y murmuró con voz audible para casi todos:

—Etiología, etiología… ¿Qué más da que sea una cosa u otra? ¡Láudano y hospitales!

No sé quién sería el ingenuo que dijo que de la discusión sale la luz, porque esto no suele ocurrir casi nunca. Al menos en esta tierra. Pero sí que sirve la discusión para marcar bien los campos y las tendencias. De aquella de la Facultad salieron dos bien deslindadas. La de los miasmáticos, que corrían por los barrios fumigando las habitaciones y recomendando las grandes hogueras para combatir los miasmas nocturnos, causa de la enfermedad, y la de los coleristas —naturalmente jóvenes—, que acababan de enterarse de los trabajos de Koch en la India —algunos incluso habían intentado ver en las deyecciones de los epidemiados el bacilo virgula de Koch—, que no se cansaban de predicar el aislamiento de los enfermos y la cocción de alimentos y del agua. En lo que todos tenían que estar de acuerdo —desgraciadamente— era en el tratamiento una vez aparecida la enfermedad, que no era otro que el socorrido láudano Sydenham.

Y mientras tanto Valencia vivía unas jornadas dantescas. Personas que por la mañana habíanse visto por la calle huidizas y tristes, eran enterradas por la noche entre resplandor de hogueras y lamentos de muerte. De la Albufera venían las caravanas de asustados payeses a buscar la protección de la ciudad, y su primer recibimiento eran otras caravanas de carretones funerarios, a muchos de los cuales no les acompañaba nadie porque nadie quedaba para acompañarles. La muerte salió de los barrios y retozó por los salones. En pleno paseo, casas de tres y cuatro pisos se vaciaban por su guadaña o por el miedo de los supervivientes. El hospital de San Pablo, lleno hasta las buhardillas, con camas por los pasillos y las escaleras, era una pesadilla goyesca. Alfonso XII vino a ver y a llorar con sus pobres súbditos. Su cara pálida y triste, en la que ya llevaba el sello de aquella misma muerte, aunque vestida con *otro* ropaje (murió en octubre de afección pulmonar), paseó por entre la trágica teoría de camas, fue vista por las desesperadas madres de la Inclusa, recorrió bajo un sol inconsciente y brutal el Cabañal y la Albufera, y rezó con todo su pueblo en las rogativas de la catedral.

Entonces apareció Ferrán. Cuando la pálida cara del rey desaparecía hacia la Mancha, llevándose con él el cruel sentimiento de su impotencia, en la estación de Aragón descendían del tren unas barbas de apóstol debajo de unos ojos encendidos en una fe fanática. El tortosino tenía muchas cosas que decir y muchas cosas más que hacer en aquella ciudad diezmada. Muy pocos meses hacía que había vuelto a

España desde Marsella, donde en el hospital Pharo logró aislar el bacilo virgula en un colérico procedente de un barco llegado de Oriente, y el contemplar bajo sus ojos aquella cosa parecida a una coma, muerta y teñida por sus propias manos, infinitamente pequeña, pero infinitamente poderosa, le dio la comezón irresistible de vencerla en donde ahora se hallaba: en el pobre cuerpo de millares de compatriotas suyos. El tenía una idea y esta idea procedía de sus grandes inspiradores y maestros Koch y Pasteur, cuya estrella por entonces ascendía al cénit: la vacuna. Extraordinaria palabra que sonaba de distintas maneras según quien la pronunciaba y según quien la oía. Para el pueblo era a veces sinónimo de vampirismo científico y otras voz mágica que prometía la salvación y la vida. Para la gente culta, motivo de risa y caricatura —en *Punch*, de Londres, un monstruo pustuloso con cara de mujer y cuerpo de serpiente, conducido en un carro por una vaca y una bruja, hacía huir a niños y adultos al grito de «¡Que viene la vacuna!»— en ocasiones, pero cada vez más, crecían los apóstoles de las nuevas ideas, y la palabra *microbio* se incorporaba al lenguaje familiar con el tremendo empuje de su verdad.

Esta verdad y sus consecuencias traía Ferrán tras de sus barbas de apóstol, y con él descendieron del tren misteriosos cajones con aparatos extraños, y unas jaulas donde los conejillos de Indias chillaban de hambre y de miedo. Su figura apostólica y un poco barriguda paseó muchas horas y muchos días por las zonas apestadas. En cada barrio sus adeptos, que crecían y le rodeaban siempre de una atmósfera de triunfo y alabanzas, abrían un dispensario donde invitaban a los valencianos a entrar para inocularse bajo la piel un poquito de aquel líquido donde pululaban millones y millones de bacilos coléricos y malintencionados. Antes, en *petit comité*, pobrecillos cobayas habían experimentado en sus carnes la acción de aquellos bichos, no obstante estar dispuesto en la Naturaleza que el cobaya no es un animal «colerizable». Luego algunos anónimos héroes se dejaron vacunar y a éstos siguieron otros no tan héroes, porque lo hicieron al ver que los primeros no se morían y en cambio en la calle la gente caía en racimos. En Alcira, donde Ferrán hizo una magnífica campaña, se observó una remisión de la epidemia o al menos una localización de la misma, que los optimistas exageraron y que a muchos hizo pensar en prestar su brazo al ensayo. Los seguidores de Ferrán cantaban su fama

por todas las esquinas, y los miasmáticos y los escépticos lo difamaban, publicando a los cuatro vientos, nombres, pelos y señales de los que se morían después de vacunados, según ellos ayudados por el jeringazo. Todo habíase convertido en palenque para los dos bandos y ardían en polémicas, en disputas y hasta en golpes, las Academias, las revistas, los periódicos políticos. Es condición española que no se discutan los conceptos si van unidos a las personas, y el cuerpo a cuerpo dialéctico es irremediable siempre. Un libelista energúmeno acusó a Ferrán de querer buscar en la tragedia un provecho para su bolsillo. En *La Moma*, el estudiante Pastor, que luego rigió la Universidad valenciana, debajo de una caricatura de Ferrán coronado de espinas, escribió:

Ecce Homo. *¡Pobre doctor!*
¡Ay, Ferrán, Ferrán, Ferrán!
Te metiste a redentor
y… ¿te crucificarán?

Mientras tanto el abnegado *tortosi* persistía en la dura lucha y entre tumbos y victorias repartía el caldo virulento por la población empavorecida. Un comité de sus incondicionales gestionaba auxilio del Gobierno, intentaba fabricar la vacuna en gran escala y pedía autorización para declararla obligatoria.

¿Y Don Santiago? ¿Dónde estaba, mientras tanto?

Don Santiago estaba muy asustado. Por tres veces en la casa donde ahora vivía, en la calle de Colón, la muerte había llamado. Por tres veces doña Silveria y él habían bajado y subido escaleras para dar pésames, para consolar a viudas, a padres, a hijos. Y una tarde, aún no había doblado el último coche fúnebre la esquina de la calle cuando la señora de Ramón y Cajal sintió unos dolores muy conocidos, pero no menos desagradables. Aquella noche, entre lamentos por los muertos bajo el suelo y los lamentos por los muertos sobre el techo, lloraba también por haber venido a la vida aquella bola de carne que se llamaría Jorge Ramón Fañanás. « ¡Estupenda ocasión para nacer!», decía el fértil padre mientras contemplaba al recién nacido. Pero cuando más preocupación había en su mirada era cuando la dirigía al cuarto de los misterios. Porque allí dentro, en una estufa de su propia fabricación, también se estaban produciendo nacimientos. Millones de nacimientos de pequeñísimos seres

en forma de coma, que si se esparcieran por la ciudad aumentarían terriblemente la tragedia. Su imaginación exacerbada por el insomnio y las preocupaciones creía ver un río de microbios salir por bajo la puerta, dispuestos a la total exterminación de su familia y luego de la ciudad. Pero la pesadilla pasó pronto y la mañana, implacable de sol, le sorprendió junto a su puesto de trabajo, dispuesto a llegar a una conclusión del pavoroso problema, por sí mismo. Hacía ya unos días que trabajaba en ello. Las preparaciones histológicas habían quedado arrumbadas en un rincón. Lo mismo los apuntes de su monumental *Manual*. En vez de eso, unos ratoncillos blancos mordisqueaban hojas de lechuga en sus jaulas, ajenos a su triste suerte, y la estufa de cultivo funcionaba con gas en un rincón como una fábrica de vidas monstruosas. El cuarto estaba cerrado a toda curiosidad por expresa prohibición. La limpieza más rigurosa presidía sus entradas y salidas en él y en aquella casa no se bebía un trago de agua ni se ingería un alimento sin antes purificarlo al fuego. Cuando don Santiago volvía de los hospitales de epidemiados, llenos los bolsillos con tubos de deyecciones, pasaba como un rayo por el vestíbulo y el comedor y, una vez allí dentro, suspiraba y procedía a la más meticulosa limpieza. Todo esto ya sitúa a nuestro hombre entre los «coleristas» más avanzados y convencidos. Pero…

Cuando más enfrascado estaba en su trabajo, la fámula anunció la visita de unos señores. Abandonó todo, se lavó concienzudamente y pasó al despacho. En él, Gimeno, Comenges, Paulí, Serret y otros dos a los que no conocía, le esperaban. Gimeno habló primero y en su prisa por ir al grano se descubría la ansiedad por el resultado de la entrevista:

—Bueno, Cajal. Venimos a por usted. Lo necesitamos en esta grave hora. ¿Quiere usted formar parte del Comité Ferrán?

Don Santiago inclinó la preocupada cabeza, reflexionó unos pocos segundos y por último, con la mayor firmeza, dijo:

— ¡No!

Esta negativa tan serena y tajante acarreó muchos disgustos a don Santiago. Por ella, en principio, se colocaba frente a los pioneros de la ciencia bacteriológica; parecía incluso tomar partido por la ignorancia y el oscurantismo de los «miasmáticos», y aunque esta acusación no pudiera progresar para el que lo

conociera, en cambio le hacía acreedor de otra peor. Al negar su concurso parecía, en el concepto de muchos, que se hallaba despechado por la gloria reciente de Ferrán, que podría llegar a hacerle sombra en el campo de la Micrografía. ¡Cuántos comentarios sobre el egoísmo inhumano de los sabios! ¡Cuántos sobre su vanidad criminal! Y estos comentarios no sólo fueron fruto de aquellos días en que todos habían perdido la serenidad de juicio, sino que durante toda la vida le persiguieron y aun ahora se discute todavía su conducta del año 85.

Pero si el lector que ha llegado hasta aquí cree también que don Santiago debía haber dicho «¡sí!», el desgraciado historiador se llevará tan gran disgusto que es muy probable que no le queden ganas de continuar. Porque eso demostraría que todo su trabajo se había perdido, que la semblanza cajaliana le había salido tan mal que nadie podría reconocerlo en sus páginas. Porque Cajal, para seguir siendo Cajal, sólo podía decir en aquel caso «¡no!». Y después de decirlo despedir muy finamente a aquellos señores en cuyas caras se leía el despecho y la sorpresa, y sin más volverse al «cuarto de los misterios» a seguir trabajando.

No es preciso que a renglón seguido y con prisa de convencer nos pongamos a justificar su conducta. Afortunadamente, no hay más que seguir el curso de los hechos para que la conducta de don Santiago se justifique por sí sola.

Unos días más tarde la Diputación de Zaragoza, en vista de la extensión amenazadora de la epidemia, tomó el acuerdo de fomentar las medidas oportunas para la defensa. Alguien en aquella memorable sesión se acordó del zaragozano Cajal que se hallaba en medio de la zona epidemiada y que entendía de esas cosas. El resultado fue que don Santiago recibió el encargo de hacer investigaciones oficiales sobre la tragedia valenciana.

Una conferencia preliminar en julio y por fin, en septiembre, una formidable y extensa monografía. Una monografía como sólo él sabía hacerlas: sin dejarse nada en el tintero y comprobando con implacable espíritu de crítica hasta el menor detalle de sus afirmaciones. Y estas afirmaciones eran definitivas:

Aceptaba como producto de la enfermedad al bacilo vírgula de Koch, catalogándola, por tanto, como cólera. Dilucidaba de una vez para siempre la morfología del bacilo; desechaba algunas sugestiones de Ferrán sobre formas de degeneración y sus famosos cuerpos muriformes que confundían sobre la especie botánica, y para que

no cupiese dudas inventaba un nuevo y estupendo método de tinción que sacaba a la luz todas las vergüenzas del maldito hongo. Luego demostraba la no receptividad del cobaya para la enfermedad y por consiguiente su no adecuación para los experimentos de vacunación, pasando de aquí a discutir sobre hechos indudables, la peligrosidad por un lado y la ineficacia por otro, de los cultivos vivos en inyección subcutánea como medio de inmunización. Y, por último, preconizaba como mejor medio de vacunación la inyección hipodérmica de bacilos muertos por el calor.

Era una completa puesta de puntos sobre las íes y, como pasa en todos los progresos científicos, el valor de este formidable alegato quedó contrastado por el tiempo. Para comprenderlo baste saber que hoy, casi sesenta años más tarde, las conclusiones de Cajal puede firmarlas cualquier bacteriólogo de fama, y que cuando alguien tiene que vacunarse contra el cólera emplea los bacilos coléricos muertos por el calor.

Cajal presentó a la Diputación de Zaragoza su monografía en septiembre del 85 y no pasó nada. Le elogiaron mucho, eso sí. Pero los de casa. Hasta un microscopio le regaló la Diputación. Un microscopio *Zeiss* que todavía a don Santiago, cuando ya viejo escribe sus *Memorias*, le hace prorrumpir en exclamaciones de gratitud y contento por el gozo de poseer tan maravilloso instrumento. Pero fuera de eso no se revolucionó la Ciencia ni se conmovieron las esferas, ni se postraron a sus pies los sabios. Cuando el eco de los aplausos se apagó y cuando la tinta de los oficios laudatorios se secó, la estupenda monografía quedó archivada en la biblioteca de la Diputación zaragozana y todo continuó como antes. Pasó por fin la epidemia, seguramente, más que por la acción de los hombres por el mandato de las inalterables leyes de su ciclo cósmico. Ferrán fue reivindicado en sus móviles a los ojos de sus compatriotas y, por fin, cediendo en su obstinación de mantener secreta la fabricación de su vacuna, confesó al mundo haber llegado a las mismas conclusiones de Cajal. Éste, que con aquella negativa que pareció tan indigna había mantenido su independencia de espíritu y su conciencia libre de intereses bastardos, se quedó tan contento con el microscopio que le regalaron, lamentándose sólo un poquito de que por no ser el español lenguaje usado por los sabios de entonces, no trascendieran sus descubrimientos. Bajo tierra española quedaron unos miles de cuerpos enterrados y encima de ella unos hombres con unas verdades, aprendidas

en esos cuerpos, que habían de prevalecer para siempre. Aunque estas verdades luego se las atribuyeran otros: en 1886 Salmón y Smith, dos bacteriólogos norteamericanos, se proclamaron descubridores de la vacuna anticolérica con bacilos muertos por el calor. No importa que los franceses, treinta años más tarde, concedieran a Ferrán el premio Bréant, creado a los fines de la investigación anticolérica. Los franceses, hasta cuando quieren hacernos justicia, se equivocan.

Pero no es en realidad cierto que todo quedara como antes. Porque en el cuarto de trabajo de Cajal habían quedado unas estufas de cultivo, unas placas de gelatina y agar, unas jaulitas con los últimos supervivientes de los ensayos y, sobre todo, un regustillo de triunfo fácil que enervaba la voluntad. ¡Qué bonita, la Bacteriología! Todo por descubrir, todo por experimentar y a la vuelta de cada esquina, cada diez o doce miradas al microscopio, un hecho sensacional y revolucionario que comunicar al mundo. Y el mundo, atónito y esperanzado como niños en víspera de Reyes, aguardando que el sabio se asomase a la ventana para regalarle, uno tras otro, todos los secretos de la salud y de la vida. Y luego, honores, popularidad, dinero… « ¿Sabes, Silveria, que Pasteur ya tiene estatuas en Francia? Y aún le quedan muchos años de vida. ¿Y sabes que a Koch lo aclaman por las calles? Y sólo es nueve años más viejo que yo».

Aquellos días el *Manual de Histología* dormía el peligroso sueño de las cosas que pueden no acabarse nunca. Dormía junto a los cortes de tejidos, y junto al microtomo que tantas horas de goce tranquilo habían proporcionado pero que tras de sí no llevaban más que la pobreza y la oscuridad. De vez en cuando la mirada arrepentida de don Santiago se posaba en aquel rincón de los sueños pero, por fin, un caldo de cultivo o un especial comportamiento de aquellas fabulosas vidas microscópicas encandilaba su atención. Esta era la primera traición a su destino.

Por aquel entonces doña Silveria tenía razón para lamentar el cambio de costumbres de su esposo. Primero fueron los bichos aquéllos de las jaulas que había que alimentar, y aquellas botellas tan raras llenas de líquidos repugnantes a las que no se podía tocar. Estaba una con el alma en un hilo siempre, por temor a que los niños tocasen aquellas peligrosas cosas y se contagiaran de sabe Dios qué horribles enfermedades. Decimos que debía lamentarse, pero no lo hacía, porque su

paciencia y su fe en don Santiago eran inagotables. Mucha más paciencia habría de necesitar para aguantar lo que vino luego. Empezó aquel día en que llamaron a la puerta un par de mujeres extrañas que miraban con grandes ojos inquisidores y móviles mientras una de ellas temblaba como una azogada. Luego entró un hombre arrastrando una pierna, que preguntó por «el médico de la paralís». Después, aquel pobrecito idiota conducido por su padre y su madre.

El asombro de doña Silveria era mayúsculo. La costumbre de recibir enfermos que vinieran preguntando por su esposo era tan poca, que al principio creyó en una equivocación colectiva. Pero las señas que daban no ofrecían duda alguna y la pobre señora iba del recibidor al cuarto de estar, inquieta por tener aquella extraña sociedad en su casa, y deseando con toda su alma que llegase su marido. Al fin, llegó éste acompañado de dos señores más y todos se metieron en el despacho. Llevaban grandes libros bajo el brazo, y a los pocos minutos don Santiago llamó a la fámula para que hiciera pasar a los que esperaban.

Las tres horas siguientes fueron de continuos sobresaltos. ¿Qué podían estar haciendo allá dentro tanta gente? En determinado momento sonó un grito escalofriante. Luego salió el hombre cojo, pálido como un muerto, y poniéndose la gorra: «Descuiden, señores. Volveré mañana sin falta» iba diciendo, mientras bajaba con tanta prisa las escaleras que parecía desmentir sus palabras. En cambio, el pobrecito idiota y sus padres estuvieron poco tiempo allá dentro. Con cara más compungida que a la entrada, se les vio salir muy pocos minutos después de haber sido llamados. Pero las dos extrañas mujeres de las miradas raras permanecían allí dentro tiempo y tiempo… Doña Silveria no era curiosa, pero tuvo que entrar a preguntar si su marido quería que preparara algo para merendar él y sus amigos. La pregunta se le quedó en los labios, porque la escena que presenciaba era como para olvidarse de la merienda. Una de aquellas mujeres, la más joven, se hallaba en una inverosímil posición, formando un arco rígido su cuerpo y caída hacia atrás. La sostenía, muy serio, uno de aquellos señores, que si no recordaba mal se llamaba Rodrigo Pertegás, y por las muestras debía de pesar. La sostenía solamente por la nuca, y esto hacía más terrible la escena, porque una persona no puede estar en esa posición y sostenida así a no ser que esté con la rigidez de la muerte. Por un momento creyó doña Silveria que aquella pobre se había muerto de repente y que

no sabían qué hacer con ella. Al pensar así no pudo reprimir un grito de horror. Su esposo, que en aquel momento estaba examinándole un ojo con mucha atención, la oyó, y comprendiendo su emoción se acercó sonriente hacia ella y tomándola de los hombros la hizo salir, diciéndole:

—No es nada, Silveria. Son unas experiencias. Ya te explicaré.

Al tiempo de salir, aún pudo ver a la compañera de la tiesa, que sentada en una silla, con plácido gesto movía a uno y otro lado la cabeza como el péndulo de un reloj colocado al revés.

—Es algo inaudito, Silveria —decíale don Santiago por la noche—. Nosotros no podíamos creer las noticias que llegaban de Francia. Pero ese Charcot tiene razón. Y también Bernheim, el de Nancy. Ahora sé que también yo puedo hacerlo.

Y a continuación vulgarizó para su esposa la nueva ciencia del hipnotismo y la sugestión que comenzara con Mesmer. Con vivos colores contaba las estupendas y casi milagrosas escenas de la Salpétriére que él esperaba repetir. —Todo eso me da un poco de miedo, Santiago. Pero Santiago, absorto en una idea, respondió a su objeción cariñosa con una respuesta que todo el día estaba intentando aceptar él mismo:

— ¿No te das cuenta? Es como haber hallado una nueva vía, ancha y prometedora, para conocer el cerebro humano. Y con esta vieja preocupación entre ceja y ceja, Cajal creó y presidió aquella pequeña escuela de espíritus inquietos, que se llamó «Comité para las Investigaciones Psicológicas», La casa se llenó de locos. Primero los trajeron. Luego vinieron solos. El día en que un paralítico salió andando, en la escalera había seis esperando y bajaron tras él en un clamor de milagro recién escudillado. El clamor continuó en la calle y se esparció a todos los vientos, más rico en detalles y cada vez menos parecido a la verdad. Una antigua histérica que se decía tuberculosa, recorría ahora Valencia entera contando cómo había recobrado el apetito y la salud sólo con la palabra de «aquel santo». Un pusilánime iba todos los días a casa de Cajal pretendiendo que le quitara, sin dolor, dos muelas que le dolían terriblemente. No era mucho pedir, porque todo el mundo sabía que en la sala de San Ramón del Hospital había dado a luz una mujer sin dolores por la mágica acción de aquellas manos y aquellos ojos.

Doña Silveria tenía mucho trabajo y derrochaba mucha paciencia al día. Pero iba perdiendo el miedo. Su esposo le había tranquilizado sobre la innocuidad y la legalidad de aquellas experiencias, y ahora más bien estaba satisfecha de lo que pasaba porque tenía una idea:

—Ya sabes que por mí no es. Lo hago por los chicos. Pero, ¿no te parece, Santiago, que debías de abrir una consulta en serio? Creo que a toda esta pobre gente les harías un favor si les cobraras. Se marcharían más convencidos de tu ciencia…

—Pero, ¡si sólo quiero experimentar! ¿Cómo puedo lucrarme con una ciencia que ni siquiera conozco del todo?

—Sí, pero… esa pobre gente tiene la esperanza puesta en ti…

Y por la entreabierta puerta del despacho le mostraba el comedor, el vestíbulo, el recibidor y hasta el principio de la escalera llenos de una heterogénea sociedad, compuesta de gentes de todas las clases sociales; pobres tullidos, jovencitas héticas, un par de atacados de baile de San Vito, silenciosas damas de negros vestidos, facies descarnadas donde sólo los ojos vivían, un hombre maduro lamentándose sordamente con las manos puestas en el vientre, cojos, locos de atar… Un elegante caballero entraba ahora, y deferentemente conducido por Rodrigo Pertegás, penetró en el despacho atravesando toda aquella lamentable humanidad. Era Ruiz, el culto abogado que en el Ateneo la tarde anterior había desafiado a Cajal a ensayar con él su poder hipnótico.

— ¡Ya me tiene usted aquí! —exclamó arrogantemente al entrar.

Doña Silveria, moviendo la cabeza compasivamente, salió de la habitación con pasos quedos, cerrando la puerta sin ruido.

Veinte minutos más tarde el culto y conocido abogado salía del despacho con la chaqueta puesta al revés, al aire la despeinada cabellera, cantando a voz en grito y saludando sombrero en mano y con la mayor afabilidad a todos los presentes. Cuando enfiló las escaleras, Rodrigo Pertegás salió tras él con cara de intenso regocijo.

Fueron días accidentados aquéllos. Y también triunfales. Pero a medida que iban pasando, la arruga de entre ceja y ceja que se le formaba a don Santiago era más profunda. Cada vez, en mayor grado, la consulta gratuita se iba llenando de esperanzados enfermos que sólo en él o en un milagro confiaban. Era deprimente

tener que consolar a muchos y sólo poder curar a los que su trastorno obedeciera a causas psíquicas o nerviosas funcionales. Claro que esto ya era mucho entonces. Pero… cuando resumía su trabajo veía que se había creado una obligación para la que no sentía vocación suficiente y, en cambio, no había desvelado ni el más pequeño rincón de la gran incógnita. De aquellos irregulares resultados, de aquellos efímeros triunfos de la sugestión, no podía en rigor deducir ningún hecho firme para el conocimiento de la mente humana. Eran casos patológicos, desviados, que a lo más podían enderezarse por la acción de una voluntad extrínseca; pero allá, adentro de aquellos cráneos, el gran misterio proseguía inalcanzable. Cuando consiguió en un sujeto normal una congestión facial por su mandato hipnótico, pensó que había llegado a terreno seguro. Era evidente una relación entre los centros superiores y los vegetativos. Pero reflexionando luego llegó a la conclusión de que cuando intentase encontrar esta relación y sus leyes por el camino emprendido, habría siempre de chocar con un muro impenetrable y que todo lo que descubriera habría de ser edificado sobre hipótesis.

Entonces fue cuando el gran enemigo de las hipótesis y de los dogmas cerró el despacho, se negó a ver más enfermos e hizo morir en flor las esperanzas de doña Silveria de obtener para sus hijos la fama y el dinero de un padre que fuera el primer psiquiatra español, algo así como un Charcot de esta parte de los Pirineos.

¿Hizo bien, o hizo mal? No hace falta que lo discutamos. Basta con mirar la Historia y ver lo que queda de la obra de Cajal y lo que queda de la obra de Charcot. Aunque para esto último no hay que molestarse, porque en realidad no queda nada.

Cuando la casa de la calle de Colón, que fue famosa entre los valencianos de aquellos tiempos, quedó tranquila, cuando doña Silveria pudo persuadir al último obstinado de que don Santiago no vería un solo enfermo más de ahora en adelante, Cajal buscó la llave del cuarto del microscopio. Tuvo que buscarla un rato porque ya no se acordaba dónde la había puesto, y cuando la encontró penetró de nuevo en el *sanctasanctórum*. Allí vio, a la derecha, las estufas, las jaulas, los caldos de cultivo, toda la representación de la Bacteriología y sus promesas de gloria y provecho. A la izquierda, el microtomo, los frasquitos de teñir tejidos, las placas de Petri llenas de polvo, la última preparación de tejido nervioso… y como una bengala que ilumina el

campo en tinieblas algo iluminó allá adentro, detrás de aquella arruga de entre ceja y ceja, que le hizo ver vívidamente hasta dónde tenía enraizada la antigua obsesión por los misterios del cerebro humano, y además, la profunda convicción de que sólo con el trabajo paciente, obscuro, objetivo, apoyado en hechos firmes, se llegaría a alguna parte. De que, en fin, sólo en el redondo y brillante campo del microscopio estaba la verdad. Por eso se dirigió hacia la izquierda.

En sus *Memorias* don Santiago nos dice con inevitable ingenuidad que lo que más le impulsó a escoger la Histología fue el considerar que la Bacteriología era más costosa de mantener. Y para justificarlo habla del gas, de lo que vale un cobaya, de lo caro de su alimentación… Y esto lo dice un hombre que se casó con veintiocho duros de sueldo al mes, que de aquéllos aún sacaba para pagar los plazos del microscopio y que en este momento acababa de tirar por la ventana la posibilidad más digna y más segura de hacerse rico en unos meses.

6. Barcelona, taller de la obra

Aquel sábado no era Sábado de Gloria, pero merecía serlo en un sentido humano. Porque era el final de una etapa y el comienzo de otra mucho más trascendental para la Ciencia y para la Patria. Y sin embargo, a pesar de la expectación que reinaba en la sala, nadie sabía cuántas cosas se estaban dirimiendo en aquella pequeña mesa, en el centro, bajo la luz de gas de la pantalla. Una mesa, encima de ella un tablero de ajedrez y a cada lado dos barbudos caballeros. Uno de ellos, Cajal; el otro no lo sabemos: un conocido del Casino Militar de Barcelona, gran jugador de ajedrez, probablemente campeón famoso y cuyo nombre, sin embargo, la Historia ha olvidado. Y la injusticia de mamá Clío es tremenda porque casi tres horas aquel segundo barbas tuvo en su mano algo tan importante como el porvenir de Cajal como sabio, con todas las consecuencias universales y locales que esto implica.

No es exagerada esta afirmación. Hay que conocer bien a don Santiago para saber que no es exagerada. Desde los últimos tiempos de Valencia la vida social de nuestro hombre había tomado el único derrotero peligroso que podía tomar. De todas las expansiones sociales, de todos los cantos de sirena que le acariciaban los oídos durante estos tiempos, el único al que podía hacer caso era al del juego de

ajedrez. Cosa natural si se tiene en cuenta que en este juego, como en ningún otro, se establece el duelo, limpio y sin bastardeos, de inteligencia contra inteligencia. Y como siempre, como en los tiempos en que fue capitán de bandidos tiradores de piedras, como cuando le dio por el atletismo, como en los días aquéllos que quiso depurar el Ejército y hasta la Nación, don Santiago al sentirse atacado por la fiebre ajedrecista se dispuso a hacer las cosas bien y desde el principio. Para ello se proveyó de los mejores manuales, se planteó a sí mismo los problemas más difíciles, contendió con los mejores jugadores y hasta colaboró en revistas españolas y extranjeras, especializadas en lo que se ha dado en llamar «el noble juego». «O *sernos*, o no *sernos*», dice una frase baturra, que los menos consideran una chuscada más pero que en su defectuosa gramática encierra una norma definitiva de conducta: esta ley del todo o nada, que preside toda la vida de Ramón y Cajal, bien grabada en la piedra de su voluntad. Aunque a veces, como en ésta, le descamine.

Al llegar a Barcelona, su fama de ajedrecista le precedió, y el Casino Militar, el más famoso centro de cultivadores del juego, lo llamó y le abrió sus puertas con todos los honores.

Fueron aquellos unos días perdidos. Toda la vida, que siendo larga, se le hizo tan corta para llevar a cabo su obra, lamentó don Santiago la esterilidad de aquel pequeño lapso de tiempo y de aquellas energías cerebrales así desperdiciadas. Un día de aquellos primeros de su vida barcelonesa, se hallaba mirando por su microscopio. La preparación que examinaba era una probatura más, en el sistema nervioso, de aquellas desagradecidas y esquivas tinciones con el nitrato de plata. Miraba desatentadamente, buscando algún detalle más de los ya conocidos, alguna esperanza que le confirmara sus creencias. Pero ¡nada! En el redondo y luminoso campo la atención fatigada y perdida se enganchó en una de aquellas tubérculas negras que todo lo enmascaraban y su enemiga, la imaginación, completó el dibujo de la red —eterna red— y obtuvo un cuadro de ajedrez. Sobre él la última jugada de la tarde anterior esperaba la solución demorada y, nítidamente, un pequeño movimiento de la torre presentó un jaque magistral. Pero a diferencia de otras veces, a diferencia de cuando se despertaba por las noches o de cuando, en medio de una lección de cátedra, imaginaba en el aire la solución de un problema reciente,

don Santiago no se alegró. Por el contrarío, separó la cabeza del microscopio y muy serio se puso a reflexionar.

La reflexión siempre equivale a sentarse en una piedra del camino, echar una mirada al ya recorrido y otra al que falta por recorrer. El hijo de don Justo lo hizo así en aquel momento, y su primera mirada le mostró que era catedrático de Histología[3] en Barcelona a los treinta y seis años, que había publicado un *Manual de Histología* monumental y muy elogiado por los entendidos, que llevaba camino de ser este libro el libro de texto de todos los estudiantes de Medicina de España, que era colaborador e impulsor de cuantas revistas de la especialidad se publicaban en su país y que, gracias a Von Krause, sus trabajos empezaban a ser conocidos en el extranjero. Todo esto unido a su fama de hombre trabajador y estudioso y a sus incursiones en la Bacteriología serían bastante como para llenar varias vidas de hombres comunes. Pero es dolorosa condición del hombre predestinado la eterna insatisfacción, y todo aquello se le hacía pobre e incompleto cuando volviendo la cabeza adivinaba más que veía el panorama del camino que faltaba. ¡Aquella idea! ¡Aquella estupenda, volátil, sublime, escurridiza, revolucionaria idea! ¿Podría, por fin, apresarla? ¿Tendría bastante con toda la vida para comprobarla y darle forma? Y al llegar a este punto de sus reflexiones, se agolpaban en su pensamiento retazos de sus últimos experimentos, recuerdos de sus intentonas y de sus fracasos, mil explicaciones posibles, procesiones de hipótesis, teorías… Y entremedio, como cosas que no se necesitan pero que salen del fondo cuando se revuelve un baúl, piezas de ajedrez formando problemas, imaginarios jaques o tablas desilusionantes.

Si las ideas se hicieran sonidos, los cerebros de los hombres darían variadísimas audiciones, comprensibles algunas para oídos zarzueleros o para aficionados a Verdi, y otras sólo para los que se encuentran a gusto entre estrépitos wagnerianos. Conciertos todos, sin embargo —porque sólo la locura daría la estridencia desgarrada o el ruido de instrumento roto— en los cuales rara vez habría de faltar el motivo inicial desarrollado de vez en cuando en un solo destacado. Aquella idea que en Ramón y Cajal había surgido ya en los últimos tiempos valencianos triunfaba del acordado estruendo una y otra vez, insistentemente, pujante y exigente, queriendo desplazar a todo lo demás.

[3] La Histología y la Anatomía patológica fueron declaradas obligatorias en la Licenciatura desde 1887

Don Santiago obedeció al mandato desde aquel mismo momento. Y en consecuencia resolvió emplear toda su energía mental, todo su tiempo y todo su esfuerzo en servir aquella idea. Lo primero era prescindir de toda actividad inútil y, en especial, de cualquier cosa que interfiriera en el laborioso proceso mental. Por consiguiente, la consigna inmediata habría de ser la supresión total de las partidas de ajedrez y la extirpación radical de la afición por el ajedrez. Y por consiguiente, también la acción inmediata habría de ser la de jugar al ajedrez más y mejor que nunca.

No hay por qué asombrarse ni prepararse a aguantar una paradoja más. Sólo hay paradoja en la forma piruetesca del autor, pero no en la verdad histórica. Ni la hay tampoco en la conducta de Ramón y Cajal. Tal como era don Santiago no tenía más que una manera de proceder. Resultado de un proceso mental que podríamos resumir así:

Es vicio o pasión. Lo mismo da. Pero hay que extirparlo de raíz por las razones sabidas. En principio los juegos parecen atraer por sí mismos, por sus incidencias, por la circunstancialidad de su pequeña e intrascendente aventura, pero esto no sería bastante para alimentar una pasión, y por eso hay siempre en ellos un factor humano más hondo. El dinero y lo que éste representa en otros. En el ajedrez la puesta es la inteligencia en valoración comparativa. Lo que equivale a decir, el amor propio en su forma más noble pero también más susceptible. Pero el amor propio se dormiría si se le diera completa satisfacción, porque lo que lo mantiene despierto es la lucha, la posibilidad de la derrota y el recuerdo de la derrota misma. Es la ventaja de los juegos en los que no se juega dinero, porque dinero siempre ambicionaremos más, pero si jugamos para vencer, el interés se perderá si vencemos siempre. En definitiva, la única solución para desarraigar el vicio en este caso es ganar todas las veces.

Cuando un hombre como don Santiago llega a esta conclusión, pasa lo que está pasando en este momento en la sala de juego del Casino Militar en Barcelona. Es el último día del plazo fijado. Toda la semana ha sido dedicada por el nuevo catedrático de la Facultad a su ofensiva final. Uno por uno han caído los más conspicuos jugadores del centro, que es como decir de la ciudad. Hay cada día más un ambiente de asombro y de expectación alrededor de la mesa donde juega el aragonés. Unos vienen porque han oído hablar del nuevo fenómeno del tablero

cuadriculado. Otros son los habituales aficionados y en éstos el asombro es mayor porque han asistido a un portentoso despliegue de facultades a lo largo de siete días, como no recuerdan. Los que conocen más a fondo el juego y las maneras de los contendientes, comentan entre sí:

—Parece mentira. No podía suponerse que este hombre llegara a jugar así.

—Lo más admirable es su táctica. Otras veces que lo he visto jugaba bien pero de manera diferente. Le gustaban los ataques audaces, los efectos teatrales, la sorpresa…

—Yo siempre he dicho que era un juego romántico el suyo.

—… Pero ahora juega fríamente, con un cálculo desapasionado, con una seguridad inconmovible.

—Verdaderamente, parece otro. Y esto es lo más asombroso de todo. Todos ponemos al jugar algo de nuestro temperamento, de una manera inconsciente y hasta irrefrenable. Y para cambiar de juego tendríamos que cambiarnos nosotros mismos. Es la inteligencia y el sentimiento a la vez lo que interviene, con sus peculiaridades en cada individuo… Pero Cajal se ha vencido, ha doblegado su temperamento ante su inteligencia.

No es preciso seguir escuchando. ¿Para qué? Sabemos de memoria que esto lo ha hecho don Santiago toda la vida. ¡Señor! ¡Si hasta para enamorarse empleó la inteligencia! Someter deliberadamente su corazón a su cerebro era en él una función habitual. Y esto influyó, sin duda, en toda su carrera.

Tras de unas pocas jugadas más acabó la partida. Uno de los comentaristas anteriores exclamó con admiración:

—¡ Venció otra vez!

Don Santiago, que se levantaba ya de su asiento en medio de los aplausos y las enhorabuenas de los que le rodeaban, contestó al oírle:

—Sí. Y la última.

— ¿Cómo la última? ¿Quiere usted decir que va a tomarse un descanso? Bien hecho.

—No. Quiero decir que no volveré a jugar en toda mi vida.

Victoriano García de la Cruz, el profesor de Química, su gran amigo, posiblemente el único hombre que llegó a intimar de verdad con don Santiago, le tomó *sonriente* el

brazo, y después de felicitarle por su nuevo y ruidoso triunfo, le preguntó un poco más serio:

—Y ahora, ¿quieres decirme qué es lo que te propones con esta exhibición de ciencia ajedrecista?

—Lo vas a saber en seguida.

Y seguido por su amigo se dirigió a la Secretaría del Casino y dijo al deferente y asombrado empleado que salió a recibirle:

—Haga el favor de darme de baja. De ahora en adelante ya no podré venir.

García de la Cruz decía más tarde como comentario a las explicaciones de Ramón y Cajal:

—Si tú crees que merece la pena…

—Naturalmente que la merece. Aunque no consiga nada. Aunque mis esfuerzos fracasen. Nada de lo que hace el hombre se pierde. Si no consigue la flor o el fruto deja al menos la semilla. Y si no, simplemente, el suelo donde los demás han de pisar y han de plantar…

Victoriano, un típico representante de los españoles de su tiempo —hombres conscientes de la decadencia de España, pero escépticos y desesperanzados— se encogió de hombros.

—Bueno. ¿Pero al menos vendrás a la peña de la Pajarera?

—Sí. Alguna vez. Pero no para verte, porque tú vendrás a mi casa en cuanto tengas un rato libre. Tengo que sacudirte esa modorra.

El amigo sonrió con tristeza. Sin embargo, fue a casa de don Santiago muchas veces. Y viéndolo trabajar «sacudió aquella modorra» de tal forma que luego fue el afortunado descubridor y expositor de las «Leyes de los líquidos turbios y los gases nebulosos» y académico de la Real de Ciencias.

La casa de la Riera Alta, donde primero vivieron los Cajal al llegar a Barcelona, era pobre y mala. No tenía más ventaja que la de estar cerca de la Facultad que por entonces se hallaba radicada en el viejo Hospital de la Santa Cruz, en la calle del Carmen. Esta casa nueva de la calle Bruch era otra cosa. Era lo más lujoso que hasta entonces había servido de vivienda para la numerosa familia; una casa nueva, amplia y de moderna concepción. Las lecciones de don Santiago daban para el

alquiler con creces, porque en Barcelona se paga mejor que en cualquier otro sitio la enseñanza y el mérito.

Fue en esta casa y en la habitación destinada a laboratorio —doña Silveria tuvo siempre que distribuir sus distintos domicilios, contando con el *sancta sanctorum* para su esposo— donde don Santiago se encerró aquel mismo día con su idea.

De todas las situaciones, de todas las actitudes humanas, la del hombre encerrado con su idea, es sin duda la más noble. Uno se llena de santo orgullo y de fe en la Humanidad cuando se imagina a Kant en la casa del Jardín de Konigsberg, dándole vueltas a la *Crítica de la Razón Pura*, o a Einstein en su cuarto de la Universidad de Berna, reduciendo a fórmulas matemáticas todo el Universo. Batallas incruentas entre el Conocimiento y la Razón, dramas transcendentales en el pequeño escenario de una caja craneana, que nunca encuentran una pluma valiosa que nos cuente desde el primero hasta el último de sus actos, porque es muy difícil vestir y representar pensamientos humanos, antropomorfizar — ¡ustedes perdonen!— ideas abstractas, como se visten, se representan, se objetivan los griegos y los troyanos de la *Ilíada*, o los símbolos de Quijote y Sancho de la obra de Cervantes.

Nosotros tenemos más suerte. La idea de don Santiago es más concreta. Tiene tres dimensiones, podemos verla y comprenderla. Pero el drama es más intenso y más árdua la batalla porque es el esfuerzo de hacer encajar la rigidez de unos hechos inalterables, con existencia propia e inmutable, en un edificio hipotético, de concepción genial, pero cuya genialidad no se confirmará hasta que los hechos le den la razón. Kant, Einstein, Descartes, trabajaban con materiales controlables de su absoluta propiedad. Su trabajo era buscarlos por todos los rincones de su cerebro y disponerlos en forma inteligible. Cajal tiene que revestir el andamiaje de su idea con datos extrínsecos, robados al Cosmos tras enormes esfuerzos de paciencia y trabajo, luchando siempre con descorazonantes limitaciones técnicas. Porque —digámoslo de una vez— Ramón y Cajal tiene una idea exclusiva, propia, genial, única, de cómo debe ser y debe funcionar el sistema nervioso y el cerebro del hombre y de los animales, y se ha propuesto, nada menos, que demostrarlo visualmente, con rabiosa objetividad, a todo el mundo y a él mismo que es más Santo Tomás que nadie.

No sabemos si a estas horas hemos conseguido dar una idea aproximada de nuestro hombre, de si hemos podido comunicar un soplo de vida a su recuerdo; pero lo que es cierto es que si acertáramos a hacer vivir de nuevo el drama que en aquel cráneo se desarrolló a partir del año 1888 y siguientes, si pudiéramos captar el reflejo de aquel pensamiento vivo, ardiente, al servicio de una bella verdad, exponer sus glorias y sus vicisitudes en palabras inteligibles, nos consideraríamos triunfantes.
Hay que intentarlo, aunque sólo sea por imitar a don Santiago, que nunca pensaba en dificultades sino en posibilidades.

Cuando don Santiago se enfrascó del todo en la Histología en sus últimos tiempos valencianos, lo primero que hizo fue metodizar su trabajo, ordenarlo y recopilarlo. Hasta entonces su curiosidad insaciable le había hecho enfocar su microscopio sobre cuántos campos requerían su momentánea atención, como el niño que ante un libro de estampas nuevo no tiene paciencia para empezar por el principio y lo abre por distintas hojas, queriendo captarlo todo a la vez. Cuando se sujeta a un sistema, don Santiago va órgano por órgano, pieza por pieza, desentrañando el misterio del organismo vivo, describiendo sus formas, pintando sus paisajes. Es una plácida y gozosa excursión por el mundo microscópico, que va plasmando en las páginas de su maravilloso *Manual de Histología*, catecismo de todas la generaciones de médicos que salen y saldrán de las Facultades españolas.
Pero llega un momento en que esta placidez se altera. En la luminosa platina ha colocado una preparación de médula espinal, teñida con nitrato de plata, y una y otra vez mira indeciso, la retira, vuelve a teñir otra preparación y otra y otra, mientras que al lado del microscopio las cuartillas blancas esperan el dibujo, la descripción clara… Pero ¿qué es lo que va a dibujar?, ¿qué es lo que va a describir si allí no se ve nada? Una maraña inextricable de rayas y grumos negros, unas zonas inexplicablemente demasiado limpias y otras demasiado sucias, nada lógico ni concreto, nada que recuerde la belleza y la armonía de un lobulillo hepático o de una glándula cutánea, por ejemplo.
Pero el tiempo apremia. El editor reclama los últimos capítulos del *Manual*. Por otra parte, no es posible en un tratado elemental para estudiantes hacer gala de escepticismos ni mostrar indecisiones. El sistema nervioso es un tema *tabú*, que

parece condenado para siempre a ser tratado en hipótesis… Por primera y única vez el Santo Tomás de la ciencia claudica y llena las cuartillas con descripciones copiadas de Ranvier, de Meinhert, de Gerlach… confiando en que estos señores habrán sido más honrados que él y habrán contado en sus libros lo que de verdad han visto.

No es preciso resaltar el mundo de preocupaciones, de remordimientos y de propósitos de enmienda que llenarían desde entonces la mente del caviloso investigador. Cuando va a Madrid a formar parte de un tribunal de oposiciones, visita a Simarro en su casa del Arco de Santa María, y éste, recién llegado de París, le enseña unas preparaciones de cerebro, muy bien teñidas, muy bien montadas, pero…

—Mira. Es evidente la existencia de una red multicomunicante en el seno de la sustancia gris. Observa eso. Y eso. Hasta cuando no podemos ver la comunicación entre fibras paralelas parece evidente que se debe a deficiencias del método de Golgi para su tinción.

¡La red, la red! ¡Y siempre la red! No parece sino que nuestro órgano del alma fuera una espesa tela de araña, un absurdo enredo de hilos y más hilos como juego de gatos locos, por donde el pensamiento necesariamente se ha de perder y las órdenes cambiar y la sensibilidad diluirse y las asociaciones dislocarse. Usando el lenguaje que el psicoanálisis para porteras ha vulgarizado hoy, casi podríamos decir que los anatómicos y los fisiólogos de todo el siglo XIX tenían «complejo de red». Pero todo era debido a la obediencia ciega que el hombre presta siempre a la ley del mínimo esfuerzo. Todos cuantos, desde 1870, se asomaron al ocular de un microscopio para mirar un trozo de tejido nervioso, eran muy dueños de exponer una teoría propia sobre la estructura de nuestros sesos y hasta sobre su funcionamiento, por la sencilla razón de que en aquel caos, enmarañado de cosas negras y grises la imaginación podía fácilmente construir la imagen hipotética que le viniera en gana. Alguno, más paciente o más genial, atisbaba una pequeñísima parte de la verdad. His y Forel, por ejemplo, se atrevieron a decir un día que las fibras procedentes de las células nerviosas terminaban libremente en el seno del tejido nervioso o en los órganos. Esto, casi, casi, era afirmar la individualidad de la célula nerviosa, el reconocimiento de la neurona como unidad, y aunque esta

herejía no llegaron a proferirla por timidez, los sabios que los escucharon ya tuvieron bastante para reírse un mes seguido de semejante estupidez. ¡Pero, Señor, si estaba claro! Podría haber o no una sistematización, podría existir un plan o un orden que no llegaría quizás a captar nunca, pero lo que era cierto, sin duda alguna, era que todo se continuaba con todo. De los centros nerviosos —excelsas utopías que nadie se atrevía a pensar cómo eran ni cómo funcionaban— iban y venían fibras y más fibras en todas direcciones, que se cruzaban, se unían, se ramificaban. Si por casualidad en el microscopio una fibra nerviosa parecía solitaria y terminal, se le echaba la culpa a la técnica de tinción y se daba por cierto que de aquel cabo libre partían otras fibrillas invisibles a unirse con las compañeras más cercanas. Todo se explicaba así a la perfección y por eso Gerlach, interpretando el sentir general, expuso solemnemente la teoría de la red. ¡Eso, eso! ¡Una red!, dijeron todos. Y suspiraron tranquilos, porque el aceptar la idea esquemática que lo explica todo y que no explica nada, el comodín que para todo sirve, ha sido siempre la debilidad del hombre y el resultado de su pereza intelectual. Una red tupidísima que fuera desde lo más diferenciado del cerebro hasta el último órgano o músculo de la economía, llevando y trayendo órdenes y sensaciones por sus infinitos caminos; y si alguno se preguntaba con perplejidad cómo era posible que en aquel caos de caminos la corriente nerviosa no se armara un verdadero lío, equivocándose de dirección o perdiéndose en el inextricable laberinto, le esgrimían delante de las narices el poderoso y propicio espíritu vital que todo lo arregla y todo lo ordena, y ante este *deus ex machina* el perplejo inclinaba la cerviz, acordándose de Miguel Servet.

Luego vino Golgi. Golgi, en el drama intelectual cajaliano, representa el traidor, el malvado. Y, sin ánimo de ofender al ilustre don Camilo, también en la novela humana, porque la rivalidad científica tomó en ocasiones un sesgo personal bastante a ras del suelo. Camilo Golgi era un técnico micrográfico insuperable y, entre las varias cosas que le hicieron célebre, descubrió un procedimiento para teñir las preparaciones del tejido nervioso, utilizando un baño previo de endurecimiento con ácido ósmico y bicromato potásico, luego una impregnación durante dos días en nitrato de plata, deshidratación con alcohol y aclaramiento con aceite de clavo o de bergamota. Los cortes de tejido nervioso así preparados, ofrecían al microscopio un

bellísimo y claro dibujo muy diferente de los indecisos y sucios resultados de las técnicas anteriores.

Si Golgi, en posesión de un estupendo método, hubiera extraído de él todo el partido posible, si además de ser insuperable técnico hubiera tenido una mente rebelde y genial como la de su futuro rival, el conocimiento del sistema nervioso no hubiera sido una conquista española sino italiana. Pero Golgi, con todo su bagaje, se afilió a la teoría reticularista y valiéndose de su prestigio técnico se instituyó en su defensor y propagador.

Cajal conoció el método de Golgi en casa de Luis Simarro, cuando fue a Madrid en 1887. En la casa del Arco de Santa María y en el local de la calle de la Gorguera, donde unos cerebros inquietos habían montado un laboratorio de investigaciones biológicas. Cuando, asomado al ocular del microscopio de Simarro, vio el bello y nítido dibujo, estalló en ingenuas exclamaciones de admiración, porque la primordial característica de Cajal fue siempre su capacidad para el asombro y la admiración. Y automáticamente concibió la idea de utilizar el método en sus investigaciones. Pero ¡cuidado! Su entusiasmo fue siempre intelectual y no pasional, y por eso era dosificado y justo. Admiraba en esta ocasión el adelanto técnico, pero esto no le llevaba a ofuscarse, tragándose la doctrina que con él se quería defender. Porque Cajal entonces ya había renegado totalmente de la doctrina de la red. Esta decisión, que entonces tuvo que ser consideraba como una fanfarronada y una audacia temeraria, era una lógica consecuencia de la psicología de don Santiago. En principio, la consabida rebeldía contra todo lo dogmático, todo lo dictado, que le hacía muy difícil doblegarse ante los maestros, sacrificándoles su independencia de criterio. Luego, su repugnancia a aceptar una teoría que convertía al más noble de los componentes del organismo humano en una absurda maraña de comunicaciones, como sueño de ingeniero loco. Él, que había llegado a captar la sublime armonía de la arquitectura de la vida, que tantas veces en el microscopio había desentrañado la complejidad infinita de sus formas; encontrando siempre al final la idea lógica, el porqué de sus formas y de su ser, rechazaba instintivamente la idea del retículo indiferenciado y uniforme, como norma estructural del órgano del alma.

Pero esto no era bastante. Una investigación científica, ni siquiera una opinión, no pueden sustentarse sobre una repugnancia instintiva y una idiosincrasia temperamental. Había, además, una idea, su idea, que poco a poco iba perfilándose, tomando forma, adquiriendo categoría de hipótesis de trabajo. Esquema *a priori* de lo que hay que comprobar y no nos cansaremos nunca de resaltar que esto es lo más genial de Ramón y Cajal: don Santiago no fue un descubridor casual y afortunado de unos cuantos hechos biológicos, sino que estos hechos estaban representados ya en su mente antes de que los descubriera. No encuentra, y luego teoriza sobre lo encontrado, sino que primero teoriza y luego busca comprobación a su teoría y la encuentra. Es un asombroso proceso mental que podríamos resumir:

«Esto no puede ser así ni de esta otra manera. De todas las maneras discutibles no puede haber más que una posible y verdadera, que es ésta. Es preciso que sea demostrable y hay que demostrarlo».

Y todo ello después de haber barrido y hasta raspado todo resto de influencia de las doctrinas imperantes y toda coacción que en su espíritu hubieran ejercido los deslumbrantes nombres de los sabios que dogmatizaron sobre la tesitura contraria.
La difícil facilidad de la génesis de las grandes ideas resalta más que nunca en las concepciones de Cajal. Cuando él las expone no podemos por menos que exclamar: «¡si es de sentido común!». Pero nadie lo ha pensado antes.
Si nos imaginásemos un diálogo entre don Santiago y cualquiera de los sabios reticularistas de la época, la cosa podría haberse desarrollado así:
S. — ¿De modo que usted no cree en la teoría reticular del sistema nervioso?
C. — No.
S. — Deme usted sus razones.
C. — Hay muchas y de peso.
S. — Primera.
C. — Los actos reflejos. Si usted golpea en el tendón rotuliano a una persona, moverá la pierna hacia delante; si sopla en su ojo lo cerrará rápidamente; si estando dormida le pincha en un miembro lo retirará; si se come un limón en su

presencia sentirá producir una mayor cantidad de saliva en su boca. Y siempre que haga usted las misma cosas, siempre que golpee, sople, pinche o coma, las respuestas serán las mismas. Una y otra vez repetirán los músculos y las glándulas las mismas acciones.

S. — Desde luego que sí. Pero no sé a dónde va usted a parar con eso.

C. — Es muy fácil. La sensación es recibida en cada caso por terminaciones sensitivas que existen en el tendón, en la conjuntiva, en la piel, en la retina… Esta sensación produce una corriente nerviosa que va a los centros nerviosos y luego vuelve convertida en la orden de actuar. ¿No es así?

S. — Así es.

C. — Hay, pues, dos estaciones. Una de entrada para la causa y otra de salida para el efecto. Es preciso que haya una vía que una estas dos estaciones, y esta vía es siempre la misma.

S. — Me está usted explicando cosas elementalísimas, como si yo fuera un estudiante.

C. — Aguarde un poco. Si aceptamos todo lo anterior ¿cómo podríamos explicarnos que los centros con los órganos, con los músculos, con los corpúsculos sensitivos, estén unidos por una extensa y tupida red en que todo se comunica y se continúa con todo? En cualquiera de los actos reflejos citados, la sensación es seguida de la acción casi instantáneamente; la corriente sensitiva vuelve convertida en motora en uno o dos segundos. Esto no puede ocurrir más que suponiendo vías aisladas, únicas para cada caso. Es absurdo el suponer la corriente nerviosa perdiéndose y disminuyendo su potencial en infinitas ramificaciones. ¿Sucede alguna vez que al cosquillear la planta del pie se produzca la contracción del bíceps o se estornude? Porque estas cosas y otras más raras ocurrirían si fuera verdad la estructura reticular del sistema nervioso.

S. — Se olvida usted de que ha de existir en los seres vivos un principio ordenador y selector…

C. — ¡Ya salió! Pero vamos a otra prueba. Estoy escribiendo un texto de Anatomía Patológica. Hace casi dos años que realizo autopsias con este fin. El cadáver silencioso sobre la pila de mármol es más instructivo que el más locuaz de los vivos, y desde luego más veraz que cualquier inventor de hipótesis. Yo he visto lesiones de

médula espinal en crecido número. Siempre una lesión determinada a determinada altura, en determinado sitio, produce en vida los mismos trastornos sensitivos, las mismas parálisis, las mismas atrofias, y siempre también en los mismos órganos y grupos musculares. Estos hechos de tan sencilla comprobación no serían posibles si las vías nerviosas se comunicaran entre sí por una red. Una lesión en un sitio podría dar interrupciones de corriente variadísimas en órganos muy alejados entre sí…

S. — Precisamente lo que está diciendo demuestra la sabiduría de la disposición reticular, que permite la posibilidad de rodeos y de caminos múltiples para que los trastornos producidos por la lesión se localicen y circunscriban a un territorio relativamente pequeño.

C. — Es una forma indirecta de contestar. Sin embargo, puedo aducir una tercera prueba. Claudio Bernard nos ha enseñado magistralmente la existencia de centros específicos en el encéfalo. Pinchando uno de ellos se produce glucosa en la orina, pinchando otro se provoca una parálisis respiratoria… Todo instantáneamente. Parece como si cada centro tuviera su línea conductora particular y aislada desde él mismo hasta el órgano que ha de actuar. Algo así como un teléfono parecido al que ha inventado Bell, para transmitir órdenes.

S. — Vuelvo a repetirle que hay infinidad de cosas que no podríamos explicarnos sin admitir la existencia de una función rectora superior…

C. — Volvemos al punto de partida: Y me parece que no saldremos nunca de este círculo. Podría contestarle que aceptando el reticularismo hace usted muy poco favor a esa Regencia Superior, porque hubiera sido mejor idea hacer las cosas con más economía y método, que luego tener que trabajar tanto para poner orden en semejante caos. Pero prefiero no seguir la polémica, porque creo que usted y yo estamos equivocados en una cosa fundamental: en construir bellos edificios de hipótesis sin más materiales que nuestra imaginación. Hacen falta datos ciertos, objetivos, y ésos no se consiguen hablando sino tras muchas horas de estar callado y trabajando en el laboratorio.

S. — Así es como se han llegado a adquirir los conocimientos actuales.

C. — Sí, pero me parece que nos hemos quedado en el principio del camino. Es algo connatural en el hombre. Se trabaja y se investiga hasta llegar a adquirir la mínima cantidad de datos que permitan construir una teoría. Y luego se vive de las rentas

de esa teoría mucho tiempo, hasta que el avance en otros conocimientos hace insuficiente o absurda la explicación. Entonces surge un nuevo investigador que recoge la menor cantidad de datos necesaria para llenar la insuficiencia o deshacer el absurdo, y así sucesivamente. Es la forma que tenemos de escribir la historia del Progreso.

S. — Me parece usted un pesimista.

C. — Pues no lo soy. La prueba es que quiero intentar demostrar lo que pienso. Quiero que la evidencia de los hechos sea vista y no inducida. Que nos venga de fuera y no de dentro.

Las formas de abordar el problema podían ser dos: la experimental o fisiológica y la histológica. La segunda, que era, naturalmente, la que iba a emplear Cajal, era la más segura pero la más difícil.

En principio, su línea de trabajo podría resumirse así:

Era preciso seguir desde su iniciación en la periferia o ' desde su salida de un centro nervioso, uno de esos infinitos y delgadísimos hilitos que conducían la corriente nerviosa, hasta su terminación, para demostrar su individualidad. Siendo los cortes de tejido, aptos para verse en el microscopio, de un espesor de décimas de milímetro, la cosa en sí representaba un trabajo enorme y una paciencia exagerada. Pero era mayor todavía de lo imaginado, porque hallar la fibra deseada en la maraña inextricable que se veía en las preparaciones y reencontrarla en el corte siguiente y en el otro y en el otro, rozaba los límites de lo imposible.

Y en la lucha con estas insoslayables dificultades es Cuando iban surgiendo en Cajal las ideas geniales hijas, es decir, las soluciones parciales de los problemas surgidos en el curso de la labor, que todas juntas darían al fin la solución-madre del gran problema. Y todas ellas, según el mismo maestro confiesa alborozado, «son dictados del más vulgar sentido común». Sí… pero «si el bosque es infranqueable y enmarañado, vayamos al vivero», explica también. «En él encontraremos las mismas especies arbóreas». Es decir: si no podemos desenredar la madeja en el tejido nervioso de animal adulto probemos a hacerlo en el embrión de este mismo animal, donde encontraremos los mismo elementos pero en formación, escasos, fáciles de ver y de individualizar. Y llegado a esta conclusión se aplicó con todos sus

enormes tesón y entusiasmo a preparar cortes infinitos de embriones de aves y de mamíferos.

La segunda idea fue de carácter técnico. Consistió en probar a mejorar el método inventado por Golgi para teñir los elementos nerviosos, y tras de varios intentos dio con el proceder de «doble impregnación», que demostró ser muy superior al del sabio italiano.

Cuando don Santiago obtuvo la primera preparación de acuerdo con estas dos ideas, el primer concierto de campanas de la gloria debió de sonar en sus oídos. Allí, en el familiar círculo luminoso del campo microscópico, unas células y unas fibras nerviosas maravillosamente dibujadas, nítidas, destacando sobre fondo blanco y limpio, mostraban por primera vez toda la hermosura de su forma a los ojos del hombre. Era una emoción semejante a la del descubrimiento de una tierra nueva y virgen, como la llegada a América de Colón, con la diferencia de que aquí no se llegaba por azar y equivocación, sino por genial razonamiento cogido del brazo con el trabajo entusiasta.

El buen camino es difícil de encontrar, pero cuando se ha encontrado se allana solo. En el embrión las fibras, todavía no envueltas en su capa de mielina, en su vaina medular, destacaban clarísimas y podían seguirse sin fatiga ni pérdida. La inconstancia e inseguridad del método de Golgi en el adulto, aquí era fidelidad y constancia.

Igual que el descubridor de nuevas tierras, tras muchas fatigas, se hubiera lanzado a explorar lo descubierto gozando una y otra vez las mismas emociones al contemplar por primera vez ríos, cordilleras, bosques… don Santiago, febrilmente, preparaba y miraba nuevos cortes y sorprendía todas las intimidades, estructuras maravillosas y alucinantes formas. La célula nerviosa —todavía Waldeyer no la había llamado «neurona» y todavía Cajal estaba demasiado influido por las creencias en uso para considerarla otra cosa que un centro trófico— con sus prolongaciones largas cilindro-ejes o axones, con sus colaterales, sus ramitas cortas que le formaban caprichosas coronas —las dendritas—, los misteriosos gránulos de Nissl del cuerpo celular, el delicado aparato de Golgi, que cambia y se altera cuando la célula se cansa o se muere…

Y no contento con esto, con apasionada avidez de conocer cambiaba de animal de observación, obtenía preparaciones de aves, de reptiles, de peces, de insectos, observaba sus grados de desarrollo, recorría incansable la escala zoológica y, dentro de cada especie, la escala de sus edades. La filogenia y la ontogenia. Como si dijéramos el teclado pequeño del órgano individual y el inmenso teclado de la evolución de las especies con que la Naturaleza ejecuta sus divinos conciertos.

Precisamente en las sorprendentes analogías que descubrió entre el desarrollo del individuo y el desarrollo de las especies, entre la ontogenia y la filogenia, fundó su tercera gran idea. La de englobar en un concepto único y total ambas evoluciones; la de considerar en la enorme amplitud de su hipótesis de trabajo una sola la vida, una sola su anatomía, una sola su estructura. Esto le llevó a resultados tan asombrosos como el de aplicar los descubrimientos hechos, por ejemplo, en el cerebro de un insecto a la explicación de fenómenos acaecidos en el cerebro del hombre. Esta, al parecer, monstruosa traslación era factible y comprensible en la excelsitud de su pensamiento y le ayudó muchísimo a la continuación y culminación de su obra.

Sherrington, su gran admirador inglés, nos lo cuenta en forma anecdótica:

Las formas de abordar el problema podían ser dos: la experimental o fisiológica y la histológica. La segunda, que era, naturalmente, la que iba a emplear Cajal, era la más segura pero la más difícil.

En principio, su línea de trabajo podría resumirse así:

Era preciso seguir desde su iniciación en la periferia o ' desde su salida de un centro nervioso, uno de esos infinitos y delgadísimos hilitos que conducían la corriente nerviosa, hasta su terminación, para demostrar su individualidad. Siendo los cortes de tejido, aptos para verse en el microscopio, de un espesor de décimas de milímetro, la cosa en sí representaba un trabajo enorme y una paciencia exagerada. Pero era mayor todavía de lo imaginado, porque hallar la fibra deseada en la maraña inextricable que se veía en las preparaciones y reencontrarla en el corte siguiente y en el otro y en el otro, rozaba los límites de lo imposible.

Y en la lucha con estas insoslayables dificultades es Cuando iban surgiendo en Cajal las ideas geniales hijas, es decir, las soluciones parciales de los problemas surgidos en el curso de la labor, que todas juntas darían al fin la solución-madre del gran

problema. Y todas ellas, según el mismo maestro confiesa alborozado, «son dictados del más vulgar sentido común». Sí… pero «si el bosque es infranqueable y enmarañado, vayamos al vivero», explica también. «En él encontraremos las mismas especies arbóreas». Es decir: si no podemos desenredar la madeja en el tejido nervioso de animal adulto probemos a hacerlo en el embrión de este mismo animal, donde encontraremos los mismo elementos pero en formación, escasos, fáciles de ver y de individualizar. Y llegado a esta conclusión se aplicó con todos sus enormes tesón y entusiasmo a preparar cortes infinitos de embriones de aves y de mamíferos.

La segunda idea fue de carácter técnico. Consistió en probar a mejorar el método inventado por Golgi para teñir los elementos nerviosos, y tras de varios intentos dio con el proceder de «doble impregnación», que demostró ser muy superior al del sabio italiano.

Cuando don Santiago obtuvo la primera preparación de acuerdo con estas dos ideas, el primer concierto de campanas de la gloria debió de sonar en sus oídos. Allí, en el familiar círculo luminoso del campo microscópico, unas células y unas fibras nerviosas maravillosamente dibujadas, nítidas, destacando sobre fondo blanco y limpio, mostraban por primera vez toda la hermosura de su forma a los ojos del hombre. Era una emoción semejante a la del descubrimiento de una tierra nueva y virgen, como la llegada a América de Colón, con la diferencia de que aquí no se llegaba por azar y equivocación, sino por genial razonamiento cogido del brazo con el trabajo entusiasta.

El buen camino es difícil de encontrar, pero cuando se ha encontrado se allana solo. En el embrión las fibras, todavía no envueltas en su capa de mielina, en su vaina medular, destacaban clarísimas y podían seguirse sin fatiga ni pérdida. La inconstancia e inseguridad del método de Golgi en el adulto, aquí era fidelidad y constancia.

Igual que el descubridor de nuevas tierras, tras muchas fatigas, se hubiera lanzado a explorar lo descubierto gozando una y otra vez las mismas emociones al contemplar por primera vez ríos, cordilleras, bosques… don Santiago, febrilmente, preparaba y miraba nuevos cortes y sorprendía todas las intimidades, estructuras maravillosas y alucinantes formas. La célula nerviosa —todavía Waldeyer no la

había llamado «neurona» y todavía Cajal estaba demasiado influido por las creencias en uso para considerarla otra cosa que un centro trófico— con sus prolongaciones largas cilindro-ejes o axones, con sus colaterales, sus ramitas cortas que le formaban caprichosas coronas —las dendritas—, los misteriosos gránulos de Nissl del cuerpo celular, el delicado aparato de Golgi, que cambia y se altera cuando la célula se cansa o se muere…

Y no contento con esto, con apasionada avidez de conocer cambiaba de animal de observación, obtenía preparaciones de aves, de reptiles, de peces, de insectos, observaba sus grados de desarrollo, recorría incansable la escala zoológica y, dentro de cada especie, la escala de sus edades. La filogenia y la ontogenia. Como si dijéramos el teclado pequeño del órgano individual y el inmenso teclado de la evolución de las especies con que la Naturaleza ejecuta sus divinos conciertos.

Precisamente en las sorprendentes analogías que descubrió entre el desarrollo del individuo y el desarrollo de las especies, entre la ontogenia y la filogenia, fundó su tercera gran idea. La de englobar en un concepto único y total ambas evoluciones; la de considerar en la enorme amplitud de su hipótesis de trabajo una sola la vida, una sola su anatomía, una sola su estructura. Esto le llevó a resultados tan asombrosos como el de aplicar los descubrimientos hechos, por ejemplo, en el cerebro de un insecto a la explicación de fenómenos acaecidos en el cerebro del hombre. Esta, al parecer, monstruosa traslación era factible y comprensible en la excelsitud de su pensamiento y le ayudó muchísimo a la continuación y culminación de su obra.

Sherrington, su gran admirador inglés, nos lo cuenta en forma anecdótica:

Don Santiago se hallaba en Inglaterra y en casa de Sherrington, preparando su famosa conferencia, la *Cronian Lecture* de la *Royal Society*. Iba seleccionando preparaciones en el microscopio para mostrarlas al día siguiente, y se las daba a Sherrington para que las ordenase. Le alargó una de ellas y le dijo:

—Haz piramidal en embrión de pollo. El inglés, de pensamiento poco elástico como buen anglosajón, no pudo por menos de exclamar:

—Pero ¡no puede ser un embrión de pollo! Los pollos no tienen haz piramidal.

Don Santiago, sin interrumpir la faena, contestó simplemente:

—Bien. ¡Es lo mismo!

Y el sabio inglés comprendió admirado que en aquella cabeza la enorme distancia existente entre un ave de corral y el hombre, no contaba cuando se trataba de discriminar las estructuras fundamentales. En su génesis, las formas de la vida fueron iguales en la Idea Divina.

Doña Silveria abrió la cajita de metal, guardada en lo más hondo del baúl-mueble de su dormitorio, y recontó el dinero que había. Luego suspiró entristecida. Por un momento miró a la puerta del laboratorio donde se había encerrado su marido desde hacía cuatro horas, como si le hubiera acudido la idea de conferenciar con él sobre la situación. Pero sólo fue, si la hubo, una intención abandonada nada más nacer. Era inútil. Cuando aquel cerebro estaba en dolores de parto era inútil hacerle fijar la atención en las cosas de este mundo. Normalmente Santiago tenía algo del espíritu económico de su padre, don Justo. Procuraba ahorrar, medía en exceso los gastos y en defecto los ingresos… Pero cuando dejaba de caminar para echarse a volar, se convertía en otro hombre. Bien sabía él que el nacimiento de Luis hacía sólo unos meses desequilibró el presupuesto familiar por bastante tiempo; y sin embargo, ayer rebanó hasta el último céntimo de la cartilla de ahorros, le pidió dinero del destinado a los gastos diarios y en el bolsillo no debía de tener ni un clavo, porque hacía lo menos dos semanas que no iba al café.

— ¿Sabes? —le explicó—. Es para pagarle al de la imprenta los ejemplares de mi revista.

Y no añadió más. Ni hacía falta, porque doña Silveria le tenía acostumbrado a no pedir más explicaciones que las precisas. Había un tácito acuerdo entre los esposos, nacido de la confianza del uno en la compresión del otro, y sobre todo de la fe de la esposa en los destinos del esposo.

Luego de echar unas cuentas mentales, doña Silveria llamó a la criada y le espetó, con cara triste:

—Siento decirte, María, que vas a tener que buscarte otra casa.

— ¡Dios santo, señorita! ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo? ¡Dígame si le he «faltao» en algo, que le juro que habrá sido sin querer!

—No, María. Estoy contenta contigo. Pero no tengo más remedio que hacerlo así.

— ¡Ahora que les estaba tomando cariño a los chicos!

Y para que la fámula se enjugase las lágrimas a gusto, doña Silveria le tomó la escoba que llevaba en la mano. Cuando poco después la sirvienta salía a pretender otra casa, según dijo, aún la tenía con ella; y para aprovechar la ocasión doña Silveria acabó de barrer la cocina. Mientras lo hacía iba pensando en que las sardinas eran más baratas que la merluza y en que tendría que esperar un poco más a comprar la tela del vestido nuevo.

7. Hijos de la carne, hijos del espíritu

Al otro lado de la puerta siempre cerrada, unas manos y una cabeza trabajaban incansables. Sobre la pila del fregadero, el cadáver de un pobre pollito sacrificado, cuyos sesos estaban endureciéndose en un baño de ácido ósmico, mientras los sesos de otro compañero, sobre la platina del micro-tomo, estaban consumidos ya hasta la mitad, cortados en minúsculas rodajitas más delgadas y tenues que un ala de mosca. Don Santiago tomaba estas rodajitas casi impalpables con unas pinzas muy finas y las dejaba flotar en los pequeños recipientes de cristal, pasándolas de unos a otros con movimientos seguros. Sobre los líquidos de diferentes colores, las hojitas flotaban como diminutas flores de loto en un estanque chino.

Hora tras hora de hacer lo mismo, de repetir cientos de veces la operación con la misma mesura, la misma tranquilidad, a pesar de que el cerebro no descansaba y ardía de impaciencia por llegar al momento cumbre de mirar aquellas hojitas al microscopio, por ver si al fin un hecho importante salía a la luz, si se iban confirmando sus descubrimientos anteriores.

Estaban ya lanzados los sesenta ejemplares del primer número de su revista. Esta idea de la *Revista Trimestral de Histología* era una audacia inconcebible. Había nacido como consecuencia del desbordamiento de cosas nuevas que comunicar al mundo de los sabios. Al principio asedió Cajal a todas las revistas existentes de tipo médico; pero éstas, por necesidades de su composición, sólo podían absorber una mínima parte de la inmensa producción, y don Santiago se desesperaba, mandaba recados a las imprentas, discutía con los directores, quería que todas las páginas fueran para él por esa ansiedad que ataca al que está en posesión de la verdad, al que tiene tantas cosas que decir sobre ella que le parece que no tendrá ya tiempo

en toda la vida para hacerlo. Al final tomó por la calle de en medio y se lanzó a la temeraria empresa de editar una revista él solo, como director, como redactor, como administrador y hasta como comprador. Porque los sesenta ejemplares eran regalados íntegros entre los sesenta biólogos más conspicuos que en el mundo hubiera entonces.

Si esto era vanidad, era una santa vanidad. Pero en este gesto de una tremenda filantropía que no todos comprenden había algo más. Había el reconocimiento triste de que España no contaba para nada en el mundo de la Ciencia, de que aquellas maravillosas y revolucionarias verdades morirían en el olvido, o serían redescubiertas más tarde, si sólo eran publicadas en las pobres revistas médicas del país; y al lado de este pensamiento desconsolador, el remedio optimista, pujante, heroico y lleno de fe. Publicarlas por su cuenta, con el dinero tan necesario para la vida de él y de los suyos, y en un gesto muy español de un nuevo hidalgo Quijano, regalarlas a los sabios de todo el mundo para que no pudieran decir nunca que no se les comunicó a tiempo de dónde venía esta vez la luz.

Hasta ahora todo lo publicado se refería a los primeros hallazgos, resultantes de la aplicación de sus ideas primarias. Estupendas descripciones de campos nerviosos, dibujos detalladísimos de lo visto al microscopio, una especie de inventario de todas las formas misteriosas que los constituyen, resumiendo por primera vez los conocimientos y las descripciones que aparecían diseminados en las comunicaciones de numerosos sabios. Y como deducción obvia de todo ello el reconocimiento de la existencia de una unidad nerviosa, la célula, que siempre aparecía presidiendo, reinando sobre el conjunto en su infinita variedad de formas, pero siempre destacada y bella, como queriendo mostrar que no era un corpúsculo más de la gran maraña, especie de centro de cruce y aprovisionamiento, sino el mínimo elemento representativo de todo el sistema. Esto era cada día una idea más dominante en el pensamiento de Cajal, pero todavía no era suficiente. Había que separarla, individualizarla, demostrar que su cuerpo y sus miembros, por raros y complicados que fueran, llegaban desde aquí hasta aquí, que, en fin, aquellas maravillosas arquitecturas eran algo más que un simple nudo de la consabida red. Un baño, otro baño, y otro baño. Luego secar y montar. Se coloca en el portaobjetos, se pone encima una gota de aceite de cedro y se tapa todo con un

fino cristalillo, el cubreobjetos. ¡Por fin! Al microscopio. El ojo ávido en el ocular, la mano en el tornillo micrométrico, y, allá abajo, van las imágenes borrosas haciéndose claras en tonos grises y negros, meticulosamente dibujados sus contornos.

Y una de estas veces, como no podía por menos de suceder, la recompensa a tanto trabajo. El primer descubrimiento cumbre: el límite de una célula nerviosa. La demostración visual, indudable, de su individualidad, de su importancia estructural y funcional. El primer cañonazo certero sobre todo el frágil edificio del reticularismo. Don Santiago queda extático. Aquello representa para él el centro del mundo. Ya no sabe cuántos días lleva persiguiendo aquella esquiva fibra que parecía no acabar nunca, y ahora… La encontró como prolongación de una célula estrellada de cerebelo; una bonita célula con sus dendritas alrededor formándole una hermosa corona radiada y un axón largo, largo, que se perdía en los límites del campo. Algo en ella le gustó y decidió que sería la que le mostraría del todo su misterio. Corte tras corte la fue siguiendo a través de las horas y de los días y nunca parecía terminar. Bajaba perpendicular, se doblaba de pronto, fingía caprichosos meandros, se ramificaba engañosa para confundir y ahora, cuando ya desesperaba de encontrar su terminación, cuando pensaba haberla perdido en uno de sus engaños, la veía, triunfante llegar a su fin, formando una bellísima cesta como de mimbres largos y delicados alrededor de otra célula, de una célula de Purkinje, pero sólo rodeándola, sin unirse a ella, como si únicamente quisiera cosquillear su gorda panza con las agudísimas puntas terminales.

Allí estaba el primer hecho clave. ¡Tenía razón! ¡Toda la razón!

Acababa de descubrir la unidad nerviosa, y, lo que es más: una solución de continuidad entre sus elementos. Un sitio en que la red fallaba.

Doña Silveria abrió la puerta suavemente y le dijo:

—Oye, Santiago. Creo que el chico se está poniendo peor. Su esposo, al oírla, levantó la cabeza del microscopio y la miró interrogante.

—Sí. Tiene más fiebre y delira. Además, la boca está seca y pastosa…

—No te alarmes, mujer. ¿Ha venido Pi?

—Todavía no.

—No puede tardar. Me ha prometido venir sin falta hoy. El llamador de la puerta sonó en este momento y doña Silveria entró de nuevo acompañando a Pi, catedrático de Patología General y excelente clínico.

— ¿Qué hay, Ramón? ¡Siempre con sus cristalitos! ¿Quién es el enfermo?

—Es Santiago, el mayor. Lo poco de médico que queda en mí desaparece del todo cuando enferma un hijo mío. Por eso quiero que lo vea usted. Pase por aquí.

El patólogo mostró cara preocupada ante el delgado muchacho que yacía en la cama con los ojos brillantes y como huidos, los labios temblantes queriendo modular frases incomprensibles, y la respiración anhelosa. Se inclinó sobre él para examinarlo concienzudamente y al levantarse miró a los dos ansiosos esposos con gesto serio.

— ¿Cuánto hace que ha empezado esto?

—Hace unos días que se encuentra raro; pero fiebre, hasta anoche creo que no ha tenido… Esta mañana es cuando nos ha asustado.

— ¡Ojalá me equivoque! Pero creo que esto es una fiebre tifoidea.

¡Tifus! En el año 1888 esta palabra era trágica. La muerte se sentaba a la cabecera del enfermo, dispuesta siempre a aprovechar el menor descuido, y éste, bajo su sombra, languidecía cuarenta desesperados días durante los cuales casi no comía por miedo a la terrible hemorragia intestinal, a la perforación, a la peritonitis. Era una especie de ciudad sitiada cuya suerte dependía sólo de la integridad de sus murallas y de sus reservas. Si éstas se acababan antes que se retirara el sitiador o si aquéllas mostraban una brecha, sucumbiría. Si no, quedaba tan exhausto que la convalecencia era otra larga y penosa enfermedad.

Aquellos tristes días la casa no se alegraba con la risa de los más pequeños. El cuarto de Santiago, el enfermito, era un lugar vedado y silencioso donde papá y mamá se turnaban para velar. Cuando papá venía de la Facultad, siempre preguntaba lo mismo:

— ¿Cómo sigue?

Y sin esperar contestación pasaba adentro a contemplar largo rato la cara cada vez más demacrada. Por las noches velaba uno mientras el otro dormía. Una de ellas don Santiago llevó el microscopio a la mesilla situada al lado de la cama y entretuvo las largas horas de la noche examinando las últimas preparaciones. De vez en

cuando miraba al enfermo, se levantaba para arroparle o para mojarle los labios secos de la fiebre, le daba la pastilla de las dos… Las noches siguientes hizo lo mismo.

Cuando muchos años más tarde don Santiago, en conferencias, en clase, o en sus libros, trataba de las capas del cerebelo, de las fibras musgosas, de las espinas peridendríticas, de los conos y bastones de la retina, todos aquellos descubrimientos hechos a la cabecera de su hijo mayor enfermo, la carita pálida de éste aparecía en su imaginación como fondo de las bellas láminas y hasta parecíale oír el eterno « ¡papá, agua!» de aquellas angustiosas noches. Porque cuando estas cosas recordaba, el recuerdo estaba teñido ya con el dolor del hijo perdido: Santiago no murió entonces, pero quedó con una lesión cardíaca que acabó con su vida años después.

Una a una se iban forjando las armas para vencer al reticularismo. La doctrina revolucionaria se iba enriqueciendo en axiomas y postulados. La estructura del sistema nervioso, y lo que es más importante, su funcionamiento, eran algo muy diferente de lo que hasta entonces se creía. Pero esto era de momento sólo un patrimonio del pensamiento cajaliano porque en sus publicaciones — ¿qué tal habrían caído las publicaciones en esos mundos?— se limitaba a describir sin juzgar y sin teorizar. Eso vendría luego, cuando nadie pudiera refutarle porque todos los triunfos los llevara en la mano.

Sin embargo el trabajo era duro. Había hechos indudables demostrativos hasta la saciedad; últimamente, por ejemplo, había logrado una sistematización del caos descriptivo de la médula espinal, logrando individualizar las grandes células del asta anterior, con sus gruesos cilindroejes formando las raíces, su comunicación por contacto con las formaciones varicosas como nidos o malezas de fibras de la sustancia blanca, las fibras colaterales, las células comisurales, las cordonales, las motrices, todas independientes pero contactando con el resto de las formaciones. En la retina había demostrado las libres terminaciones de los conos y los bastones en la capa plexiforme externa, los diversos tipos de espongioblastos, las fibras centrífugas… Pero había todavía cosas que escapaban en contra de su doctrina cuando se promoviese a discusión y era preciso que no quedara nada tras él, que nadie le pudiera tachar de precipitado y teórico… Había, por ejemplo, una capa en el

cerebelo que causaba su desesperación. Era la capa de las fibras paralelas. En ella los cortes al microscopio no mostraban más que una serie interminable de fibras en una misma dirección formando tupidos haces, que no se sabía de dónde venían ni a dónde iban, que parecían no proceder de célula alguna y que como raíles de una misteriosa línea ferroviaria sin estación de salida ni de término atravesaban uno y otro campo microscópico, continuando en el siguiente, terminando en el borde de la preparación y siguiendo igual en la que sustituía para llegar al final de la lámina cerebelosa sin torcerse, sin enlace con nada, sin que la vista pudiera descansar de la desesperante monotonía de su paralelismo en ningún corpúsculo nervioso que las interrumpiese. Día tras día seguía su trayecto y era ya obsesionante el problema. Cambió de animal, cambió de especie, empleó embriones casi inmanejables y siempre aparecían allí las alucinantes paralelas…

Doña Silveria, como unos meses antes, abrió la puerta con cuidado y llamó a su esposo con voz de susto:

— ¡Enriqueta tiene mucha fiebre! Además parece que no conoce a nadie.

—Pero ¡si anoche estaban tan alegre!

—Esto es lo que más me asusta. Lo repentinamente que se ha puesto así.

— ¡Vaya por Dios! Manda llamar a Pi. Y si no, ya voy yo.

Pi esta vez dudó. Volvió a las pocas horas, volvió por la noche y a la mañana siguiente. La pequeña Enriqueta, la primera hija catalana de don Santiago, había pasado recientemente un sarampión benigno y ahora, de pronto, esos gritos tan agudos como si tuviera espantosos dolores, esa torpeza de movimientos y sobre todo la nuca, la nuca rígida…

—No cabe duda, Ramón. Es una meningitis.

Mientras doña Silveria se retiraba a llorar a solas para que no la oyera la niña, el pobre padre caía junto a la cama abrumado de dolor. ¿Esperanzas? Ninguna, dada la agudeza y la rapidez de los síntomas. Calmantes, calmantes, resignación.

Los días y las noches siguientes no tuvieron comparación con las pasadas al lado de Santiago. Entonces había una esperanza que crecía día por día. Ahora día por día morían las que pudieran haber albergado y, sin querer, se caía en el casi

monstruoso deseo de que aquellos ojos que tanto sufrimiento retrataban se cerraran para siempre.

Son esos momentos en que el alma, cansada de sufrir, quiere evadirse de algún modo; es cuando el pobre de espíritu recurre al alcohol o el creyente a la oración que lo transporta a un mundo mejor. Don Santiago recurría a su microscopio, que le llevaba a un mundo luminoso donde la vida tenía su principio y de donde podría arrancar su sentido, y las largas horas se repartían entre el laboratorio y la alcoba de la enfermita.

Una noche estaba recorriendo sin esperanza la eterna capa del cerebelo, la de las fibras paralelas que tanto le obsesionaba. Sin esperanza también acababa de salir del cuarto donde la niña gemía anhelosa e inquieta. Despaciosamente y llevado por la fuerza de la costumbre, movía el tornillo de la platina que le hacía viajar por muchas mieras de campo iluminado, cuando de pronto en una de aquellas largas fibras nerviosas observó un accidente: no cabía duda. De una de ellas ascendía una colateral que se podía seguir perfectamente hacia la parte derecha del campo. Movió la platina y aquel misterioso empalme continuaba, continuaba… Febrilmente tomó otra y otra preparación de aquel mismo cerebelo de embrión. ¡Al fin! ¡Allí estaba! Y siguiendo con emoción creciente el seguro curso de aquel hilito revelador vio cómo acababa en una minúscula célula de la llamada capa de los granos. Era lo esperado. El argumento que le hacía falta. Ya podría hablar bien alto y para todo el mundo… Pero el glorioso curso de sus pensamientos quedó interrumpido por un grito desgarrador que provenía de la habitación cercana. — ¡Santiago, Santiago!

Cuando pasó lanzado a la alcoba de su hija, ésta ya no respiraba. Como si fuera un indescifrable símbolo, un hijo de la carne moría al mismo tiempo que nacía un hijo del espíritu.

8. Nada existe si no se cuenta

— ¿Ha llegado el cartero, Silveria?

—Sí. En el despacho tienes lo que ha traído.

Despacio, para saborear un poco más la esperanza, se encaminaba al despacho y antes de tocar el montoncito de papeles quería adivinar en él si estaba lo deseado. Las cartas del extranjero se distinguían por su formato distinto y por los sellos.

Luego revisaba una por una. Carta de casa, carta de un amigo de Zaragoza. Esta debe de ser de Olóriz. La *Revista Médica Catalana*, prospectos, anuncios… y nada más. ¡Otra vez nada! Tendrían que pasar otras veinticuatro horas para que volviera a recobrar la esperanza; y mientras tanto había que seguir trabajando con un desengaño más. No podía comprenderlo.

Había algo de premeditado en este unánime silencio. Ni siquiera su amigo Von Krause acusaba recibo de sus publicaciones, como si de repente todos se hubieran puesto de acuerdo en que no merecía la pena darse por enterados de sus trabajos. De sus trabajos tan llenos de certezas y de entusiasmo, reflejados en una revista propia a costa de tantos sacrificios.

Se estaba dando cuenta ahora de que no era posible vivir solo con su verdad, que era tan necesario como el oxígeno el aplauso de los demás. El aplauso o la protesta o la discusión, lo mismo daba. Por lo menos algún indicio demostrativo de que no era un pobre loco hablando a fantasmas silenciosos.

Y lo que más le desmoralizaba era el pensar que lo consideraran un iluso o un farsante indigno de beligerancia. Cuando inclinado sobre el microscopio surgía en él esta idea, necesitaba una fuerza de voluntad férrea para seguir trabajando con la misma fe de siempre.

De vez en cuando llegaba una revista extranjera de las a que se hallaba suscrito. La tomaba entre sus manos y febrilmente recorría el sumario. Luego, por si se había dejado alguna cosa, leía uno por uno cada título de sus capítulos y, por último, pasaba los ojos sobre su texto con la esperanza de que le saltase a la vista su nombre —¿cómo traducirían su nombre a ese idioma?—. Y pasaban los días y los meses sin que un solo eco de su inmensa labor le llegara de fuera. Aun los de casa, los biólogos españoles que en pequeño número se habían adherido a sus ideas tímidamente, habían enmudecido totalmente, porque se sentían intimidados ante el silencio exterior. Sí que parecía aquello verdad, pero ¿cómo es posible que fuera un español el que la descubriera? Los extranjeros callaban y esto era mala señal…

Un día, otro y otro. Un mes. Casi un año. Era una tortura mental y moral muy semejante a la del que desde el fondo del pozo donde ha caído grita y grita sin que la gente que transita por arriba pueda oírle. ¿Será posible que pueda pasar toda la vida sin que alguien me haga caso? ¿Tendré que llevarme conmigo estas verdades?

Don Santiago era entonces todavía joven, y es natural que tuviese estas ideas. Años después reconocía que hace falta mucho tiempo y mucha energía para vencer la inercia mental de la Humanidad cuando ésta se para en un punto del Progreso. Y también que eran muy poca cosa los alegatos a distancia de un aspirante a sabio, español, para hacer traicionar a los sabios de verdad teorías ardientemente defendidas y aceptadas. Porque el dicho vulgar, «de sabios es cambiar de opinión», es una gran mentira. Precisamente los sabios son los que más se resisten a cambiar de opinión, sobre todo si la invitación les viene de otro. Agradecen mucho más la defensa de un error propio que la demostración de un hecho nuevo.

Por otra parte todos estaban tan contentos con aquello de la red, tan cómodo. Pero como era joven y veía las cosas desde abajo y no desde arriba —como cuando las comenta muchos años después—, es natural que se desesperara. Y natural también que no se diera por vencido.

Después de darle muchas vueltas al asunto, le asaltó una idea: ¿sabrían aquellos sabios traducir el castellano? Seguramente no, porque era un idioma que para nada necesitaban en sus actividades. ¿Se habrían preocupado de traducir sus artículos? Poco probable, dado el gran número de publicaciones que les llegarían y que considerarían más interesantes. « ¡Ya está! ¡No me contestan porque no me han leído!»

Consecuencia de esta luminosa idea fue que durante largos días abandonara todo trabajo para dedicarse a traducir parte de lo publicado, y todo lo nuevo, reunirlo otra vez en fascículos y volverlo a enviar. Una faena como para aborrecer a Job y para hacer pensar a doña Silveria que el oficio de sabio sólo puede elegirlo un millonario. ¡Ahora, a esperar a ver qué pasa!

Y no pasó otra cosa que los días uno tras otro, iguales e indiferentes. Al fin, una mañana, cuando estaba ojeando desesperanzado una revista suiza, vio su nombre, mejor dicho, sus dos apellidos, destacando a sus ávidos ojos en el párrafo de un artículo. El autor era Lenhossek y nombraba a Cajal para decir de él lo siguiente:

«Resulta muy sorprendente que la bifurcación de las raíces sensitivas de la médula, que dice haber descubierto Ramón y Cajal, no haya sido sorprendida por nadie —

siendo un hecho tan cardinal—, no obstante haber sido la médula explorada desde hace cincuenta años en todas direcciones y con todos los métodos…»

Uno puede tener ideas. Las ideas pueden llenar el cerebro de uno supeditando toda su energía mental, obsesionando, llenar su cráneo de estruendo creador. Cuando estas ideas tomen forma pueden ya salir a la atmósfera del cuarto de trabajo, plasmarse en realizaciones, y el estruendo de su creación llenar también el íntimo espacio de cuatro paredes. Entonces uno piensa que ya es hora de que el mundo se entere de todo aquello, y abre la ventana. Cuando asomado a ella espera recibir, devuelto y amplificado por mil paredes, el eco de su verdad, donde ha puesto lo mejor de su alma, sólo oye a lo lejos una carcajada.

Pero ¡no es posible! Aquellas verdades no son entelequias, ni principios filosóficos, ni conceptos abstractos sin más realidad que la que pueda dar la mente. Son cosas, objetos con tres dimensiones; pueden verse. En aquellos cristalitos que se alinean innumerables en las estanterías están plasmados hechos incontrovertibles. « ¿Cómo es posible que no puedan creerme? ¿Cómo es posible que una labor tan intensa y tan extensa sólo despierte un comentario negativo respecto a uno solo de sus detalles? ¿Será preciso poner uno por uno aquellos cristales delante de los ojos de cada sabio europeo? ¿Será preciso arrastrarlos a fijar su cabeza sobre el ocular de mi microscopio? Será preciso… Será preciso… ¿Y por qué no?»

Si un par de horas antes, cuando doña Silveria estaba ajustando a duras penas el efectivo monetario a los días que quedaban de mes, le hubieran dicho que su marido tenía el propósito de irse a Berlín, a buen seguro que se hubiera reído. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo *globetrotter* o tocando el acordeón?

Y sin embargo era verdad. Don Santiago había tomado la decisión de ir a Berlín, cristalizando así la audaz idea de ser él mismo quien mostrara a los ojos de la Ciencia sus descubrimientos. Para ello se había preocupado de solicitar ser admitido en la Sociedad. Anatómica Alemana y de esperar el Congreso anual que esta sociedad celebraba. Luego pasó a tratar con la Hacienda el pequeño detalle de la subvención de este viaje. Después ya, la historia no nos cuenta más, porque la historia con demasiada frecuencia se olvida de contar milagros. Pero de lo que no

nos cabe duda es que si al cruzar la frontera hubiese tenido que declarar las divisas que con él salían de su patria, en la Aduana no le hubieran puesto grandes inconvenientes. Y que don Santiago llegó a Berlín.

Era el 12 de octubre, y esta fecha parece simbólica, porque si en ella llegó Colón unos cuantos años antes a América, también don Santiago llegó a donde se proponía. Sobre las largas mesas del laboratorio se alineaban los relucientes microscopios y junto a ellos unos hombres importantes, cuyos solos nombres hacían abrir la boca de admiración. His, Schwalbe, Retzius; otros, como Waldeyer y Kolliker, en animada conversación, yendo a uno y otro lado de los aparatos a observar lo presentado. Y un poco separado de los demás un español que decía llamarse Ramón Cajal o algo semejante, con un microscopio *Zeiss* que se había traído él mismo (¿este español creerá que aquí no hay buenos microscopios?), que no hablaba alemán y con un francés un poco enrevesado. Hasta entonces no había recibido más que amables inclinaciones de cabeza. Sus preparaciones permanecían vírgenes de otras miradas que las suyas. En cambio era natural que todos quisieran ver los maravillosos cortes de Weigert, presentados por Retzius, o mejor todavía atraer a su propia esfera la atención de los congresistas. Además, era tarde. Las conferencias habían durado casi toda la mañana… El solitario español veía una a una desvanecerse las esperanzas que hasta allí lo habían llevado. Si uno solo de aquellos esquivos sabios viniera… Estaba seguro de convencerlo. Uno solo. Sólo uno. Ese mismo. Y con la misma resolución que en otro tiempo hizo frente a los guardias en las calles de Huesca, se fue derecho a un señor que parecía ser el núcleo de un grupo selecto; anciano de pelo y bigote completamente blancos, de cara bondadosa enmarcada por una discreta melena sobre las orejas como copos de nieve puestos allí para representar a Papá Noel. Se le acercó y lo tomó del brazo: —*Professeur Kólliker. Avez-vous la bonté…* El anciano profesor, que se había vuelto deferente a escuchar al interpelante, no tuvo tiempo de reaccionar. Con determinación invencible se vio arrastrado por aquel extraño y silencioso joven, arrancado sin atenuantes del grupo que le rodeaba y llevado junto a un microscopio. Miró a sus sorprendidos acompañantes de cuya presencia había sido escamoteado y se encogió de hombros, como dando a entender que no podía zafarse de aquella fuerza de arrastre. O quizá que estuvieran apercibidos por si era

objeto de agresión personal. Luego, haciendo gala de exquisita cortesía sajona, sonrió al raptor y contempló deferentemente cómo éste le colocaba una preparación en la platina del microscopio.

Un minuto después no era Cajal el que colocaba las preparaciones. Kólliker se las demandaba con un gesto imperativo y el español no tenía más que cuidar de írselas dando en orden. El profesor de Wurzburgo las colocaba en la platina con rápidos movimientos y sin pronunciar una sola palabra se volcaba sobre el ocular con una determinación y fijeza que llenaban de alegría y esperanza al catedrático de Barcelona.

Y poco después ya no era tarde para nadie. El público y los feriantes de aquella feria de ciencia se habían apelotonado alrededor de uno de los puestos. En el centro del grupo, Cajal se había visto obligado a echar mano de todos sus conocimientos del francés para explicar sus cosas y para contestar a innumerables preguntas. No era muy fácil entenderlo, pero no hacía mucha falta porque bastaba asomarse a aquel ojo mágico para que todos comprendiesen la importancia de lo que allí se ventilaba. Sin embargo, muchos querían saber más y preguntaban sobre técnicas, métodos, fórmulas… Don Santiago lo dijo todo. Embriagado por su triunfo, olvidó todo recelo, todo rencor, toda prudencia, toda vanidad, y con las dificultades consiguientes iba explicando sus ideas y sus realizaciones, así como el buen uso hecho del «sentido común». Que por las muestras, es el menos común de los sentidos.

El hombre es sociable por naturaleza y esto es un gran consuelo. Los recelos, la repugnancia a admitir sugerencias, amistades, convicciones, cuando los hombres se tratan de lejos o se conocen de referencia, suelen desaparecer en cuanto sobreviene el contacto personal. Es indudable que los prejuicios que a través de lo referido, de lo leído, de lo contado, nos formamos de otro, se diluyen y desaparecen a la influencia del calor humano en el primer apretón de manos. Luego, esta primera descarga simpática puede continuar en corriente si existe compenetración de sentimientos o de opiniones, o bien puede desaparecer si no la hay. Pero esto ya es a la larga y de una manera más razonada que aquella misteriosa antipatía de la distancia.

Cajal conoce a la perfección estas particularidades psicológicas de los humanos y sabe que aquello de la impersonalidad de la Ciencia es un mito más de los que abruman al mundo. Nada hay impersonal en las actividades humanas y tanto en las tareas más prosaicas como en las de más pura estirpe intelectual hay siempre un matiz afectivo que interviene en ellas hasta extremos a veces insospechados. Por esta razón se esfuerza Cajal en lograr en este viaje por Europa un acercamiento espiritual con sus colegas del microscopio, en conseguir una cordialidad y una aproximación que superen las barreras de la rivalidad y el chauvinismo. Sólo de esta manera se explica que un hombre que viaja poco más que con lo puesto, que salta de un vagón de tercera a una mala pensión y que, según él mismo confiesa, no puede detenerse ni un solo día a admirar Lucerna, el lago de los Cuatro Cantones, los Alpes cruzados por el San Gotardo… por miedo a quedarse sin un cuarto, vaya sin embargo de la Ceca a la Meca con el solo propósito de saludar a Weigert en Francfort, a Von Krause en Gotinga, a Bizzozero y Angelo Mosso en Turín. Esta peregrinación no sólo es de intención científica. Para esto sólo, ya tendría bastante con lo conseguido en Berlín: ha convencido a Kólliker, que lo convida a su casa y que se atribuye, con despreocupación de sabio, la gloria de su descubrimiento —ya no se acuerda de cuando le puso a la fuerza la cabeza sobre el ocular—; ha convencido a Waldeyer, a His —que se refocila al ver resucitada y triunfante su tímida teoría de las terminaciones libres—, a Schwalbe, a Von Geutchen, a Retzius, que le abraza conmovido, a Berdeleben… Muy suficiente para poder hablar alto desde ahora en adelante y para que no le asalte otra vez el temor de que se pierda su voz en el desierto. Pero quiere más; quiere esta aproximación humana del saludo y la conversación y por eso recorre Europa y llega hasta Pavía. Pero en Pavía no está Golgi. Se ha marchado a Roma porque es senador y los senadores tienen como obligación darse de vez en cuando una vueltecita por Roma. Y esto fue lo único lamentable del viaje triunfal. A buen seguro que si hubiera encontrado a Golgi en su casa, o si a don Santiago le hubieran quedado unas pocas liras para poder llegar hasta Roma, el triunfo del español hubiera sido más espectacular y más rápido. Si en vez de suscitarse el primer encuentro de los dos biólogos en ocasión de la recepción del premio Nobel, bastantes años más tarde, hubiera habido un coloquio amistoso en octubre de 1889 a orillas del Tesino, las

cosas no hubieran pasado como pasaron: el reducto de la teoría reticular, mantenido contra todo el mundo por el italiano, se hubiera rendido seguramente a la convicción y la discusión amistosa en vez de ilustrar con agrias polémicas las revistas científicas durante tantos años y de culminar en el desagradable acto de Estocolmo.

Waldeyer fue uno de los que con más entusiasmo aceptó las ideas de Cajal y en un rapto de inspiración dio a la célula nerviosa —la célula que hasta ahora era tan sólo considerada como una especie de almacén de vituallas para las fibras nerviosas— el nombre de «neurona». De este modo quedó sentada su supremacía y su autonomismo constituyendo por sí sola la unidad nerviosa. Ella sola con sus prolongaciones, axón y dendritas, era la representación viva de todo el sistema, que desde entonces sólo podría ser considerado como una asociación más o menos diferenciada, según la especie animal, de neuronas. Aquí sucedió algo que demuestra el poder mágico de la palabra en la mente humana: Cajal descubrió la idea; Waldeyer le dio el nombre tan sólo; y sin embargo, este concepto escueto de la unidad nerviosa es atribuido todavía por algunos a Waldeyer y en su tiempo se asoció más a este investigador el descubrimiento que a don Santiago. Pero esto es lo de menos, porque en el riquísimo venero de los descubrimientos cajalianos puede robarse o regalarse un puñadito de brillantes sin que nadie se dé cuenta ni se note en el montón.

Cajal, al volver de Alemania, es como el caballero que ha recibido el espaldarazo y tiene privilegios de que antes carecía. Tiene, por ejemplo, el privilegio de poder dar nombre a sus hazañas, y con esto queremos decir que puede ya teorizar. Hasta ahora todo ha sido descubrir. Colectar datos y hechos objetivos. Desde ahora con estos materiales ha adquirido el derecho de teorizar y es característico en él que sus teorías no vayan nunca más allá de sus descubrimientos. Con un trabajo tan intenso, con una cantidad tan grande de adquisiciones en la médula, en el cerebro, en la retina, en el bulbo olfatorio, cualquier biólogo no hubiera resistido a la tentación de edificar una doctrina completa. Con muchos menos materiales se construyó la doctrina de la red, que parecía definitiva. Cajal no lo hace así y es indudable que la maciza fortaleza de su obra se debe precisamente a este hecho. Ni

un paso sobre el vacío, ni un salto sobre abismos de desconocimiento, ni un solo ladrillo puesto en el aire, sino sobre una roca, pared que nadie pueda destruir. Así se hacen las doctrinas eternas. Por esta razón, después de sentar la unidad y la autonomía de la neurona, se limita a deducir el corolario inevitable de esta autonomía y esta unidad: la certeza de que en el sistema nervioso no hay comunicación entre sus elementos, que no es cierto aquello de que «todo se continúa con todo», sino que sólo existe una yuxtaposición de sus elementos, un contacto entre sus arborizaciones, a la manera como se tocan entre sí las ramas y las hojas de un bosque tupido. Esta idea es la más revolucionaria de la primera parte de su obra. Es la que más cuesta de aceptar a los biólogos que durante tantos años se habían acostumbrado a pensar de la otra forma. Además implica esta idea una concepción totalmente distinta de la fisiología del sistema nervioso, porque estos contactos pueden ser más o menos íntimos, naturalmente; hay entre las fibras nerviosas una solución de continuidad que puede ser más o menos acentuada y la deducción inmediata será que la corriente nerviosa encontrará por determinados sitios más fácil el paso que por otros. ¡Esto es! Y de aquí a deducir el principio de la selectividad, es decir, la de elección de vía o la de elección de corriente, no hay más que un paso.

Una sensación recibida por la retina, por ejemplo, va pasando hacia el interior del sistema nervioso y para ello ha de ir saltando, por decirlo así, de célula a célula, gracias a que las arborizaciones de cada una contactan con las de la siguiente; pero es indudable que elegirá la línea de menor resistencia, los puntos en que estos contactos sean más íntimos, y ahora sí que es sencillísimo el comprender que esos contactos puedan graduar su mayor o menor proximidad según influencias superiores, pero perfectamente conocidas, como son la voluntad, el instinto, la costumbre… Un ejemplo demostrativo: una niña está aprendiendo a andar. Para ello su vista, fijándose en las posiciones o en la distancia del suelo, el tacto de su piel en la planta del pie y los órganos encargados de mantener el equilibrio, van mandando constantemente sensaciones hacia dentro, corrientes nerviosas que poco a poco, por intervención de la voluntad, van encontrando el camino; es decir, que la voluntad va «cerrando los contactos», favoreciendo el paso de la corriente hacia los centros apropiados. De *estos* centros parten, en sentido contrario, otras corrientes.

Son las que llevan las órdenes a los músculos que han de trabajar para que la niña pueda mover sus extremidades y andar. También la voluntad actúa aquí favoreciendo el paso de estas corrientes, haciendo que la vía que tienen que recorrer a través de células y de fibras sea permeable, se halle expedita. Al cabo de muchas veces de verificarse toda esta serie de fenómenos la cosa se simplifica, porque las corrientes de ida y de vuelta ya se encuentran un camino construido, fácil. No es posible la equivocación porque para cambiar su trayecto sería preciso pasar a través de contactos no establecidos, difíciles. Entonces la voluntad, que hasta ahora ha intervenido, por decirlo así, para construir el camino, puede inhibirse. Es el momento en que la niña ha aprendido a andar y es el momento también en que la función de andar se ha convertido en un acto automático con una escasísima participación de la voluntad. Andando, la niña que ya ha crecido, puede jugar con el aro, andando puede lanzar su pelota, más adelante, andando puede pensar en sus importantes problemas y hasta leer, mientras pasea, novelas de amor. Pero un día en que la niña se da cuenta que va siendo mujer, tiene que pasar ante unos veladores en el parque, donde hay sentados unos jóvenes que la miran intensamente. Ella tiene un andar aéreo y elegante; aquellos torpes intentos de la niñez hace muchos años que fueron superados y hoy el hecho de andar, a fuerza de prodigarse, además de automático se ha hecho ágil, suelto, adornado con la prestancia de su cuerpo joven. Sin embargo, hasta este momento no se acuerda de la olvidada función. De pronto, ante la necesidad de atravesar la calzada frente a aquellos hombres que tanto la miran, el acto de poner un pie delante del otro adquiere una importancia extremada que nunca tuvo, y ante este pensamiento la función que se había hecho automática adquiere de pronto categoría superior, pasa a primer plano, y la voluntad se ve precisada a intervenir en ella. Pero lo malo es que la voluntad, ahora que la vía está formada hace tanto tiempo, es una fuerza innecesaria, perturbadora, que a fuerza de querer entremeterse en donde no hace falta provoca disturbios en el paso de la corriente, produce cortes en los contactos o sinapsis, separando unos y cerrando otros innecesarios. En resumen: la niña da un traspié en el momento más inoportuno de su vida y los jóvenes se ríen. Se ríen sin saber qué derroche de energía mental hizo falta para llegar a una explicación racional de lo que produce su risa.

Hasta aquí, sí; hasta aquí se puede teorizar. Pero en adelante hay que trabajar primero mucho en el duro banco del análisis para poder darnos el gusto de volver a teorizar.

—Si me llaman, Silveria, que no estoy. Y no dejes que los chicos alboroten mucho por el pasillo.

Y otra vez a encerrarse con una hipótesis de trabajo nueva entre ceja y ceja. Ahora le toca la vez al peliagudo asunto de cómo crece el sistema nervioso. Por lo pronto, hay que hacer pedazos la teoría vigente. Es decir, la establecida por Hensen y más o menos modificada por Durante, Cornill y otros. Es inadmisible aceptar, si creemos en la unidad del elemento nervioso, de la neurona, que para formarse un nervio pasen tantas cosas raras. Según Hensen, una célula nerviosa se divide durante la vida embrionaria en dos células hijas. Una se va a los centros nerviosos, médula cerebro, etc. Otra se va a la periferia: a la piel, a los músculos, a la retina… Luego, por sucesivas particiones, se forma como un rosario de células entre estas dos y cuando todas ellas se unen ya tenemos el nervio. ¡Absurdo! ¡Qué tremendo derroche de núcleos y de protoplasmas! ¡Qué opuesto es todo esto a la teoría de la unidad neuronal, a su automatismo, a su funcionalismo…!

Pero como con exclamaciones no se iba a convencer a nadie, ¡a trabajar! Y tras meses de infinita paciencia, de centenares de fracasos, de pruebas descorazonadoras para encontrar lo que necesariamente tenía que existir: el fantástico cono de crecimiento que emite la célula nerviosa embrionaria como una alucinante extremidad que va tentando en todas direcciones hasta que encuentra su verdadero camino, que progresa por él, poco a poco, con la misma infinita paciencia que su descubridor emplea para seguirlo miera a miera desde el embrión hasta el animal adulto, o desde el ser inferior a la especie superior y diferenciada, porque en el amplísimo concepto cajaliano la ontogenia y la filogenia se confunden, como se confunden los años del individuo con los milenios de las especies. Y sin equivocación el axón encuentra a otra célula eslabón de su cadena, o la placa motriz del músculo, o al corpúsculo sensitivo; las dendritas se arborizan y contactan con otros elementos y el ojo humano, maravillado, puede contemplar la estupenda arquitectura terminada, después de haber sorprendido sus torpes balbuceos

formativos del principio, su seguro desarrollo después… Pero, ¿cuál es esta misteriosa fuerza que hace progresar estas prolongaciones, quién las guía hasta su meta final? Y don Santiago, para disipar esta incógnita, saca de la caja de sorpresas de su mente una pequeña «idea hija» y se dedica a estudiar sin prisa ni fatiga lo que ocurre cuando un nervio se secciona, porque piensa que la Naturaleza se servirá de los mismos medios para reconstruir que para construir. El fruto de sus trabajos, después de observar las modificaciones y la acción de las células conjuntivas de Schwann, que forman las vainas de los nervios, es la teoría neurotrópica según la cual en el camino que el nervio ha de seguir para su crecimiento se producen a expensas de células conjuntivas unas sustancias químicas *neurotrópicas* que tienen, como su nombre indica, la propiedad de atraer el cabo nervioso. ¡Ya está! Primero, el hecho real. Luego, la teoría.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas, Santiago, pero ese señor italiano, ese Golgi, parece muy enfadado contigo por lo que dice esa revista.

—Sí, hija. ¡Qué le vamos a hacer! Y todo porque, según él, describió en un periódico local de su provincia las fibras colaterales de la médula, adelantándome nueve años en descubrirlas. ¡Como si no hubiera tenido yo otro quehacer en toda mi vida que leer lo que dicen los periódicos de Reggio Emilia! Pero todo se arreglará. Ahora mismo escribiré una carta reconociéndole su primacía.

— ¡Pero eso es injusto! ¿Cómo ibas a saber tú semejante cosa? El descubrimiento es tuyo y muy tuyo.

— ¡Bah! ¡Es lo mismo! No te preocupes. Aún me quedan algunas cosillas en el baúl, que nadie reclama.

Teoría de la polarización: La corriente nerviosa discurre siempre en el mismo sentido, yendo desde las dendritas al cuerpo celular y de allí al axón y sus ramificaciones. Por consiguiente, toda neurona posee un aparato de recepción que son las dendritas y el cuerpo celular, un aparato de emisión constituido por el axón o cilindro-eje y un aparato de distribución formado por las ramificaciones de este cilindro-eje.

Esta fue, así expuesta, la teoría cumbre de la doctrina cajaliana. Y seguro que para llegar a enunciarla tuvo que trabajar más que en ninguna otra. Pero sobre todo tuvo

que forzar hasta inverosímiles extremos una de sus mejores cualidades: la elasticidad e independencia de criterio.

Si será esto cierto que llegó no sólo a negar y destruir las teorías de los demás para poder hallar la verdad, sino que tuvo que negar y destruir sus propias teorías, lo que es llevar la capacidad de adaptación e independencia de juicio a los límites del heroísmo.

Empezó jugueteando con una idea al contemplar las prolongaciones gruesas de las células retinianas —conos y bastones— y del bulbo olfatorio. « ¡Qué bonito sería el pensar que la corriente nerviosa va siempre en una misma dirección! Es lo que me falta para completar mi doctrina. Podríamos figurarnos, por ejemplo, que esas gruesas prolongaciones de los conos y bastones son dendritas que miran hacia el mundo exterior para recibir sus sensaciones. Y que luego la corriente engendrada atraviesa el cuerpo celular y va por ese axón hacia dentro, hacia los centros nerviosos. ¡Estupendo! Las dendritas son celulípetas y los cilindro-ejes celulífugos. Y la corriente siempre en la misma dirección sería fácilmente reconocida y seguida, tan sólo con no olvidarse del orden de las estaciones: dendrita-cuerpo-axón, dendrita-cuerpo-axón, dendrita-cuerpo-axón, y así hasta llegar a donde quisiéramos. Sería como explorar un río sin más que dejarse llevar por la corriente… ¡quién sabe si se podrá seguir algún día con esta fórmula el curso del pensamiento!»

Pero don Santiago solía permanecer muy cortos espacios de tiempo en las nubes y por eso inmediatamente se puso a comprobar si podía ser verdad tanta belleza. Y procediendo con su implacable método, sin perdonar un solo rincón que explorar, fue añadiendo razonamientos que justificaban su hipótesis. Pero entre las innumerables preparaciones que examinó se encontró con una que por sí sola hacía caer por tierra su teoría. Una nada más: los ganglios sensitivos raquídeos tenían unas prolongaciones, consideradas por todos como cilindro-ejes, que venían de la periferia, traían las sensaciones de la piel del organismo, eran, por tanto de función celulípeta y no cabía duda que se trataba de axones; su longitud, su forma y su estructura así lo indicaban; él mismo los había catalogado como a tales. No obstante, era tan escasa la objeción, era tanta lástima que por tan pequeña excepción se malograra tan sugestiva teoría que no pudo resistir a la tentación de

anotarla tímidamente sin dogmatizar —como hacía siempre que no se hallaba completamente seguro de una cosa— y publicarla en una revista.

La reacción fue inmediata. Los que habían aguantado tantos años el absurdo de la teoría reticular permanecían ahora al acecho de la menor debilidad demostrativa del español para lanzarse encima con el peso de su dudosa virtud de sabios exigentes de la verdad. Van Geutchen resumió en 1891 la repulsa general, diciendo poco más o menos que la teoría de Cajal era ingeniosa, pero que, al identificar las gruesas prolongaciones de las neuronas retinianas con las dendritas, había asignado ya una función determinada a éstas, considerándolas como mirando a la periferia y llevando corriente celulípeta, lo que era totalmente tendencioso porque obligaba a considerar como dendrita todo lo que condujese la corriente de fuera adentro y como axón a toda prolongación celulífuga. Y si, por ejemplo, nos fijamos en los ganglios espinales esta teoría es inadmisible —concluía triunfalmente— a menos que consideremos como dendrita lo que sólo puede ser un cilindro-eje.

Es curiosa la psicología cajaliana. Esta objeción es la que él mismo se había hecho al insinuar la teoría de la polarización y entonces la consideró poco menos que incombatible. Pero cuando la oye expuesta por otro, aunque este otro sea uno de los primeros biólogos de su época, le parece más débil, más fácil de atacar, como si la coincidencia de opiniones debilitara el raciocinio en vez de favorecerlo. O también como si necesitara siempre un desafío para animarse a la lucha y al trabajo y para conseguir demostrar hasta lo indemostrable. Por eso bastó que Van Geutchen le atacara directamente para que se propusiera repeler el ataque en vez de darle la razón que parecía lo indicado en este caso.

Recurrió, como hacía siempre en las dificultades, a lo que él llamaba «rodeos estratégicos», y que no eran más que intuiciones geniales de las que está llena toda su obra, y en vez de desentrañar el misterio en animales adultos buscó su solución en sus queridos embriones que tantas alegrías le habían dado. Y manejando embriones de muy poca edad, casi impracticables a no ser por sus hábiles manos, se encontró con un hecho sorprendente. En estos embriones la prolongación de los equivalentes de los ganglios espinales hacia la superficie eran dendritas, clarísimas dendritas con todas sus características, exentas de la vaina medular de los axones, y en cambio, las prolongaciones que se dirigían hacia dentro, hacia la médula, eran

cilindro-ejes indudables. No contento con esto, descendió también en la escala animal y preparó cortes de vermes, moluscos, crustáceos… encontrando también idéntica disposición. No cabía duda: en los orígenes del individuo y de la especie la ley de la polarización, de la dirección única de la corriente nerviosa, era verdad en todas sus partes. ¿Por qué no lo era en el animal adulto y en el hombre? ¡Claro está que lo era! La equivocación estaba no en la disposición natural, inmutable y fiel siempre a sus leyes, sino en la defectuosa mentalidad humana que se aferra a las rígidas concepciones que ella misma crea, considerándolas como inviolables en su soberbia. Aquellas dendritas del embrión, cuando el animal crece han de hacer un largo recorrido hasta alcanzar la superficie del individuo, y la poderosa ley de adaptación —presente siempre en toda la Biología— les proporciona defensa para el largo camino, las rodea de una vaina conjuntiva para que las proteja y les da forma y grosor cilindroide para beneficiar su fortaleza. Pero, tanto en el sentido funcional como en el embriológico, sigue siendo una simple prolongación protoplasmática, una dendrita, aunque sea una dendrita muy modificada por las necesidades del terreno y de su función.

Luego, como las cerezas del cesto, fueron extraídas una tras otra consecuencias, uno tras otro descubrimientos afirmativos y, al fin, sin oposición posible porque aquel macizo edificio de hechos era invulnerable, pudo lanzar a los cuatro vientos, esta vez con fuerza y decisión, su famosa teoría de la polarización. Don Santiago tenía mucho de la socarronería aragonesa. Cualquiera puede leer en sus *Memorias* un título de capítulo que dice. «Descubro la teoría de la polarización con la colaboración de Van Geutchen».

9. Especular y descubrir

Al llegar a este punto de la historia cajaliana es preciso detenerse y reflexionar. Si lo que nos hemos propuesto es contar el drama desarrollado entre el Conocimiento y la Razón en el interior de un cráneo privilegiado, ya está hecho. Todo lo que digamos ya no son más que efectos más o menos lejanos del mismo drama. Algo así como si al llegar a la boda de una historia de amor siguiéramos contando luego cómo les fue de casados, los hijos que tuvieron y la historia de cada uno de estos hijos.

Pero el propósito del autor, en efecto, es éste. Ha contado el drama porque lo ha considerado necesario para encontrar el sentido humano de la obra, para hacer vivir el personaje a través de su proyección intelectual. Pero su primordial intención fue dar a conocer toda la obra y por tanto ha de seguir narrando lo que ocurre después de la boda.

Sin embargo, ahí está la dificultad. Desde ahora esta historia de un hombre va a convertirse en una parte de la Historia Universal. Porque es de tal importancia lo que ha ocurrido entre el Conocimiento y la Razón dentro de él, que el mundo se ha enterado y reclama la presencia del hombre en su concierto; quiere colocarlo entre los elegidos, colmarlo de honores. La sociedad humana se sirve del ejemplo como uno de sus mejores medios de progreso y necesita de estos hombres para mostrarlos. Todo esto ha de hacer necesariamente que, aun continuando en su quehacer, éste sufra en su continuidad, se desperdigue, y cuando un biógrafo quiere hablar de él necesite referirlo al lado de reseñas de homenajes, sesiones culturales, entusiasmos públicos, concesiones de premios… si es que se empeña en seguir siendo respetuoso con la cronología.

Pero el autor de esta historia no tiene el menor respeto —entre otras muchas cosas— a la cronología y ya al principio hizo un pacto con el espíritu de la Verdad para emanciparse de ella. Por esa razón puede con toda tranquilidad seguir hablando de la obra de su hombre sin necesidad de citar fechas, sin necesidad de situarla en el tiempo, y con esta estupenda licencia consigue dar unidad a su esfuerzo y —seguramente— dar más realce a lo que se propone hacer saber. ¿Qué importancia tiene ahora el que don Santiago se trasladara a Madrid? ¿Ni los años que median entre uno y otro de sus descubrimientos? ¿Ni las cosas que le pasaron al mundo y a él mismo entretanto? Ya nos quedará tiempo de contar esto más tarde.

Definitivamente: Darwin no tiene razón. Lo dicen claramente estas retinas de estos insectos, de estos reptiles, de estos crustáceos… En ellas hay células, elementos, formaciones, que no tienen equivalente en las especies que llamamos superiores. En vez de seguir las supuestas leyes de la evolución de lo más sencillo a lo más complejo y diferenciado, aquí ocurre al revés: los órganos visuales de estos

animales son más complicados qué los del hombre mismo. ¿Tendrán una misión más importante que la de la simple visión? ¿Captarán sensaciones para nosotros desconocidas? ¿Algo así como vibraciones de otros seres imperceptibles para nuestros groseros sentidos?
La retina es un campo de observaciones siempre nuevo y siempre sugestivo.

¡Maravilloso espectáculo el del hipotálamo! Elegantes células alineadas como setos de jacintos en bellas curvas de jardín holandés. Son como los restos todavía frescos y robustos de una tradición milenaria: el cerebro de asociación y del instinto en el hombre primitivo. Asta de Ammón y bulbo olfatorio, importantísimo órgano para la defensa de los animales, sólo un biólogo artista como Ramón y Cajal podía recrearse en todos sus secretos, en todos sus rincones y mostrarlos a la luz.

«Artefacto», es un eufemismo que los histólogos emplean para evitar la desagradable palabra «truco». Unos pocos —y seguramente inhábiles— histólogos que es preferible no nombrar, decían de las maravillosas preparaciones de Cajal que eran «artefactos». Con lo que querían dar a entender que es fácil descubrir cosas cuando los descubrimientos se los fabrica uno mismo. El caviloso y suspicaz don Santiago no podía responder a esta ofensa más que de un modo: trabajando de firme para conseguir un nuevo procedimiento de coloración distinto al Golgi modificado y que mostrara las mismas cosas descubiertas ya para confusión de los… escépticos. ¿Lo consiguió? ¡Claro que sí! Aplicando el método de Ehrlich al azul de metileno en la tinción de tejido nervioso. Con este procedimiento reprodujo todo lo que había mostrado con el cromato de plata.
—Esto fue una sensible pérdida de tiempo.
—No tanta, porque al darse cuenta de que el azul de metileno no es tóxico para el ser vivo, pudo hacer preparaciones sobre tejido vivo con sus fibras y células sin la menor alteración.
—No hay mal que por bien no venga.
—Vamos a teorizar un poco.
—Como usted quiera, don Santiago.

—Pero antes déjeme justificarme repitiendo un párrafo de mis *Memorias* que dice así: «Para el anatómico, el histólogo y el embriólogo, amarrados al duro banco del análisis, la elaboración doctrinal obedece además a tendencias lógicas y sentimentales casi irrefrenables. Dificilísimo es contrarrestar el impulso de la imaginación postergada, que reclama a gritos su turno de acción. Nos la impone además el juego mismo de nuestro mecanismo pensante, esencialmente práctico y finalista, el cual nos plantea a diario el problema de las causas mecánicas y de los móviles utilitarios. Reconocida una disposición estructural o morfológica, surge invariablemente en nuestra mente esta interrogación: ¿Qué servicio fisiológico o psicológico presta al organismo? En vano el buen sentido, en pugna con las citadas tendencias, ataja nuestra curiosidad, advirtiéndonos que el problema ha sido planteado prematuramente, mucho antes de allegados todos los datos indispensables. Tan discreta reflexión, si nos vuelve acaso más circunspectos, no paraliza, empero, el proceso teórico. Sigue impertérrita la fantasía, construyendo sobre arena, como si ignorase la irremediable caducidad de su obra. Y no vale afirmar, con Goethe y muchos pensadores modernos, que la indagación de las causas finales carece de sentido; que nuestra tarea consiste en resolver el cómo y no el porqué. Nuestro espíritu, que durante millares y acaso millones de años no puede cambiar de repente su modo de considerar el mundo. Ni debemos olvidar que en las ciencias biológicas, para llegar al cómo, esto es, al proceso físico-químico modelador de las disposiciones orgánicas, es preciso pasar por el preliminar "para qué" de la curiosidad inexperta e insaciada». Y una vez dicho esto a guisa de excusa, vamos a desahogarnos teorizando un poco. Podemos, por ejemplo, dar cinco teorías fundamentales, recogerlas y publicarlas, a ver qué pasa. Verá cómo más pronto o más tarde sale alguien que las rebate o las confirma con hechos y de una manera u otra no habremos perdido el tiempo. Siempre es bueno descansar un poco del trabajo diario y dejar que por una vez trabajen los demás.

—Vaya diciendo, don Santiago.

—Primera teoría: El sistema nervioso de los vertebrados está constituido por dos partes bien características: una, la sensorial-sensitiva en la que podemos incluir los ganglios periféricos, el bulbo olfatorio, la médula, el cerebelo, el tálamo, el cuerpo estriado, etc., que sólo se desarrolla por extensión y no por diferenciación; no

progresa en un sentido de perfeccionamiento; mantiene su automatismo milenario igual que si hubiera ya cancelado su historia. La otra parte es la cerebro-cortical (corteza gris y circunvoluciones cerebrales) que está constantemente mejorando en su diferenciación, modificando su estructura, sus asociaciones, hasta sus formas, porque necesita adaptarse a las nuevas condiciones que el Cosmos le presenta.

»Segunda teoría: Las células cerebrales por excelencia, como si dijéramos las supremas aristócratas del sistema nervioso cerebro-cortical, son las piramidales. Y la mayor perfección en este sistema no depende del número ni del tamaño de estas neuronas, sino de sus conexiones. De tal modo que el talento, el genio, la voluntad, etc., serán tanto mayores cuantas más conexiones hayan establecido estas neuronas merced al crecimiento de múltiples prolongaciones y establecimiento de nuevas vías. En esto es donde se puede graduar el grado de diferenciación y perfeccionamiento del sistema cerebro-cortical.

«Tercera teoría: La adaptación a una función, y por tanto la destreza profesional (hablar, tocar el piano o el violín, hacer juegos malabares, esgrima, etcétera), se explica por el robustecimiento de las vías nerviosas que intervienen en estas funciones y por la formación de nuevas prolongaciones de las neuronas que facilitan el paso de la corriente y unen neuronas hasta entonces inconexas.

»Cuarta teoría: Todas las leyes que rigen el funcionalismo del sistema nervioso, como las de conexión, polarización, dinámica, etc., y, además, las infinitas variantes de forma, situación, disposición de las ramificaciones que se observan en las neuronas no obedecen a un capricho de la Naturaleza sino que siempre están sujetas a tres mandatos fundamentales:

»a) Ahorro de materia (construcción de la vía más corta entre dos territorios).

»b) Ahorro de tiempo (consecuencia de lo anterior).

»c) Economía de espacio. Por esta razón, a veces los cuerpos celulares están muy desplazados, como si hubieran sido colocados en los sitios donde hay menos ramificaciones, evitando así todos los huecos inútiles.

Combinando estos tres principios se ve cómo la Naturaleza se ha planteado el problema arquitectónico de construir con el mínimo de materia y el menor espacio

posible la máquina nerviosa más ricamente diferenciada y de reacciones más súbitas, enérgicas y eficaces; es decir: el efecto máximo con el esfuerzo mínimo.

— ¡Qué tremendo golpe ése para los reticularistas! —Vamos con la quinta y última: es la teoría del «alud». Toda impresión periférica recogida por la arborización de una célula sensitiva, progresa hacia el interior en forma de alud o avalancha, creciendo progresivamente, es decir, haciendo participar cada vez más número de neuronas y de conexiones hasta llegar al cerebro, en donde el área afectada será muy extensa. Podríamos, representar esta idea como un cono con el vértice en la primera célula impresionada y la base en la corteza cerebral. Esto explica muchas cosas que el tiempo irá desentrañando.[4][4]

— ¿Y a esto le llama usted teorizar? ¡Si todo ello lo ha comprobado usted de mil maneras!

— ¿Se ha enterado usted, don Santiago, del gran revuelo que ha armado el trabajo de Michel? Dice que las fibras del nervio óptico se cruzan completamente en el quiasmo y que las imágenes de cada ojo van al hemisferio opuesto.

—Sí, me he enterado.

— ¡Pero esto es revolucionario! Hasta ahora todos creíamos que sólo se cruzaban parcialmente y que había un gran haz de fibras directas en cada nervio…

—Y sigue habiéndolas. Michel no tiene razón.

—Kólliker y otros muchos se la han dado.

—Sí. Empleando los mismos métodos que él y por tanto cayendo en el mismo error. Me he pasado la noche casi entera demostrando lo contrario con el azul de metileno y con el Golgi modificado. Ellos han empleado los cortes seriados y el método de Weigert y, como ocurre siempre, lo que no han podido ver lo han llenado con suposiciones.

—Entonces…

—Entonces estamos donde estábamos. Que además era lo lógico porque las teorías en las que coinciden la fisiología y la histología suelen ser inalterables. La cosa es bien sencilla: no hay más que recordar el mecanismo de la visión en los animales y en el hombre. Los peces, anfibios, reptiles y pájaros tienen los ojos situados muy

4 De esta teoría dedujeron Tanzi y Lugar o el mecanismo de las alucinaciones por una permeabilidad patológica de sinapsis que hace multiplicar el número de neuronas y conexiones interesadas en la impresión. También deriva de ella el concepto moderno de los fenómenos de convergencia y divergencia.

separados, uno en cada lado de la cara. Necesariamente verán dos campos distintos. Estos campos se dibujarán, por las leyes de la óptica, invertidos en cada retina. Por esta razón los nervios ópticos que llevan estas mitades de imagen invertida se cruzarán completamente en el quiasma para dar a los centros nerviosos una imagen total y derecha. Pero el hombre tiene los ojos situados juntos y delante de la cara. El campo que ve es el mismo con los dos ojos y por tanto en cada retina la imagen estará invertida pero completa. Esta imagen, llevada por el nervio óptico hacia el interior, se parte en el quiasma y una mitad, por las fibras cruzadas, va al otro hemisferio mientras que la otra mitad, por las directas, va al hemisferio homólogo. De este modo las dos imágenes derechas y completas se superponen en los centros dando nitidez y relieve propios de la visión humana. Tenía que ser así, pero he tenido que perder bastantes horas para demostrarlo de nuevo al microscopio que es el único al que todo el mundo cree.

Todavía existe en la Inclusa de Madrid una pila de mármol que hoy es un valioso documento histórico. En ella don Santiago, en dos años, culminó la más temeraria aventura que biólogo alguno intentara: la exploración del cerebro humano.

La idea que le impulsó a intentarla era más bien extracientífica, pero de una nobleza genial:

Una interpretación ramplona y mezquina de las ideas de Darwin y de Huxley había llevado a los científicos de la época a creer que la diferencia entre el cerebro humano y el de los animales era simplemente cuantitativa. Los mismos elementos, por tanto, habían de encontrarse en el cerebro de un gato, por ejemplo, que en el del hombre, aunque en éste fueran más numerosos y mejor asociados. Cajal consideraba esto absurdo desde el punto de vista científico y desde el punto de vista de la dignidad humana. Su hipótesis de trabajo derivaba de que el lenguaje articulado, la capacidad de abstracción, la aptitud de crear conceptos, etcétera…, eran funciones propias sólo del hombre y muy superiores que precisarían de instrumentos originales, de elementos nerviosos nuevos, sin equivalentes en las demás especies animales. Algo así como los blasones distintivos de la nobleza psicológica del *homo sapiens*.

Y como siempre, la idea fue seguida de la acción. Pero chocaba con grandes dificultades técnicas. La mayor de todas se originaba en una ley que prohibía la autopsia de cadáveres que llevaran menos de veinticuatro horas en el Depósito. Veinticuatro preciosas horas durante las cuales las finas estructuras nerviosas degeneraban, se alteraban, no tomaban ya debidamente la coloración delicada del Ehrlich o del Golgi.

Buscó la solución por otro lado y por ello se fue a la Inclusa y a la Maternidad de Mesón de Paredes. En estos centros la ley no regía, o, al menos, no se preocupaba nadie de hacerla regir. Los cadáveres de los fetos y de los niños huérfanos desde su misma concepción, con una orfandad mucho peor que la producida por la muerte, eran cosas por las que nadie tenía el menor interés, pero que desde este momento iban a ser valiosos campos para la Ciencia.

Durante dos años don Santiago recogió cerebros infantiles recién fallecidos. Algunos todavía calientes y hasta en ocasiones el tocólogo le entregaba el fruto muerto recién extraído de la entraña materna. En aquella piedra de mármol recogía don Santiago su rica cosecha y luego en su laboratorio preparaba sin tardanza los cortes que le habían de revelar el más hondo de los secretos de la Biología.

No tardaron en aparecer los frutos de su esfuerzo. Como no podía menos de suceder, una vez más su hipótesis de trabajo se convirtió en un hecho demostrado que enriqueció definitivamente la Neurología. Las famosas neuronas de axón corto demostraron su existencia y su categoría de elementos nerviosos exclusivos del cerebro del hombre; las cestas pericelulares, similares a los elegantes nidos del asta de Ammón, las complejas asociaciones sensoriales… Pero además, como si la Naturaleza en premio a su esfuerzo se dignase hacerle regalo tras regalo, sentó las bases de las localizaciones cerebrales.

Estas localizaciones se hallaban hasta entonces establecidas sobre un fundamento hipotético derivado de la Fisiología. Cajal descubrió elementos específicos de cada localización, estructuras y disposiciones neuronales diferentes en cada zona adscrita a una función, con lo que demostró por la vía histológica, objetiva y real como ninguna, estos hechos fundamentales de la Neurología y de la Psicología.

El sabio podríamos representárnoslo como un extraño ser metido en su laboratorio, pero que siempre tiene un periscopio por encima del tejado, enfocado sobre el resto del mundo. Un periscopio especial que sólo capta las escenas que ocurren en otros laboratorios similares al suyo. Quizá no se entere de que por su misma calle está pasando en este momento una manifestación, que en la esquina un camión ha matado a tres personas o que el marido de la portera ha muerto de angina de pecho. Pero si un sabio que se dedica a la misma especialidad en el Japón, pongamos por ejemplo, descubre algo nuevo, el periscopio empezará a funcionar y a hacer guiños de loco con sus luces y sus cristales.

Algo así ocurrió cuando Apathy, en Hungría, descubrió un procedimiento para teñir los accidentes del protoplasma de las neuronas y descubrir sus secretos. Muy poco tiempo después ya estaba Ramón y Cajal y sus discípulos aplicando el mismo método en su laboratorio y contrastando con desaliento que aquello del cloruro de oro que teñía las neurofibrillas intraneurales de violado no se les daba bien. El procedimiento era complicadísimo y además de una inconstancia rayana en la traición.

Poco tiempo después, y sin previo aviso, llegó la desagradable nueva de Estrasburgo. Bethe, un profesor de aquella Universidad, había perfeccionado el método de Apathy, y había conseguido descubrimientos que publicaba en una voluminosa Memoria. «Esta vez nos ha ganado», dijo don Santiago, y dando un suspiro se dispuso a emplear el nuevo método para comprobar lo que decía Bethe. Probó y con él probaron todos los que le rodeaban sin conseguir resultados aceptables. « ¡Vaya! ¿Seremos después de todo unos malos aficionados?» Y para terminar de una vez se metió el orgullo debajo de la bata y escribió una carta a Bethe: «Distinguido compañero: Le agradecería que me enviara alguna de sus preparaciones…»

Pocos días después* en un precioso estuche, embalados con un cuidado exquisito y protegidos de mil maneras contra atentados de carteros zafios, llegaron a las manos de don Santiago dos cristalitos. Como reliquia de santo fueron llevados al microscopio y colocados en la platina. Cuando con solemne unción aplicó el ojo al ocular, toda la emoción y solemnidad desaparecieron. ¿Aquello era el importantísimo descubrimiento? ¡Pero si algunas de las preparaciones conseguidas

por él mismo eran mucho mejores! ¿Cómo era posible que sobre aquellos tenues y casi invisibles dibujitos del protoplasma hubiera conseguido Bethe semejante edificio teórico? Si allí había algo que admirar era la portentosa imaginación del alemán.

Bastante más tranquilo por lo que se refería al propio orgullo y al de su escuela, siguió don Santiago pensando y pensando sobre el problema. Descubrir la estructura íntima del protoplasma de la neurona era un problema entonces en boga y consecuencia inmediata de las grandes incógnitas hasta entonces resueltas en el sistema nervioso. Se conocían ya por reciente descubrimiento los gránulos de Nils, el aparato de Golgi completado por Cajal, la existencia misteriosa de unas neurofibrillas que se mostraban esquivas a toda investigación, y se desconocía la existencia de otros elementos y la verdadera estructura y disposición de estas neurofibrillas que eran el caballo de batalla del problema.

«Tanto pensó que se le secó el cerebro», dice don Miguel, de Alonso Quijano; pero a don Santiago no le pasó eso porque conociendo el peligro lo evitó tomándose unas vacaciones. Se fue a Italia. « ¿El Coliseo? Sí, estupendo. Simarro fue el primero que intentó teñir las neurofibrillas; lo mejor sería volver a su sistema. ¡Ah, el Vaticano! ¡Cómo se parece la basílica de San Pedro a una neurona piramidal gigante! ¡Si tan fácil como el ver desde aquí su arquitectura fuera el encontrar el dibujo de las neurofibrillas! Museo de los Uffici. *La Fomarina* de Rafael. ¡Qué expresión! ¡Qué viveza de colorido! La misma que yo quisiera ver en el protoplasma neuronal. Y que no me cabe ninguna duda de que sólo las sales de plata pueden darla. ¿Pero cómo? Simarro probó los cloruros y bromuros, sin resultado. Luego, reducida con álcalis… No; así no sale bien. Bien. Aquí ya hemos acabado. Vamos al tren y a la Costa Azul».

Pero nunca pudo recordar don Santiago cómo era la Costa Azul, porque cuando estaba en el tren a punto de cruzar los Alpes, una idea fija se apoderó de él: una voz misteriosa que otras veces le había traído luminosas ideas. Y la idea se repetía siguiendo el ritmo trepidante del tren. Todas las maravillas de la Riviera fueron vistas tras el velo de la impaciencia y nunca hubo unas vacaciones peor aprovechadas que aquéllas. Él mismo dice que cuando llegó a Madrid cayó sobre sus

animales de experimentación y sobre sus instrumentos como un león sobre su presa.

El nitrato de plata caliente, depositándose sobre las neurofibrillas y reducido por el ácido pirogálico, mostraba poco después nítido y transparente el dibujo del protoplasma neuronal a los ojos maravillados del primer hombre que lo descubría. Y repitiéndose con todos los elementos nerviosos que fueron sometidos a su acción, enriquecieron el saber humano hasta extremos insospechados, porque permitieron deducir de lo visto consecuencias fisiológicas y psicológicas que todavía no se han agotado. Cuando Cajal veía dibujarse una y otra vez el íntimo tejido de aquellas neuronas que hasta entonces habíanse mostrado misteriosas y opacas tras su pared teñida de negro, su sentido artístico, que afloraba siempre a la menor emoción estética que le acosara, dio a las bellas células un bello nombre: «mariposas del alma».

Años después Levaditi, con una ligera variante del método de Cajal, conseguía teñir la espiroqueta de la sífilis, poniendo así en evidencia, para mejor ser combatido, a este terrible enemigo del hombre.

El neuronismo y el reticularismo tienen en boca de don Santiago un sabor de lucha de facciones. Algo así como Capuletos y Montescos, Moros y Cristianos, Rojos y Blancos. El lector que toma en sus manos sus *Memorias* dispuesto resignadamente a digerir un árido catálogo de descubrimientos científicos, se encuentra de vez en cuando sorprendido agradablemente con el inefable relato de esta lucha entre reticularistas y neuronistas, y de un modo insensible se va apasionando con la narración, igual que lo haría con el argumento de una historia de guerras. Toma partido por el bando de los buenos —naturalmente los neuronistas— sufre ellos las vicisitudes y las traiciones de los reticularistas, que son los malos, y, al final, goza con la victoria de los leales. Es verdaderamente curioso cómo una disputa puramente científica la convierte don Santiago en un conflicto de interés humano y pasional. No puede explicarse este fenómeno si no es por la enorme dosis de apasionado entusiasmo, por la gran participación cordial que hay en toda su obra. Gracias a ello, lo que debía permanecer en los límites del interés puramente intelectual pasa a la esfera afectiva con todos los honores.

«Diríase que ciertos espíritus propensos al misticismo son molestados por las verdades sencillas y patentes», dice al comenzar una de estas narraciones en que la hidra del reticularismo se atreve a levantar de nuevo su humillada cabeza. Y continúa luego, como indignándose más ante la osadía del enemigo:

«Temperamentos exageradamente altivos parecen obstinados en conquistar la fama, no por el honroso y difícil camino del hallazgo de nuevos hechos sino por el harto más cómodo y expedito de negar o desconceptuar en nombre de prejuicios aventuradísimos los hechos más rigurosamente comprobados».

Y más adelante pasa a construir el argumento del nuevo conflicto. Primero, con habilidad novelística, se refiere sólo a las razones y primeros éxitos del enemigo:

«Bethe había cortado un nervio en el animal de experimentación y había separado bien los cabos de la sección. Luego, excitando el extremo distal aseguraba que el animal no sentía porque la vía sensitiva estaba interrumpida, pero en cambio movía la extremidad porque el cabo distal se estaba regenerando a expensas de las células conjuntivas de la vaina, de las células de Schwann. Si alguna vez el experimento fallaba lo atribuía a que no había separado lo bastante los cabos seccionados y se habían vuelto a unir. Este experimento le daba pie para combatir la teoría neuronal, puesto que demostraba la regeneración del nervio a expensas de otras células, negando así la unidad nerviosa y volviendo por tanto a la teoría reticular por este retorcido camino de la regeneración nerviosa».

Y seguía con los avances del enemigo ante el silencio y pasividad del bando leal:

«Los brillantes alegatos de Bethe, convencían a muchos y comenzaban las deserciones. Marinesco se pasó con todo su bagaje. Waldeyer, el gran neuronista, vacilaba en su fe. Van Geutchen empezaba a hacer concesiones a los neorreticularistas».

A continuación, la descripción de la ansiedad en el bando propio y cómo sus soldados se impacientan:

« ¿Qué hace usted? ¿Cómo no nos defendemos?»

Y el ingenuo héroe representado por él mismo, que accede por fin a presentar la batalla, con gran sentimiento por tener que abandonar a causa de ello empresas mucho más dignas:

«… piérdese un tiempo precioso en estas luchas. ¿Quién ignora además que la verdad acaba por prevalecer aun indefensa? Mas ante la arrolladora marea del error vime obligado a hacer un alto en mi camino y descender a la palestra…»

Viene luego un arrollador número de batallas ganadas microscopio en ristre, demostración tras demostración; es decir, golpe tras golpe, asestados en la dura mollera del reticularismo. Victorias indiscutibles que todos aceptan. Vuelven los descarriados, reconocen su derrota los vencidos, y, para colmo de dichas, resulta que al final no se ha perdido el tiempo, sino que de la lucha surge una nueva conquista, es decir, una nueva doctrina, la de la regeneración nerviosa en este caso, que coloca un blasón más en el escudo del héroe…
Y lo más estupendo de todo es que del principio al final este cuento de hadas es verdad.

Nuevas coloraciones con el cloruro de oro, con una sal de uranio. Nuevas y fructíferas excursiones por todos los campos nerviosos. Libros, monografías. Polémica con Held y Apathy, con su completa derrota… ¿para qué seguir? Como índice demostrativo de su descomunal obra podríamos citar para los que no pueden juzgar las cosas *si no se* reducen a números, que escribió cinco grandes libros: El *Manual de Histología*, el *Manual de Anatomía Patológica*, los Elementos de Histología y Técnica micrográfica, *Les nouvelles idées sur la fine anatomie des centres nerveux*, la monumental *Textura del Sistema Nervioso del hombre y los vertebrados, y Die Retine der Wirbeltiere*. Y, además, redactó y publicó cerca de

trescientas monografías propias, e innumerables inspiradas o intervenidas con sus discípulos.

Don Santiago tenía una mala costumbre, que hacía arrugar el hocico a algunas señoras bien educadas cuando se sentaban al lado de él en los banquetes: mientras esperaba de plato a plato, tomaba migas de pan y las rodeaba entre sus dedos haciendo unas pelotitas que luego dejaba sobre el mantel. Cuando tenía unas cuantas edificaba con ellas un montón parecido a los montones de balas de cañón que vemos en los grabados antiguos. Pero casi nunca llegaba a colocar la bolita de arriba. Porque era raro que la conversación de los vecinos cercanos no distrajera su atención y le hiciera intervenir. Sus intervenciones eran casi siempre tajantes y tenían impulso de punto final. Pero, antes de hablar, siempre barría de un manotazo el montoncito de pelotitas de pan, que caían por el suelo rodando como las perlas de un collar pero sin el escándalo de su ruido. Y entonces, sobre el mantel limpio, don Santiago daba un puñetazo más o menos discreto, según la ocasión.

Era un gesto maquinal, inconsciente, pero precisamente en estos gestos es donde, según los psicoanalistas, se retrata más desnudo el carácter de las personas y por una vez bien podríamos darles la razón a los psicoanalistas.

Porque este gesto de barrer todo lo edificado para dejar caer el puñetazo de una opinión sobre la base lisa y blanca era lo que don Santiago había estado haciendo toda la vida.

Pero, vamos a entendernos. Su iconoclastia no era una manía ni un sistema. Era la profunda convicción de que sólo destruyendo todo lo que no se apoyase en hechos comprobados podría hacerse labor fructífera de entonces en adelante, y esta posición intelectual, que más bien entraba dentro de los límites de su idiosincrasia, la hacía extensiva a todas las actividades del pensamiento humano. Siendo así y, sobre todo, perteneciendo a una época de progreso inicial en que —necesariamente— todo había de ser transitorio, supuesto, hipotético, imaginado, no es de extrañar que se pasara gran parte de su tiempo barriendo con la mano livianas pelotitas de miga de pan.

Todo esto viene a cuento de resaltar la enorme importancia de su obra. Ser así y trabajar así en una época como la suya es más grande de lo que parece. A vueltas con un empirismo mal vencido, con un ansia de generalizar universal, usando como

base el descubrimiento más reciente, con unas limitaciones técnicas que había de compensar con ingenio y paciencia casi heroicos, este hombre escribe en sus *Memorias* cosas como la siguiente:

«… soy adepto ferviente de la religión de los hechos. Se ha dicho infinitas veces, y nosotros lo hemos repetido también, que "los hechos quedan y las teorías pasan"; que todo investigador que, confiando harto en la solidez y excelencia de las concepciones generales, desdeña la contemplación directa de la realidad, corre el riesgo de no dejar huella permanente de su actividad; que los hechos constituyen exclusivamente nuestro haber positivo, nuestros bienes raíces y nuestra mejor ejecutoria; que, en fin, en la eterna mudanza de las cosas, ellos sólo se salvarán —y con ellos acaso una parte, la mejor, de nuestra propia personalidad— de los ultrajes del tiempo y de la indiferencia o de la injusticia de los hombres».

Es indudable que su fidelidad a esta religión de los hechos es la causa primera de la perdurabilidad, de la eternidad de su obra.

Supongamos que un médico de hoy decide que su hijo estudie Medicina y cuando se acerca el principio de curso va a su biblioteca para ver qué libros de los usados por él pueden servirle. Recorre con los ojos los estantes y ojea algunos de ellos. Sonríe con algo de amargura cuando hace esto último, porque se da cuenta en qué ha venido a parar toda la ciencia de su tiempo. Aquellos gruesos tomos de Dieulafoy, de Béclard, de Charcot, de Beguin… Obras y nombres que parecieron en su tiempo imperecederos hacen sonreír a un médico actual que ha decidido que su hijo estudie Medicina. Pero llega a un par de tomos muy gastados por el mucho uso, un poco desencuadernados, y al leer su título en el lomo los toma en la mano y repasa sus capítulos. Nada hay en ellos que le haga sonreír ahora. Todo está de acuerdo con sus actuales conocimientos. Las figuras, el texto, los nombres, las clarificaciones… No tiene más que mandarlos encuadernar y entregárselos al muchacho. Estos libros son el *Manual de Histología* y la *Anatomía Patológica* de don Santiago Ramón y Cajal.

Pero todavía hay más. E. H. Starling dice en el prólogo de una de sus obras de Fisiología:

«La ciencia no avanza de una manera general. Algunos puntos de la línea se adelantan, mientras que otros pueden permanecer rezagados o con muy escaso movimiento, a veces durante años, hasta que pueden comenzar a progresar gracias al apoyo que les presta el avance de los sectores próximos».

Es pues como un batallón en línea de combate que avanza por compañías. Una lo hace y las demás van poco a poco incorporándose a la línea. Una idea muy clara que podemos incorporar a la obra de Cajal de una manera maravillosa. Cajal, en su *Historia del Sistema Nervioso*, representa la compañía adelantada, y esta vez adelantada en exceso. No hay duda que se adelantó en varios años a la ciencia de su tiempo y por eso esta avanzadilla permaneció sola defendiéndose por sí misma contra las fuerzas de la inercia y la tendencia retrógrada del hombre durante mucho tiempo, sobreviviendo gracias a su fortaleza. Luego la Fisiología fue la primera que acudió en su apoyo, ratificando así sus conquistas. Primero Sherrington, luego todos los demás. Muchas veces pensaría don Santiago con orgullo y posiblemente con un poco de sentimiento en aquella fisiología de Béclard que Valero, el profesor de la Facultad de Zaragoza, le encasquetó casi a la fuerza, y que él fue el que en más alto grado contribuyó a derrocar. Hoy, a los sesenta y tantos años de las conquistas cajalianas, Fulton, en la edición de su *Fisiología* de 1949, habla del fenómeno de la divergencia y la convergencia en el impulso nervioso como un concepto moderno que explica multitud de cuestiones, pero no se olvida de citar a Cajal, su primer descubridor (el principio del alud nervioso). Las sinapsis y sus leyes, enunciadas por don Santiago en 1891, llenan las páginas de Fulton, de Lloyd, de Norton… Lloyd, en 1950, perfila sobre ideas de Cajal las modernísimas leyes de los circuitos internunciales, los estímulos persinápticos, la sumación de estímulos… Armstrong, sirviéndose de los modernos medios técnicos, realiza con sus electrorreacciones un acabado estudio de la constitución íntima del sistema nervioso y se asombra menos que nosotros de que los dibujos que consigue resumiendo sus trabajos parezcan calcos de los que realizó don Santiago hace bastante más de medio siglo…

En Rusia, Pavlov asombra al mundo con sus nuevas concepciones funcionales. Coge un perro y le hace una fístula en el estómago que vierte sus jugos al exterior. Todos los días le da comida y observa cómo por la fístula sale el jugo gástrico producido por la vista y el olor de la pitanza. Un día, al tiempo de presentarle la comida toca la campana sólo, sin darle la comida, y el jugo gástrico sigue produciéndose. Ha descubierto, nada menos, que el reflejo condicionado. Pero está separado del núcleo europeo por muchos kilómetros de estepa, por gruesas murallas de lenguaje y de mentalidad. Sus ideas son como un florecimiento aberrante de la Ciencia en tierra extraña y la nomenclatura que emplea y su interpretación filosófica de los hechos hace que sus descubrimientos no se incorporen, durante mucho tiempo, al esfuerzo común. Pero hace pocos años, un polaco, Konorsky, que está colocado entre Rusia y Europa y puede comprender y conciliar las dos mentalidades, insiste sobre los experimentos de Pavlov —trabajó en su laboratorio— y los armoniza con los conocimientos actuales. De este modo surge una nueva interpretación de la Neurofisiología, de la Psicología, de la Psiquiatría... La promesa de Gley cuando en 1904 le dieron el Premio Nobel a Pavlov: «Podremos penetrar pronto en el psiquismo humano», se ha cumplido. Y el medio de que se sirve Konorsky para armonizar, para completar, para encajar en el cuadro general las ideas de Pavlov es, ¡cómo no!, la concepción cajaliana del sistema nervioso, la doctrina de la neurona.

La línea de combate avanza. La primera compañía permanece aún incólume en ella y se le van incorporando muchas más. Incluso más de las que podía suponerse que tuviera el batallón. La Fisiología, la Psicología, la Psiquiatría... *Miss* Barcier publica un libro, *Perspectivas de la Neuropsiquiatría*, en el que habla de los circuitos neuronales y su influencia en la conducta, y dice muy en serio que la moderna Psiquiatría está totalmente influida por Cajal. Los psicoanalistas, de vuelta del freudismo, encuentran delante de los ojos, en el perro de Pavlov, en las conexiones interneurales graduables, en el establecimiento de vías nerviosas por determinados influjos, en Cajal lo que, en suma, habían ido a buscar tan lejos, y Edipo vuelve a ser solamente un rey antiguo.

La Pedagogía, la Filosofía, también son arrastradas en el avance... Pero, todavía hay más, como dice el prestidigitador en el escenario. Y como él también sacaremos de

la inagotable chistera de Cajal cosas insospechadas, como las ultramodernas ciencias: la Electrónica y la Cibernética. El presuntuoso cerebro electrónico actual no es más que un remedo tosco y pobrísimo de la idea que don Santiago nos legó del sistema de conexiones interneuronales del cerebro, con sus 10.000 millones de neuronas. Ya la Cibernética, al intentar explicar por sus leyes la actividad cerebral, no hace más que tomar las cosas donde él las dejó. Aunque con bastante menos respeto para la Vida y la Creación que la que tenía el maestro, porque él, que llegó hasta aquí el primero, había dicho mucho antes al contemplar simplemente el ojo de un insecto:

«Cada vez comprendo menos las causas de esta exquisita y maravillosamente adaptada organización.»[5]

[5] Es muy, agradable para un intelectual español el leer un libro que de cerca o de lejos tenga relación con la Neurología o la Psicología, porque es seguro que no habrá de pasar muchas hojas sin que las palabras RAMÓN Y CAJAL impresionen alegremente su vista, pero es lástima que este placer sea exclusivo de los intelectuales. Sería una admirable labor patriótica el vulgarizar hasta el límite en que sea posible la obra de don Santiago. Quizá todo español sepa que fue un gran sabio, pero muy pocos saben por qué lo fue. Y esto es quizá más importante. Si en medio del papanatismo general, cuando en una pantalla de cine aparece un «cerebro electrónico» norteamericano se oyera una voz que dijera: « ¡Bah! Eso ya lo pensó uno en mi tierra hace sesenta años», les parecería el mejor elogio que se puede hacer de don Santiago.

Libro Cuarto
El tiempo

Contenido:

1. El destino geográfico y sus estaciones
2. Inevitable escaparate: Madrid
3. Ciencia y política
4. El premio Nobel
5. El gran desengaño

1. El destino geográfico y sus estaciones

Ramón y Cajal tiene lo que pudiéramos llamar un «destino geográfico». Las sucesivas etapas de su vida tienen distintos escenarios y cada uno de ellos es, providencialmente, el apropiado; el único en cada caso apto para el desarrollo de su personalidad.

Los riscos y la dura naturaleza de los Pirineos, para nacer y crecer. Zaragoza, Cuba, Valencia, para hacerlo hombre. Barcelona, para hacerlo sabio y trabajador infatigable. Madrid, para mostrarlo al mundo. Un hombre que tenga su cuna en los Pirineos, de donde arranca el venero de la raza; en Zaragoza, la dureza del primer contacto con sus semejantes, pero también el amor a la mujer y a los hijos; en Cuba, el crisol para su fortaleza; en Valencia, la ventana para asomarse a lo amable y a lo bello de esta vida; en Barcelona, el cuarto de trabajo, y en Madrid, el escaparate para mostrarse al mundo, casi, casi no podría ser más que un hombre como fue don Santiago.

Por esta razón, el biógrafo que sepa ver el estupendo providencialismo de este destino geográfico, tiene gran parte de su labor adelantada, porque podrá hacer el título obligado: «Cajal, su obra y su tiempo», tres partes. Una, «Cajal», que hará vivir y desenvolverse en el itinerario Huesca-Zaragoza-Cuba-Valencia. Otra, «Su obra», a la que pondrá como escenario casi único Barcelona, porque el grueso de su trabajo, sus ideas fundamentales, allí surgieron. Otra, «Su Tiempo», que no puede tener otro escenario que Madrid.

Pero don Santiago llega a Madrid a los cuarenta años y podría parecer una excesiva artificiosidad, un cómodo subterfugio, empezar a contar «el tiempo de Ramón y Cajal», de los cuarenta años en adelante. Sin embargo, así es; y para comprenderlo es preciso que comprendamos antes lo que Madrid representa para España y los españoles.

Cuando alguien dijo que Madrid es un poblachón manchego, no quiso denigrar a la capital sino favorecerla. Porque al decirlo le daba de golpe una justificación geográfica e histórica de la que carece en absoluto; le daba una situación en la tradición y en la geografía castellanas que no le pertenecen. Porque Madrid —lo dice bien claro Laín Entralgo— es una ciudad contra natura. Una ciudad sin agricultura, sin industria, sin agua, sin vegetación, sin capacidad para vivir por sí misma. «El campamento del nomadismo y la picaresca española». Parece un milagro, un cotidiano milagro, el que en este erial seco y desnudo haya tantos cientos de miles de hombres que diariamente comen, beben y se lavan. Pero vive, crece, prospera, y alguna razón ha de existir para explicar su contrasentido. Hay una razón. Madrid existe por la voluntad de los españoles, porque es su representación ante el mundo, la ventana por donde el genio español se asoma al exterior. Por esta misma razón Madrid ha de ser una cosa montada al aire, campamental, sin entronque con la tierra ni con la tradición, porque su destino es ser el escenario mudadizo de la historia visible de España. Mejor que nosotros dice esto Laín: «Madrid es el inconsciente escenario donde se actualiza de continuo la historia regular de España.»

Esto nos ayudará a comprender su superficialidad, su vivir al día, el carácter «de paso» que todo el que vive o llega a Madrid adquiere, la facilidad para entrar en su vida y la mayor facilidad con que olvida al que sólo hace unos meses celebró. No puede detenerse, no puede afianzarse, le está vedado el venerar ruinas y el mantener tradiciones. Su profundización en el pasado no recuerda más allá del casticismo de verbena. Es sólo la espuma cambiante y movediza del guiso patrio.

Pero por eso mismo, Madrid es para España una estupenda necesidad. Un pueblo como el español, introvertido, individualista, hermético, necesita un respiradero para su presión, para sus fermentaciones y para sus aromas. Madrid es este

respiradero y por esta razón Madrid representa a España y actualiza a España cada día.

Unamuno, en *La crisis del patriotismo*, nos da un concepto muy suyo de la Historia. Hay una historia de sucesos fugaces, bullanguera, llena de batallas y de chismes sobre reyes y que, sin embargo, es la historia de texto en las escuelas, la historia oficial. Pero hay una intrahistoria mucho más importante, la de los millones de hombres que se levantan todos los días a una orden del sol, que van a su trabajo, que viven, aman y mueren ignorados, pero que forman los estratos profundos de la patria, como la obra maciza y profunda de las madréporas en el océano, sobre la que se alzarán los islotes de la otra historia. De esta intrahistoria nada nos dicen los libros.

Aplicando este concepto unamuniano a Madrid, fácilmente se comprende que Madrid es la historia oficial de España y el resto de las provincias, con todos sus habitantes, constituyen la intrahistoria. Y tan grande verdad es todo esto que para que un hombre pase de la intrahistoria a la historia visible, para que un hombre pueda mostrarse al mundo, para que pase del guiso a su espuma, necesita trasladarse a Madrid. De aquí su formidable atractivo, su carácter de meta final en todas las actividades de los españoles, de aquí el que sea la causa de tantos fracasos y de tantas amarguras cuando su luz y su aire delgado, que parece traer efluvios universales, atrae a tantos ilusos que no tienen ni la personalidad ni los méritos suficientes para pasar de lo profundo a la superficie. Y por último —arrimando el ascua a nuestra sardina— de aquí que don Santiago Ramón y Cajal, conocido ya en el extranjero, primera figura en una rama de la Ciencia, sabio de profesión, no tomara contacto con la historia oficial, no pudiera considerarse como celebridad oficialmente reconocida, hasta que no viniese a Madrid. Y, sobre todo, que hasta este momento no pudiéramos hablar del «tiempo de Cajal», porque hasta este momento no ha tomado real contacto con su tiempo. Ha sido un individuo amorfo de la intrahistoria que por sus méritos y esfuerzos ha llegado a sobrenadar en la superficie, y, por eso, tan sólo desde ahora, desde sus cuarenta años, su tiempo influirá en él y él podrá influir en su tiempo. Por esta razón, necesariamente, no por artificio, «el tiempo de Cajal» tiene que tener por escenario a Madrid.

Don Santiago llegó a Madrid por un típico procedimiento español: por haber ganado unas oposiciones. Es sumamente demostrativo que un catedrático, consagrado ya por la oposición que tuvo que ganar para serlo, pueda, simplemente con pedirlo, trasladarse a cualquier vacante de su cátedra que se produzca en cualquier Universidad española, pero que si quiere ir a Madrid tenga nuevamente que hacer oposiciones y ganarlas. Es casi simbólico. Porque no vamos a engañarnos: la diferencia entre la ciencia de un catedrático de Barcelona, por ejemplo, y la de uno de Madrid, prácticamente debe ser nula, y si no lo es no podríamos decir a favor de quién inclinaríamos el veredicto guiándonos sólo por su situación geográfica. En cambio, para pasar de Barcelona a Madrid hace falta una prueba, realizar un esfuerzo, luchar contra algo que a veces no tiene relación con el saber ni la Ciencia. ¿Qué es lo que se compra con ese esfuerzo? Está claro: el derecho a figurar entre los elegidos. Entre «los príncipes de la toga», como decía un catedrático —naturalmente de la Central— muy presuntuoso. Y no vayamos a pensar que esta *élite* es totalmente artificiosa. No lo es, porque su origen está en el mismo carácter de ciudad escaparate, de ciudad esencia, que los españoles nos hemos empeñado en dar a Madrid.

Madrid representa a España. Bien. Luego el escenario madrileño será una síntesis real del abstracto escenario español. Machado lo dice con otras palabras:

En este remolino de España, rompeolas de las
cuarenta y nueve provincias españolas.

Cajal entra en escena, quiérese decir llega a Madrid, en 1892.*El historiólogo, al llegas a* este momento psicológico de su toma de contacto con Madrid lo que equivale a decir con la España de su tiempo, se ve obligado a describir el escenario donde desde este momento la acción va a desarrollarse. Es un escenario muy especial, que cambia su tramoya constantemente y que a la vez cambian no sólo los personajes, sino sus reacciones. Pero siempre quedarán los fondos y sobre todo su carácter de provisionalidad, de cosa pintada fácilmente cambiable, sin solidez, que

sólo parece hecha para encuadrar la acción. Porque nada más parecido que un escenario de teatro a este «vivir al día» de Madrid de ahora y de siempre.

No es nada fácil, sin embargo, describir el Madrid de la Regencia en 1892. Entre otras razones porque no se sabe cuál de sus aspectos elegir que dé una mayor y mejor visión de conjunto. En lo político podríamos decir que Sagasta acaba de tomar el poder, porque Cánovas, al verse abandonado por Francisco Silvela, se ha visto obligado a dimitir. Pero ¿qué significa todo este galimatías de dimisiones, abandonos y cambios? Es la misma ficción con hombres diferentes. Y con justificaciones diferentes. Sagasta es el «pesimista sonriente»[6] que ya no cree en nada y que por eso mismo se considera el más indicado para gobernar a la parte de esa nada con la que le ha tocado en suerte convivir. Cánovas es el pesimista serio que sólo ha perdido la fe en sus compatriotas y ésa es la razón que le anima a engañarlos con una parodia de constitución y de sistema de dos partidos a la inglesa, creyendo que ése es el mejor servicio que puede hacerles. La Historia demostrará que los dos estaban equivocados y que el liberalismo mal copiado y falso que nos trajeron fue un gran mal para España. Quizá tenga razón Marañón cuando dice que todo mal reside en que hemos tenido unos tradicionalistas que no han sabido ser actuales y unos progresistas que no han sabido ser españoles. Pero no es éste el momento de discutir esta cuestión. Sólo nos interesa saber ahora que Sagasta acaba de tomar el poder; que María Cristina, en el Palacio de Oriente, suspira porque la tormenta inevitable descargue sobre su cabeza y deje libre la de su hijo, que ha de representar el papel de monarca de la Regeneración, y que el conflicto filipino, el cubano y la cuestión catalanista no van a ser motivos suficientes para disipar la sonrisa sagastina ni el optimismo inconsciente de un pueblo que todavía vive de las rentas de un pasado glorioso que sólo es recuerdo.

Podríamos también, ya que viene a cuento, dar cuerpo a este optimismo callejero contando cómo Mazzantini, Guerrita y otros llenaban la plaza de toros; cómo el género chico triunfaba en los teatros populares y la Guerrero y la Tubau hacían llorar a las masas; cómo repetían las estrofas de Núñez de Arce, que vendían por la calle. Núñez de Arce que, en el *Miserere*, decía de El Escorial:

[6] Salvador de Madariaga.

De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pie del monte, rendido

sin sospechar que en estas estrofas, un poco ripiosas, que se consideraban entonces inmortales, había una trágica profecía. Podríamos relatar aquellos carnavales en los que, llamados por el Ayuntamiento, colaboraban hombres como Benlliure, Muñoz Degrain, Moreno Carbonero… y se gastaba el dinero, que tanta falta hacía, en Cuba y en Filipinas… Pero no importaba: porque si las cosas se ponían feas, bastaba con una manifestación ante una o dos embajadas, dando muchos gritos y profiriendo amenazas, para que el mundo se diera cuenta de cuál era la voluntad de España y la acatara. Así había pasado en 1885 con el lío aquél de la isla de Yap que quería Alemania y todo se había arreglado. Zorrilla había sido declarado poeta nacional, aunque vivía tan pobre como siempre, y un año más tarde se empleó en su entierro bastante más dinero del que había necesitado él para vivir sus setenta y seis años… Podríamos, podríamos… Pero también podríamos darle la vuelta al cuadro y mirar entre bastidores. Y para ello nada mejor que escuchar las voces de los que entonces eran unos niños o jóvenes sin importancia, pero que sufrieron en sus carnes y en su espíritu todo el espolazo del desastre y que nos dejaron una versión del Madrid de los años noventa muy diferente del optimismo zarzuelero de sus contemporáneos conspicuos. En *La generación del noventa y ocho*, Laín Entralgo hace notar la unanimidad de visión de hombres que como Unamuno, Azorín, Baroja y Valle Inclán representan la generación que aprendió a amar a España en su desgracia y no en su gloria, con el patriotismo amargo y constructivo posterior al desastre. Todos ellos nos dan una visión triste de miseria, de vacío y de tragedia. Y deduce que esta visión, que puede darse si se quiere de cualquier ciudad tan sólo con pintar sus suburbios, es unánime en los hombres del 98 porque traduce la impresión que en su alma estaba grabándose de la España de su tiempo. Y ellos mejor que nadie identifican a Madrid con toda España. Uno de ellos fue precisamente el que le dio el nombre de «la España oficial». Dejémoslos, pues, añadir sus sombrías pinceladas al cuadro que pretendemos pintar:

Unamuno, al llegar a Madrid subiendo la cuesta de San Vicente, describe: «Los rostros macilentos, espejos de miseria y esclavos de espórtula». Ve en Madrid el salón de baile de todos los provincianos, pero en la hora triste y sucia en que comienzan a barrerlo. Azorín nos lega una viñeta de lo que se llamaba «el Madrid moderno», con este fin de siglo por las Ventas:

«Todo chillón, pequeño, presuntuoso, procaz, frágil, de un mal gusto agresivo, de una vanidad cacareante propia de un pueblo de tenderos y burócratas…»

Baroja, con esa soltura de difícil facilidad en la que parece no poner nada afectivo, como si se limitase a ver y decir lo que ve, pero en la que palpita quizá más hondo que en los demás el sentimiento, habla de «un pueblo alegre y pintoresco, fácil para todo el mundo», pero en el que «se ve a los licenciados de Cuba y Filipinas mendigando por las calles». En sus *Memorias* se refiere al ambiente mezquino y achulado del Instituto de San Isidro, a la ejecución de los tres reos de la calle de la Guindalera, el flamenquismo en apogeo, las casas de dormir, los garitos y los astrosos billares de la Puerta del Sol. «Madrid vivía en un ambiente de optimismo absurdo. No había curiosidad por lo de fuera. Todo lo español era lo mejor».
En *La Dama Errante* podemos leer lo siguiente:

Madrid, entonces, era un pueblo raro, distinto a los demás, uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso, podía vivir. Con una quintilla bien hecha se conseguía un empleo para no ir nunca a la oficina. El Estado se sentía paternal con el pícaro, si era listo y alegre. Todo el mundo se acostaba tarde; de noche, las calles, las tabernas y los colmados estaban llenos; se veía chulos y chulas con espíritu chulesco; había rateros, había conspiradores, había bandidos, había matuteros, se hacían chascarrillos y epigramas en las tertulias, había periodicuchos en donde unos políticos se insultaban y calumniaban a otros; se daban palizas y, de cuando en cuando, se levantaba el patíbulo en el Campo de Guardias, en donde se celebraba una feria a la que acudía una porción de gente en calesines… Entonces, los alrededores de la Puerta del Sol estaban llenos de tabernas, de garitos, de rincones, lo que permitía

que nuestra plaza central fuera una especie de Corte de los Milagros. En la misma Puerta del Sol se podía contar más de diez casas de juego, abiertas toda la noche; en algunas se jugaba a diez céntimos la apuesta. Los ***políticos*** *eran, principalmente, chistosos…»*

Y, por último, copiemos un párrafo descriptivo de Valle Inclán del Madrid de aquel tiempo:

«Zaguán en el Ministerio de la Gobernación… Mesa con carpetas de badana mugrienta. Aire de cueva, y olor frío de tabaco rancio. Guardias soñolientos. Policías de la Secreta —hongos, garrotes, cuellos de celuloide, grandes sortijas, lunares rizosos y flamencos—. Hay un viejo chabacano —bisoñé y manguitos de percalina— que escribe, y un pollo chulapón de peinado reluciente, con brisas de perfumería, que se pasea, y dicta humeando un veguero. Don Serafín, le dicen sus obligados, y la voz de la calle Serafín el Bonito…»

En ningún testimonio —nos enseña la Psicología— puede esperarse una objetividad pura. Cuando contamos lo que vemos siempre ponemos algo de nuestra afectividad, de nuestro sentimiento, para colorear el cuadro. La visión de los hombres del 98, está, indudablemente, influenciada por su pesimismo patriótico y sombrío. Por aquel « ¡me duele España!», de Unamuno, que es casi un grito de dolor biológico.
Este es el escenario, o, por mejor decir, su boceto. A medida que la acción transcurre se irán llenando los términos y completando la tramoya.
Ahora es preciso conocer a los personajes que en este conflicto no son más que dos: Cajal y Su Tiempo. Su Tiempo, con mayúsculas para darle personalidad histórica, y que podemos representar por todos aquellos que de lejos o de cerca influyeron o fueron influidos por Cajal; la masa amorfa de sus contemporáneos junto a los personajes conspicuos que pueden llamarse por su nombre. Los protagonistas de la historia y los de la intrahistoria. Lo que un reportero llamaría la Opinión y se quedaría tan tranquilo…

2. Inevitable escaparate: Madrid

—En este tiempo es cuando más me acuerdo de mi Granada —decía Olóriz.

—Esa misma frase se la he oído a usted en todas las estaciones. En otoño, primavera, invierno y verano. Y la conclusión es bien sencilla: se acuerda usted siempre de su Granada. Pero ha venido a Madrid por su propio gusto y si le dijeran de marcharse…

Olóriz interrumpió a don Félix Guzmán, el catedrático de Higiene:

—No me iría. Pero yo también le he oído a usted lamentarse del despego en el trato de esta ciudad con millares de conocidos y con ningún amigo que es Madrid. Sobra espacio y se pierde en él el calor humano…

—Eso es verdad. Vivimos sin conocernos y morimos sin amarnos.

El tercer interlocutor, que caminaba Recoletos adelante con dirección al Paseo del Prado en unión de Olóriz y Guzmán, era Ramón y Cajal. Al llegar a este punto de la conversación, algo que estaba pensando le hizo intervenir:

—Tiene muchas ventajas esta falta de contacto. La primera de todas es el evitar el roce. La segunda es la estupenda independencia que se disfruta para hacer lo que a uno le venga en gana.

—Ya ha hablado el anacoreta de laboratorio —apostilló Olóriz.

Sin embargo, tenemos motivo para suponer que Cajal extrañaba este vivir despegado, «cada uno a su aire», de los madrileños. Acababa de llegar de Barcelona que también era gran ciudad, más cosmopolita que Madrid, y allí, a pesar de todo, se había hecho unos afectos, un reducto amistoso, y, sobre todo, un plantel de discípulos y admiradores que sintieron muchísimo su marcha. Batles había negociado en el Ayuntamiento la posible creación de una plaza de micrógrafo que tuviera para siempre a Cajal entre ellos. En el mismo sentido se habían pronunciado todos los compañeros de la Facultad, que llegaron incluso a censurar a las autoridades por no haber desarrollado alguna iniciativa encaminada a sujetarlo en la ciudad. Sentían perderlo porque conocían su valía y el lustre que podría proporcionar a la Facultad catalana, y en la «Pajarera» de la plaza de Cataluña habían experimentado auténtico sentimiento por su marcha, sin más interés que el afecto personal que supo conquistar en Schwartz, García de la Cruz, Villafañe, Odón de Buen…

Aquí era muy diferente. Claro que habían pasado pocos días para juzgar, pero se daba cuenta en seguida de que era dificilísimo, imposible casi, el crearse un círculo de intereses o de afectos en aquella turbamulta de personas que cada día le eran presentadas, y que lo trataban inmediatamente como si fueran amigos desde la infancia pero que si volvía a encontrarlos en sitio diferente se habían olvidado totalmente de él. Había individuo al que estaba presentado tres veces y aún no le saludaba al encontrarlo en la calle. Era una pintoresca sociedad extremadamente afable, alegre y acogedora, pero de una superficialidad escalofriante. « ¡Ah, sí…! ¡Ya recuerdo!», decían al nombrar a uno que había convivido durante años con ellos y al que sólo hacía dos meses que no le veían. Lo que no impedía que al cuarto de hora de conversar con un conocido reciente te pudieses enterar de su vida y milagros, de sus aficiones y de sus proyectos. La tónica general era la de ambicionar algo próximo siempre: puesto, prebenda, sueldo, recomendación… Parecía que en aquella humanidad multiforme no hubiera nadie que se dedicara durante un año seguido a una faena constante y determinada y se encontrara conforme con ella. Todo provisional, todo de paso, no parecían existir planos de vida normal sino plataformas para el salto. Un estado de inquietud constante, como la que debieron de sentir los israelitas en el desierto un día que se les retrasara el maná.

En los primeros días de su estancia en Madrid había ido al café de Levante. En él encontró una peña de antiguos compañeros de la guerra de Cuba. El tema casi único de la conversación era el escalafón de Sanidad Militar y las malas cualidades de los superiores jerárquicos. Un capitán médico le preguntó:

— ¿Y tú qué haces ahora? ¿También te han destinado aquí?

— ¡Pero, hombre! Si Cajal ya hace mucho tiempo que no es de los nuestros. Está en la Facultad —contestó un vecino de mesa.

—Has hecho bien. ¡Quién hubiera podido huir a tiempo de la Sanidad Militar! Claro que todo está mal. ¡Mientras no llegues a catedrático! Y aun así…

Don Santiago consideró innecesario convencer a aquel obsesivo del escalafón de todos sus errores y de su tan indiferente actitud profesional. Por lo visto consideraba a todos los españoles incursos en un monumental escalafón en el que había que subir a fuerza de años, muy despacio y unos pocos escalones nada más.

Claro que su trabajo, su especialidad, aun dentro de la Medicina era muy poco cultivada y menos conocida. Pero llegar a los cuarenta años, tras muchos de trabajo constante y éxito continuo, a llegar a ser un total desconocido, era un poco desmoralizador aun para el hombre más modesto. La mañana anterior oyó una conversación entre estudiantes en el lavabo de la Facultad.

— ¿A quién tenéis en Histología?

—A Cajal. «Ramón Cajal».

—No lo conozco.

—Ha venido hace unos días. Ha estado en provincias hasta ahora.

Porque «venir de provincias» en Madrid es siempre un concepto definitivo. Algo así como salir de la oscuridad a la luz o caer en otro planeta.

Pero el verdadero contacto de Cajal con el Madrid de su tiempo no fue el café de Levante. No tenía nada que hacer él entre aquellos cerebros irremediablemente atrofiados por las páginas de la *Gaceta* y el *Boletín de Sanidad*, que constituían sus únicas lecturas. Un día don Alejandro San Martín, el cirujano, lo llevó a la tertulia del café Suizo.

Don Alejandro había tomado estimación a aquel compañero caviloso y trabajador, que no tenía más defecto que su excesiva franqueza y la cruda opinión con que juzgaba al mundo. Consciente o inconscientemente, San Martín había tomado la decisión de introducirlo en la Corte y educarlo en la suavidad de sus maneras, porque don Alejandro hubiera sido un excelente diplomático de los antiguos con aquella su educación y su arte para usar el eufemismo. « ¡Pero ese hombre es un cretino!», decía un compañero refiriéndose a determinada persona. «No, amigo —decía San Martín—. Debe usted decir más bien que su actuación en este caso ha estado a la altura de lo que podríamos esperar de él». Y don Santiago, a veces, se enfadaba al oírle dar tantas vueltas a un objetivo excesivamente directo, delante de él tan acostumbrado a llamar las cosas por su nombre.

—Va usted a venir al Suizo conmigo. Conocerá excelente gente. Desde luego, lo mejor que hoy puede ofrecerle Madrid.

—Me da un poco de miedo. Hace mucho tiempo que no frecuento la compañía de mis semejantes. Hay tantas cosas que hacer…

—Por eso mismo. Después de una hora en el Suizo las hará usted mejor. Pero perdóneme si le hago una advertencia: no le estará a usted permitido hablar de Histología.

— ¿Por qué precisamente de Histología?

—Porque de eso sabe usted demasiado. Allí está prohibido hablar de lo que se entiende. Es el único medio de librarse de latas y pedanterías… Quiero decir —añadió rápidamente para atenuar el efecto de lo dicho— para evitar el aburrimiento de los que no estén versados en la materia.

—Me parece muy bien. Pero me cuesta comprender cómo se puede hablar de lo que no se entiende.

— ¡Querido amigo! ¡Si la elocuencia está reñida con la sabiduría! Las frases más redondas y los períodos más floridos son aquellos que menos contenido tienen. El buen orador magnetiza pero no enseña.

Don Santiago siguió a su amigo en silencio, rumiando esta idea nueva que abría nuevas luces en su concepción de los hombres. Ahora recordaba que en sus lecciones de cátedra estaba tanto más brillante y elocuente cuanto peor había preparado el tema. Recordaba todavía qué estupendos párrafos le salían cuando no podía decir del sistema nervioso más que vaguedades e hipótesis, y, en cambio, qué premiosa era ahora su palabra cuando en una hora tenía que enseñar tantos hechos ciertos, tantos datos, tan densa doctrina.

Pero, a pesar de todo, don Santiago fue fiel toda su vida a su amor por la elocuencia. Quizá porque su espíritu abierto amaba precisamente lo que más difícil le parecía de adquirir.

Cuando trata de sus amigos de aquel tiempo, Letamendi, Hernando, San Martín, Olóriz… sus mejores elogios son para la palabra fácil, jugosa, artística, de estos hombres. Cuando llega a la cualidad de la elocuencia, el objetivo de su microscopio espiritual se vela con la admiración. En cambio, cuando analiza sus otras cualidades es claro y nítido el campo y puede disgregarlos en sus más pequeños detalles. Poco sospechaban aquellos habladores y turbulentos contertulios del Suizo que el aragonés callado y reflexivo que con ellos se sentaba, estaba mirándolos y analizándolos uno a uno, allí sentado, con el mismo interés y casi igual afición que ponía para estudiar las células nerviosas con el *Zeiss*. Porque don Santiago no se

libró nunca de su obsesión de microscopio. Todo lo vio siempre a su través y a eso quizá se deba su juicio, a veces, un poco duro, del mundo que lo rodea. En las *Charlas de café*, hay sentencias amargas que son como anotaciones de hechos observados, en la cuartilla puesta al lado del microscopio:

«La amistad repugna la pobreza y el dolor. Por tanto si deseas conservar amigos ocúltales tus penurias y tus pesadumbres».
« ¿Alardeas de carecer de enemigos? Veo que te calumnias: ¿Es que jamás dijiste a nadie la verdad ni realizaste un acto de justicia?»

Es este «complejo de microscopio» siempre el que influye en la opinión que a don Santiago le mereció su tiempo y los hombres de su tiempo. Sus conclusiones en el microscosmos quiere por la fuerza de la costumbre aplicarlas al macrocosmos, y esto ahora es importante, porque no podemos olvidar que don Santiago desde este momento, miembro de la historia oficial de España, ha de influir en ella.
Cuando este criterio es aplicado a personas, las imágenes no pueden ser más descarnadas ni más reales. El gran Letamendi, al que tanto admiró y que le hipnotizaba con sus disertaciones llenas de imágenes graciosas y de paradojas estimulantes es, no obstante, puesto en la platina y examinado sin piedad, y por su descripción nos enteramos de que su tremendo impulso creador se esterilizó en mil direcciones sin profundizar en ninguna; que durante toda su vida no hizo más que revestir la imaginación lo poco aprendido en la juventud, y que entristece el pensar cómo los grandes cerebros al llegar a cierta edad ya tienen su mecanismo totalmente construido y sólo pueden especular sobre lo adquirido. Parecen herejías difíciles de concebir en un hombre que fue su amigo y más fiel admirador, pero los señores del microscopio las gastan así y nada más lejos de su ánimo que el ofender cuando describen lo visto a la luz de su criterio.
En otra ocasión juzga a San Martín, y su análisis encuentra en lo que todo el mundo considera más censurable: sus infidelidades filosóficas, sus dudas y aparentes traiciones a sus ideas metafísicas y a las políticas, precisamente sus mejores cualidades; porque don Santiago, fiel siempre a la religión de los hechos, es por tanto antifilosofista, y en estas vacilaciones del cirujano no ve más que una prueba

de su honradez al renegar de cosas en un principio aceptadas, pero en las que las sucesivas meditaciones le obligan a no creer.

¿No es posible, por consiguiente, encuadrar a don Santiago en ninguna tendencia filosófica de las tan en boga en su tiempo? Creemos sinceramente que no. La misma definición filosófica «en boga», es antitética con la idea que nos hemos tenido que formar de don Santiago. No puede encuadrarse su pensamiento político ni filosófico en una doctrina que pueda pasar, porque su cerebro no trabaja nunca sino sobre base cierta. Aun cuando a veces le guste especular y le encante oír hablar, él sólo se siente fiel a sí mismo, fortalecido, como en el mito de Anteo cuando posa los pies en el suelo. Pero, entonces ¿no es esto ya una confesión de su materialismo? Y ¿no es el materialismo una tendencia y hasta una doctrina filosófica?

Es éste un tema al que consideramos la clave del pensamiento cajaliano, y que si logramos desentrañarlo, habremos conseguido comprender la verdadera actitud de don Santiago ante su tiempo. No podemos negar que don Santiago, en el año 1892 y siguientes, hasta después del desastre, era un materialista. Pero no es menos evidente que esta tendencia es la única que podía adoptar, incluso por patriotismo. Y el patriotismo de Cajal no puede discutirlo nadie.

Veamos la situación de España en esos años y comprendamos que estaba anegada en un espiritualismo intoxicante, paralizante, mortal. Es espiritualista, falso o no, el concepto jinjoísta patriotero del amor a España. Todavía no tenían eco las palabras de Costa «pan y despensa», y si los hombres del 98 hubiesen podido hablar entonces, hubieran sido arrastrados por los fieles del patriotismo de «gritar mucho y trabajar poco». Era espiritualista Castelar, el gran tribuno capaz de arrastrar las masas y de hipnotizar con la palabra a miles de hombres a la vez. El hombre gordo y *bon vivant*, del que tan sucias cosas se contaban, pero al que todo se le perdonaba cuando comenzaba a hablar de los valores eternos de la raza y de jerigonzas por el estilo. Cuando lo conoció Cajal, presentado por su amigo Jimeno Vizarra como un biólogo empeñado en el estudio de las células, Castelar dijo campanudamente:

—Hace usted bien; la vida es un arcano y la célula merece más nuestro respeto cuando que la llevamos dentro e influye en nuestros actos.

Esta frase es, en realidad, una vaciedad de circunstancias y, don Santiago, de mil maneras hubiera podido refutarle este concepto semi-mágico y espiritualista de lo más concreto y material que puede encontrarse en el organismo humano, pero ante la augusta presencia del tribuno no pudo proferir palabra, y luego se desquitaba ingenuamente pensado todo lo que podía haberle contestado. Por eso, al saber por su amigo Jimeno que el gran político estaba comido de deudas y que se servía de su formidable influencia para enjugarlas de poco decorosa manera, su materialismo ganó en preponderancia.

Era también espiritualista Giner de los Ríos, el héroe perseguido con su Institución Libre de Enseñanza, que preconizaba la hermandad y la tolerancia con bienintencionados postulados. También Cajal lo reconoció y discutió con él en una de sus lecciones libres. Giner estaba tratando de la muerte biológica. Cajal dijo que la muerte no es más que un tributo que los seres superiores tienen que pagar a su excesiva perfección. El protozoo, la ameba, los seres unicelulares no mueren y hasta en el mismo hombre hay unas células inmortales que son las germinales que han de pervivir para transmitir las características de la herencia y para la supervivencia de la especie. En un sentido más amplio cabía decir que hay un plasma universal que no muere. Sólo es aparente y parcial el concepto de muerte referido a unas pocas diferenciaciones de ese plasma. Estos conceptos, hoy vulgares, constituían entonces una herejía, y un murmullo de estupefacción y aun de burla salió de la concurrencia. Pero Giner aceptó el reto y demostró a Cajal estar tan enterado como él de las doctrinas de Wéismann. Su interpretación era falseada por su irreductible espiritualismo, y Cajal no podía en aquel momento refutarlo con pruebas científicas, con demostraciones de laboratorio.

De todas estas escaramuzas salía reforzado su materialismo. Pero lo que más le animaba a mantenerlo era su claro concepto de las necesidades de su patria. La verdad era que en España sobraban filósofos, oradores, teólogos, políticos y reformadores. Pero hacían falta científicos. Una necesidad tremenda de hombres prácticos, de forzados del laboratorio y de las aulas, que barrieran todas las oriflamas verbeneras del patrioterismo reinante y del espiritualismo caduco y enervante.

Cajal representaba en aquel momento el pesimismo constructor de la Regeneración, y por hallarse en el punto más alto y opuesto del movimiento pendular, tenía que ser por fuerza materialista. Pero materialista de acción y no de actitud. Materialista porque había que serlo en aquel momento para mejor servir a la patria, y esto no era, por tanto, una tendencia filosófica sino un medio para un noble fin. Fuera de esta posición, Cajal era un ecléctico. Kantianos, krausistas, agnósticos… quisieron incorporarlo a sus tendencias, pero sólo tomó de cada doctrina aquello que mejor convenía a sus fines. Así, del krausismo acepta y preconiza sus ideas pedagógicas. El educar al hombre en su totalidad y no sólo intelectualmente es una necesidad que siempre se ha dejado sentir en España; cada vez más los educadores se afianzan en ese camino, y no por eso hemos de decir que son krausistas. Pero de las ideas pedagógicas de don Santiago se podrá hablar pronto más detalladamente, porque ya está en camino la carta que lo llama a Inglaterra.

En Madrid, don Santiago era un provinciano recién venido, con pocas probabilidades de triunfar, a no ser que un chiste lo hiciera famoso en la tertulia del café. Su trabajo callado y constante no trascendía a la calle ni siquiera a los centros intelectuales, porque la ciencia era una cosa secundaria y aburrida, que no encajaba en el *dilettantismo* madrileño. Por la mañana, temprano, a clase, donde unos pocos estudiantes procuraban encasquetarse los principios de aquella disciplina que hasta hace tres o cuatro años no era obligatoria para ser médico. Luego, largas horas de laboratorio oficial y particular. Gracias a que don Julián Calleja, el decano, habíale conseguido presupuesto para montar en un largo pasillo de San Carlos un laboratorio apto, con bastantes microscopios de prácticas y un par de buenos modelos. Después de comer, una horita en el Suizo oyendo hablar de los demás, y de nuevo a casa a trabajar.

Pero este profesor oscuro, sin sospecharlo nadie, vivía fuera de España en el recuerdo y la admiración de hombres selectos, que no lo olvidaban.

Un día recibió una carta de Inglaterra. Era una invitación para dar una conferencia en la Real Sociedad. Miró el sobre por si había sido un error. No, no. Era él mismo. La *Cronian Lecture*, la famosa lección, encomendada cada vez que se celebraba a

un sabio ilustre de renombre mundial, había de ser este año expuesta por él. «Pero… ¿qué voy a hacer yo? ¡Y con semejante auditorio!»

Por la tarde, en el Suizo, pidió parecer a don Alejandro San Martín.

— ¡Pero Cajal…! ¡Eso es magnífico! ¡Claro está que debes ir!

Alguno pidió explicaciones al oír la exclamación. Plácemes corteses. Uno propuso:

— ¡Hombre! Mire usted si convence a los ingleses de nuestra razón en Cuba.

—Y eso de la *Cronian Lecture* ¿en qué consiste? —preguntó otro.

—Si puede usted hablar de política, pídales que echen una mano en Ultramar.

— ¡No hace ninguna falta! —exclamó uno. Y se olvidaron del viaje de Cajal por la urgencia de discutir si sería suficiente con el valor y la fortaleza de los pechos españoles para oponerse a los choriceros yanquis. Después acabaron hablando de la última actuación de Frascuelo. Marcos Zapata, que había venido aquel día, improvisó unas quintillas sobre un escándalo amoroso reciente, que obtuvieron un gran éxito.

Cuando, cosa de un mes más tarde, volvió de Inglaterra, le recibieron con grandes parabienes y apretones de manos.

— ¿Qué tal, qué tal el viaje?

— ¿Tendría usted ganas de ver este sol y esta tierra?

— ¿Y los ingleses? ¿Son tan aburridos como dicen?

—Figúrate cómo serán de aburridos —decía un contertulio a otro en voz baja—, cuando los divierte Cajal hablando de sus células…

Don Santiago satisfizo todas las curiosidades. Habló de la cordialidad de los colegas ingleses. De cómo fue hospedado en casa de Sherrington, que reclamaba ese honor por ser neurólogo. De su investidura de *doctor honoris causa* en Cambridge. Amenizó la narración contando cómo tomó un tren anterior al que debía haber tomado para ir a Cambridge y se perdió entre las edificaciones maravillosas de la ciudad, siendo encontrado cuando ya habían terminado el banquete de recepción. De cómo viven los intelectuales ingleses. Del magnífico espíritu de Oxford y la maravillosa convivencia existente entre alumnos y profesores. Del tradicionalismo en las costumbres. De la diferencia entre aquella educación y la nuestra. «Nosotros somos lechuzas en campanario, comparados con aquellos catedráticos que viven en

los mismos edificios que los alumnos, que comen con ellos y participan en sus juegos. Es la educación total del hombre y no sólo la instrucción lo que allí se consigue…»

— ¿Y la embajada española? ¿Qué tal se ha portado?

—Espléndidamente. Me han agasajado y lamento decirles que el banquete que organizó es muy probable que haga elevar los impuestos este año.

— ¡Ah! ¡Ese Cipriano del Mazo sabe vivir bien! Además querría que te tomaras el desquite por las insulsas comidas inglesas. ¿Cocina de allí o de aquí?

Y se enredó la discusión en las diferencias existentes entre las dos cocinas.

Al salir del Suizo, Odón de Buen, que acababa de llegar de Barcelona y tenía todavía la seriedad reflexiva de los años pasados allí, le acompañó.

— ¿Hacía dónde vas?

—Voy a casa de Bernardo. Tengo que darle las gracias sin más tardanza. Se ha portado estupendamente con mi pequeña, que ha estado enferma todo este tiempo. Es un gran amigo.

—Sí, en efecto. Escucha: me preocupa lo que has dicho sobre el sistema de enseñanza inglés. ¿Crees que es el más conveniente?

—Sí… para ellos. Allí no se instruye, sino que se educa. Se forma la personalidad para que luego cada uno la desarrolle en el sentido que mejor le convenga. Te asombrarías de la escasa cantidad de conocimientos que en aquellas aulas se proporcionan. Esto no vale para todos. En Alemania, por ejemplo, es al contrario. Creo lo mejor un término medio. Pero cualquier cosa antes que la nuestra. Fíjate en esos estudiantes en total libertinaje, agostando su juventud en garitos y billares, durmiéndose en los bancos de la Facultad. Pero, ¿qué van a hacer? ¿Qué podemos ofrecerles para emplear su juventud? Una ciencia en mantillas y unos figurones adustos y engreídos, totalmente fuera de su esfera.

— ¿Y tú? ¿Has encontrado aquí resonancia de tu viaje?

—Hasta ahora, ninguna. Claro que no me he presentado aún al decano…

Sí, sí. Ya sabemos que es un hombre que vale mucho. Pero hay tantos en que pensar… Hoy mismo he hablado con Sagasta. Está completamente decidido a que el sillón vacante sea para quien tú sabes. ¿Qué vamos a hacerle?

Pero un día fue un académico de la Real de Ciencias de Madrid, a Berlín. Allí, en una recepción, habló con Virchow. El académico español estaba muy orgulloso de ser interpelado por tan gran figura de la Ciencia, y se dispuso a contestarle con toda amabilidad. Pero la pregunta era sumamente difícil:

— ¿"Qué hace, qué hace ahora el gran Cajal? El académico español cambió su sonrisa por un gesto de verdadero estupor. ¿Cajal? ¿Quién podría ser Cajal para que se interesara por él nada menos que un Virchow? ¿Algún turista en viaje por España? O a lo mejor ¿algún ministro de la nueva hornada? Y tuvo que hacer enormes esfuerzos para ocultar su ignorancia, prometiéndose en su fuero interno enterarse de quién era Cajal nada más llegar a España.

Y se enteró. Era un hombre de vergüenza que no quiso que a nadie volviera a ocurrirle lo que a él, y hablando con don Miguel Merino, el astrónomo y secretario perpetuo de la Corporación, logró que fuera propuesto el catedrático de la Central para una poltrona vacante.

Por esta razón don Santiago dice, sacando su gracia socarrona, en sus *Memorias*, que fue nombrado académico de la Real de Ciencias a propuesta de Virchow.

Esta anécdota no tendría mayor importancia si no fuera ligada a un hecho inmediato; el de que su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias fue el titulado «Reglas y consejos para la investigación científica».

Por primera vez don Santiago se pone en contacto con su patria desde una tribuna pública y habla de cosas diferentes de lo que constituye su trabajo habitual. Y cosas, además, trascendentales. Bajo el inocente título se esconde la más tentadora invitación que los jóvenes han recibido para dedicarse a la ciencia y a la investigación, y esto, en aquellos momentos, tiene un sentido patriótico. Es la llamada a una nueva política sana y regeneradora, un vibrante alegato a favor de un cambio de rumbo radical y constructivo. Pero es mejor que leamos a don Santiago para convencernos. En uno de los capítulos de su discurso trata del patriotismo y dice lo siguiente:

«Entre los sentimientos que deben animar al hombre de ciencia, merece particular mención el patriotismo. Este sentimiento tiene en el sabio signo exclusivamente positivo; ansia elevar el prestigio de su patria, pero sin denigrar a las demás».

Continúa luego citando a Pascal: «Es cierto que la Ciencia no tiene patria, pero los sabios sí que la tienen y aunque el sabio pertenezca ante todo a la Humanidad, su raza, su nación y su región se envanecen de él».
Más adelante hace una apología del concepto de patria, defendiéndolo de una manera que es totalmente actual, como necesariamente han de serlo todas las ideas fundamentales de la Humanidad:

«Algunos pensadores, Tolstoi entre otros, inspiradores en un sentimiento humanitario tan reñido con la realidad como inoportuno en estos tiempos de crueles competencias internacionales, declaran que el patriotismo es sentimiento egoísta, inspirador de guerras incesantes y destinado a desaparecer, para ceder su lugar al más noble y altruista de la fraternidad universal.
Fuerza es reconocer que la pasión patriótica, exagerada hasta el chauvinismo, crea y sostiene entre las naciones rivalidades y odios harto peligrosos; pero reducida a prudentes límites y temperada por la justicia y el respeto debidos a la ciencia y virtud del extranjero, promueve una emulación internacional de bonísima ley, en la cual gana también la causa del progreso y, en definitiva, hasta la de la Humanidad. Bajo este aspecto, son eficacísimos los congresos científicos internacionales. Porque muchos sabios que en un principio se miraban recelosamente, ya por rivalidad internacional, ya en virtud de la noble y loable envidia aprobada por Cervantes, al ponerse en contacto acaban por conocerse y estimarse cordialmente; y las corrientes de simpatía y de justicia nacidas en las alturas no tardan en filtrarse hasta lo íntimo de la masa social, suavizando progresivamente las relaciones políticas entre los pueblos rivales.
De todos modos, cualesquiera que sean los progresos del cosmopolitanismo, el sentimiento de patria conservará siempre su poder dinamógeno y continuará siendo el gran excitador de las competencias científicas e industriales. Emerge de raíz psicológica harto profunda para que los embates del socialismo internacional y las

lucubraciones del humanismo filosófico puedan extinguirlo. Pasiones de este género no se discuten, se aprovechan, porque constituyen inapreciables depósitos de energía viril y de sublimes heroísmos. Misión de los gobiernos e instituciones docentes es canalizar, domar esta admirable fuerza, aplicándola a provechosas y redentoras empresas y desviándola de las algaradas y alborotos del separatismo fratricida.

Muy atinadamente nota P. J. Thomas, en su *Educación de los sentimientos*, que la idea de patria, como la idea de familia, es necesaria, como lo son igualmente los sentimientos en ellas implicados y que garantizan nuestra propia dignidad. Obran *como* estimulantes del progreso. Se lucha por la gloria de la patria como se lucha por el honor de su nombre… La nación, se ha dicho, es un elemento indestructible de la armonía de los mundos, con igual título que la provincia, la familia, y el individuo… El género humano debe permanecer diversificado para mantenerse fuerte y desenvolver una actividad sin cesar renaciente».

Esta maravillosa defensa del derecho a ser patriota podría ser hoy suscrita por cuantos combaten contra las Internacionales de todos colores. Y aún queda subrayada por el párrafo siguiente, que podría ser totalmente aplicado a rebatir modernas y erróneas corrientes:

«Aun en la imposible hipótesis de los Estados Unidos de Europa o del Mundo, el hombre amará siempre con predilección "el medio material y moral próximo", es decir, su campanario, su región y su raza, y consagrará solamente un tibio afecto, rayano en la indiferencia, al medio lejano. Se ha dicho repetidas veces que la adhesión y el cariño del hombre a las cosas del mundo es inversamente proporcional a la distancia de éstas en el espacio y en el tiempo. Y decimos "tiempo", porque la patria no es solamente el hogar y el terruño, es también el pasado y el futuro, es decir, nuestros antepasados remotos y nuestros descendientes lejanos».

Y, por último, su problema, su gran preocupación es abordado de modo directo, como es su costumbre, y tajante:

«Fuerza es confesar que los españoles tenemos mayor necesidad de cultivar dicha pasión a causa del desdén con que, por motivos que no hacen ahora al caso, hemos

mirado durante muchos siglos cuanto se refiere a la investigación científica y a sus fecundas aplicaciones a la vida. Obligación inexcusable de cuantos conservamos todavía sensible la fibra del patriotismo, más de una vez lastimada por los dardos de la malquerencia extranjera, es volver por el prestigio de la raza, probando a los extraños que quienes siglos atrás supieron inmortalizar sus nombres, rivalizando con las naciones próceres, tanto en las hazañas de la guerra y en los peligros de las exploraciones y de sus descubrimientos geográficos, como en las pacíficas empresas del Arte, de la Literatura y de la Historia, sabrán también contender con igual tesón y energía en la investigación de la Naturaleza, colaborando, al compás de los pueblos más ilustrados, en la obra magna de la civilización y del progreso».

No hay duda alguna. El profesor «venido de provincias», donde sólo hizo Histología, está ya incorporado al quehacer de la capital de España: hacer Política y hacer Historia.

Mientras tanto, ha llegado ya el año clave, el 1898, que a medida que pasa el tiempo se afirma en su significación de fin y principio. Fin de un pasado glorioso, que como todos los pasados gloriosos que no se han continuado en un presente digno de él, ha de terminar en desastre. Principio de nuevo concepto de la patria, de un mejor aunque triste conocimiento de nosotros mismos.

El año 98 está cargado de historia ejemplar. Está al alcance de cualquiera buscar y leer los periódicos de aquellos días, y desbrozándolos de partidismos, de pasiones y de retórica de la época, anotar los hechos escuetos, objetivos, totalmente comprobados y luego repasar lo anotado para ver lo que ha salido. Palabra de honor que merece la pena. Si hubiera un educador que se preocupara de hacer este sencillo trabajo, para lo cual no emplearía más de dos o tres tardes, podría proporcionar a las escuelas públicas un valiosísimo documento de una ejemplaridad admirable. Sin intentar siquiera paliar nada. Probablemente sería un poco brutal para las inteligencias infantiles, pero si a continuación se les mostraba el fructífero resultado de aquella terrible enseñanza, de cómo tras unos años de penosa liquidación de aquellos pecados, España vuelve a encontrarse a sí misma, hoy, la lección sería imborrable y desde luego mucho más eficaz que el monótono contar y recontar de victorias guerreras o de actos de heroísmo.

Reseña periodística del año 1898

Enero.

Noticias de Cuba:

Después de la concesión de la autonomía a la Isla se ha formado el primer gobierno cubano con don José María Gálvez como presidente.

—El presidente argentino Quesada ha dado un espléndido banquete en su residencia de La Habana. La marquesa de X brindó por «una Cuba pacificada y siempre española». El embajador de EE.UU., Wordorff, brindó también con una galante sonrisa.

—Ha llegado al puerto de La Habana el barco de guerra de EE.UU. *Maine*, con objeto de salvaguardar los intereses norteamericanos en la isla.

Noticias de Madrid:

Han sido recibidas con general indignación y repulsa las declaraciones de Pi y Margall, en las que aboga por un pacto con Cuba a base de la total independencia, sacando el máximo provecho en el capítulo de la Deuda y aranceles.

—Parece que no prosperará el proyecto municipal de investir de autoridad a los porteros. Las opiniones están en este asunto muy enconadas.

—«Caballeros de Santo Sepulcro» es la denominación irrespetuosa y de gracia macabra que determinados sectores aplican al grupo que intenta continuar la doctrina política del malogrado Cánovas, asesinado hace seis meses en el Balneario de Santa Águeda.

Febrero.

Noticias de Cuba:

En la noche del 15 ha estallado el crucero de los Estados Unidos Maine, en el puerto de La Habana. Los trabajos de salvamento han sido mandados por el general González Parrado y se han registrado actos de verdadero heroísmo y abnegación por parte de los nativos y de los españoles. El número de muertos asciende a 240.

—Después de la voladura del Maine los ánimos se encuentran muy excitados y son muchas las versiones del misterioso hecho. Las noticias de EE.UU son alarmantes y contradictorias. El presidente Mac Kinley ha sido emplazado en la Cámara a tomar medidas enérgicas.

Noticias de Madrid:

En la plaza de toros se celebró ayer con gran regocijo del público el torneo entre un toro y un elefante. Completó el festejo la lidia de un novillo por el debutante Vicente Pastor

(a) «El chico de la blusa».
—Algaradas estudiantiles por reformas anunciadas en la Enseñanza.
—Se prepara con gran animación la fiesta patriótica del Teatro Real.

Marzo.

Noticias de Cuba:

Ha producido enorme impresión el mensaje de Mac Kinley aprobado en la Cámara de Washington por 324 votos contra 40. Entre sus partes más sensacionales se halla la denuncia de los bárbaros procedimientos españoles contra los nativos, y propone la intervención de los EE.UU. en la disputa por las mismas razones que los países europeos actuaron contra los turcos para poner freno a sus desmanes.

Noticias de Madrid:

Se está celebrando con extraordinaria animación el Congreso Internacional de Higiene y Demografía. Representantes de todos los países del mundo toman parte en él y se hallan encantados de la hospitalidad madrileña y de la alegría y riqueza de sus fiestas. Cajal ha dado una conferencia magistral ayer tarde. Se prepara una corrida de toros extraordinaria en honor de los congresistas. Don Amalio Gimeno, el organizador y secretario general, está siendo felicitadísimo.

—Era admirable en estas fiestas de Semana Santa contemplar a nuestras bellas mujeres luciendo el nuevo cinturón tojo y gualda llevado como alarde patriótico en estos días de intranquilidad mundial.

—El nuevo pasodoble La Marcha de Cádiz suena en todas las fiestas patrióticas que en estos días se celebran, como un himno vibrante al valor de los españoles.

Abril.

Noticias de Cuba:

Después de la ruptura de relaciones entre los EE.UU. y España, ha comenzado el bloqueo de las costas por la escuadra yanqui.

—El embajador español en Washington, Polo de Bernabé, ha salido para España, mientras de Madrid ha partido el embajador americano.

Noticias de Madrid:

Disturbios callejeros, prontamente sofocados, se motivaron ayer al tener noticias de la ruptura de relaciones con EE.UU.

—Ya se sabe que los diestros que van a torear en la gran corrida en beneficio de la Marina de Sevilla, serán Guerrita, Bomba, Mazzantini y Parrao.

—Enorme júbilo y entusiasmo ha producido la noticia de que el capitán Deschamps en el Montserrat ha forzado el bloqueo yanqui.

Mayo.

Noticias de Filipinas:
La flota española, al mando de Cadarso, ha salido de Subic 274 en dirección a Cavite. Se compone de dos barcos de 300 T cuatro de 1000 y tres de 500. Se encuentran entre ellos el Castilla, el Ulloa y el Don Juan de Austria.

—Ocho grandes cruceros norteamericanos han atacado a la flota española en Cavite. Los mandaba el almirante Dewey desde el Olympia. Las defensas costeras han sido impotentes. Al mediodía casi todos los barcos españoles ardían y sus cañones no respondían más que aisladamente. Tras un breve descanso de los norteamericanos para comer ha continuado la batalla, habiendo sido hundidos todos los barcos españoles. El número de bajas asciende por parte española a 618 muertos y un número no determinado de heridos y prisioneros que comprende toda la flota. Por parte de los norteamericanos las bajas se cifran en 6 heridos.

—Dewey ha dicho, refiriéndose a los caídos en la batalla de Cavite: «Los muertos y cuantos quedan con vida han demostrado su devoción por la Patria, ofreciendo con alarde asombroso la existencia rendida en rasgo sublime».

Noticias de Madrid:

Al salir el público de la corrida de toros en que alternaron los espaldas Bombita, el Guerra y Fuentes, empezaban a conocerse las noticias del desastre de Cavite. Se organizaron disturbios callejeros que fueron pronto reprimidos. A las doce de la noche la tranquilidad era absoluta.

—La festividad del Dos de Mayo se ha celebrado con esplendor inusitado. La procesión cívica fue concurridísima y desfiló con orden entre las calles engalanadas,

con los balcones cubiertos con banderas nacionales. Por la tarde se ha celebrado una gran corrida de toros con gran éxito de público y de cartel.

Junio.

Noticias de Cuba:
—Bombardeos de Matanzas.
—Bombardeos de Cárdenas.
—Bombardeos de Cien fuegos.

Noticias de Madrid:

Se sabe que lo recaudado en la última corrida patriótica asciende a doce millones de reales.

—A la fiesta celebrada en honor del rey Leopoldo de Bélgica, nuestro ilustre huésped, asistió también el escritor Pierre Loti de paso por España. Luisa Campos cantó unas coplas que fueron muy celebradas y que dicen así:

Al pelear con los yanquis
señores, tendrán que ver
cómo de dos ladrillazos
los hacemos correr.
Tienen muchos barcos;
nosotros, razón.
Ellos armamento,
nosotros, honor.

Julio.

Noticias de Cuba:

Días 1, 2 y 3. — Se está librando una cruenta batalla en Lomas de San Juan y Caney por la posesión de Santiago de Cuba. Cinco mil españoles, al mando de Arsenio de Linares, luchan contra veinticuatro mil norteamericanos dirigidos por el general Shalter. Pese a la bravura de los defensores y a sus continuos actos de heroísmo no puede caber duda sobre el resultado de la batalla.
Noticias de Madrid:

La opinión pública se pregunta qué hace la escuadra inmóvil en Santiago de Cuba. Ante la redacción de La Reforma y como comentario a las noticias recibidas de Cuba, se oían voces de « ¿Qué hace la escuadra?» « ¡Al toro, al toro!»

Agosto.

Noticias de Cuba:

Hoy, día 4, la escuadra de Cervera ha abandonado Santiago de Cuba en busca de los barcos norteamericanos. Iba compuesta por el Cristóbal Colón, el Oquendo, el Vizcaya, el Marta Teresa y los destructores Plutón y Furor.

Del mismo día: Se ha librado una gran batalla naval a la vista de la costa cubana, que ha podido ser contemplada en toda su magnitud desde el Morro. Los destructores Plutón y Furor han sido hundidos en primer lugar, pereciendo casi toda su tripulación y entre ella su jefe Villaamil. El María Teresa ha varado, totalmente desmantelado, en la playa, siendo hechos prisioneros Cervera y Concas. Los demás, juntamente con sus jefes Lazaga Eulate y Díaz Moreu, han sido destruidos y hundidos por los cañones de los barcos norteamericanos, situados a una distancia en que no podían ser alcanzados por la artillería española. El balance de bajas asciende a 600 muertos y 1.300 heridos y prisioneros por parte de los españoles, y un muerto y dos heridos por parte de los norteamericanos.

Noticia de un periódico yanqui:

Villaamil, al morir en un destructor, exclamó: «Teníamos una cita con la muerte y hemos ido a ella pensando sólo en Dios y en nuestra patria. Estos héroes desesperados que han provocado el combate han ofrecido un espectáculo sublime, que pasará sin duda a la Historia».

Noticia de Madrid:

El jefe del Gobierno ha dicho a los periodistas al despedirlos:
«Nada más por hoy. Seguiremos luchando».

¿Para qué seguir? De sobra sabemos que cayó Santiago de Cuba, que en agosto, y en París, se firmó la paz, solicitada por España, en condiciones desastrosas, que luego, hubimos de ceder las Filipinas por un poco de dinero… Poco tiempo después, con motivo de sabe Dios qué desavenencias, un funcionario público, excelente poeta, periodista y académico, fue jubilado prematuramente por el ministro de Estado. El se vengó escribiendo esta quintilla que fue famosa:

Parece grande y es chico;
fue ministro porque sí,
y en nueve meses y pico
perdió a Cuba, a Puerto Rico,
a Filipinas y a mí.

No hemos encontrado nada que retrate mejor la inconsciencia de la época y precisamente a través de uno de sus hombres célebres. La pérdida de más de un tercio de territorio español, de miles y miles de vidas, de todo el poderío naval, de la consideración como primera potencia, de tantas cosas imponderables, al final sólo sirve para que un funcionario despechado pueda encontrar consonantes para una quintilla mordaz.

¿Qué fue de don Santiago en todos estos alucinantes meses?

Cuando terminó el curso en San Carlos, don Santiago huyó de la ciudad cuya inquietud irresponsable y sin fin le enervaba, y fue con su familia a pasar el verano a Miraflores de la Sierra. Les acompañaba Olóriz y de vez en cuando llegaba hasta su retiro el eco de la tragedia. Cuando cayó Santiago de Cuba y se dio por perdida toda la escuadra, Olóriz y él fueron a Madrid. Allí don Santiago claudicó a la tentación de escribir en la prensa para desfogar así su espíritu de tanta amargura, usando el típico recurso español en busca tardía de responsabilidades. Junto a los que como él habían permanecido al margen o habían sido agoreros pesimistas, lanzó una serie de declaraciones y artículos en *El Liberal* y en *La Vida Nueva*, de los que casi inmediatamente se arrepintió.

Entonces volvió a casa, se encerró en su cuarto de trabajo, y tomando el hilo de sus investigaciones lo siguió desde donde lo había dejado. Estaba entonces dilucidando el enigma del quiasma óptico. Muy pocos días le bastaron para dar cima a uno de sus mejores descubrimientos; y cuando lo terminó tuvo el absoluto convencimiento de que había hecho por su patria muchísimo más que cuantos en Madrid seguían despotricando contra Salmerón, Silvela o Sagasta.

3. Ciencia y política

Las épocas clave de la historia de los países del mundo van siempre rodeadas, en los libros, de frases ingeniosas. Raro es el comentarista escritor, y a veces el simple hablador de café, que no tienen su frasecita dispuesta a resumir en una línea un capítulo importante de la Historia. Así, por ejemplo, la guerra de España contra Estados Unidos, entre las muchísimas frases con que se vio sintetizada, cuenta con una, debida a Guerra Junqueiro, que dice así:

«La guerra entre Estados Unidos y España es la lucha desigual entre Frascuelo y Edison».

Quiere decir con ello la pugna entre el valor limpio y la ciencia organizada y poderosa.

Si traemos a cuento esta frase es por el semejante sentido de otras frases de Cajal, que como hombre de su tiempo no podía dejar de caer en la tentación de hacer frases:

«Al carro del progreso español le falta la rueda de la Ciencia».

Y esta otra:

«España está en deuda con la civilización».

Con las dos se remacha todo lo que es posible el concepto de la escasez de ciencia y de científicos que sufrían los pobrecitos españoles.

Pero las frases lapidarias tienen, necesariamente, un descomunal margen de error. No se puede resumir en unas pocas palabras un complejo hecho histórico, ni un carácter, ni un trozo de la historia de un pueblo. Son las frases producto de la invencible tendencia a la generalización que tiene el hombre; y don Santiago, que en lo que se refiere a su trabajo habitual es el mayor enemigo de las generalizaciones, por cuanto se oponen a la búsqueda y a la consagración del hecho concreto que ha de formar la doctrina, es sin embargo en su contacto con su tiempo, en lo político y en lo social, un gran amigo de las frases. No puede explicarse esto si no es por su debilidad hacia la palabra bella y el acatamiento a su poder mágico.

Pero esto no le libra de equivocarse como los demás, al igual que se equivocó Guerra Junqueiro, porque aquella guerra no fue sólo la lucha entre el valor y la Ciencia, sino también la de la pobreza contra la riqueza, la de la imprevisión contra la previsión, la de la inconsciencia contra el cálculo, la de la torpeza contra la astucia, la del pasado contra el presente, la de la razón histórica contra la razón política… Es ésta, pues, una equivocación por defecto. En cambio, cuando Cajal dice que al carro español le falta la rueda de la Ciencia, se equivoca por exceso. Porque don Santiago tiene un concepto de la Ciencia excesivamente unilateral, limitado tan sólo a lo concreto, a lo experimental. Para él no es ciencia más que la observación objetiva de los hechos naturales, y por esto llega a la aberración de no considerar como ciencia más que lo que es técnica. Hemos visto cómo aun dentro de lo suyo, de la Histología, Cajal huye virtuosamente de las teorías y de las elucubraciones, lo que da una mayor densidad y fortaleza a su obra, pero no puede aplicarse este proceder a todo el conocimiento humano. En el Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias llega a decir que «aquella singular manera de discurrir que consiste en explorar nuestro propio espíritu para descubrir en él las leyes del Universo ya sólo inspira sentimientos de conmiseración y disgustos». ¡No tanto, don Santiago, no tanto! Si así fuera habríamos de condenar a Sócrates, a Platón, a

Aristóteles, a Pascal, a Descartes… Nuestro propio espíritu es un instrumento jerárquicamente superior a su microscopio en el descubrimiento del Universo, porque en realidad su microscopio fue un instrumento conseguido por la inteligencia humana para ayudar al espíritu en su excelsa tarea.

Y llevando el razonamiento a nuestra esfera de intereses, por el mismo procedimiento podríamos demostrar que se equivoca al decir que en España faltan sabios y ciencia. Posiblemente tendría razón en lo que se refiere a la ciencia experimental, pero no la tendría empleando la palabra Ciencia en su verdadero y amplio sentido. No podemos detenernos en refutarlo con documentación apropiada. Sería penoso, largo, y también innecesario, porque ya lo ha hecho por nosotros, y de manera incomparable, Menéndez y Pelayo. Hay una legión de pensadores, teólogos, geógrafos, descubridores y naturalistas españoles para desmentirlo. Quizás el español tenga una mayor afición a «la ciencia que puede hacerse paseando y con las manos metidas en los bolsillos», pero todavía no nos hemos puesto de acuerdo en cuál de las dos ciencias es la jerárquicamente superior, y aunque el progreso material esté ligado al trabajo del hombre de laboratorio y al técnico, hay otra clase de progreso, y otra clase de verdades que no lo necesitan…

Precisamente el camino de nuestro razonar nos ha llevado a la segunda frase de don Santiago: «España está en deuda con la civilización». El propósito nuestro ha de ser, desde ahora, demostrar no que don Santiago estaba equivocado —esto lo sabe cualquiera que haya llegado a los actuales días con uso de razón—, sino que él mismo llegó a saber que estaba equivocado y a confesarlo así. Pero mientras tanto, y durante unos cuantos años, los hechos no van a hacer más que darle totalmente la razón.

Una mañana de junio caluroso, en la antesala casi vacía del ministro de Fomento hay un hombre agitado que no puede estar sentado, que pasea por el salón y que, de vez en cuando, repasa unos papeles que lleva en el bolsillo. Por fin el ujier le llama y le conduce ante el marqués de Pidal, que desempeña por entonces la cartera. El marqués, que es buen fisonomista y además tiene encima de la mesa la tarjeta de presentación del recién venido, se levanta para tenderle la mano:

— ¿Cómo usted por aquí, Cajal? No entra en sus costumbres venir a visitarnos…

—Señor marqués. Quiero hacerle una consulta sobre un asunto que me parece de gran trascendencia. Lea su excelencia esta carta, por favor.

El ministro toma la carta y la lee. A medida que avanza en la lectura aumenta el interés en su rostro. Al acabar exclama, convencido:

— ¡Ya lo creo que la tiene!

Y sin más comentarios pulsa un timbre que consigue la entrada casi instantánea de un secretario.

—Oiga, Rodríguez. ¿Hay en su departamento algún periodista?

—Sí, señor marqués. Están el redactor de *El Globo* y el de *Vida Nueva*.

—Dígales que pasen y busque usted a otros. Los que más cerca se encuentren.

Ramón y Cajal, muy asombrado, asiste a este despliegue de órdenes. Quiere hablar con el ministro:

—Pero, señor marqués. Yo quería…

—Un momento, Cajal. En seguida le atiendo. Escuche, Zugasti, tráigame un extracto del Presupuesto. ¡Ah!, y entérese de si puedo ver al señor Presidente esta mañana.

Rodríguez, mientras tanto, ha vuelto conduciendo a cinco periodistas, que saludan con tranquila confianza al marqués.

— ¿Hay algo bueno para nosotros? —pregunta el más atildado de todos ellos, el que pertenece a la redacción de *El Globo*.

—Sí que lo hay. En primer lugar, aquí les presento a don Santiago Ramón y Cajal, catedrático ilustre de nuestra Facultad, académico y sabio de renombre internacional.

Los periodistas se inclinan respetuosamente ante tantos títulos sólidos que no acostumbran ver reunidos en una sola persona y en semejante lugar. Don Santiago no sabe dónde meterse.

—Don Santiago, señores, viene a comunicarme una cosa que casi estoy por decir que es lo único bueno que he oído en estos tristes años. Ha sido invitado a dar unas conferencias en el extranjero, con cuatro o cinco sabios europeos más y en unas condiciones dignísimas. Pero me parece que no adivinarían ustedes qué país es el que ha invitado a nuestro ilustre compatriota.

Y la redonda cara, adornada con enhiesto bigote, del marqués, sonríe feliz por la sorpresa que va a dar a la voz del país. Los periodistas esperan su respuesta:

—Ha sido invitado por los Estados Unidos de América.

Si quería conseguir un efecto teatral lo ha logrado. Los redactores reflejan en sus rostros y en sus exclamaciones el asombro producido. Uno dice, con escaso miramiento para el lugar en que se halla:

— ¡Esto sí que está bueno!

Y en esta exclamación hay muchas cosas. Porque sólo hace seis meses que España ha sido humillada por los Estados Unidos hasta extremos inconcebibles. Los desastres de Cavite y Santiago de Cuba son puñaladas todavía, y siempre enconadas, en el cuerpo de la Patria. El cacareado orgullo español está pisoteado. La poderosa nación ha acabado con muchas glorias y sólo unos miles de héroes en el fondo del mar y en la tierra cubana y filipina dan testimonio de la bravura española y reivindican tristemente el honor, que es lo único que queda. Cuando he aquí, que la misma poderosa nación, el país que parece tenerlo todo, dinero, ciencia, técnica… se ve precisada a llamar a un sabio español para que le enseñe cosas que no sabe. Aquellos mismos hombres que sólo hace unos meses escribieron en sus periódicos tristísimos relatos de las derrotas de tierra y mar, que con estupor tuvieron en sus manos los despachos telegráficos que hablaban de una superioridad inconmensurable del enemigo, que se dieron cuenta al fin de los ciegos que habían sido menospreciando a la joven nación americana, los que ahora llenan sus cuartillas de lamentaciones y gritos de reforma por el atraso español, se enteran de pronto de que entre ellos vive un hombre que puede por sí sólo demostrar al mundo que España vive y resurge entre sus ruinas con más pujanza que antes. ¿Queríais ciencia? Pues ahí va uno de nuestros sabios a enseñárosla. ¡Y que es el primero en lo suyo!

Los reporteros no esperan más y rodean a don Santiago, que está aturdido:

— ¿Cuántos años tiene? ¿Dónde nació? ¿De qué trata la Histología?

— ¿Cómo dice que es esa Universidad que le invita?

—La *Clark University*, de Worcester. Pero, señores, si yo…

— ¿Se escribe así? ¿Y cuánto le paga por ir?

—Me han mandado un cheque de seiscientos dólares. Pero, lo que yo quería…

Mientras tanto, el ministro está departiendo con Zugasti y haciendo cálculos en un papel. Cuando termina se levanta y con un ademán impone orden en el inquieto grupo.

— ¡Señores, señores! —Un leve carraspeo para indicar que va a hacer una declaración oficial a la Prensa. Los periodistas, obedientes y conscientes de su obligación, abandonan a don Santiago y se disponen a tomar nota de sus palabras.

—Señores: Es para mí una gran satisfacción el anunciarles el viaje de nuestro sabio compatriota a los Estados Unidos. Este hecho tiene una doble significación. Es, en primer lugar, una muestra de la buena voluntad entre nuestras naciones, tras de la honrosa paz… Es decir, pongan ustedes: tras haber callado la voz de las armas. Y en segundo lugar es una clara prueba de lo que España sigue significando en el concierto universal —aquí la voz y el gesto aumentan la elocuencia—. Un sabio español es reclamado por la nación hasta hace poco enemiga nuestra. Estoy seguro que las palabras que allí pronuncie, además de ser un mensaje de paz, demostrarán al mundo que el genio español no ha muerto y que reclama un honroso puesto.

Las últimas palabras casi no se oyen por el entusiasmo de los presentes. El ministro reclama de nuevo orden y añade:

—Pueden asegurar también que don Santiago Ramón y Cajal irá a Norteamérica debidamente asistido por el Gobierno español. Voy a concederle, en cuanto vea al Presidente, una subvención de viaje que le permita atender dignamente a todas sus necesidades…

Los periodistas, después de completar algunos datos con el ministro y con el aturdido don Santiago, se fueron marchando.

Al quedarse solos, el marqués tomó del brazo a don Santiago y sonriéndole efusivamente lo llevó hacia la puerta.

—Ha sido para mí una gran alegría que haya venido usted a comunicarme esta gran noticia… Pero, ahora que me acuerdo, ¿no quería usted preguntarme algo?

—Si Pero ya no merece la pena. Yo en realidad venía a que me sacara usted de una duda. Venía a preguntarle, si está bien o no está bien que vaya a Estados Unidos. Después de lo que ha pasado.

Doña Silveria está en el camarote desde que embarcaron, porque se ha mareado desde el primer día. Ya se encuentra mejor, y su esposo, que pasa muchos ratos con ella, la anima a salir a cubierta. Hoy le habla de antiguos recuerdos.

—Hemos estado —le dice— Mosso y Forel (ya sabes, son los que también van al decenario de la *Clark*) y yo, hasta ahora, en la cubierta alta mirando las estrellas que están hermosísimas esta noche. Y de pronto me he acordado de aquel otro viaje que hice hace muchos años y en la misma dirección. También iba a hacer algo en favor de España, pero… no me salió muy bien. Espero que ahora tenga más suerte.

Y sonreía con un poco de tristeza. Doña Silveria aplicó las palabras de su marido a una idea que su espíritu sencillo albergaba hacía días:

— ¿Crees que nos recibirán bien? Digo yo por lo de la guerra. Decían los periódicos tantas cosas de ellos y de nosotros…

— ¡Por Dios, Silveria! ¡Que vamos a un país civilizado! No pienses más en esas tonterías.

Pero a pesar de sus tranquilizadoras palabras, don Santiago no las tenía todas consigo. Claro que no temía un mal recibimiento, como su esposa, ni siquiera una mala mirada o unas malas palabras. «Después de todo —decía con amargura— bien poco daño les han hecho nuestros fusiles y nuestros cañones». Pero lo que sí temía era que una equívoca referencia a su Patria, alguna indiscreta frase de un inconsciente, le obligara a defender a los suyos y creara una desagradable situación.

Pero al llegar a Nueva York comprendió cuán poco probable era que una cosa semejante ocurriera. El matrimonio, perdido en la inmensidad del muelle, eran hormigas humanas en las que nadie se fijaba y que asistían despavoridas al monstruoso torbellino de una ciudad que parecía construida para gigantes. Si quisiéramos resumir las impresiones de los Cajal en aquellos alucinantes días, no nos saldría más que una recopilación de hechos sueltos, impresionantes experiencias que les demostraron que venir de Madrid también es a veces venir de provincias, porque todo es relativo en este mundo, lo diga o no lo diga Einstein.

Llegada a Nueva York. Calor sofocante. No es verdad la acción moderadora de la humedad marina. Rascacielos. Calles como desfiladeros monstruosos y sin sol. Un

hotel cerca de las nubes. «Vamos a otro que sea más bajito». « ¿Pero por qué?» «Porque me han dicho que aquí los incendios son el pan nuestro de cada día». «Bueno, mujer, lo que tú quieras, pero es un temor tonto. Ya comeremos luego». « ¡Qué calor! ¿Por qué gritan? ¿Qué ocurre? ¡Santiago, Santiago! ¡La gente corre por el pasillo! ¡Se está incendiando la casa! ¡Dios mío, Dios mío!» «No pierdas la serenidad. Vamos por aquí. ¿Ves? Hay una escalera de incendios en todas las casas». « ¿Y tú quieres que baje por ahí?» «No te va a quedar otro remedio…» «Por fortuna ya acabó. Ha sido menos de lo que pensábamos. Pero nos han estropeado el descanso. Tenemos que aprovechar las horas que estemos aquí». Almacenes. Mercancías corriendo en raíles sobre las cabezas. « ¡Pero qué calor!» « ¿Cómo, habla usted español, señorita?» «Naturalmente. Soy cubana. Refugiada desde que huí de un campamento de concentrados». « ¡Ah, ya!» «No se preocupen. Aquello ya pasó. Y no vamos a echarles la culpa a todos ustedes». *Buildings*. Fábricas. Inmensa playa de Manhattan. East River. Parque Central. « ¿Sabes, Santiago? Si nos pasara algo en esta nación, creo que nadie se enteraría en el mundo. Esto es demasiado grande para cristianos. ¡Qué calor!»

El tren de Boston. Más calor. Refrescos, helados, servidos por criados negros. Mucha, excesiva velocidad. Boston. Luego Worcester. « ¿Qué te pasa?» «La cabeza. Me estalla. Vamos a un hotel. No puedo ir a la Facultad en este estado. Por favor, agua fría. Compresas, muchas compresas». « ¡Dios santo! ¿Pero qué ocurre ahora?» « ¡Otro incendio! ¡Camarero, camarero!… ¡Ah! ¡El día de la Independencia! Pero, ¿es necesario hacer tanto ruido por eso?» Tiros, sí, verdaderos tiros. Rifles disparados al aire. Y músicas sin fin, cohetes. ¡Cómo chillan aquí las mujeres! ¡Y así toda la noche! Y al día siguiente los periódicos: «Tantas y tantas víctimas del *Independence Day* (como si fuera un número más de festejos)».

—Soy el secretario de la Universidad. Me envía el rector Stanley para disponer su alojamiento en Wórcester. Sentimos mucho que no nos participara ayer la llegada, porque hubiera usted asistido con nosotros a los actos del *Independice Day*.

—Vinimos muy cansados. Muchas gracias. En seguida disponemos todo. Será preciso llamar al cochero para que ponga los baúles…

—No es preciso. Yo mismo lo haré.

Y el flamante y joven secretario, de frac, con su chistera y todo, tomó el baúl y las maletas y las dejó en el pescante antes de que nadie pudiera impedírselo.

Doña Silveria lo contemplaba asombradísima y se encontraba violenta por las arrugas y las manchas que en el impecable frac de unos momentos antes había dejado el esfuerzo. Intentó hacerle comprender que quería cepillarle un poco.

— ¡No merece la pena, señora!

—Pero. ¿Por qué se ha tomado usted esa molestia? Eso era cosa del camarero.

—No. Aquí no es propio de una sola clase el trabajo manual Todos debemos trabajar y ningún trabajo es vergonzoso.

—Bonita lección para estos europeos tan mal acostumbrados —exclamó don Santiago—. Lástima que no podamos aprovecharla, porque además de ser democráticos hay que tener buena musculatura.

El secretario exhibicionista sonrió complacido a lo que consideraba un gran elogio para su democracia y para su fortaleza. Su ingenuidad de niño grande no daba para más.

Sería fatigoso repetir con nuestro hombre, de nuevo, el resto de aquellos agotadores días yanquis. Es seguro que su memoria nos agradecería el que nos valgamos de un subterfugio para recordar su estancia en los Estados Unidos. De un subterfugio muy español, que consiste en irnos de tres a cuatro al café, sentarnos cómodamente, pedirle al camarero lo de todos los días y mientras disolvemos el azúcar en el vaso y nos bebemos su contenido a pequeños sorbos, oír contar a don Santiago y comentar a sus contertulios:

— ¿Dónde les alojaron, por fin?

—En casa de míster Salisbury. Es un solterón riquísimo que se divierte creando cátedras en la Universidad, edificando y dotando museos; ha cedido a la ciudad un parque que vale millones y ha construido dos hospitales con capillas para distintas confesiones…

—Extraordinario ejemplo de tolerancia —exclamó el antiguo miliciano Alredete, con intención aviesa.

Don Carlos de Vicente, quizá considerándose aludido, intervino:

—Tienen que tener en cuenta ustedes que allí la tolerancia no es una virtud, sino una necesidad. Norteamérica se ha formado con un mosaico de razas,

nacionalidades y confesiones religiosas. Es fácil y a la vez necesario —porque los que hoy la pueblan han nacido ya siendo una parte de este mosaico— mantener toda la vida el respeto a las costumbres y a la religión de los demás. Nosotros, en cambio, tenemos una unidad racial, histórica, política y religiosa. Aparte de la mayor o menor educación para la convivencia social, nosotros formamos un suelo de una pieza, no un mosaico, y no podríamos segregar una parte sin romperlo…

—Bien defendido —exclamó Aner, el farmacéutico.

—Pero todavía no nos ha contado usted qué opinión tienen de nosotros los americanos —terció a su vez López Silva.

—Preferiría no hablar de eso. Además sólo tengo referencia directa de míster Salisbury y ése me confesó que lo mejor de aquí son las mujeres. Por lo visto añoraba sus viajes de solterón rico por la Península. Pero puedo hablarles de lo que más impresión me ha causado: de los periodistas.

— ¿Los periodistas? ¿Por qué razón?

—Por sus extrañas preguntas. No se limitan a preguntar, como estamos acostumbrados, por circunstancias banales, vida de uno, opiniones sobre la estancia… sino que parecen ansiosos de saber la opinión que tenemos de ellos y de su patria. Parece como si no sólo quisieran aprender lo que podamos enseñarles, sino también profundizar al máximo en nuestras impresiones sobre ellos. Como si careciesen de espejos en qué mirarse y…

— ¿No será algo de inseguridad en su conciencia colectiva? —preguntó el doctor Escribano, con esa forma suya aplomada de lanzar una opinión siempre trascendental.

—Quizá. No había pensado en eso…

Don Santiago quedó silencioso, reflexionando sobre la pregunta de Escribano. Pero un contertulio, que no ahondaba en tan abstracta cuestión, preguntó animosamente:

—Y ¿qué nos dice usted del movimiento feminista?

— ¡Uf! No saben ustedes lo que me costó arrancar a mi asustada mujer de las garras de aquellas furias. Y luego, porque les dije que aquí las mujeres eran más femeninas y menos feministas, se me enfadaron y me pusieron en las listas negras.

— ¿Y de la guerra? ¿No hubo ningún comentario?

—Hubo una cosa que me impresionó mucho. Fui a la Biblioteca de Boston, sin duda la mejor del país, y un simpático bibliotecario me acompañó por sus inmensas salas. Al llegar a un departamento para periódicos me enseñó una colección de diarios españoles. En ellos poníamos a los yanquis de choriceros, cobardes y mercachifles, como ustedes saben y recuerdan. «Ésos, ésos tuvieron la culpa de todo», me dijo el bibliotecario. «Ésos y los que aprovecharon sus insensateces para atizar la llama del imperialismo», añadí yo *in mente…*

La conversación se partió en este punto, porque surgieron diversas opiniones sobre la todavía candente cuestión. Unos, por otra parte, pasaron a discutir el manifiesto de Costa, que casi toda la tertulia habría de suscribir, y Cajal, con San Martín, se entretuvieron hablando de su conferencia sobre la estructura del cerebro, que tanto le aplaudieron en la *Clark University*.

En aquella histórica conversación con sus contertulios del Suizo, Cajal, por modestia y por otras cosas, se calló lo que míster Salisbury le había dicho de los españoles. En bromas y en veras le manifestó que en España sólo las mujeres tenían verdadero talento. «Por eso me complazco en albergar en mi casa a un español con sentido común». Esta opinión, que sólo en una sobremesa yanqui y confianzuda puede aceptarse, denotaba en cierto modo un temperamento de coleccionador de rarezas muy propio de un norteamericano del tipo de Salisbury. Tiene importancia el recordarla, porque esta frase tuvo un eco separado de aquel *home* por muchísimas leguas de mar y grandes abismos mentales. Tuvo un eco en la frase que bastantes años después pronunciaría Ortega y Gasset: «Cajal no es un orgullo para España sino una vergüenza, porque es una casualidad». Las dos ideas, la del filántropo Salisbury y la del filósofo Ortega y Gasset, son similares: Cajal, rareza, Cajal surgiendo como planta extraña en un páramo. Cajal, extraño a su tiempo y a su país…

Sin embargo, no es éste el momento de discutir la verdad o el error de este concepto. No hemos de tardar mucho en hacerlo, pero ahora hemos de seguir el curso de los pensamientos de don Santiago que, naturalmente, no podía saber lo que Ortega y Gasset habría de decir de él unos años más tarde.

Pensaba en el menosprecio de los anglosajones por los latinos. En cómo la raza norteña, dondequiera que ponía la planta, hacía prosperar el suelo y en cambio el

resto de América permanecía en un marasmo total, dividida y subdividida, pobre donde el suelo era pobre y rica si la tierra daba de sí lo bastante para vivir sin molestarse mucho.

No puede extrañar a nadie que don Santiago extrajese de estos pensamientos la única consecuencia propia de él: es la ciencia, la ciencia propia, la ciencia experimental, lo que establece esta diferencia. Pueblo próspero el que la cultiva, pueblo atrasado, pobre, el que no la tiene o la desprecia, por mucha historia y muchas glorias polvorientas que presente. La verdadera, la única mejor dicho, labor patriótica que se debe emprender hoy día en España ha de ser el cultivar e impulsar la ciencia experimental; crear laboratorios, prosélitos, investigar, descubrir, aprender… Y todo pronto, sin descanso, porque «España está en deuda con la civilización».

4. El premio Nobel

La posición mental y moral de don Santiago frente a su tiempo y las especiales características de este tiempo justifican plenamente su manera de pensar. Una nación con un pasado glorioso, que está enquistada en él y en su idealismo, sufre de pronto una agresión del exterior y ve cómo se cuartean y se desploman trozos de sus murallas. Por las brechas que le han abierto contempla con asombro que el mundo ha progresado materialmente hasta extremos que no podía sospechar y sin contar absolutamente para nada con ella. Entonces siente vergüenza de su atraso, se da cuenta de que tiene que hacer algo para corregirlo y, como reacción, siempre exagerada, reniega de su idealismo consustancial y quiere incorporarse al progreso universal inmediatamente. Escucha como un axioma indiscutible lo que algunos hombres como Cajal y otros le dicen. «La prosperidad duradera de las naciones tiene como base la Ciencia», y quiere reformarse sin tardanza.

Cajal y los pocos hombres que hay con él, se ven convertidos de la noche a la mañana casi en apóstoles de la nueva verdad. Hasta el 98 son sólo oscuros profesores, técnicos de vida y aspiraciones precarias, entre las que no figuraban la de influir en la vida de su país. Pero los elementos responsables que traducen el pulso nacional empiezan a fijarse en ellos, y así es como Cajal es nombrado académico de la Real de Ciencias hace más de un año, y casi al mismo tiempo

secretario del Ateneo madrileño, que hasta esta fecha sólo era una tribuna de habladores y políticos.

Sin embargo, esto no es nada para lo que ha de venir. La Regeneración está en marcha y la viejísima máquina estatal precisa ser engrasada e incluso renovada en algunas de sus partes. Así, por ejemplo, la Dirección General de Sanidad deja de ser una covacha ministerial más, refugio de partidarios y tienda para vender favores. Ya que tiene ese nombre, lo mejor será que se ocupe de la Sanidad nacional. En manos de don Carlos María Cortezo se renueva totalmente y se crean nuevos organismos. El más importante de todos ellos, el Instituto de Higiene. ¡Un organismo estatal nuevo! Que, como es natural, carece de director y de toda la plantilla. Por la inercia adquirida al cabo de tantos años todos esperan ver tomar sus riendas a Fulano o Zutano, tan cercanos a los favores del ministro y del director general. Pero el asombro es mayúsculo cuando un catedrático de la Central, completamente alejado de la política y de las camarillas ministeriales, que se llama Ramón y Cajal, es nombrado director del Instituto. Ni «los más viejos del lugar» recuerdan nada semejante. Se tambalea el orden secular de las instituciones públicas. Algunos procuran tranquilizarse: « ¡Bah! Es natural que el director del Instituto de Higiene sea Cajal. Desde que fue a Estados Unidos tiene mucha mano en el Ministerio; veremos cómo se cubre el resto de los puestos».

Un ordenanza, nombrado «a dedo» por un antiguo ministro sagastino, es el primero en abandonar esta esperanza y darse cuenta de la inquietante verdad. Porque ha introducido hasta una oficina donde Cajal se halla despachando diversos asuntos referentes al recién creado Instituto, a un señor que dice llamarse Mendoza y que asegura que ha sido nombrado jefe de la sección de Bacteriología por don Santiago, el director. El ordenanza lo conduce hasta la oficina donde se halla éste rodeado de dos o tres señores más y lo abandona en la puerta diciendo:

—Ahí lo tiene usted.

—Sí. Pero hágame el favor de decirme cuál de esos señores es.

— ¿Cómo? ¿No conoce usted al que lo ha nombrado?

—En absoluto. No lo he visto en mi vida.

El ordenanza, estupefacto, lo lleva hasta el que desea ver y se va moviendo la cabeza por el pasillo. Durante toda la mañana tiene ocasión de reflexionar más

veces sobre estos anómalos hechos, porque viene luego un catedrático de Farmacia, al parecer llamado Gómez Paño, y otro de Veterinaria, de nombre García Icara, y todos demuestran la misma ignorancia. Cuando los ve don Santiago, espera oír sus nombres y luego se levanta para saludarlos diciéndoles:

—Tenía verdadero deseo de conocerlos. Creo que ya estamos todos, con Murillo, al que conocí ayer, y hemos de ponernos a trabajar en seguida.

« ¡Señor… Señor! No puede ir esto bien —medita el ordenanza—. ¿Dónde se ha visto que un señor se encuentre en su trabajo o en su casa y le vengan a decir de pronto: "Que se pase usted por tal Ministerio, que lo han nombrado esto o lo otro"? Porque lo que algo vale algo cuesta y no hay derecho a que esos señores, sin haberse preocupado de hacer instancias ni de guardar antesalas ni de molestar a los amigos, se metan aquí por las buenas…»

Esta original manera de nombrar colaboradores en un organismo estatal instaurada por don Santiago era, simplemente, la sustitución del dedo por el oído. El eco del trabajo constante y eficaz de aquellos hombres había llegado al oído del nuevo director y esto era bastante para decidirlo. En fin: algo absurdo para muchos. Algo prometedor para unos pocos.

En agosto de 1900 concedieron a don Santiago el Premio de Moscú.

Marañón, en un bello discurso pronunciado en memoria de Ramón y Cajal, ha brindado un problema a sus futuros biógrafos: la explicación de la popularidad del maestro. ¿Por qué un hombre que ejerce un trabajo oscuro de especializado, con repercusión en un núcleo reducido de sabios, que incluso la inmensa mayoría de la gente no comprende ni qué hace ni para qué sirve, pudo llegar a ser tan inmensamente popular, a conocerse su nombre en los medios más incultos y más alejados, a dar nombre a una calle en todos los pueblos de España, a aparecer como marca de chocolates, de jabón y de caramelos…?

No nos parece difícil la solución. Cajal representó en su tiempo un magnífico símbolo. Podía el español corriente no saber a qué se dedicaba Cajal, pero sí que se enteró, y muy a gusto, que un compatriota estaba dando que hablar a todo el mundo, que su país, vencido y despreciado, en el que parecían haber muerto todos los valores sólidos, salía a la palestra mundial con fuerza de resurgimiento y triunfando precisamente en lo que más le había reprochado de carecer: en la labor

científica. El orgullo español sentíase reivindicado y la conciencia pública estallaba en gritos de alegría y triunfo por primera vez desde el año fatídico, cuando en un periódico, y en otro y en otro, pudieron leer una crónica fechada en París el día anterior:

«… los miembros del Congreso Internacional de Medicina, puestos en pie, aclamaron al doctor Albretch, de Viena, cuando éste acabó de leer la propuesta por la que se pedía la concesión del Premio de Moscú para nuestro compatriota Ramón y Cajal. Por unanimidad se aceptó la concesión y los vivas a España atronaban la sala. Los representantes de los países hispanoamericanos demostraban como ninguno su enorme entusiasmo, de tal manera, que el emocionado cronista asistía con lágrimas en los ojos a esta manifestación delirante de amor a la madre patria, adquiriendo el profundo convencimiento de que la América española seguía siendo nuestra en forma mucho más fuerte y digna que antes. Parecía aquello una clamorosa exposición de hispanidad… El doctor Calleja, nuestro representante en el Congreso, transido de emoción no pudo más que balbucir unas frases de agradecimiento…»

Cajal, para los españoles que asistieron en uso de razón al desastre, simbolizaba el resurgimiento del genio español, y esto sí que puede comprenderlo cualquiera. La noticia del Premio Moscú fue un rayo de sol en el nublado panorama del país, y todos los organismos, oficiales o no, todo el que tenía algo que hacer en la cosa pública, todo el que representaba algo, sintió la obligación moral de ver, de conocer o de felicitar a Cajal. Los estudiantes suspendieron —cómo no— las clases para aclamarlo, los periódicos publicaron su biografía, el Gobierno, la reina, mandaron sus plácemes y representaciones, se le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica, la Gran Cruz de Alfonso XII, se le nombró consejero de Instrucción Pública…

El sabio, entretanto, vivía casi recluido en su casita de Amaniel. Habíase edificado con todos sus ahorros una pequeña quinta en la huerta de Amaniel, en la proyectada calle de Almansa, para saciar un repentino amor de campo y soledad que le había atacado aquella primavera. Estaba cansado, y cuando recibió la noticia del Premio hizo dos comentarios, que no reflejaban ni con mucho su satisfacción interior:

—No nos vendrán mal ahora estos seis mil francos.

Para añadir luego:

—Lo malo es que me voy a pasar un mes de contestar cartas y de recibir gente… No me van a dejar trabajar ni un minuto.

Los aragoneses, en los instantes trascendentales, son así. Luego siguió trabajando, esperando que llegara la hora en que tuviera que dejarlo todo para corresponder a los entusiasmos y a las felicitaciones, que nunca pensó que fueran tantas y tan importantes. Pero como no era hombre que perdiera el tiempo, quiso encauzar aquel torrente de alegría por canales de aprovechamiento y no perdonó a ningún periodista ni a ningún asistente a banquete o recepción el soltarle sus ideas casi obsesivas: la Ciencia, la Ciencia como única salvadora de la patria. La Ciencia redentora, la Ciencia, panacea universal de nuestros males… En el discurso que pronunció en el Paraninfo de la Universidad cuando le fueron impuestas las insignias de la Cruz Isabelina —costeadas por los estudiantes— dijo cosas así:

«La historia de mis méritos es muy sencilla: es la vulgarísima historia de una voluntad indomable resuelta a triunfar a toda costa. Al considerar melancólicamente, allá en mis mocedades, cuánto habían decaído la Anatomía y la Biología en España y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la Medicina científica, formé el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas, dorado sueño de mi juventud, y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica».

Esto no es del todo verdad, si recordamos la historia de sus aficiones, pero don Santiago era capaz hasta de estas mentiras santas para convencer a sus compatriotas de lo que consideraba obligación patriótica.

«A patria chica, alma grande. El territorio de España ha menguado. Juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual».

Y en otro párrafo:

«Y cuando los hombres de las naciones más civilizadas no puedan discurrir ni hablar en materias filosóficas, científicas literarias o industriales, sin tropezar a cada paso con expresiones o conceptos españoles, la defensa de la patria llegará a ser una cosa superflua; su honor, su poderío y su prestigio estarán firmemente garantizados, porque nadie atropella lo que ama, ni insulta o menosprecia lo que admira y respeta».

Estas palabras, hoy, no pueden suscribirse. Incluso, si las oyéramos como actuales parecerían una burla amarga. Hace falta algo más que admiración y amor para evitar el atropello de los pueblos.

Pero cada hombre debe y sólo puede reaccionar a la medida de las exigencias de su tiempo. Su proyección mental y moral tiene una penetración limitada en el tiempo y por eso la posición de *Cajal* es completamente lícita y honrada. Los más inmediatos hechos van dándole la razón.

Así, por ejemplo, como consecuencia de la campaña de prensa y opinión suscitada por el Premio de Moscú, comenzaron a tomarse iniciativas fructíferas.

«Los congresistas de París no sólo han concedido por aclamación el Premio a Ramón y Cajal, sino que además han acordado celebrar en Madrid el próximo Congreso Internacional». Decía un periódico en primera plana:

«Si nuestros lectores vieran los medios mezquinos e insuficientes con que este gran hombre ha realizado su obra, lo admirarían mucho más. Como españoles debemos ruborizarnos primero y remediar después este abandono…»

Y entonces el Gobierno, al mando de Silvela, se ruborizó como era su deber y luego votó, sin necesidad de Cortes ni nada —estaban cerradas—, un presupuesto relámpago de 80 000 pesetas para crear el Laboratorio de Investigaciones Biológicas. Silvela, interpretando el espíritu español que cuando se siente deudor hacia alguien tiende a reparar la deuda en exceso, fijó para el laureado de París la cifra de 10.000 pesetas de sueldo.

— ¡Pero esto es demasiado, Silveria! Me avergonzaría cobrar un sueldo semejante por hacer lo mismo que llevo toda la vida haciendo gratis…

Para don Santiago, cobrar por investigar era algo así como si a uno le pagaran por ir a los toros. Pero el arduo conflicto lo resolvió Romanones un año más tarde, dejándole el sueldo reducido a la mitad a los ruegos reiterados del primer español que protestaba porque tenía demasiado sueldo. Seguramente el conde, tan buen psicólogo, comprendió que trabajaría mejor con la conciencia más tranquila.

Desde la creación del Laboratorio, Cajal ya no tuvo que preocuparse de comprar ranas y lagartos ni —lo que era muchísimo más importante— pagar de su bolsillo la edición de la *Revista Trimestral Micrográfica*, que continuó a expensas del Presupuesto en los *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas*,

estupenda publicación con papel bueno, litografía sin tasa, extensión ilimitada… ¡Y que además le dieran un sueldo…!

Como la cronología gloriosa de un Napoleón de la Ciencia, se van sucediendo las fechas históricas del triunfo:

1903. — Congreso Internacional de Medicina. Madrid asiste asombrado y orgulloso al colosal despliegue intelectual. Las estrellas que brillan en todo el mundo científico se han reunido de pronto entre Ventas y La Moncloa. Con más brillo que todas ellas, Cajal las preside, y su voz y la de sus discípulos resuenan en sus areópagos a diario con eco universal.

Febrero, 1905. — El embajador alemán se pone de tiros largos y con gran aparato y séquito se va a casa de don Santiago. Se puede llegar a entender en su barbarizado castellano que aquel descomunal medallón de oro que presenta en la mano, está destinado a colgar del cuello de don Santiago y que es nada menos que la medalla Helmholtz, concedida por la Real Academia de Ciencias de Berlín cada dos años al sabio más sabio del mundo. Alboroto de prensa, felicitación del nuevo rey Alfonso XIII, alegría popular, sesiones de ayuntamientos para bautizar calles con el nombre ilustre. En la calle de Alcalá un confitero hace buen negocio colocando a unos anises el nombre de Ramón y Cajal…

Octubre, 1906. — Un repartidor de telégrafos turba el sueño de don Santiago a las seis y media de la mañana. Cuando consigue despabilarse puede leer un renglón casi cabalístico que viene de muy lejos: *Carolinische Instituí verlieben Sie Nobelpreiss*. No son buenas horas para traducir del sueco, pero es fácil comprender que le anuncian la concesión del Premio Nobel.

Don Santiago está muy cansado. La gloria, con todo su peso, le ha caído de pronto encima y no le da tiempo, entre uno y otro de sus abrazos, de reponerse del estrujón. El estómago deshecho a fuerza de banquetes; la cabeza vacía, se ha convertido en una máquina de hacer discursos de agradecimiento; las cartas de plácemes sin contestar se amontonan en su mesa de despacho, y el *Zeiss* amado se cubre de capas de polvo en el cuarto de trabajo, porque la gloria lo acogota, lo inmoviliza… Durante unos días pretende ocultar la gran noticia, pero es inútil. Un chico de la prensa se entera, y los periódicos, que con buen acuerdo no han deshecho las planchas en la que el nombre de Ramón y Cajal está compuesto en

letras grandes, no tardan en atronar el ámbito patrio. Convocatorias rápidas de corporaciones, escasez nunca vista en el mercado español de adjetivos… Si este hombre hubiera sido general no nos veríamos como nos vemos. Placas, diplomas, comisiones pletóricas de discursos. En las Cortes los gubernamentales se enorgullecen de que Cajal sea español y los de la oposición censuran al Gobierno por no haberse enorgullecido antes… Moret le ofrece ser ministro de Instrucción y don Santiago primero dice que sí y luego dice que no. El Presidente se enfada, pero poco, y don Santiago se tranquiliza, pero mucho… El hombre de la calle se alegra mucho más que cuando se lo dieron a Echegaray, porque este Premio Nobel suena más a verdad.[7]

Después el viaje a Suecia, porque es obligatorio ir a recoger los veintitrés mil duros, la medalla y el diploma. Más discursos, más recepciones, más banquetes. Para que no falte nada, la discordante nota dada por Golgi, el otro copartícipe del Premio, que se empeña en demostrar ¡todavía! que la neurona no existe y que después de él y antes de él nadie ha hecho nada que merezca la pena. Cajal, por el contrario, pone el gran problema en su estado actual, nombra a Golgi cuantas veces lo requiere el curso de la exposición y desarruga los ceños consternados de Retzius, de Holmgren y de cuantos están en el secreto del asunto, que a buen seguro que lamentan ya amargamente el haber repartido el Premio con el egoísta y antipático sabio de Pavía. Luego, don Santiago, en el banquete, se cobra un poquito el disgusto que le ha dado Golgi brindando en un francés de academia y diciendo cosas como ésta:

«Los descubrimientos científicos son una labor colectiva y es difícil atribuir a un sabio determinado el mérito…»

«…el ilustre Golgi, el prestigioso maestro, que por la invención de importantes métodos de investigación ha contribuido al conocimiento de la fina estructura del sistema nervioso. Sin embargo, otros sabios han colaborado muy activamente también a la obra común…»

[7] El tan discutido premio Nobel de Literatura concedido a Echegaray, lo fue el año 1904, fecha ya completamente inoportuna porque había pasado la influencia del romanticismo que lo justificara. Sus últimas obras habían sido acogidas con indiferencia e incluso la última, El hombre negro, fue un fracaso estrepitoso. Las discusiones y la diversidad de opiniones y de censuras que motivó su concesión no podían existir en el caso de Cajal. En primer lugar porque la obra científica está menos sometida a la discusión popular que la literaria y es más sólido su mérito. En segundo porque Echegaray representaba en cierto modo lo caduco y liquidado que todos tenían deseos de enterrar.

Palabras que decía inclinando la copa y la cabeza hacia el cascarrabias de don Camilo, que con la cabeza se disponía a aguantar su indudablemente mala digestión. «Levanto mi copa para proponer como final un brindis a la confraternidad de los hombres de ciencia, haciendo votos para que, a despecho de los prejuicios de nacionalidad o de escuela, e inspirándonos todos en el alto y generoso ejemplo del gran sabio Nobel, gloria del país escandinavo, recordemos a todos los sabios compañeros entregados a una obra común que no puede afirmarse ni progresar más que en un espíritu colectivo de justicia y de afección recíproca».

Así acabó de demostrar don Santiago que hasta hablando francés y entre suecos, podía decirle unas cuantas verdades a un italiano.

Vuelta a España, más discursos, más banquetes, más placas, más honores… Vemos al Cajal de todos estos años colocado en altísima tribuna y hablando a dieciocho millones de españoles. «¡Seguidme! —les dice—. ¡Imitad mi ejemplo! ¡Ese será vuestro premio!» Y con la mano tendida por encima de los Pirineos señala con ademán de apóstol el sugestivo espectáculo de la Europa en los trece primeros años del siglo XX. Prosperidad, industrialismo creciente, prestigio, respeto mutuo, riquezas que afluyen de los enormes imperios exóticos. «Y todo —dice— edificado sobre el trabajo y la Ciencia».

Cuando los dieciocho millones de españoles se van a los toros, Cajal desciende de la tribuna, se mete en su laboratorio y descubre uno tras otro los secretos del órgano del alma; o bien se sienta en su despacho y escribe libros como los *Cuentos de Vacaciones* en que los personajes conquistan el amor, el poder, la riqueza o la gloria únicamente por la Ciencia; personajes fríos, casi sin sentimientos humanos, en los que la sabiduría ha vencido al amor, el Espíritu Santo ha desplazado a Jesús. Después, cuando los españoles salen de los toros, aburridos de una mala corrida y recuerdan a su Cajal-símbolo, vuelve a subir a la tribuna y vuelve a extender la mano hacia el Norte.

Pero una de estas veces, cuando la vista sigue al ademán, contempla por encima de los Pirineos un espectáculo trágico. El armonioso concierto de las naciones se ha deshecho bruscamente. Sobre el suelo de Francia, sin motivo aparente, los hombres se destrozan y matan con ensañamiento inverosímil. Se cierran las universidades y las fábricas. Los sabio se dejan arrastrar —alguno se pone a la cabeza— por la

locura general. Los laboratorios ya no producen ciencia de vida sino ciencia de muerte. Los matemáticos no miran a las estrellas sino al ánima de los cañones. Los químicos abandonan la fórmula del nuevo abono, de la nueva droga maravillosa, para estrujarse el cerebro en busca del gas mortífero. Los médicos olvidan que deben curar para hacer vivir y ahora curan para que los hombres vuelvan a hacerse matar…

Estos hombres, que en rebaños uniformados y con rostros llenos de odio, afluyen hacia una línea roja de fuego y de sangre que se mueve continuamente, que se extiende desde el Mediterráneo al mar del Norte, que deja convertida en cementerio y ruina estéril la verde campiña de antes. Y si mira hacia otros horizontes, ve cómo la hoguera va prendiendo en muchos sitios y las líneas rojas de sangre y fuego convierten el mapa todo de Europa en un dibujo de loco, como el destrozado mosaico de una casa que se está hundiendo. El apóstol de la Ciencia, entonces, tristemente, desesperadamente, baja el brazo que señalaba al Norte y que se había quedado en esa posición por la sorpresa del primer instante. Luego desciende de la tribuna con pasos muy cansados. Es igual que baje o que se quede, porque los españoles ahora no hacen más que escuchar —los más— horrorizados, el estruendo de la gran matanza, o discutir —los menos— quién tiene razón de los bandos que allá lejos se pelean. Más tarde alguien tiene el buen sentido de recordar la indiferencia y la pasividad que las naciones ahora en lucha demostraron para nuestras recientes desgracias y esto decide a cada uno a marcharse a su casa.

5. El gran desengaño

La Guerra europea del 14 inmovilizó a don Santiago el brazo del ejemplo y el brazo del trabajo. La poderosa voluntad que no falló ni en el trágico 98 claudica ahora a la magnitud de la catástrofe, y cuando piensa en trabajar se pregunta, a sí mismo: « ¿Para qué?».

Es una pregunta excesivamente comprometedora. Para evitar el pensar profundamente en la respuesta adecuada la neutraliza con otra pregunta: « ¿Quién puede haber ahora que nos lea?» Pero su sentido es muy distinto y más esencial. En ese « ¿Para qué?» hay muchos desengaños y muchos cadáveres de convicciones. Tiene además un sentido de final, de punto y aparte.

La proyección de Ramón y Cajal en su tiempo necesita, para ser comprendida, de dos fechas clave y precisamente dos fechas trágicas: 1898 y 1914.

Las dos señalan el punto central de un movimiento pendular, por lo que participan a la vez de su condición de punto final y punto de partida. En 1898 podemos situar el arranque de su positivismo constructivo, de su ciega fe en la ciencia materialista, que la contemplación de la prosperidad de otras naciones y el constante refrendo de los triunfos y la gloria acrecienta hasta el extremo de fijarla como norma de conducta y como ejemplo. Como arma de su patriotismo de acción. Un día, llega a decir: «El buen maestro debe tener plena conciencia de la nacional incultura y de nuestra pobreza científica. De persistir tan vergonzoso abandono Europa perderá la paciencia y acabará por expropiarnos, porque *España está desde hace siglos en deuda con la civilización*». Entonces es cuando el péndulo llega a su posición límite. La guerra del 14 lo hace caer en su punto central otra vez y si han de cumplirse sus leyes, de allí ha de volver a ascender en sentido contrario. Pero, ¿qué es lo que va a representar este cambio de posición? ¿Cómo va a evolucionar el pensamiento de don Santiago a partir de esta fecha trágica?

Necesariamente, en principio, ha de producirse un marasmo, una paralización por la sorpresa. ¿Qué es lo que ha fallado? ¿Cómo es posible que un edificio tan bien construido como es la Europa progresista, industrial y científica de principio de siglo, se haya venido abajo? ¿Qué desconocido mal socavaba sus cimientos? Don Santiago es humano y como tal no quiere convencerse de sus propios errores. Por eso, al principio, habla de «gobiernos militaristas y criminales», de «codiciosos logreros», pensando así mantener la incolumnidad de la diosa Ciencia. ¡Ellos, ellos son los que han destrozado el sueño casi alcanzado de una Tierra feliz, gobernada por la Sabiduría! Pero los hechos no le dan la razón y él, el gran adorador de los hechos, pronto se ve obligado a abdicar sus ideas.

Algo más tiene que haber aquí. Algo fundamental se ha roto o ha fallado. No puede suscitarse tanto odio, tanto ensañamiento, tanta negación de las fundamentales leyes de humanidad, por una superficial ansia imperialista o por mera codicia. Y, sobre todo, tanta inteligencia puesta al servicio del Mal.

Van llegando a él tristísimas nuevas sobre los amigos que dejó repartidos por todos los países. Se entera de las muertes de Waldeyer, Retzius, Edinger, Van Geutchen,

Von Krause, Ehrlich, Holmgren… Pérdidas irreparables, dolorosísimas. Pero siente mucha mayor tristeza cuando se entera de que tal o cual sabio trabaja en laboratorios de guerra. Es algo así como el contemplar cómo nos traiciona el propio hermano. Parece imposible que el mismo talento que se aplicó a la conquista de la Naturaleza, al progreso del hombre en su beneficio… se use ahora en su destrucción, en acelerar su muerte y desaparición de la faz del planeta.

Hay muchos motivos para suponer que el espectáculo de estos sabios, entregados a la tarea de matar hombres cobardemente, bien parapetados y seguros en la retaguardia, sea lo que a Ramón y Cajal le dé la solución de su problema. Porque estos hombres están ahora trabajando y haciendo ciencia para el Mal con el mismo ardor, con la misma vocación con que hace unos pocos meses hacían ciencia para el Bien. Parece como si para ellos no existiera el fin, sino sólo el medio. Hacer ciencia es su camino y su meta a la vez. No hay ciencia del Bien ni ciencia del Mal. Hay ciencia a secas, ciencia amoral.

Esta idea de la amoralidad de la Ciencia es el principio del camino de vuelta que Ramón y Cajal ha de emprender. En primer lugar, con ella consigue descubrir lo que deseaba: la falla de su utopía universal. Descubre que ha estado adorando un ídolo con los pies de barro. Nos lo descubre con sinceridad muy suya en este párrafo, entresacado de sus *Charlas de Café*: «El hegelianismo, con su doctrina de identidad de lo real y de lo ideal, santificadora de todas las atrocidades de la Historia, ¿ha contribuido, conforme sostiene Lugaro, a desatar la catástrofe europea? Es muy posible, ya que los desaprensivos teorizantes del pangermanismo fueron en su mayoría secuaces de la doctrina de la inmanencia, como lo eran también en Italia los germanófilos vergonzantes Croce y Gentile».

Párrafo que es una verdadera confesión, porque don Santiago, hasta entonces positivista como los neohegelianos, panteísta como ellos, partidario como Hegel del Estado absoluto, aunque no sea hegeliano ni neohegeliano, al descubrir en esta doctrina el germen de la catástrofe que le ha hecho trizas su sueño, reniega de una manera indirecta, pero explícita, de las ideas que hasta ahora ha mantenido en religión, filosofía y política. Hasta ahora, Cajal, de un modo más o menos tácito, profesaba la doctrina de la inmanencia en cuanto ésta tiene de oposición a lo trascendente. En el mundo, en la propia Naturaleza, se halla todo lo que puede

creerse y aceptarse, y por consiguiente el descubrimiento total de esta naturaleza, es decir, el progreso de la ciencia experimental, es el ideal del espíritu humano, la única manera de lograr la paz entre los hombres y el único camino para conocer a Dios.

Pero este sistema ha fracasado trágicamente. Ha demostrado su falsedad, y su caída arrastra tras él las convicciones de los hombres que en él creyeron. Estos hombres ahora, con las mentes en blanco, son sujetos aptos para las desviaciones más peligrosas, si la sola riqueza de su espíritu estaba constituida por idealismos abstractos, si no tuvieran nada a que aferrarse. No cabe duda que la Guerra europea del 14 fue un enorme vivero de escépticos, amorales y anarquistas. Es decir, del nihilismo en todas sus variedades. Maxence van der Mersch, en su mejor novela, *Invasión*, nos presenta a la Guerra europea como un inmenso crisol donde han de consumirse todos los valores falsos, el cuerpo y el espíritu de los débiles, pero también donde ha de quedar contrastado y más evidente el temple de los fuertes.

Cajal, aunque sólo en espíritu, estuvo en la guerra y sufrió en ella. Pero no sucumbió, porque su contenido espiritual lo hacía fuerte. Al descorazonamiento y a la mente en blanco de los primeros tiempos siguió una anhelosa búsqueda de algo firme en qué sostenerse, a donde aferrarse mientras durase la tempestad. Y lo encontró, naturalmente, donde lo tuvo siempre: en su trabajo y en su patriotismo. El microscopio y España. Son las dos piernas que le llevan por el camino de la Verdad y contar cómo lo consiguen ha de ser la postrera ambición del modesto biógrafo.

§. El microscopio.

Un día, sus ojos, cansados de recorrer las páginas de los periódicos leyendo las alternativas de la espantosa matanza, sienten nostalgia de otras más placenteras contemplaciones. Hace unos meses que la catástrofe europea le suspendió la voluntad de trabajar, y ahora, de pronto, añora la paz de su laboratorio, aquellas excursiones a un mundo luminoso y admirable, sujeto a leyes lógicas y que una a una le iba mostrando sus secretos. Vuelven sus ojos, pues, a colocarse sobre el

ocular del microscopio y vuelve a sumergirse en la investigación. Pero hay algo nuevo en lo que va observando. Hay un matiz distinto en su enjuiciamiento. Parece como si una nueva luz descubriese aspectos insospechados en las formas de la vida que van sucesivamente apareciendo sobre la platina. En un corte de cerebro ya no procede con la audacia anterior. Siente nacer en él un profundo respeto por estos misteriosos elementos del pensamiento humano que esconden el secreto de su sentido y de su complejidad y en una variedad casi milagrosa. Y no sólo en el cerebro. Ansioso de revisar a la nueva luz de su pensamiento los espectáculos familiares, vuelve en su camino de investigador, recorre con el microscopio veredas ya conocidas y se asombra a sí mismo cuando, a la vista de sus viejos amigos los ojos de vertebrados e invertebrados, se le ocurre la siguiente reflexión:

«Cuanto más la estudio, menos comprendo las causas de esta maravillosa y exquisitamente adaptada reflexión».

Cuando la vista se fatiga —ya es un anciano de 65 años— y el ojo aplicado al ocular empieza a lagrimear en exceso, se aparta del microscopio. Pero su mente no descansa y siente de pronto algo así como el asalto de un remordimiento. Recuerda que todas sus ideas científicas y filosóficas han sido dadas a la publicidad, y que en mayor o menor grado habrán de ir matizadas con el reflejo de sus errores. Con miedo y prisa recorre sus libros. Los puramente científicos demuestran su fortaleza y su verdad de siempre, porque sabemos que en ellos huyó de especulaciones y no sucumbió jamás a la intuición, siendo esclavo siempre de la más rabiosa objetividad. Pero los libros literarios, aquéllos en que de forma más o menos velada expone su propio pensamiento filosófico, político o religioso, le van mostrando entre sus páginas la debilidad de su argumentación; a veces frases tendenciosas, otras, juicios montados sobre falsas premisas, y siente una prisa anhelosa por corregir, por acotar, por rectificar. Con el lápiz en la mano va marcando entre aspas los párrafos, suprimiendo algo, llamando al margen otras veces… De esta manera es cómo las últimas ediciones de los libros del maestro parecen, al que ignore el viraje de su espíritu, un continuo tejer y destejer, una indecisa visión de los problemas…

Así, en el diálogo entre la gota de agua y el demiurgo,[8] éste demuestra a aquélla que la materia perdura y se renueva, pero que la forma perece para que la vida progrese. Pero en las sucesivas ediciones aparece una llamada que dice:

«No aludo a los hombres, en los cuales, quizá, no todo perece».

En otra parte del mismo libro se refiere a las doctrinas de Darwin, y en una llamada corrige así: «Hoy ha pasado el auge del darwinismo… La han reemplazado otras concepciones que pasarán a su vez… La pirámide se alarga por su base, pero el vértice donde mora el arcano de la evolución y de la esencia de la vida, continúa rodeado de nubes tenebrosas».
Otra llamada de Reglas y consejos sobre la investigación científica, dice de este modo:

«Hoy no suscribiría yo este concepto mecánico, o si se quiere estrictamente físico-químico de la vida. En ella se dan fenómenos que presuponen causas completamente incomprensibles…»

¿Dónde está aquella audacia, aquel ímpetu, del descubridor triunfante que no alcanza a ver el límite de su poder?
Pero en esta nueva actitud frente al Universo no es posible encontrar ni la sombra de un vencimiento, de una claudicación. Si así fuera, la obra posterior, que todavía va a ser fecunda e importantísima, se hubiera resentido. Un hombre vencido o desengañado pierde la energía creadora y la voluntad. En esta actitud hay algo más digno. Cuando inclinado de nuevo sobre el microscopio, nos habla de:

«…la estremecedora sensación del insondable misterio de la vida», no es posible ver en don Santiago más que un sentimiento noble y digno de su genio: la veneración. La admiración confiada de antes se hace ahora veneración porque, por fin, llega a aprender que al final de toda interrogación no hay siempre una respuesta, y que si el hombre llega a plantearse la última pregunta, la que nadie más que Dios puede

[8] Charlas de Café

responderle, ha llegado a la cima de su saber. Como dijo Martín Heideger: «La forma más elevada de nuestro saber intelectual es la pregunta».

Es todo ello como el espaldarazo final del sabio. Sólo cuando se llega a esta posición final del espíritu se posee la verdadera sabiduría. Por eso cuando Ramón y Cajal, inclinado sobre su microscopio, en su más plena y fecunda producción, lanzando al mundo cada día un nuevo descubrimiento definitivo, se coloca en la misma actitud que la de Sócrates cuando frente al mar dijo: «Sólo sé que no sé nada», es cuando logra la total consagración de él y de su obra.

§. España.

Don Santiago va tejiendo el cañamazo de su patriotismo desde la infancia. En el tejido emplea tres hilos: uno es afectivo, otro intelectual y el tercero volitivo. El primero es el amor. El amor a la tierra, a sus mayores, a la patria, en suma, en su encarnación de madre. El segundo es el conocimiento, muchas veces triste, de sus virtudes, pero también de sus desgracias, de sus defectos, de sus lacras… el tercero es la acción y resulta como un servidor de los otros dos. Es el hilo de su trabajo, de su esfuerzo por llevar el nombre de España a todas las latitudes, por demostrar al mundo que España cuenta para la Ciencia y para el progreso y que reclama su puesto…

Don Santiago va tejiendo, tejiendo, su cañamazo y, de pronto, un hilo se rompe. Es el hilo de la acción y lo rompe la guerra. La guerra interrumpe el plácido curso de su obra, le impide toda relación con el exterior, porque las fronteras sólo se abren para los fines bélicos; nadie está interesado en saber en estos momentos los secretos de la vida; los corresponsales extranjeros o han muerto o no cuentan, y falta hasta la materialidad de los reactivos, los instrumentos, el papel para las publicaciones… Pasados unos meses, a duras penas anuda el cabo roto y quiere continuar la tarea. Pero no es igual. Al cañamazo de su patriotismo le falta ahora unidad y limpieza por culpa de aquel maldito hilo que no puede ser como antes.

Es que ha perdido la confianza en su patriotismo operativo. Trabajando sobre la base de una ciencia amoral comprende que no puede ser ya una protagonista de la

salvación de su patria ni un artífice de su prosperidad, si sólo cuenta para ello con su ciencia experimental. Contempla el desolador espectáculo de las naciones en guerra y se escalofría de pensar que a la misma situación podrían él y otros como él haber llevado a España en unos años más, de persistir en su error.

Comprende, el eco de la batalla se lo hace comprender, que la ciencia sola es peligrosa, que puede compararse a un torrente sin cauce, destructor de cuanto se oponga a su paso. Hay que dominarla, encauzarla, dirigirla. ¿Pero de dónde puede extraer el hombre, ahora impotente, tanta energía como hace falta para esa obra? En la nueva posición de su pensamiento no le es difícil la respuesta a don Santiago, porque recordemos que ahora ha abandonado la idea de la inmanencia, y para encontrar ayuda no ha de registrar el mundo sino mirar hacia arriba. Cajal, en su nueva tensión hacia lo trascendente ha de esperar de la Divinidad la solución. Y la Divinidad le responde mostrándole lo que ya dio a los hombres con el primer soplo de vida; sus tres poderosas fuentes de energía: la Belleza, la Verdad y el Bien. Con ellas el hombre podrá dominar la Naturaleza exterior y, lo que es más difícil, la interior, sus propias pasiones.

Conducido hasta esta conclusión por el primer impulso de su amor a España, necesariamente sus pensamientos han de revertir a ella. «Belleza, Verdad y Bien», repite una y otra vez. Porque son palabras que se le hacen muy familiares precisamente —lo comprende ahora— por ser español. ¿No ha sido España quien ha estado siempre en la vanguardia de todos los combates que se han librado en favor de la Verdad? ¿No ha sido quien ha extendido por todo el mundo su cultura milenaria, quien ha llevado a más lejanas y desconocidas tierras la civilización, el concepto del Bien? ¿No ha sembrado por toda la ancha Tierra las formas arquetípicas de la Belleza? Y al reflexionar así, don Santiago no tendría más remedio que confesar lo equivocado de su frase: «España está en deuda con la civilización», porque si fuéramos, en una balanza ideal, a pesar lo que la civilización debe a España y lo que España debe a la civilización, ya no podría entonces caber duda de quién sería el verdadero acreedor.

Tuvo que ser así, por fuerza, porque de ahora hasta el final el cañamazo patriótico de don Santiago ha de ser tejido de otro modo: el hilo de la acción se ha reforzado y suavizado, pero además, el hilo del conocimiento, antes de oscuro color, se ha

engrosado con cabos de vivos colores y pasa a ser la parte más importante de la trama.

Es éste el tiempo en que don Santiago mira más hacia dentro de España que hacia fuera. Ahora ya no es tan importante el ejemplo del extranjero. Se da cuenta de que el ejemplo hay que construirlo aquí dentro, y el mayor optimismo con que contempla las posibilidades de su propia patria proporciona un impulso nuevo de las partes de su obra: a la formación de escuela. Es una cosa clara que cualquiera puede observar leyendo atentamente sus *Memorias*; el investigador solitario del principio, cuyo ideal máximo es parecerse a los sabios extranjeros que le precedieron en la especialidad, que a costa de mil sacrificios va a Berlín para darse a conocer y conocerlos a su vez, que predica constantemente por la europeización de España… cambia en los últimos capítulos de sus *Memorias* el curso de tales preocupaciones. Ahora quiere crear escuela, influir en vez de ser influido. Cultiva a sus discípulos con amor, les da libertad de interpretación —la más generosa concesión que un jefe de escuela científica puede otorgar—, publica y colecciona sus monografías con esmero y cariño de padre que goza con los progresos de sus hijos. Su máximo deseo es sembrar, impulsar, influir, hacer que España sea considerada como centro de Histología mundial. Ambicioso proyecto, muy distinto de aquellas modestas pretensiones de sus principios.

Y es que ahora ha renunciado a su patriotismo pesimista, que sólo encontraba su camino en la imitación, cambiándolo por el optimista del que halla en su patria valores que desconocía, y comprende, por fin, que sólo hacía falta alguien que los agitara, que ejerciera a manera de una función catalítica, para que estos valores dieran una ciencia propia, española, sin servilismos ni copias. No otra cosa viene a significar el orgulloso párrafo que se transcribe a continuación:

«La pretendida incapacidad de los españoles para todo lo que no sea producto de la fantasía o de la creación artística, ha quedado reducida a tópico ramplón. Cuando durante la noche el tenebroso mar aparece tranquilo, basta agitar las aguas para que nubes de noctilucas apagadas enciendan su luz y brillen como estrellas. De igual modo ocurre en el océano social. Es preciso sacudir enérgicamente el bosque de las neuronas cerebrales adormecidas; es menester hacerlas vibrar con la emoción de lo nuevo e infundirles nobles y elevadas inquietudes. Ha sido suficiente

que dos o tres personas sacudiéramos la modorra de la juventud, para que surgiera entre nosotros una pléyade de eméritos investigadores. Por afirmar estoy, sin temor a la nota de optimista, que en orden a ciertos estudios, que exigen ingeniosidad, paciencia y obstinación, nuestros compatriotas compiten si no superan a los más cachazudos e infatigables hijos del Norte. Todo consiste en despertar el espíritu de curiosidad científica, adormecido durante cuatro siglos de servidumbre mental, y en inocular con el ejemplo el fuego sagrado de la indagación personal. Vivimos en un país en que el talento científico se desconoce a sí mismo. Deber del maestro es revelarlo y orientarlo».

Que lo consiguió, nadie puede ponerlo en duda. La Escuela de Histología Española es hoy de prestigio mundial. A los veinte años de la muerte del maestro se la ve crecer, extenderse, retoñar en todas las latitudes. Ya sus discípulos favoritos forman hoy cabezas de escuelas que mantienen el primitivo impulso de crecimiento y aumentan día a día su influencia. Tello, Fernando de Castro, Lorente de Nó en América, el malogrado Del Río Hortega, para no nombrar más que a los más cercanos al maestro y los más representativos…

El doctor Wilder Penfield, que más tarde había de ser director del Instituto Neurológico de Montreal, fue uno de tantos estudiosos como vinieron a España después de la Guerra europea en demanda de la fuente original del saber histológico. La vista de estos extranjeros, peregrinos de la Ciencia, que venían a verle a él, alegraban al maestro y su rostro, cansado ya por los años y la fatiga, se abría en ancha sonrisa para recibirlos. Seguramente recordaba que en otro tiempo él mismo fue como peregrino a otras tierras y este cambio de papeles le llenaba de orgullo patriótico y santa alegría. El doctor Wilder Penfield dejó escritas las impresiones de su peregrinación y no podemos encontrar nada mejor para honrar a don Santiago que repetirlas aquí. Son, a la vez que un retrato físico, y caracterológico, del don Santiago de los últimos años, un claro testimonio de sus preocupaciones y el más grande ejemplo de fidelidad a sí mismo que puede darse:

«En América resultaba difícil de explicar cómo podrían destinarse con provecho seis meses a quedarse en España para aprender nuevos métodos de investigación médica. Aquí, en Madrid, Cajal, ganador del Premio Nobel, era personaje del que mucho se hablaba, pero que resultaba difícil de ver. Su nombre venía a ser como un

santo y seña. ¿No pudimos tener lugar en una pensión hasta entonces reservada a españoles al indicar que habíamos ido allí para trabajar bajo la dirección del gran investigador? Por idéntico motivo logramos alquilar un piso. El efecto mágico de su nombre facilitaba las introducciones, y hacía la conversación absorbente y rica para el español, muy sensible al tributo rendido por extranjeros a la cultura vernácula.

»En la Universidad y en los círculos científicos, don Santiago, como se le llamaba, venía a ser como decano y censor; para quienes planeaban reformas educativas, un aliado imprescindible; en política, un personaje cuyo poder reconocía incluso el dictador Primo de Rivera. Ni el campesino ni el ciudadano podían comprender su labor científica; bastábales saber que desde países extraños llegaban premios y homenajes a este hijo de España, a este hombre que les exhortaba a mantener las austeras virtudes de sus mayores y que era prueba viviente de la nueva grandeza patria.

»Mi primer encuentro con Cajal dejóme profunda impresión. Ocurrió en la biblioteca de su laboratorio; lo hallé sentado, como en meditación, la cabeza doblada sobre el pecho, mostrando únicamente la barba y los cabellos blancos. Sus brazos pendían casi hasta el suelo. Quedé dudando de entrar, pero levantóse y vino hacia mí, con la cortesía elegante tan común en la gente de su raza. Sus ojos negros indicaban cuán rápidamente había comprendido que se trataba de un peregrino extraño que acudía al laboratorio; hablóme de su deseo ferviente de que el mundo conociese los descubrimientos logrados por el reducido grupo de científicos que le rodeaban. Poniendo su mano sobre un estante donde se hallaban sus publicaciones y las de sus discípulos españoles, díjome, con emoción: "Estos libros son desconocidos en el extranjero. Los hombres de ciencia no quieren leer el español. Casi cada semana sé de publicaciones alemanas o norteamericanas donde otras personas vuelven a descubrir lo que yo observé hace años." Con creciente inquietud expresaba el miedo a que la escuela de Neurología quedase ignorada y desapareciera después de su muerte. Luego, con un brusco cambio de actitud, tomóme el brazo y añadió: "Deje que le muestre el laboratorio. Tengo varias microfotografías en colores que le gustarán." Esta primera entrevista despertó en mí el deseo de conocer mejor al hombre; deseo fácil de colmar, pues sus admiradores hablaban sin hacerse rogar, y había además sus artículos para el gran público, y su autobiografía…

»Cajal, el primer gran sabio español, es un hombre cuyo genio puede compararse al de Pasteur. Como éste, era de extracción popular y se desarrolló por propio esfuerzo en su propia tierra.»[9]

[9] *De Archives of Neurology and Psychiatry*, 16:1926,213. Con autorización del Dr. Wilder Penfield y de la «American Medical Association».

Epílogo

La muerte sabe llegar; es el tiempo burlándose del ser transformado en la memoria de sí mismo, pasado y biografía y latidos últimos del presente, todo, todo es a la vez en el desfallecimiento orgánico del cuerpo y en la engañosa resistencia de la respiración, estertores se dice clínicamente, y es horrendamente natural que así sea, porque es la voz del final como el llanto fue la voz del principio.

Intervienen los sueños, pero esta vez es de verdad aunque sea inmoral, o cruel, no sé, ese agolparse visible y audible, de las figuras entrañables, de los adversarios, de los indiferentes, de los aduladores, de los ingratos y de las víctimas, en la conciencia debilitada, incapaz de alejar con un gesto de la mano a los fantasmas porque sería como querer espantar a la esencia misma de la vida, y no se puede, luego no habrá donde aferrarse ni espejo en que mirarse para mantenerse en el presente ni recuerdos con que dialogar; si ellos se van el yo mismo se desvanecerá en una oscura noche sin fin.

Tu nombre permanecerá grabado en los anales imperecederos de la historia… la humanidad nunca te olvidará, ay, la rutinaria, y humillante y ofensiva letra de las esquelas mortuorias, «R. I. P. » ,qué tontería, y las calles, los monumentos, los institutos dedicados a Santiago Ramón y Cajal, gloria nacional, campeón de la raza hispana, el milagroso premio Nobel, qué dices tú en tu lecho de muerte, Santiago, Santiago con las arteriosclerosis trabajando en las neuronas del cerebro ofuscado que mira en el cielo estrellado a través de ese telescopio que fue un capricho inoportuno, egoísta.

—Pobre Silveria, Silveria, perdóname, no tenía derecho a tirar el dinero para comprarme este «chisme» bonito mientras tú… tú deseabas no lujos, no holguras, sino esa discreta tranquilidad para sonreírme más segura de ti misma, las mujeres necesitan de vez en cuando sorprendernos con algún trapito nuevo, qué hay de malo en ello. Pero cuando no se puede, cuando el dinero no llega… dinero, dinero, ¿qué falta me hacía comprarme el juguete del telescopio? En la contemplación del cielo ya quemó su vida y sus ojos el gran Galileo hace siglos, eso es, quemó su vida y sus ojos intentando arrancar a las estrellas el secreto de sus órbitas, y luego la inquisición.

Conmigo también hubo algo de inquisición, es lógico, ya se sabe, los celos, las envidias, los rencores, la vida es así. Camilo Golgi, ¿por qué siempre ese ademán despectivo hacia mí? Yo no te robé nada y bien lo sabes tú; si ellos juzgaron que teníamos que compartir el premio Nobel… compartirlo, como los hombres deben compartir el pan, no hay razón para considerarnos rivales. ¿Rivales de qué? La ciencia es una tarea común, si fuéramos artistas, quizá. No, no te portaste como todos esperaban; tu teoría «reticular» ya estaba muerta, y fue gracias a mí si…

Pedro, ¿te acuerdas que te lo escribí?… «por lo que respecta a mi conferencia, que como sabes versó sobre *Estructura y contenido de las neuronas*, nada tengo que decir salvo una buena acogida. En ella, naturalmente, tuve palabras de respeto y admiración para mi copartícipe en el premio, Camilo Golgi, a quien tan unidos fueron mis primeros descubrimientos». Pero no, «él, por el contrario, trató en su lección de hacer revivir su ya olvidada teoría del reticularismo. Ignoró no sólo mi contribución, sino la de todos los otros protagonistas de esta maravillosa aventura en torno a la fina estructura del sistema nervioso…» Camilo, fue una estupidez por tu parte, todos se percataron de que en tu humana envidia, en el fondo, sabes, hasta te comprendo un poco, había mucho de rabieta, diste espectáculo de ella y me obligaste, sobre todo en el brindis de ese inaguantable y protocolario banquete oficial, con reyes y todo eso, a hacer bolitas de pan debajo de la mesa para calmarme los nervios, me obligaste a pronunciar palabras untuosas y altisonantes a la vez, yo haciendo discursos retóricos, ¡qué gracia me hace!: «Señoras y caballeros, estos momentos de profunda emoción no son los más favorables para exteriorizar los sentimientos que me embargan. Me limitaré, por tanto, a expresar mi profunda gratitud al Instituto Carolino por el honor extraordinario que me ha conferido al concederme, conjuntamente con el ilustre Golgi, el Premio Nobel de Fisiología y Medicina…» Camilo, ¿qué te hubiera costado el decir tú también, en tu discursillo de circunstancia «el ilustre colega Santiago Ramón y Cajal…»?

Diantre, yo acababa de tirar el dinero para comprarme un telescopio y darle un disgusto feroz a mi Silveria.

Silveria, ¿te acuerdas que el telegrama nos llegó de noche, cuando ya estábamos acostados, y cómo se te iluminaron los ojos cuando… por fin… ya ibas a… eso, poder gastar sin apuros y porque a mí el mundo entero, a partir de ese momento, me

honraría como a uno de sus héroes, a mí…?, ¿a mí? que sí, de acuerdo, yo lo descubrí antes que nadie, pero también ese cabezota de Golgi tuvo mucho que ver, me obligaste, Camilo, me obligaste, tuve que darte esa lección… Los descubrimientos científicos son casi siempre el resultado del ambiente intelectual. Se trata de una labor colectiva a la que, con frecuencia, es difícil atribuir el mérito a un sabio determinado. El Instituto Carolino ha querido que uno de los copartícipes del premio sea el ilustre Golgi (¿te das cuenta, Camilo? «El ilustre Golgi»), que por la invención de métodos muy importantes ha contribuido al conocimiento de la estructura y mecanismo de los centros nerviosos. Sin embargo, otros sabios han colaborado asimismo… (que sí, Camilo, es la verdad, y es igual que me mires así, ya lo sé que te duele, y si dependiera de mí… bien te hubiese dejado a ti solo el gusto de este banquete protocolario, todas estas personas importantes, ¿no te das cuenta, querido amigo, que para ellos somos sólo una especie de «fenómenos»? únicamente nos agasajan con su cortés deferencia porque… la caprichosa fortuna nos ha besado en la frente a los dos, en el fondo nos admiran por nuestro éxito, no por nuestros… méritos personales y científicos, la fortuna es ciega, si no a qué viene el Premio de la Paz nada menos que al presidente Roosevelt), paciencia, Camilo, te lo dije entonces y vuelvo a repetirlo ahora, «yo creería cometer una injusticia si no recordara en este momento los nombres gloriosos de His, el genial embriólogo de Leipzig; Forel, el sabio neurólogo suizo; Kólliker, el venerable maestro, el Néstor de la micrografía a quien sólo la muerte pudo hacer cesar en el combate que libraba contra los secretos de la naturaleza; Erlich, Marchi, Wigert, Von Lenhoseek, Dogiel, Lugaro, Fusari, Sala…» ellos también eran italianos como tú, amigo Golgi, ilustre profesor Golgi, y «todos estos sabios merecen de igual modo el honor que felizmente comparto hoy con el maestro de Pavía, porque amén de sus investigaciones originales, todos ellos han contribuido a preparar y desarrollar mis modestos descubrimientos», y los tuyos ilustre profesor Golgi, y los suyos,«… y concluyo alzando mi vaso para proponer un brindis a la fraternidad de los hombres de ciencia (aunque sé que es una utopía) haciendo votos para que, pese a los prejuicios de nacionalidad, o escuela, e inspirándome en el gran y generoso ejemplo del gran sabio Nobel (bueno, en esto me pasé), se reconozcan como fíeles compañeros volcados hacia una obra común que sólo podría afirmarse y progresar

en un espíritu colectivo de justicia y de recíproco afecto»… nada, todos aplaudiendo, cortésmente, *noblesse oblige*, pero él, él, haciéndose el distraído, sin atreverse a mirarme.

En fin, la envidia no es sólo el defecto nacional nuestro… qué pena, y sin embargo, me gustaría, una vez que esta agonía haya acabado con mi cuerpo… eh, sí queridos míos, aquí estáis todos presenciando mi muerte, Fe, Paula, Jorge, Pilar, Luis, cada hijo es… no, mejor será conformarse con lo que ahora revelan sus ojos, me quieren, me quieren, criaturas mías, lo otro… ¿qué más da? Sus vidas son suyas, uno quisiera llevarlos siempre de la mano como cuando eran niños, pero crecen, crecen y el mundo lo ven a su manera y tú te vuelves como su abuelo chocho, je, je, je.

Aquí está mi fiel Enriqueta, Kety, mi imprescindible secretaria, ¿qué hubiera hecho yo sin ella en estos últimos años? Buena muchacha y Dora, esos dos caballeros que están cuchicheando con Hernando también deben ser médicos, vaya, vaya, y no podían faltar los discípulos para los que, pobre de mí, yo soy su profeta, eso es, Tello, Castro y Calderón, los tres inseparables; ánimo, ánimo, estáis demasiado cariacontecidos, qué queréis todos, un día u otro iba a daros el disgusto de morirme, no soy eterno, a punto estuve de terminar mi aventura en la dichosa guerra de Cuba cuando todavía no era más que un chaval, qué tiempos aquellos, tuve suerte, muchísima suerte, no puedo quejarme. Todos estos años, todas las cosas que he conseguido hacer, siempre me han parecido como una propina que debía merecerme día tras día, y han sido muchos años, nunca creí que llegaría a viejo y mira, todavía estoy dando la lata, con arteriosclerosis y demás, de todas formas en el testamento están las cosas suficientemente claras.

Tello, a ver si no me fallas, nada de carnavaladas a mi muerte, ¿entendido? odio todo ese aparato de hipocresía; si uno se volviese santo al transformarse en cadáver, aún, pero a lo que se reduce uno, nada, nada, ahora resultará que todo el mundo me quería, que hasta el último mono era mi entrañable amigo, que viví rodeado de admiradores dispuestos a sacrificarlo todo para que yo trabajara e investigara en pro de la mayor gloria de España y de la Ciencia española, sí, sí, que se lo pregunten a mi Silveria a costa de qué y de quién se escribió el nombre de España en el libro de honor del premio Nobel de Medicina, cuáles fueron las

facilidades que se me dieron, por qué hasta se me negó el permiso de utilizar el laboratorio de la Universidad.

No, amigos, no, todos sabemos cómo están montadas las cosas en esta España nuestra, no vengamos con cuentos cuando la muerte le calla a uno la boca a la vez que se organizan los coros dramáticos de las fútiles honras fúnebres, curas, académicos, personalidades, masas, el mito, Santiago Ramón y Cajal, gloria imperecedera de la raza hispánica, titán gigante de la humanidad, dejadme en paz, y que no se os ocurra hacerme conde a la memoria. ¿Conde yo?, qué estupidez, señores ministros y gobernantes, gastad el dinero para la investigación, ayudad a los jóvenes talentos, que hay muchos por estas tierras, y mucho más capacitados que yo, no dejéis que se pudran en vida malviviendo para sacar el miserable sustento de cada día, corriendo tras del dinero, frustrándose en la mediocridad. Menos discursos rimbombantes, es muy fácil salir del paso alabando a los muertos e ignorando a los vivos, a mí me vais a enterrar sin alborotos, privada y clandestinamente como siempre me tocó vivir y trabajar y lo que siento es no tener más dinero que legar para ayudar a esos jóvenes que llegan a la Universidad con la mirada clavada en el misterio que aún queda por desvelar y nadie les comprende.

Ya me conozco bien la historia del «quién se habrá creído éste que es»; la maldita y poderosa envidia de los mediocres, mediocres sí, a pesar de los pomposos títulos académicos y el empaque profesoral. Yo tuve suerte, mucha suerte a pesar de todo, todavía no sé de dónde saqué el humor para conseguir subir a flote, todo me parece un sueño, y tal vez lo haya sido de verdad.

Mi vida ha sido una especie de sueño que ahora se está acabando; ¿adónde van a parar los muertos cuando el sueño de la vida se desvanece?; ¿será verdad que luego hay algo? Nadie ha vuelto para contárnoslo, y me preocupa irme con esta duda sin resolver lo de Crookes no me convence, el espiritismo, es toda una trampa, ¡fotografías de fantasmas! Y luego resulta que eran una pandilla de farsantes, pobre Crookes, le engañaron como a una criatura. ¿Ya cuántos han engañado los otros? Siempre aparecen cuando la vida a uno se le esfuma para asustarle, pero bien claro lo he dicho: no quiero, no me van a cazar por el miedo, eso sí que no, y mi entierro debe ser civil. Si Dios existe y es bueno me sabrá perdonar esta última coherencia conmigo mismo, lo que nunca podría perdonarme

sería la cobardía de someterme a lo que nunca me ha convencido; bien debería saber él si no le he estado dando vueltas y más vueltas a eso de la religión, y nada, no me cabe en la cabeza que pueda ser cierto.

Si algo hubiera, no podría ser como ellos dicen que es, es demasiado infantil, demasiado pueril, lo malo es que con eso se satisface a la ignorancia, y de esa manera se alimentan todas las hogueras, las analógicas también, ya se les ocurrirá cómo quemarme discretamente en efigie después de muerto, aunque… difícil les va a resultar borrar mi nombre de la lista de los galardonados, je, je, je, de todos modos bien claro lo he dejado: «mi entierro será modesto y laico, como expreso en mi testamento» sobre todo «laico», a ver si éstos no me fallan, y mucho sentiría que no consiguiesen darme gusto en lo de Silveria: «segundo, entiérreseme a ser posible, junto a mi esposa», difícil, difícil lo veo, «y si no junto a Azcárate a quien tanto admiré en vida…».

Hombre, ya lo sé que es un lío, si a cada cual lo enterraran a su capricho… a cada dos por tres estarían desplazando ataúdes de un sitio a otro, pues nada, visto está que debajo de la máscara de mi empaque científico late, todavía, un corazón romántico, porque, digan lo que quieran de los poetas, algo de verdad debe de haber en su obsesión por los muertos y los cementerios.

Yo… me siento ilusionado como un colegial ante la idea de que me sitúen… a lado de mi Silveria, así volveremos a estar juntos los dos, «juntos», si pudiese… creer de alguna manera que… seguimos viviendo después de la muerte yo… si Silveria todavía vive… cómo es que no viene a llevárseme consigo… Silveria, Silveria… Silveria… Nada; mi mentalidad de científico me impide tener alucinaciones como cualquier hijo de vecino en este trance. Al diablo mis teorías positivistas, Silveria, ven, llevamos demasiados años separados el uno del otro, y ahora… cuando me haya muerto yo también, quién va a mantener viva tu memoria, no quiero que la posteridad me recuerde sólo a mí… y además como una cosa abstracta, yo… casi todo lo que conseguí hacer, te lo debo a ti, de tus privaciones salían los… recursos para que yo pudiese jugar con la cámara y descubrir…

Bueno, en realidad ¿qué es lo que descubrí? Es curioso cómo la arteriosclerosis va carcomiendo en el entramado de las neuronas; esto es peor que la sordera, de todos modos es cierto. Los recuerdos más difíciles de borrar son los de los

sentimientos, mientras que las frases, las definiciones, las cosas que uno ha estado elaborando con cuidado, ojo con las comas, los acentos, etcétera, todo eso se va, se desvanece igual que las burbujas del champán si agitas un poco la copa… y no vuelve más, te quedan fragmentos sueltos. Qué triste es la decadencia; a mí mismo se me hace difícil admitir que este viejo octogenario sea el mismo personaje que fui y tal vez no lo sea, quién podría asegurar que no existe diferencia alguna entre el Santiago Ramón y Cajal a quien se le concede el premio Nobel de Medicina y éste… viejecito… lamentable, eso es, lamentable me parece la palabreja más apropiada para describir… lo que queda del que fui.

Bueno, bueno, no empecemos otra vez con lo del dichoso suicidio, a ti qué más te da si los años te han convertido en un carcamal, los años son los años y los achaques son los achaques, de acuerdo, es muy desagradable, es horroroso, ea, vale, es lo que es, y mientras me quede un aliento de vida no dejaré de luchar para conservarlo, lo juré, lo juramos todos al acabar la carrera, el juramento de Hipócrates así lo manda, nuestra bandera es la vida y nuestro enemigo la muerte. ¿Qué es un médico si no, qué es un médico si no? Demonios, claro que tengo miedo, naturalmente que me da miedo morirme, hay que estar completamente loco, o ser un condenado farsante, si en este trance uno dice que es valiente, que no teme, ¡mentira! Me da igual que estos pensamientos sean tan poco nobles, tan poco dignos del personaje ilustre que me ha tocado representar.

¿Quién distribuirá los papeles? me gustaría saber. No me convence del todo lo del puro azar, me suena un poco a cuento chino igual al cuentecito de la Divina Providencia.

Pero, ¿de qué depende que a la mayoría nunca se le presente la oportunidad de sobresalir, por qué precisamente tuvo que tocarme a mí uno de los papeles de protagonista? ¡Ay qué cansado estoy! Cansado, fatigado, la diferencia entre un instante y otro es el figurarse que esto de la respiración puede tener mucha más cuerda de lo que cabría suponer por las caras de todos.

¿Por qué no se van y me dejan solo un poco? Están empeñados en presenciar la escena final de la muerte de un rey o de un papa o de un santo, como queda consignado en los cuadros célebres. Tontos, yo no soy ninguno de esos personajes, y es más, confieso que si en Zaragoza, en los primeros tiempos, hubiesen sido un

poco más considerados conmigo, tampoco me hubiese afanado yo tanto en intentar descubrir cosas nuevas.

Me empujaron a ser científico e investigador, precisamente porque no me tomaban en serio como médico. Yo tenía la culpa de ser un apellido nuevo en medicina.

Ay Zaragoza, Zaragoza, qué amarga eres con los que quieren abrirse camino entre tus calles y palacios. ¿Provincianismo?, seguro, algo de eso seguramente hay, pero no sólo es eso, hay una razón más profunda, más oculta, en tu cerrazón. Mejor será no volver a hurgar con el bisturí precisamente ahora que necesito tranquilidad, en fin, no soy el primero con quien se ensañaron ni voy a ser el último, Zaragoza es así, si no quieres que te sieguen no pretendas sobresalir, y así es como se ganan a pulso sus propios chascos, y conste que no lo digo sólo por lo que me concierne.

Con qué palmo de nariz se quedarían unos cuantos encopetados al enterarse que en el extranjero a mí me habían dado eso, que era el médico de mayor prestigio mundial ese año, y ellos hasta el último instante convencidos de lo contrario, que yo era una especie de cantamañanas. Ya sé que es poco noble por mi parte reírme, pero es que esa tremenda risa humana yo… yo no puedo renunciar a ella, porque demasiado nos hicieron sufrir a Silveria y a mí en esos primeros años, sin ninguna razón, si fueron ellos los que me obligaron a marcharme a fuerza de oposiciones. En Aragón no había sitio para mí. Claro que tendré mi calle y mi monumento una vez muerto, que es precisamente lo que no quiero ni de ellos ni de nadie, pero estoy seguro que en Zaragoza tampoco me darán una calle muy especial ni me levantarán un monumento descomunal. No, no, visto lo que se haga en otros sitios, todos cariacontecidos por dentro concluirán que no cabe más remedio que cumplir.

Qué triste es estar muerto, no voy a poderles impedir que se molesten en destinarme arterias urbanas, con eso no se remedian los desplantes, y, ¡basta!, no quiero seguir pensando en mezquindades, sería la mayor de las tonterías, y además ha pasado demasiado tiempo ya para las recriminaciones y las revanchas, ellos han muerto todos antes que… ¡Eh!, para tú todavía no has muerto, no tengas tanta prisa, a lo mejor superamos una vez más la crisis, y ¡hale!, a seguir en escena, y por qué no, ni le hago daño ni le quito nada a nadie, a no ser la molestia física a estos pobrecitos de atenderme y aguantarme.

Pero qué viejas y qué viejos están los hijos. Cuando eran niños me parecía más aceptable, es decir, más razonable, eso de que los padres deben amar a sus propios hijos… los niños tienen algo enternecedor, una gracia especial a los ojos de los adultos, pero qué difícil es para un padre el seguir viendo esa gracia en unas personas mayorzotas que a primera vista ni siquiera te inspiran simpatía.

Los hijos no deberían pasar nunca de la infancia, aunque, pensándolo bien, sería una monstruosidad; el tiempo es ese Saturno… o mejor dicho, Cronos, devorando a sus propios hijos, los griegos antiguos tenían mucho de razón con sus mitologías, y Goya… no se quedó atrás, no, aunque no es precisamente éste el momento ideal para acordarme de su pintura y de la Quinta del Sordo.

Sordo él, sordo Beethoven, sordo yo… la sordera está de moda entre los genios, je, je, je, y lo curioso es que la gente se cree que los sordos no oímos nada, que estamos rodeados de silencio absoluto; mentira, los sordos somos los únicos que percibimos nítidamente el sonido del pensamiento, y sin interferencias, y luego, con la memoria volvemos a escuchar los sonidos del pasado…

Demonios, nunca me he cansado tanto en respirar, si consiguiese toser un poco se me aliviaría el pecho, y la lengua no me escocería, ¿hace calor o frío? y qué más da. Imaginémonos lo que más nos convenga en este trance.

Nieve, nieve, mucha nieve cayendo en la campiña, copos grandes desde el cielo que más que color tiene resplandor, qué bonito es el paisaje invernal, aunque el trópico también… sobre todo son impresionantes los atardeceres, cuando en un determinado momento…, todo se vuelve entre morado y púrpura, como ahora mismo.

Qué extra… fenómeno, el trópico ha entrado en el dormitorio como si fuese una puesta de sol.

Pero mejor sería que las cosas recobrasen su color natural, me hace daño a la vista esta intensidad absurda, seguro que es… Qué tonterías se le ocurren a su ilustrísima, don Santiago Ramón y Cajal, todo un premio Nobel de Medicina interpretando sobrenaturalmente, como la última de la viejecitas, si lo morado significa «la muerte que viene andando». ¿Y qué más?, hay que ver hasta qué punto nos puede la chochez, y sin embargo la culpa de que a estas alturas la

insensatez y la sensatez se me hagan todo un revoltijo la tiene toda esta buena gente.

Por Dios hijitas e hijitos, si os marcharais yo me tranquilizaría, pero todos aquí a mi alrededor espiándome… marchaos, marchaos todos por favor, tengo sueño, total, no podemos ni hablar, y además, aunque pudiéramos, no quisiera, no tengo nada que deciros, todo está dispuesto legalmente, testamento, albacea, etcétera, lo bien que me vendría si me dejarais un poco, *solito* en la habitación.

Delante de vosotros no voy a intentarlo, je, je, je, es mi secreto, es mí más preciado descubrimiento científico, a ver quién es el supersabio que consigue pasearse por esta habitación, sin pisar con los pies en el suelo, yo no sé si será por la urea, la arteriosclerosis o es que ahora me ha dado por soñar con los ojos abiertos, el hecho es que ando solo, flotando, sin esfuerzo, y que soy capaz de esconderme dentro del armario pasando a través de la luna del espejo, en resumen, logro desplazarme prescindiendo de la ley de gravitación de los cuerpos y soy… incorpóreo, sutil como un… espectro…, y… cuando estoy así desaparecen como por arte de magia todos los dolores, soy como cuando… qué va, nunca, ni de muchacho, me he sentido tan ligero y tan ágil, pero tienen que marcharse todos, no puedo dar espectáculo, y además se asustarían terriblemente viéndome hacer esas cosas, no lo comprenderían. ¿Qué van a comprender ellos? El premio Nobel soy yo, quién comprendía mis teorías antes de que yo las demostrara con mis fotogramas.

Lo primero que tengo que hacer es agenciarme mi cámara fotográfica, luego tengo que encontrar la manera de retratarme mientras floto o penetro a través de la luna, si no consigo pruebas fehacientes, nada, se reirán de mí, por eso hay que mantener el secretito y que no se te escape ni media palabra, nadie tiene que sospechar lo que me llevo entre manos, je, je, je, sobre todo Hernando, que es mi médico y no me lo consentiría nunca. En realidad todos los médicos somos unos intolerantes, en realidad la Ciencia, a pesar de mis exhortaciones rimbombantes en la comida aquella, no es precisamente una obra común. Los científicos somos tan individualistas como los artistas, nos tenemos celos los unos a los otros, igual que los políticos entre sí, sobre todo los políticos españoles. En este país la palabra democracia significa lucha fratricida por la conquista del poder. Buena es la que se está preparando, no quiero ni pensarlo, acabaremos haciendo salvajadas, seguro

que estallará una guerra civil, segurísimo, y nos haremos pedazos los unos a los otros sencillamente por no saber, o no querer, ponernos a resolver juntos los asuntos de la nación. Democracia, democracia, aquí democracia significa revolución, y no sólo para las derechas, sino y sobre todo para las izquierdas. Acabarán chocando violentamente las dos facciones; están deseando ambas partes la confrontación. Bueno, eso creo yo y ojalá me equivoque, pero mucho me temo que no. Tiene toda la razón del mundo Ortega y Gasset, «no es esto, no es esto», qué va a ser esto la democracia.

Lo triste es que vamos a destrozar definitivamente el país, y a mí no me apetece de verdad presenciar el desastre, estoy convencido de que unos dos o tres, desde el bando que sea, es igual, serían capaces de meterse conmigo y según me matasen unos sería rojo, según me matasen los rojos sería fascista, lo que yo piense o sienta no cuenta. Aquí le bautizamos a uno, no según su manera de pensar, sino según hagan de él sus enemigos, sus enemigos personales, que normalmente son los que te envidian, no a los que hayas podido fastidiar *deliberadamente*.

En realidad el pobre Camilo Golgi era un bendito con su envidia a flor de piel; los más peligrosos son los hombrecillos mediocres que ni siquiera conoces, gentecilla que a lo mejor ni es de tu misma profesión. De todos modos hay que ver lo poco literario que estoy resultando en éste que se supone el trance extremo de mi existencia; un octogenario de mi talante, en una situación como la actual, debería estar pensando en consonancia con retruécanos de noble, rancia y tradicional sabiduría, mientras que yo… más parece que no paso de ensartar vulgaridad tras vulgaridad, de acuerdo que las dificultades de respiración disminuyen mi lucidez, que la senectud acentúa los rasgos personales de infantilismo, que el miedo a lo que nos aguarda altera la perspectiva del pensamiento.

A estas alturas, de tal manera como estoy seguro de que más que a un sabio mundialmente famoso, me parezco a un abuelito de pueblo que por toda su vida no ha pasado del horizonte mínimo lugareño, y sin embargo no puedo, no se me ocurren expresiones sublimes, estoy harto de seguir soportando mi humanidad, y además por qué debo figurarme cosas raras y esforzarme por ver aparecer fantasmas queridos a mi alrededor, como si fuera poético tener alucinaciones. No quiero apariciones, la muerte no tiene nada que ver con las estúpidas ficciones de

los poetas románticos: la muerte es el final de todo, no la transformación del hombre en espectro. Yo no sé por qué las religiones no han caído en la cuenta de que si las cosas nos empeñamos en empeorarlas con temores sobrenaturales, gracias al expediente del premio y del castigo, no sólo habremos enturbiado las relaciones entre las personas, sino que el sentido mismo de la existencia se nos desvirtúa en absurdos sentimientos de enfermizos amores y odios. Ahora las únicas figuras humanas que mi mente debe percibir son las que físicamente me rodean, no sería razonable que en su lugar viera los contenidos de mi memoria. Orden, orden, el pasado, bien pasado está, es una pena porque cualquier instante de él fue más atractivo que éstos, pero esto no es razón para drogarnos con fantasías. El final es el final y hay que tener el valor de aceptarlo con todas sus circunstancias reales. Es feo, es escuálido, es mezquino, es horroroso, y sin embargo es auténtico; no me parece honrado maquillarlo con piadosas concesiones a la debilidad del pobre miedo carnal. Cuando morimos el cuerpo se nos va para siempre, hay que aceptar la realidad Sin cuerpo los humanos no somos nada; comprendo que la perspectiva no es seductora, yo mismo me siento íntimamente aterrorizado ante ella, convengo que es de materialista el pensar así, que el sentido de la vida, ese sentido por el que tanto todos nos preocupamos día tras día (todos nos afanamos en relamer nuestras biografías individuales, hasta las prostitutas y los asesinos persiguen su yo ideal), se nos vuelve una burla, una pompa de jabón.

Ya sé que resulta mucho más fino hablar de nuestra intrínseca espiritualidad. El ser humano se compone de alma y de cuerpo, siendo la primera su sustancialidad inmortal y el segundo su parte perecedera. Estoy de acuerdo que sobre los cimientos de tales ideas es posible escribir una obra maravillosa como la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, y sin embargo, de qué nos valen todas las palabras, ahora, no antes, de qué nos valen ahora las firmes convicciones, los actos de fe en los dogmas, no digo antes, digo ahora.

Antes, cuando la muerte no se nos acercaba personalmente, era muy fácil despotricar contra los impíos y ateos materialistas, pero señores curas y clérigos, cuando todos llegamos a estos momentos, a este ahora (vosotros, también) ¿cómo vamos a poder convencer a doña Muerte de que ella está equivocada y de que nosotros tenemos razón?

A ver, cómo podéis conseguir que verdaderamente exista un más allá para la vida eterna, reservado a las almas humanas, y aunque lo consiguierais, qué haríamos allá; decídmelo, qué sentido tendría ese mundo de espectros, absurdo, absurdo. Qué lamentable puerilidad; mejor desaparecer para siempre, sin dejar huella.

¿Quién dice que no hay ningún sentido en esta definitiva caída en el anonimato, en la nada de que van hablando estos filósofos de los últimos tiempos, inclusive el bueno de don Miguel de Unamuno, con esa teoría del existencialismo a medio atragantar?

A mí me parece que es una verdadera tontería querer esconder la cabeza en la arena como los avestruces. Volvamos a considerar las cosas en toda su crudeza: me voy a morir, me queda muy poquito, y después de habérseme parado el corazón, habrá acabado definitivamente de existir don Santiago Ramón y Cajal. Pues bien: ¿en qué vamos a emplear estos últimos instantes de vida? Si existiesen los fantasmas, no me preocuparía mucho porque seguramente Silveria y los demás vendrían a mi encuentro, pero el hecho es que no vendrá nadie, y esto es terrible, cruel. No sé qué hacer con todos mis recuerdos, con cuáles de ellos me voy a entretener en estos últimos instantes. No puedo dominarlos, se me agolpan, y hay muchas Silverias, no una, Silveria jovencita, Silveria esposa, Silveria madre, Silveria enferma... Silveria mía... Es tremendo verte a la vez, como si fueras muchas, y en realidad fuiste otra y otra y otra en cada uno de los instantes que transcurrieron, lo ves amor mío cómo llenaste toda mi vida, te das cuenta ahora que lo fuiste todo para mí, no caben fingimientos en estos instantes, ya ves, es el extremo retazo de vida, no puedo desperdiciar de él ni una centésima de segundo, y en todos estos átomos de memoria sólo existes... tú...

El anciano ha reclinado para siempre su cabeza, *sic transit gloria mundi*, y las escenas que se desarrollan a continuación son consabidas, el ritual del entierro según las últimas voluntades del difunto con las consiguientes habladurías provocadas por el escándalo de ese extraño y casi clandestino funeral laico, hay que considerar que corría el año de gracia de 1934, y desde luego, entre la clase acomodada, no estaba nada bien visto eso de irse laicamente al cementerio, por muy premio Nobel de Medicina que se haya sido. Sabe Dios qué extrañas

recomendaciones e influencias determinaron, hace años ya, que se le atribuyera a un médico español, ni siquiera el más preclaro y afamado, ese premio internacional que no deja de ser algo muy opinable; si se hubiese querido dar un reconocimiento a la ciencia médica española, había, en esa época, por lo menos veinte, treinta nombres más merecedores del galardón que el de Santiago Ramón y Cajal, las cosas como son, etcétera, etcétera.

Eso es, digamos bien alto las cosas como son y fueron: don Santiago Ramón y Cajal, catedrático de las Facultades de Medicina en Valencia, Barcelona y Madrid, Académico de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Miembro y socio honorario de la Sociedad Española de Historia Natural. Fellow de la Royal Society of London, Doctor *Honoris Causa* en Ciencias por la Universidad de Cambrigde. En 1897, premio Rubio en la Academia de Medicina, Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Würzburg. Socio corresponsal de la Sociedad de Medicina de Berlín y de la Ciencia Médica de Lisboa, y de la Ciencia Médica de Florencia, de la de Psiquiatría de Viena, de la de Psicología de París, del Coimbricensi Instituti de Coimbra, de la Nacional Médica de Roma.

Académico Honorario de la *Scientiarum Ulisiponensis*. Premio Moscú al Congreso Internacional de Medicina. Gran Cruz de Isabel la Católica, Gran Cruz de Alfonso XII, Medalla de Oro de Helmholtz, de la Real Academia de Berlín, Premio Echegaray de la Real Academia de Ciencias de Madrid, Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Worcester, Premio Nobel de Fisiología y Medicina…

Sobre la mesilla, junto a la cama, había un calendario abierto por la fecha del día: 17 octubre 1934. Fe Ramón Fañanás tomó la pluma allí abandonada por su padre y escribió: «Este día, a las once menos cuarto de la noche, murió mi padre».